

J. MARTINEZ

HISTORIA
DE LA
TUROQUIA

DR441

L2

1855

v. 5

c. 1

9 (496)



1080043490

9(496)

Co# 1 Co# ~~16~~ 12



HISTORIA

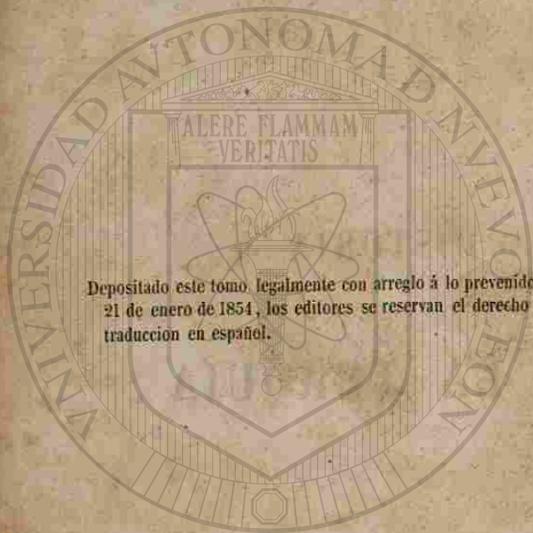
DE LA TURQUIA

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

®



Depositado este tomo legalmente con arreglo á lo prevenido en el convenio de 21 de enero de 1854, los editores se reservan el derecho de propiedad de la traducción en español.

HISTORIA

DE

LA TURQUÍA

A. DE LAMARTINE

CON 30 LÁMINAS

TOMO QUINTO

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

PARIS. — IMPRENTA WALDER, CALLE BONAPARTE, 44.



SECRETARÍA PÚBLICA DEL ESTADO



Capilla Alfonsina
Biblioteca Universitaria



LIBRERÍA DE ROSA Y BOURET

DEL ESTADO DE NUEVO LEÓN FONDO BIBLIOTECARIO PÚBLICA 5500

17338

DR441

L2

1855

V-5



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



FONDO BIBLIOTECA PÚBLICA
DEL ESTADO DE NUEVO LEÓN

HISTORIA

DE

LA TURQUIA

LIBRO VIGÉSIMO PRIMERO

I

Selim, hijo de Soliman II y de Roxelana, tenía cuarenta y cinco años de edad cuando heredó el codiciado imperio. Favorito primero sin mérito de su madre, á causa de la afeminada semejanza que tenía con ella, y favorito ingrato despues de su padre á causa de la mediocridad que defiende á los príncipes

v.

1

DR441

L2

1855

V-5



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



FONDO BIBLIOTECA PÚBLICA
DEL ESTADO DE NUEVO LEÓN

HISTORIA

DE

LA TURQUIA

LIBRO VIGÉSIMO PRIMERO

I

Selim, hijo de Soliman II y de Roxelana, tenía cuarenta y cinco años de edad cuando heredó el codiciado imperio. Favorito primero sin mérito de su madre, á causa de la afeminada semejanza que tenía con ella, y favorito ingrato despues de su padre á causa de la mediocridad que defiende á los príncipes

v.

1

viejos de los ataques de sus hijos, Selim II era uno de esos hombres que llegan al trono enervados por su vida licenciosa. Parecia que la naturaleza y la educacion lo habian formado de consuno para que sirviera con su pequenez de medida á la grandeza de Soliman. Los sucesos importantes de su reinado no fueron mas que la consecuencia y la prolongacion póstuma del de su padre.

Su figura era tan insignificante como su carácter; los ojos azules y luminosos de su madre, habitualmente empañados por los vapores de la embriaguez, recordaban un poco la belleza de Roxelana. Su estrecha frente, la molicie de las mejillas, los abultados lábios, el color vinoso de la tez, el grosor del cuello, la pesadez de los hombros, su tosca corpulencia, revelaban una de esas naturalezas de Vitelios otomanos, debilitados por la relajacion de costumbres y el abuso de los licores espirituosos, sin mas instintos que la aficion á los viles placeres de la mesa. Solamente, por una feliz compensacion del destino, esta misma molicie del cuerpo, que privaba á Selim de toda energía moral, le libraba al mismo tiempo del deseo de reinar por sí mismo; la fatiga de su cuerpo parecia que se extendia hasta su alma; el esfuerzo de su voluntad hubiera importunado su debilidad y turbado su reposo; depositar el mando

en manos de un hombre que lo librara de pensar y de hacer, era la mas apremiante de sus ambiciones. En su concepto, reinar era descansar en el rango supremo. Por una feliz casualidad el gran visir Mohammed Sokolli, que iba á gobernar en nombre de Selim, era un hombre capaz de continuar la política de Soliman y de disimular la insuficiencia de su sucesor.

II

Este gran visir, á la cabeza de un ejército de trescientos mil hombres y haciendo hablar á su gusto el féretro que llevaba consigo, era dueño del imperio. Él podia suspender los acontecimientos, prolongar el interregno, negociar con las tropas, y dictar condiciones al heredero del trono. Se olvidó á sí mismo para no pensar mas que en el bien de la patria. Una carta breve y respetuosa dictada por él al secretario de Soliman, el discreto y sabio Feridun, de que fué portador el tschausch Hassan-aga, anunció á Selim la muerte de su padre. En esta carta, el gran visir excitaba al nuevo sultan á acercarse á Constantino-

pla para recoger la herencia paterna. Él se encargaba de conducir allí el ejército ántes de que supiera la muerte de su soberano. Le rogaba que no se presentara á los genízaros en Belgrado ó Andrinópolis, para que no fuese blanco ó juguete de las exigencias de la soldadesca, habituada durante cinco reinados á hacerse pagar con gratificaciones el advenimiento al trono.

Hassan atravesó con tanta rapidez la Hungría, la Bulgaria, la Tracia, el mar Negro y la mitad del Asia Menor, que á los ocho dias se hallaba en Kutaiah, capital del gobierno en donde residia Selim. Este príncipe estaba ausente; se hallaba cazando con algunos favoritos en el valle de Kara-Hissar, inmediato á Constantinopla. Despues de haber leído á caballo la letra de Feridun, partió á galope para esta ciudad. Su kodja ó profesor, Atallah, su camarero mayor, Hussein-bajá, su escudero, Kosrew-aga, y su favorito, Djelal-Tchelebi, lo seguian mas impacientes y

curiosos de dominar que su mismo señor. En la noche del tercer dia despues de su partida de Kara-Hissar, llegaron de improviso á Scutari, arrabal asiático de Constantinopla, separado del serrallo por un brazo de mar de la anchura de unos tres ó cuatro tiros de ballesta. Mandaron abrir en nombre de Selim la casa de campo de la sultana Mihrmah, hija como él de Roxelana, la que habia llorado tan amargamente á Bayezid, sacrificado á la ambicion de Selim. Se ha visto que despues del suplicio de este hermano querido, se habia reconciliado con Selim, de quien iba á depender en lo sucesivo su fortuna.

Selim se admiró de la calma que reinaba en Scutari y en el serrallo, cuyas puertas, jardines y kioskos podia distinguir entre las sombras. Hizo atravesar á Hassan el brazo de mar para comunicar á Iskender-bajá, gobernador de la capital, su llegada á Scutari, y pedirle cuentas de aquella inmovilidad y aquel silencio. Iskender-bajá temió que le tendiesen un lazo con aquel mensaje. Este gobernador no habia recibido del gran visir ningun aviso formal de la muerte de Soliman, ninguna orden de preparar la ciudad y el serrallo para el advenimiento de su nuevo soberano. Una carta en términos oscuros y enigmáticos, dirigida por Feridun y destinada á ser adivinada por sus reticencias, era lo único que habia reci-

bido en el momento en que Hassan habia partido para Kutaiah. Iskender, soldado iliterato, habia decifrado mal el enigma. Responsable para con Soliman del trono y de la capital, temiendo en esta súbita aparicion del heredero una usurpacion contra la vejez de su ausente padre, vacilaba entre la duda y la credulidad. Escribió á Selim por medio de Hassan que ignoraba los sucesos de que le hablaban, y que no tenia orden del gran visir para abrir el serrallo á su nuevo señor. Selim replicó que los acontecimientos de tal gravedad no se escribian sino en lenguaje simbólico para que no fueran comprendidos del vulgo, que solo á él, hijo y heredero de Soliman, le tocaba el interpretarlos soberanamente. Durante este cambio de mensajes entre el gobernador de la capital y el nuevo sultan, el bostandji-baschi, intendente absoluto del serrallo, prevenido por el caballerizo de Selim, envió la barca imperial á Scutari para conducir al sultan á palacio. Selim entró en ella sin séquito y sin ruido, en medio de las tinieblas de la noche. En el momento en que ponía el pié en el umbral de la puerta que da al mar, en frente de Scutari, los cañones del castillo de Leandro, pequeña fortaleza edificada sobre el escollo de este nombre, entre las dos orillas, anunciaron á la dormida capital que Soliman habia dejado de existir. El serrallo fué

invadido por los que venian á aclamar al nuevo sultan.

IV

Un caballo, cubierto con los ornamentos imperiales, aguardaba al sultan al pié del serrallo. El bostandji-baschi, segun el ceremonial, cogió á Selim por debajo del brazo para ayudarlo á montar. El caballerizo mayor Hussein, antiguo compañero de destierro de Selim, quiso rechazar al bostandji como quien cree irrespetuoso su ademan; pero Selim, que recordaba los usos de la córte en donde habia pasado los dias de su infancia, dijo sonriendo al aga de los bostandjis: « No escuches á ese extranjero, aga; no « ha sido educado como nosotros en el serrallo; no « conoce sus privilegios y costumbres; marcha en « paz delante de mi caballo, y enséñanos el camino « á través de esos jardines que no conozco. »

El capu-aga ó jefe de los eunucos blancos lo recibió á la puerta del palacio; su hermana, la sultana Mihrmah, se arrojó á sus brazos bañando su rostro de lágrimas. Ella le traía un presente de cincuenta

mil ducados de oro que habia economizado para ofrecérselos en el momento en que tuviera necesidad de hacer donativos á la córte y á las tropas. El mufti, el gobernador, los jueces del ejército, los defterdars, los mallas, los dignatarios de Constantinopla, le besaron la mano. Visitó las mezquitas y los sepulcros de sus padres por espacio de dos días, como para hacer homenaje á Dios y á sus antepasados del reinado que iba á inaugurar sobre sus *turbés*. Pero los consejos torpes ó recelosos de sus cortesanos de Kutaiah le hicieron desatender los que le daba el gran visir. En vez de aguardar al ejército en Constantinopla, corrió á Belgrado á presenciar la sedicion de los soldados.

V

El gran visir habia logrado ocultar á las tropas la muerte de Soliman durante cincuenta dias. El ejército, creyéndose siempre mandado por él, marchaba ordenado al rededor de su litera, saludando á los altos que hacia con ardientes aclamaciones al sultan que no podia ya oirlas. Acercábase así á Belgrado, y

hallábase una noche acampado á la entrada de un bosque encendido de la Hungría, cuando Mohammed Sokolli, sabedor por un correo de la próxima llegada de Selim, dejó resonar en las tinieblas la voz de los lectores del Coran, invitados por él en secreto para revelar á los soldados la muerte de su padischah. Al ruido de estas voces que salmodiaban al rededor de la litera el primer versículo de la Sura de los muertos : « Todo poder acaba, todos los hombres « tienen su última hora; solo el Eterno no tiene ni « fin ni muerte, » los soldados prorrumpieron en sollozos al comunicarse unos á otros la fatal nueva.

Agolpándose tumultuosamente al rededor de las cuerdas del recinto de las tiendas imperiales, rehusaban el levantar el campo por llorar á su soberano. « Camaradas, » les dijo el gran visir que montó á caballo al romper el dia para arengarlos, « ¿ por qué « os negais á marchar para expresar vuestro dolor? « No debemos mas bien entonar cánticos de alegría « y celebrar la entrada en la felicidad eterna del « alma de nuestro padischah? No ha hecho él de la « Hungría la casa del islamismo? No ha colmado á « la religion, al imperio y á nosotros mismos con « sus dones? Deberemos manifestarle nuestra gratitud con lágrimas sediciosas y cobardes lamentaciones? No es mas justo poner sus restos preciosos

« sobre nuestras cabezas y llevárselos á su hijo y
 « sucesor Selim , que nos aguarda en Belgrado para
 « cumplir las últimas disposiciones de su padre y
 « concederos presentes y aumento de paga? Tran-
 « quilizad vuestros corazones, dejad recitar en paz
 « las oraciones á los lectores del Coran, y marchad.»

El ejército emprendió en silencio la marcha mas bien como un acompañamiento fúnebre que como un ejército victorioso. El gran visir temia el prematuro encuentro de los soldados y del sultan. Las tropas pedían á gritos que Selim II pasara el Danubio, viniera á recibir en presencia del féretro de su padre el juramento que le prestaran, y á distribuir las gratificaciones por su exaltacion al trono. Selim se enojó con estas exigencias que el visir le aconsejaba ya que tolerase, puesto que se habia expuesto temerariamente á ellas con su venida, recelando que su impaciencia defraudada estimulase las tropas á la rebelion. Los nuevos consejeros del sultan, que lo cercaban en Belgrado, le hablaban contra estas condescendencias que rebajaban á juicio suyo su dignidad: « ¿ No habeis recibido el juramento del imperio en la capital? » le decian. « Para qué otro juramento? Tendria por ventura el ejército derecho para dar el cetro á su soberano? En los primeros tiempos de la monarquía, se decia que para subir

« al trono debian pasar los sultanes bajo el sable de
 « sus soldados; cierto era esto entónces; pero hoy
 « que el trono es una herencia y no una eleccion de
 « la tropa, tales recuerdos son una ofensa á la majestad del soberano. »

Selim se limitó pues á esperar el ejército en el trono de oro que se habia levantado bajo una tienda, al borde del Danubio, en la cima de una colina situada sobre el rio bajo los muros de Belgrado.

« De esta suerte, » exclamó el gran visir, confiando su secreto á Feridun, « pierden á los imperios consejeros irresponsables é inexpertos. »

Feridun le enseñó una carta que acababa de redactar y que le proponia firmar para hacer ver al sultan el peligro de esta conducta.

« No, » dijo el gran visir, « no firmaré ninguna representacion, porque es inútil: además, ¿ sé yo acaso si soy á estas horas gran visir, y no es dueño el sultan de nombrar en mi lugar á otro consejero? »

VI

Merced á su influjo llegó á contener hasta el dia siguiente á los soldados dentro de los límites de la

disciplina. Al amanecer, el carro fúnebre, en que iba el cuerpo de Soliman, avanzó seguido por la multitud hácia las márgenes del Danubio. Selim, vestido de luto, salió á la cabeza de un cortejo silencioso de los muros de Belgrado y fué á pié á buscar el féretro y las tropas. Su preceptor Atallah y su caballero mayor Hussein lo sostenían por el brazo. Los dos séquitos se pararon al encontrarse. El sultan levantó las manos al cielo y los muezzines entonaron las oraciones fúnebres. Los visires, el ejército, el pueblo de Belgrado que acompañaba á Selim, mezclaban sus sollozos con el murmullo del río. Nunca, desde los funerales de Alejandro, se habia visto que un ejército perdiera así su alma al perder la de su jefe. Selim, desconocido de los soldados, no se atrevió á acercarse á ellos con la majestad que impone, ó con la familiaridad que seduce. Entró en su tienda y no se dejó ver.

El rumor de estos doscientos mil soldados, que le aguardaban acampados, no tardó á asediario. Rompieron filas, y excitándose los unos á los otros, cercaron las tiendas del sultan.

« ¿Es esto lo que se nos habia prometido? » se decian. « ¿Qué se han hecho los antiguos usos? ¿En donde están las recompensas y los presentes que se nos deben? ¿Ingratos visires, esperais eludir de

« ese modo los derechos de aquellos que dan y conservan la victoria y el trono? Sultan invisible, que crees librarte de nosotros detras de ese muro de cortesanos pusilánimes, nosotros te hallaremos otra vez cerca del carro de heno. »

El encontrar al sultan cerca de un carro de heno era una amenaza sediciosa contenida en una soldadesca alusion á precedentes, en que las tropas habian mostrado su descontento á los visires. Cuando los soldados, amotinados contra sus generales en una marcha, querian sembrar el desorden y la confusion en la columna y provocar impunemente un tumulto, en que nadie aparecia culpable, se aprovechaban del encuentro fortuito ó premeditado de un carro de heno que obstruia el camino para interrumpir la marcha, hasta tanto que fuesen satisfechas sus exigencias.

Los consejeros de Selim II, temiendo que la revuelta inminente del ejército llegase hasta profanar el ataud de Soliman, lo mandaron sacar por la noche y lo encomendaron á un destacamento de la guardia para que lo trasportara á Constantinopla. El gran visir y los bajos llamados al dia siguiente al consejo de Selim, lo convencieron de la necesidad de ceder á la sedicion militar que habian querido prevenir disuadiéndolo de ponerse temerariamente en manos

de los soldados ántes de su licenciamiento. Convenido el príncipe demasiado tarde de la sabiduría del gran visir, salió de sus tiendas, recibió el juramento y concedió las gratificaciones de costumbre á todos los cuerpos del ejército. Los dos jueces mayores se aprovecharon del ascendiente de las tropas para pedirle en su nombre que se mantuvieran con todo rigor las leyes que prohibian la venta y el uso del vino en el imperio. Esta alusion indirecta al vicio que se atribuía al mismo Selim, tolerada en Belgrado, fué castigada pocos dias despues en Semendria, con el destierro de los dos jueces.

El cortejo imperial y las tropas hicieron alto ántes de llegar á Constantinopla, en el pueblo de Halkalu, para dar lugar á que se concluyeran los preparativos de la solemne entrada. El sultan se alojó con su córte en una casa de recreo que Soliman habia hecho construir en Halkalu. El gran visir se apeó en una granja que poseía á alguna distancia de la poblacion. El órden y el silencio que guardó el ejército desde Belgrado no hacian presentir ningun resentimiento. Bajo esta apariencia fermentaba una conjuracion militar. Las tropas querian al parecer sacudir la mano que iba á gobernarlos para conocer su fuerza ó su debilidad. En medio de la noche, los vigilantes del campamento acorrieron á la quinta del gran vi-

sir á noticiar á Mohammed Sokolli el desórden nocturno que presagiaba los que habian de sobrevenir de dia. Bandas de genizaros, con teas encendidas, celebraban conciliábulos al rededor de los toneles abiertos de vino, que les inspiraban la insolencia con la embriaguez. Todos los lugares circunvecinos en que se habian acantonado las tropas, ofrecian los mismos síntomas de sorda agitacion.

Sin embargo, pareció que todo se calmaba con la aurora. El gobernador de Constantinopla, Iskenderbajá, el mufti, el capitan bajá Pialé, casi tan popular como Barbaroja, habian acudido en gran pompa de la capital para besar la mano del sultan y para escoltarlo hasta su palacio. Las tropas reunidas por sus generales desfilaron dando el acostumbrado grito de ¡ viva el padischah ! Una muchedumbre innumerable cubria la llanura, las colinas, los tejados de los edificios para contemplar á su nuevo señor. Los genizaros, en columna cerrada, hendian dificilmente estas olas de espectadores. Ya habian atravesado las puertas de la capital, cuando un reflujo repentino detuvo al sultan cerca de las murallas de la ciudad. Los visires preguntaron con ansiedad á los chiaux encargados de la policia de la ceremonia, cual era la causa de aquel entorpecimiento y aquella confusion.

« Un carro de heno, respondieron, obstruye el

« paso de los genizaros, que ya están á la altura de
« la mezquita de los príncipes. »

A esta palabra, señal de tumulto premeditado, los generales y los visires rompieron las filas con los pechos de sus caballos, y se lanzaron á la cabeza de la columna para reprender á los genizaros.

« ¡ Que ocurre, valientes camaradas ! les dijo el
« segundo visir Pertew-bajá, querido de los soldados
« por su bravura, vuestra insubordinacion es una
« ofensa inferida á la majestad de vuestro padis-
« chah. »

« — ¿ Crees tú que estás aun en Transilvania, im-
« poniendo leyes arbitrarias á tus soldados ? » Le re-
pondieron los revoltosos, derribándolo de su caballo al suelo, por donde rodó su turbante en medio de los aplausos del populacho. El capitan-bajá Pialé quiso interponer su autoridad, hasta entónces inviolable, aun entre los facciosos.

« ¿ No es una infamia que los soldados atenten á la dignidad de los visires, que los han conducido á la victoria ? » exclamó con indignacion.

« ¿ Qué tienes tú que echarnos en cara, viejo pirata ? » gritaron los soldados, haciéndole igualmente bajar de su caballo y destrozándole sus vestidos. El anciano Ferhad-bajá, veterano de dos reinados, creyó que respetarian su barba blanca ; á culatazos lo der-

ribaron á los piés de los caballos. El mismo aga de los genizaros, uniendo el gesto á las súplicas, se anudó al cuello un cordon de seda para decir á sus soldados : « ¡ En vuestras manos me pongo, apretad
« el nudo, estrangulad á vuestro general, pero res-
« petad á vuestro padischah ! »

« ¡ — Ah ! vil adulador, le dijeron mil voces con
« obstinacion ¿ quieres darnos galleta azucarada en
« vez de pan ? Pero no salvarás así ni los tesoros del
« sultan, ni los del gran visir ; tambien á ti te haremos ver el carro de heno volcado. »

Durante este desórden de la vanguardia, Selim, inquieto y humillado, aguardaba vergonzosamente en la plaza de la puerta de Andrinópolis que los soldados se dignaran dejarle libre el camino de la capital y de su palacio. Mandó al gran visir que satisficiese á todo trance las pretensiones de las tropas. Sokollí, contristado por la sedicion y la debilidad, hizo arrojar con profusion sacos de piastras á los amotinados genizaros. A este precio emprendieron de nuevo la marcha, y levantaron el carro derribado. Pronto llegaron á las puertas del serrallo, penetraron tumultuosamente en el primer patio, y se parapetaron allí otra vez ; en seguida enviaron una diputacion acompañada de visires desarmados y ultrajados á Selim á quien obstruia la rebelion el acceso á

su palacio. Detenido cerca de la mezquita de la sultana Khasseki, Selim volvió á conceder todo lo que exigian. Los visires montaron de nuevo á caballo, y el emperador entró en el serrallo impelido por las olas de una sedicion impune.

Agotóse el tesoro para los genizaros; los spahis y los demás cuerpos del ejército murmuraron y ofendieron á su vez á los visires, pidiendo participacion en el pillage. El gran visir, que espiaba la ocasion de restablecer la envilecida autoridad, se sirvió de los sediciosos satisfechos para castigar á los sediciosos insaciables; mandó decapitar á los jefes de los spahis y colgar á tres luchadores que representaban el papel de tribunos del populacho.

Los tesoros de la isla de Chío, saqueados algunos meses ántes por el capitan-baja Pialé y ofrecidos por este almirante al sultan, colmaron el vacío del tesoro. Pialé, hijo de un zapatero de Croacia, elevado por el azar y sus empresas marítimas al rango de yerno de Selim, fué recompensado por sus servicios en esta sedicion con el título de visir de la cúpula, es decir, que se le autorizó para sentarse en el divan bajo la cúpula, enfrente del gran visir, para discutir los negocios del Estado.

Ali-Agá Muezzinzade (ó hijo del Muezzin), fué nombrado capitan-baja en lugar de Pialé. Mahmud-baja,

apellidado Sal, del nombre de un héroe persa, célebre por su fuerza en la lucha, recibió igualmente el título de visir. Selim recompensaba así en Mahmud la adhesion brutal que este luchador habia mostrado extrangulando con sus propias manos, por órden de Soliman, al príncipe Mustafá, que habia rechazado con su vigor á los mudos de su padre. Lala Hussein (ó el padre Hussein), consejero inexperto de Selim, que lo habia conducido tan fatalmente á Belgrado, fué separado de la intermediacion del sultan enviándolo al gobierno de Anatolia. Djelal-Beg, el favorito de Selim, mas agradable al gran visir, fué colmado de honores y de rentas por Sokolli, para que se interesara en mantener á este gran dignatario en la confianza del sultan. Seguro así de su ascendiente en el consejo familiar de Selim, Sokolli evitó toda oposicion á su política dentro del serrallo. El ministro de hacienda, Yusuf-Agá, que combatia encarnizadamente todas sus medidas, fué cogido por la propia mano del visir á la salida del consejo y entregado al verdugo, que le cortó la cabeza bajo la bóveda de la puerta del serrallo.

Sokolli reinó sin obstáculos: negoció y firmó una paz gloriosa con el emperador, y recibió una embajada persa. Espléndida, segun la descripcion de los analistas, esta embajada devolvía á Selim los esclavos

vos, las armas, los caballos y los camellos de su hermano Bayezid, muerto por ellos para complacerlo, violando las leyes de la hospitalidad. Un fanático religioso atentó á la vida del embajador persa Schahkulli, en el momento en que hacia su entrada solemne en la capital. El asesino fué atado á la cola de un caballo indómito, y arrastrado por las calles, hasta que lanzó su último suspiro. Los presentes del schah de Persia, presentados por su embajador, atestiguan las maravillas de la industria persa en medio de las guerras civiles, que daban ó quitaban el trono á las dinastías de este reino. Coranes con cubiertas de terciopelo y broches de oro y piedras preciosas; estuches de alhajas con rubíes y perlas; ocho tazas de turquesas; dos tiendas bordadas con paisajes pintorescos; veinte tapicerías de seda tegidas de flores, aves y animales; nueve alfombras de pelo de camellos nonatos; cortinajes de tiendas resplandecientes como puertas de oro y de plata; sillas de caballo incrustadas de pedrería; siete cetros y siete sables corvos con vainas de terciopelo carmesí; telas de lana para los piés, tan sedosas y tupidas que una sola pieza representaba la carga de diez hombres.

Un embajador de Polonia, nacion de política vacilante, que halagaba á los turcos para librarse de los alemanes, de los rusos y de los tártaros, llevó á Se-

lim las pieles y las armas de fuego, presentes del Norte. Sokolli concedió á los polacos todo lo que pedían á la Puerta, para apartarlos de la causa de los húngaros y de los alemanes. Este gran visir gobernaba tan despóticamente á Selim, que habiendo querido el sultan elevar á su antiguo preceptor Lala-Mustafá al grado honorífico de visir de la cúpula, no se atrevió á proponérselo de antemano á Sokolli. El sultan convocó un divan á caballo al volver de caza, y se excusó tímidamente ante el gran visir de haber hecho este nombramiento tan importante sin haberselo consultado.

Sokolli, fiel á las tradiciones de alianza con la Francia, envió á Paris á Ibrahim-Beg. Este embajador pidió al rey Carlos IX la princesa Margarita para casarla con el príncipe Sigismundo de Transilvania, á quien la Puerta queria colocar en el trono de Polonia. El mes de setiembre de 1569 ardieron en una sola noche veinte mil casas de Constantinopla. Sokolli, rodeado de llamas en un cuartel, adonde habia acudido para apagar el incendio, estuvo á punto de perecer en aquella inmensa hoguera. El celo y el oro de este ministro borraron pronto los vestigios de este desastre.

Al mismo tiempo fundó en Andrinópolis, en nombre de Selim, la maravillosa mezquita de Selimieh,

segun los dibujos del arquitecto Sinan, este Palladio turco. La cúpula de esta mezquita, sostenida por pilares como la de San Pedro de Roma, es mas elevada y ancha que la de Santa Sofia. Sinan, que consideraba este edificio como su obra principal, decia que la mezquita de los príncipes en Constantinopla era un ensayo de aprendiz; la de Soliman, obra de un trabajador consumado; pero que la Selimieh de Andrinópolis era la gloria de un gran maestro. Cuatro alminares, obeliscos huecos, lanzaban sobre la cúpula sus flechas al cielo, semejantes á los florones de una corona de marmol blanco, destacados sobre el azul del firmamento; tres escaleras, cuyas espirales superpuestas y enlazadas las unas con las otras, se siguen sin encontrarse jamás, sirven para que suban y bajen tres muezzines á la vez desde el umbral á la cúspide y desde la cúspide al umbral de los alminares; los pilares separados del centro de esta media naranja, y disimulados con las paredes, dan á la cúpula un aspecto de un prodigio aéreo.

VII

Pero estos edificios no eran mas que decoraciones del reinado. Sokolli pensaba en la prosperidad y en

la fuerza de su raza. Su genio se habia anticipado á su época en la teoría de la economía política, ciencia de la riqueza de las naciones. Él veía esta riqueza en la agricultura, en el comercio, en la navegacion, vehículo de los cambios entre los pueblos. Quería hacer de Constantinopla, por medio de la industria, lo que la naturaleza ha hecho por su situacion, el depósito del Asia, de la Europa y del Africa, la *grande escala* del universo. El mayor elogio que se puede hacer de Selim II es el de no haber contrariado los proyectos de su ministro para la realizacion de sus planes.

Sokolli encubrió su verdadero pensamiento de civilizacion demasiado avanzada para su tiempo, bajo la apariencia de una empresa política que halagaba la preocupacion y el ódio de los turcos á los persas.

Expuso en el divan y difundió por el público que el único modo de triunfar para siempre del cisma de Alí en Persia, era costear por la Crimea los baluartes naturales del Cáucaso y de la Georgia, que protegen este imperio por la parte del mar Negro, y estrechar poco á poco la Persia por Bagdad y por el mar Caspio. El encono nacional acogió con entusiasmo el pensamiento de Sokolli. Las miradas se dirigieron al fondo del mar Negro.

Los rusos, nacion bárbara que salia de los panta-

segun los dibujos del arquitecto Sinan, este Palladio turco. La cúpula de esta mezquita, sostenida por pilares como la de San Pedro de Roma, es mas elevada y ancha que la de Santa Sofia. Sinan, que consideraba este edificio como su obra principal, decia que la mezquita de los príncipes en Constantinopla era un ensayo de aprendiz; la de Soliman, obra de un trabajador consumado; pero que la Selimieh de Andrinópolis era la gloria de un gran maestro. Cuatro alminares, obeliscos huecos, lanzaban sobre la cúpula sus flechas al cielo, semejantes á los florones de una corona de marmol blanco, destacados sobre el azul del firmamento; tres escaleras, cuyas espirales superpuestas y enlazadas las unas con las otras, se siguen sin encontrarse jamás, sirven para que suban y bajen tres muezzines á la vez desde el umbral á la cúspide y desde la cúspide al umbral de los alminares; los pilares separados del centro de esta media naranja, y disimulados con las paredes, dan á la cúpula un aspecto de un prodigio aéreo.

VII

Pero estos edificios no eran mas que decoraciones del reinado. Sokolli pensaba en la prosperidad y en

la fuerza de su raza. Su genio se habia anticipado á su época en la teoría de la economía política, ciencia de la riqueza de las naciones. Él veía esta riqueza en la agricultura, en el comercio, en la navegacion, vehículo de los cambios entre los pueblos. Quería hacer de Constantinopla, por medio de la industria, lo que la naturaleza ha hecho por su situacion, el depósito del Asia, de la Europa y del Africa, la *grande escala* del universo. El mayor elogio que se puede hacer de Selim II es el de no haber contrariado los proyectos de su ministro para la realizacion de sus planes.

Sokolli encubrió su verdadero pensamiento de civilizacion demasiado avanzada para su tiempo, bajo la apariencia de una empresa política que halagaba la preocupacion y el ódio de los turcos á los persas.

Expuso en el divan y difundió por el público que el único modo de triunfar para siempre del cisma de Alí en Persia, era costear por la Crimea los baluartes naturales del Cáucaso y de la Georgia, que protegen este imperio por la parte del mar Negro, y estrechar poco á poco la Persia por Bagdad y por el mar Caspio. El encono nacional acogió con entusiasmo el pensamiento de Sokolli. Las miradas se dirigieron al fondo del mar Negro.

Los rusos, nacion bárbara que salia de los panta-

nos del Báltico para subyugar y nacionalizar tribus mas bárbaras que ellos mismos, en los bosques de la Moscovia, amenazaban ya con interceptar á los turcos el camino de la Persia, de la Tartaria y del mar Caspio. Acristianados por uno de sus czares, por Wladimir, cuarto descendiente de Rurik, su primer caudillo, habian adoptado por imitacion y vecindad el cisma de los griegos. Los emperadores bizantinos habian sellado esta conformidad de religion dando sus hijas por esposas á los jefes de estos nuevos pueblos, que se habian multiplicado al abrigo de sus bosques y de sus hielos. Comenzaban á sentir su fuerza y á extenderse por el Oriente, buscando el sol, como sus nieves, derretidas en la primavera, siguen su curso hácia el mar Caspio. Ivan V Wasiliewitz, su czar, contemporáneo de Selim, acababa de caracterizar esta inclinacion de los rusos al Oriente conquistando á Cazan y á Astrakan contra los tártaros, y acercándose así á la Crimea.

El Don, el antiguo Tanais, río boreal, se precipita en el mar Negro, despues de haber atravesado trescientas leguas de tierras rusas. El Volga, naciendo en las mismas estepas de la Moscovia, se aparta en la mitad de su curso del mar Negro, para entrar en el mar Caspio por sesenta bocas. Entre estos dos rios, por mucho espacio paralelos, existe un istmo de

treinta mil pasos. Cortando este istmo por un canal que surcan buques de alto bordo, el mar Negro y el Palus Meotides que lo prolonga hácia Azof, podria comunicar con el Volga, y el Volga podria llevar las flotas y los ejércitos otomanos al mar Caspio, que baña el norte de la Persia. Este reino, invadido por mar y tierra por la parte que se creia inabordable, detrás de las olas del mar Caspio, como por la parte de la Arabia, se convertia en un territorio turco. La esclavitud lo invadia por donde esperaba su independencia. El Bósforo hubiera enviado sus leyes á Ispahan por dos mares, por un canal marítimo y por sesenta bocas; pero el comercio otomano hubiera impuesto mas pacificamente su monopolio al mundo oriental y occidental. Los productos de la Europa, codiciados en las Indias, y los productos mil veces mas ricos de las Indias, pedidos en toda costa de la Europa, en vez de hacer el largo y peligroso viaje de seis meses por el cabo de Buena Esperanza poco hacia descubierto, iban á llegar de mano en mano por las caravanas y los buques al mercado otomano del mar Caspio. Los dos mundos estaban condenados á traficar allí, bajo las tiendas, bajo el pabellon, con las tarifas tributarias de Selim II y de sus sucesores; el Ganges y el Indus hallaban su confluencia comercial con el Támesis, el Danubio, el Sena, el Rhin, el Tiber,

el Tajo, en el territorio de la Tartaria turca; el mar Negro se convertía en el Nilo de un nuevo Egipto. Nadie puede calcular la opulencia que la ejecución de semejante proyecto preparaba al imperio, y esta opulencia iba á ser al mismo tiempo prenda segura de paz para el universo. Sokolli se mostraba con esta concepcion gigantesca tan grande economista como patriota. Los dias en que vivimos prueban claramente cuán importante era para la Turquía y para la Europa poner desde el principio un dique al reflujó de la Rusia hácia el Oriente.

Este pensamiento era romano en su origen: el historiador Plinio lo atribuye al reinado del emperador Claudio, el Selim de Roma. Seleucus Nicanor lo habia presentado ya á los Romanos; la geografia se lo presenta á todos los siglos; pero Sokolli lo habia simplificado y facilitado, sirviéndose del Don y del Volga como de dos canales ya abiertos para llevar al mar Caspio las flotas del mar Negro.

Sokolli sucumbió, no bajo la magnitud de la empresa, sino bajo el peso de las preocupaciones de los cinco mil genizaros y veinte mil turcos que envió á Azof para abrir el canal. El khan de los tártaros Dewlet Gherai, aunque aliado y tributario de los turcos, temió por la independencia de la Crimea, si los dos mares reunidos convertian sus estados en un

ancho camino del imperio. Juzgó, además que el auxilio de sus tártaros, siempre pagado á precio muy subido, dejaria de parecer necesario á los sultanes contra los rusos, el dia en que el Don y el Volga conquistados les permitiesen llevar sus armas al corazon de la Moscovia, como Tímur lo habia verificado, partiendo desde las mismas embocaduras. Hizo pues secretamente todos sus esfuerzos para despolarizar en el campamento de los genizaros y de los batallones otomanos el pensamiento del gran visir.

La supersticion religiosa secundó la malevolencia del khan de Crimea. Los musulmanes, oyendo referir á los tártaros, que los dias eran de veinte horas y la noches de cuatro en estas estepas boreales, próximas á la Moscovia, se persuadieron los unos á los otros de que semejante clima estaba en contradiccion con los preceptos del Coran, que les ordenaba hacer la oracion de la tarde dos horas despues de ponerse el sol, y la de la mañana al romper el dia. « ¿Cómo podremos en noches de cuatro horas orar « dos veces y dormir? Dios reprueba la empresa que « impone á los musulmanes semejantes infracciones « del Coran! La religion del Profeta se ha hecho para « los climas en que su ley puede ser obedecida! » El murmullo y el desaliento hicieron caer las armas y los útiles de las manos de los soldados y de los tra-

bajadores, una columna de veinticinco mil ginetes turcos y tártaros, que marchaba sobre Astrakan para expulsar á los rusos, rechazada por las tropas de Ivan, volvió desordenada á sembrar el terror y la sedicion entre los que abrian el canal. La desercion favorecida por los tártaros dispersó el campamento; los generales cedieron ante los soldados amotinados, y se reembarcaron sin orden para volver á Constantinopla. Las tempestades del mar Negro parecia que se unian al fanatismo de las tropas para apartar á los otomanos del gran pensamiento de su ministro. Una parte de la flota naufragó á la vuelta; solo siete mil hombres volvieron á Constantinopla.

VIII

Mohammed Sokolli, perdiendo la esperanza de unir dos mares para abrir á los otomanos el camino de la Persia y de las Indias, quiso intentar por la Arabia lo que la ignorancia de su nacion habia hecho fracasar por la Persia. Resolvió cortar el istmo de Suez para hacer pasar los buques del Mediterráneo al mar Rojo y del mar Rojo al océano Indico. Una

rebelion general de la Arabia suspendió fatalmente la ejecucion de esta obra, en que piensan á estas horas los señores del Egipto y las naciones comerciales del Occidente. La invencion de los caminos de hierro, esta navegacion terrestre, le da ménos urgencia, sin hacerla ménos probable.

Las causas locales de esta sublevacion de la Arabia Feliz ó del Yemen contra los gobernadores del Egipto, fueron rivalidades de familias entre las dinastías oscuras de estas comarcas, demasiado imperceptibles y pueriles para ocupar un lugar en la historia. Pero esta sublevacion amenazaba extenderse por el resto de la Arabia hasta Egipto. Para sofocarla en su origen y para lograr alejar al mismo tiempo un rival, cuyo antiguo ascendiente sobre Selim era de temer, Sokolli ordenó á Lala-Mustafá, antiguo preceptor del sultan, ya desterrado en Anatolia, que formara en Siria y en Egipto un ejército para ir á someter la Arabia.

Algunos miles de genizaros formaban el núcleo de Mustafá. Sinan-bajá, gobernador de Egipto, en vez de secundar el alistamiento de los soldados para el ejército de Arabia, opuso una inercia calculada á las órdenes del seraskier. Seguro de agradar á Sokolli perjudicando el renombre de su rival, acusó á Mustafá de tenderle lazos en el Cairo, de haber intentado

envenenarlo con una copa de sorbete, de proyectar hacerse soberano independiente de Egipto y de Arabia. Sokolli, bien porque creyese estas acusaciones, bien porque así lo aparentase, envió un tchausch al Cairo para llevar á Mustafá su destitucion y la orden de venir á justificarse á Constantinopla. Sinan-bajá recibió en su lugar el título de seraskier y el mando de la expedicion contra el Yemen.

Othman-Ouzdemir-bajá, nacido en Arabia, que llegó á ser gran visir, pero que á la sazón era simple general de Sinan, habia ido al Yemen delante del seraskier. En una campaña feliz y rápida, Othman habia dispersado á los rebeldes, y tomado por asalto sus plazas fuertes. Para acrecentar sus recursos y para hacerse mas necesario á los ojos del divan, habia alistado en su ejército las tribus y los ginetes árabes, atraídos por la popularidad de su nombre. Sinan, celoso de los triunfos demasiado completos de su teniente, lo destituyó y nombró para el mando de su ejército á un esclavo ruso advenedizo, llamado Hassan-bajá. Othman, indignado con la ingratitud del seraskier, huyó á la Meca con parte de sus aliados árabes, y atravesando disfrazado las montañas de la Mesopotamia, fué á pedir justicia á Constantinopla.

Sabedor de su aproximacion, el gran visir, que temia sus relaciones con Lala-Mustafá, desgraciado

como él por la misma causa, prohibió su entrada en la ciudad. Othman plantó sus tiendas fuera de las murallas, en un cementerio cercano á la puerta de Andrinópolis, que la peste que reinaba entónces, llenaba diariamente de cadáveres. Arrostrando las nieves y las lluvias del invierno, iban muchos á ver á aquel hombre, juguete de la ingratitud de su señor.

Entretanto, un dia en que Selim II volvia de la caza por la puerta de Andrinópolis, Lala-Mustafá, víctima de la misma intriga, pero que no obstante se acercaba familiarmente á su antiguo discípulo, dirigió como al acaso la marcha del sultan hácia el cementerio en que Othman habia fijado sus tiendas, « ¿Quién habita tan miserable abrigo contra los rigores del invierno? » Preguntó el sultan. — « El hijo de Ouzdemir; vuestro fiel esclavo Othman-bajá, » respondió el preceptor. « El que bajo el reinado del sultan vuestro padre y bajo el vuestro ha extendido el imperio conquistando dos vastas provincias, la Nubia y el Yemen, despues de haber igualado en Arabia los servicios y las hazañas de su padre, es recompensado con la ingratitud de vuestros visires, y sufre la lluvia y el frio fuera de los muros de la ciudad, cuya entrada le está prohibida. » Selim guardó silencio y volvió pensativo

al serrallo. Al día siguiente, un khatti-scherif (orden autógrafa del soberano, que anula toda orden contraria de los ministros), nombró á Othman-bajá gobernador de Bassora, su patria. Habiendo querido Sokolli hacer presente al sultan los inconvenientes que tenia el nombrar á un hombre tan popular para el gobierno de una provincia limítrofe de la Arabia : « Cuidado con alterar esto, » le dijo severamente Selim. Pero Sokolli, mas deseoso de afianzar la seguridad del imperio que de agradar á su señor, cambió el destino de Othman en el mismo día, y le dió un gobierno ménos importante.

Toda la Arabia, vencida ó pacificada por Sinan-bajá, recibió en 1571 la ley de los turcos. Sinan entró en la Meca á la cabeza de su ejército, restableció la libertad de las peregrinaciones, y las tres caravanas de Siria, de Egipto y del Yemen celebraron en esta ciudad las ceremonias de la Kaaba. Nada paralizó ya los preparativos de Sokolli para la expedición de Chipre. El orden que reinaba en la Arabia, la reconciliación con los rusos, satisfechos con sus invasiones impunes de la Crimea, la paz con el emperador de Alemania, la amistad con los polacos, la alianza cada vez mas íntima con la Francia, la prosperidad del tesoro, el armamento de la flota, la impaciencia de las ociosas tropas, permitian al gran

visir dirigir el peso de su política contra los venecianos, y arrancarles el reino de Chipre. Esta conquista, que necesitaba el imperio, era además una condescendencia hábil por parte del gran visir con un antiguo capricho de Selim II.

Mientras que este príncipe, sospechoso á su padre, desterrado en Kutaiah ó en Magnesia, languidecía en la ociosidad y en la desgracia, privado á menudo de recursos, suerte comun entónces en Turquía de los príncipes herederos ó víctimas del trono, habia contraído con un compañero de su juventud una amistad y unas obligaciones que fueron despues funestas á los cristianos de Chipre.

Este hombre era un judío portugués llamado entónces José Nassy y anteriormente D. Miguez. Era uno de esos hebreos proscritos por la dispersion de todos los de su raza, y á quienes las persecuciones y el temor de los ultrages populares habian hecho adoptar un aparente cristianismo, del que renegaba en secreto. El mayor crimen de la persecucion consiste, no en hacer proscritos, sino hipócritas. José Nassy tenia un caracter insinuante, y la gracia que la necesidad da á los hombres, que solo pueden llegar al poder por medio del servilismo. Enriquecido ya en el comercio cuando salió del Portugal, habia ido como aventurero á Constantinopla con el objeto de

acrecentar y ennoblecer su fortuna. Enamorado locamente de una jóven judía cuya hermosura y opulencia estimulaban igualmente su amor y su codicia, D. Miguez no habia dudado un solo instante en abjurar por pasion un cristianismo adoptado por conveniencia. Se habia casado con esta jóven de su tribu.

Multiplicadas sus riquezas con este matrimonio, las sumas que prestaba con una política liberalidad á los magnates de la córte, los presentes en pedrería que prodigaba al serrallo, la posesion de los viñedos mas famosos de Chio, de Chipre, de Sicilia, cuyos productos empleaba en corromper el sensualismo poco escrupuloso de los cortesanos y del heredero de Soliman, dado á la embriaguez, le habian valido la amistad del jóven Selim. Como hombre que sabia arrostrar la desgracia presente para conquistar el favor futuro, habia seguido al príncipe á Kutaiah. La intimidad del musulman y del aventurero judío era tal, que se decía en Constantinopla que Selim no era hijo de Soliman y de Roxelana, sino de una judía, hermana de D. Miguez, sustituyendo en el harén á un hijo de la favorita, que habia nacido muerto. Placeres, dinero, desórden, vinos deliciosos del Archipiélago, todo era comun entre los dos amigos. El judío, estimulando la codicia del oro y la afición

al vino de Chipre, no dejaba de presentar esta isla al jóven entusiasta como el paraíso de los voluptuosos. Un dia en que el vino de los collados de Limasol habia embriagado un poco mas que de costumbre los sentidos y la imaginacion de Selim, el príncipe, arrojándose á los brazos de su amigo, le juró que si subia al trono le daría la propiedad del reino de Chipre en reconocimiento de las delicias que debía á su bolsillo y á su generosidad.

D. Miguez, que habia visto en la promesa del futuro sultan una especie de investidura, hizo pintar y colgar en su casa el escudo de armas de Chipre con esta inscripcion : « JOSÉ NASSY, REY DE CHIPRE. »

Al advenimiento de Selim al trono, Nassy, que habia ido á Belgrado para felicitarlo, se echó á sus piés. Levantándolo y abrazándolo, Selim le dió como preludio de un donativo mas regio el título de duque de Naxos, y de las doce Ciclades. En pago de estas inmensas posesiones el sultan solo exigió de su amigo un ligero tributo de dos mil ducados sobre los vinos que producian al nuevo poseedor de las Ciclades ciento cincuenta mil ducados. El antiguo príncipe desposeido de Naxos y de Andros fué á mostrar su degradacion y su indigencia á Constantinopla.

Pero tantas dignidades y riquezas no parecían al

favorito mas que escalones para llegar á su soñado reino de Chipre. No cesaba de estimular á Selim II á alargar la mano hácia esta posesion de la república. Los embajadores venecianos que conocian su crédito y temian sus riquezas, recelaban de las resoluciones del divan. Los jóvenes de la córte de Selim, Nassy, Lala-Mustafá, el capitan-bajá y su hermano Pialé se inclinaban á la declaracion de guerra á Venecia. El gran visir y el muftí eran los únicos que se oponian á este entusiasmo del serrallo. Ni la causa les parecia justa, ni el momento oportuno. No ofrecia Venecia motivo de queja, y sus fuerzas navales, ancladas en el puerto, podían cubrir de velas y cañones las costas de Chipre.

El ambicioso Nassy, cuya opulencia podia pagar crímenes y traiciones, corrompió, segun se dice, algunos piratas, y quemó con su auxilio el arsenal de Venecia. El 13 de setiembre una explosion nocturna despertó á los venecianos, que vieron incendiados sus navíos y su arsenal. Las municiones de la república se habian quemado al mismo tiempo. La dársena, llena la vispera con ciento cincuenta bajeles, se hallaba al día siguiente cubierta de cadáveres y de fragmentos de buques.

Este desastre decidió al divan á todo. Despues de una imperiosa intimacion, inaceptable para una

república orgullosa y libre, la expedicion otomana se dió á la vela para Chipre. Selim le dió su mando á los que se la habian aconsejado. Su preceptor, Lala-bajá, fué nombrado seraskier ó general de las tropas de desembarco; el capitan-bajá Pialé mandaba la flota; Iskender, beylerbeg de Anatolia, Hassan-bajá, vencedor de la Arabia bajo Sinan, Behram-bajá, gobernador de Caramania, y todos los generales veteranos de las guerras de Hungria, mandaban el ejército terrestre. Trescientos sesenta buques partieron sucesivamente en marzo y en abril desde Constantinopla á Chipre.

Diez mil hombres desembarcaron al pasar por la sinuosa isla de Tiné, y la incendiaron de una extremidad á otra para castigarla por haber sabido conservar su libertad contra las pretensiones de José Nassy, duque de Naxos. Pero los habitantes, refugiados é invencibles en la ciudadela, solo dejaron conquistar sus casas, sus árboles y sus rebaños. Sus almas libres respiraron la libertad despues de la corta aparicion de los turcos.

La flota, costeano lentamente los cabos avanzados de la Anatolia, entre Macri y Rodas, recorrió la costa de Caramania, recibiendo en todas las radas nuevos refuerzos. Estas cuatrocientas velas, formando una columna de Rodas á Satalia, anclaron el pri-

mero de agosto 1570 en frente de Amathonte, á la extremidad meridional de la isla. Los habitantes contaron con terror el número de sus enemigos desde lo alto de los promontorios y de las montañas de la isla.

IX

La isla de Chipre, la antigua tierra de Chetim de los fenicios y de los hebreos, la Kypros de los griegos, habia merecido por su situacion, su clima y la fertilidad de su suelo, ser divinizada en la fábula como la mansion de los dioses y de las diosas que simbolizaban la belleza y el amor, dioses de nuestros sentidos. Su nombre lo habia recibido de uno de la misma Vénus, Cypris. Los jardines, los bosques sagrados, los templos de esta diosa, cuyo culto era la voluptuosidad, cubrian sus promontorios. Amathonte y Pafos eran los mas famosos. Su polvo es formado á estas horas de las ruinas de los santuarios, los baños, las fuentes y las estatuas de este Olimpo femenino. El hombre que adora casi siempre lo que teme, adora al mismo tiempo lo que lo encanta en esta vida



transitoria, y lo que le hace soñar en las delicias de otro mundo. La naturaleza había consagrado la isla de Chipre á la felicidad y los deleites sensuales. Esta tierra era y es aun el Eden de los mares. Las olas, el suelo, el sol y el aire parece que la han hecho surgir como á Afrodita de una amorosa armonía de los elementos.

Semejante á una cuna flotante que los vientos de Egipto han llevado muellemente de ola en ola con su templado aliento hasta el fondo oriental del gran lago del Mediterráneo, la isla, defendida del Norte por la cadena almenada del Táurus y del Simun del desierto por las cimas del Líbano, se extiende en un espacio de setecientas millas de circunferencia próximamente entre la Siria y la Caramania. La sombra alternativa de estas elevadas montañas parece prolongarse mañana y tarde hasta sus orillas, y dar un azul mas pronunciado á las olas del mar que la cubren con su espuma.

Por la parte que mira á la Siria, la isla prolonga, rebajándose al nivel de las ondas, su promontorio de Denaretum, como si quisiera penetrar en el golfo de Alejandreta, en las bocas del Oronte, y ofrecer un puente á las caravanas de Alepo y de Damasco. En frente de Cilicia, la isla, con bordes mas elevados, se acerca por el promontorio de Epifania al golfo de



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Satalia, este lago salado de Caramania, encerrado entre los bosques del Taurus. El cabo Crommyon, protuberancia del núcleo de la isla entre estos dos promontorios, parece que quiere rivalizar con las asperezas de los cabos del Taurus que tiene á la vista. Un canal de mar, que los barcos de los pescadores atraviesan en una noche de verano, lo separa del continente de Anatolia.

Este cabo Crommyon se une, por medio de pendientes suaves y continuas, al macizo fundamental y céntrico de la isla, el Olimpo de Chipre, el mas elevado, pero el mas sereno de los cuatro Olimpos de esta tierra, en donde la antigüedad parece que ha vacilado para situar la residencia de sus dioses. El poeta Eurípides hace de los valles arbolados y murmuradores del Olimpo de Chipre la patria de Vénus Afrodita y la mansion de las Musas, estas Vénus intelectuales, que inspiran á los hombres, hácia la belleza moral, el amor que la Vénus corporal inspira á los sentidos.

A la derecha y á la izquierda de este monte Olimpo, dos cadenas de montañas, ménos elevadas, corriendo y declinando hasta la extremidad del territorio, presentan como un surco sus pendientes á dos soles opuestos. Esta es la hinchazon del músculo dorsal de Chipre, que sin duda da lugar á que los antiguos

geógrafos comparen la isla al vellon de un carnero flotante sobre el mar, á un escudo convexo en el que reflejan los rayos solares; en fin, al lomo de un delfin nadando entre las olas. Allí donde las Musas, Júpiter, Adónis llorado por Vénus, Apolo y la misma Vénus tenían sus nombres, sus templos, sus cultos, sus peregrinos, la teogonía cristiana los habia sustituido los nombres, los altares, las peregrinaciones de todos los apóstoles, de los santos, de los mártires.

Chipre, con su eterna primavera, tenia un suelo y una poblacion correspondientes á su situacion, su clima y su territorio. El trigo, la viña, el moral que nutre al gusano de seda, el olivo, las colmenas que dan una miel tan famosa como la del Hymeto, el plátano, el ciprés, el mirto cuya flor adormece los sentidos, el ópio que los embriaga, todas las plantas que los alimentan, todos los frutos que apagan la sed; el melon, la granada, la naranja, los limones, las manzanas, las peras de Cilicia, los melocotones, los dátiles de Siria, los higos de Salamina, abundaban en sus colinas ó en las márgenes de sus arroyos. El navegante que se acercaba á Chipre y contemplaba aquella prodigiosa vegetacion que tapiza las rocas, mojando sus filamentos en el agua salada, se figura ver un canastillo que rebosa de hojas y frutos.

Hasta los animales parece que quieren participar

de la opulencia y de la serenidad de su tierra. Sus bueyes eran escogidos por su tamaño, sus cuernos y su blancura para los sacrificios; sus innumerables palomas de alas azules, como teñidas en el mar, consagradas á Vénus, cubren ahora los bosques y las fuentes de la isla, enterneciéndolos con su amoroso arrullo.

La riqueza industrial era igual á la riqueza vegetal. Entre sus peñas se ocultan piedras preciosas, tales como el jaspe, el cristal de roca, el ópalo, el amianto. Minas de cobre, metal consagrado á Vénus, sin duda á causa de su origen, se explotaban desde los tiempos mas remotos. Pantanos salados, en los que deja el mar al retirarse una cristalización blanca semejante á la nieve, suministran á la isla y á los continentes inmediatos la sal de Chipre.

Su historia, como la de los países codiciados por los conquistadores, y muy enervados por una civilización prematura, el Egipto, la Grecia, la Siria, la Italia, estaba llena de vicisitudes y de catástrofes.

Nueve tiranos, servidos por un ejército de delatores, la regian en sus primeros tiempos históricos. Mujeres esclavas, que tocaban instrumentos y á quienes se llamaban las *lisongeras*, debian embriagar sus sentidos é inspirarles la languidez que produce la música afeminada. Los Egipcios la habian conquistado de los fenicios, los persas de los egipcios, los griegos de los persas; despues habia pertenecido á Alejandro, luego á los romanos, representados por Caton; devastada por los judíos en tiempo de Trajano, habia caido á fines del séptimo siglo de nuestra era, en poder de los árabes; Balduino, rey cruzado de Jerusalén, y Ricardo, rey de Inglaterra, se la habia arrebatado á los árabes; el último la habia dado en fianza á los templarios, frailes espoliadores y tiranos que devastaban y esclavizaban los pueblos en nombre del que murió en la cruz por emanciparlos; despues se la cedió á Guy de Lusñan, en cambio de la corona de Jerusalén; mas tarde, los genoveses, compradores y vendedores de reinos, la habian adquirido pagándola á los sucesores de Guy. Los mamelucos de Egipto la reunieron con su precaria posesion; los venecianos habian penetrado en ella á la sombra del comercio.

Una veneciana, Catalina Cornara, se habia casado con el último soberano nominal de la isla, heredero

de la opulencia y de la serenidad de su tierra. Sus bueyes eran escogidos por su tamaño, sus cuernos y su blancura para los sacrificios; sus innumerables palomas de alas azules, como teñidas en el mar, consagradas á Vénus, cubren ahora los bosques y las fuentes de la isla, enterneciéndolos con su amoroso arrullo.

La riqueza industrial era igual á la riqueza vegetal. Entre sus peñas se ocultan piedras preciosas, tales como el jaspero, el cristal de roca, el ópalo, el amianto. Minas de cobre, metal consagrado á Vénus, sin duda á causa de su origen, se explotaban desde los tiempos mas remotos. Pantanos salados, en los que deja el mar al retirarse una cristalización blanca semejante á la nieve, suministran á la isla y á los continentes inmediatos la sal de Chipre.

Su historia, como la de los países codiciados por los conquistadores, y muy enervados por una civilización prematura, el Egipto, la Grecia, la Siria, la Italia, estaba llena de vicisitudes y de catástrofes.

Nueve tiranos, servidos por un ejército de delatores, la regian en sus primeros tiempos históricos. Mujeres esclavas, que tocaban instrumentos y á quienes se llamaban las *lisongeras*, debian embriagar sus sentidos é inspirarles la languidez que produce la música afeminada. Los Egipcios la habian conquistado de los fenicios, los persas de los egipcios, los griegos de los persas; despues habia pertenecido á Alejandro, luego á los romanos, representados por Catón; devastada por los judíos en tiempo de Trajano, habia caido á fines del séptimo siglo de nuestra era, en poder de los árabes; Balduino, rey cruzado de Jerusalén, y Ricardo, rey de Inglaterra, se la habian arrebatado á los árabes; el último la habia dado en fianza á los templarios, frailes espoliadores y tiranos que devastaban y esclavizaban los pueblos en nombre del que murió en la cruz por emanciparlos; despues se la cedió á Guy de Lusignan, en cambio de la corona de Jerusalén; mas tarde, los genoveses, compradores y vendedores de reinos, la habian adquirido pagándola á los sucesores de Guy. Los mamelucos de Egipto la reunieron con su precaria posesion; los venecianos habian penetrado en ella á la sombra del comercio.

Una veneciana, Catalina Cornara, se habia casado con el último soberano nominal de la isla, heredero

de los cruzados. Los agentes de la república de Venecia, habiendó envenenado á este rey y al hijo que habia tenido de Catalina Cornara, la viuda habia sido declarada hija de la república, y con este título habia dado á su vez el reino á Venecia, su madre. En pago de esta munificencia voluntaria ó forzosa, el senado de Venecia fabricó un magnífico sepulcro para Catalina Cornara en la iglesia de San Salvador, y proclamó á esta viuda patrona de la república.

La isla, aunque trastornada y despoblada por tantas revoluciones interiores y tantas conquistas, habia recobrado con el gobierno, la proteccion y el comercio marítimo de la república, una prosperidad agrícola é industrial, que la habian elevado á la primera colonia del Occidente sobre las fronteras del Asia. Era para los venecianos lo que es hoy Cuba para los españoles. La república tenia allí tropas y escuadras. Su capital Nicosia, situada en el corazon de la isla, sus principales ciudades marítimas, Famagustes y Larnaca, sus puertos fortificados con todo el arte de los ingenieros europeos y con toda la prodigalidad de la mas rica república militar del Occidente eran baluartes comparables á los de Rodas, Malta y Belgrado, por tanto tiempo inexpugnables para los otomanos.

Dandolo, con el título de proveedor, gobernaba

inhábilmente la isla de Chipre. Hector Baglioni, noble veneciano, mandaba las tropas, Bragadino defendia á Famagustes; el número de sus soldados, que no excedia de siete mil venecianos, exigia que se parapetaran detrás de sus murallas y al abrigo de sus buques.

XI

El seraskier, que tenia cien mil combatientes en sus cuatrocientos bajeles, desembarcó sin obstáculo con esta multitud y la artillería en la playa desnuda de Limasol, en la punta de la isla que hace frente al mar de Rodas. El capitan bajá Pialé, volviendo otra vez á tomar el largo, bogó durante el estio entre Rodas, Chipre y Satalia, para atacar toda escuadra veneciana que procedente del Adriático navegase hacia la colonia bloqueada.

Lala-Mustafá era novicio en el arte de la guerra, Pialé lo excitaba á atacar á Famagustes ántes que á Nicosia, para no dejar una ciudad y un ejército enemigo entre el mar y el suyo mientras asediase la ca-

pital. Enorgullecido con sus numerosas huestes, el seraskier despreció este prudente consejo y marchó con sus cien mil hombres sobre Nicosia. Los habitantes de toda la isla, inundada por este torrente de turcos indisciplinados, al mando de un general bárbaro, se replegó á la capital, á las gargantas y á las mesetas inaccesibles del Olimpo.

Nicosia, punto mal escogido para capital de un reino marítimo, estaba situada sobre una colina en el centro de la isla.

Su desmesurada extension, relativamente al número de sus habitantes, la exponia á los ataques del enemigo en una circunferencia de tres mil pasos. Mas que una ciudad fuerte era una ciudad santa. Trescientas sesenta iglesias ó monasterios atestiguan la supersticion de los reyes de Jerusalén y de los frailes griegos, que dominaban á la sazón el Oriente. Los venecianos, mas previsores, habian destruido ochenta de estas iglesias y conventos para construir bastiones con sus materiales.

Una poblacion de cien mil almas, y diez mil soldados venecianos, cipriotas, italianos, y albaneses, al servicio de Venecia, se hallaban dentro de los muros de esta capital. Con terror pero sin flaqueza, vieron á Lala-Mustafá, que habia llegado al pié de las colinas, distribuir y plantar sus tiendas, establecer sus bate-

rias, y repartir sus cien mil soldados al rededor de sus fortificaciones.

Seis semanas de sitio y cinco asaltos rechazados habian reanimado sus esperanzas : miraban todas las mañanas desde los campanarios si los bajeles prometidos por la república aparecian en el horizonte de Rodas ó Candía. Solo vieron las cuatrocientas velas del capitan-bajá acercarse á la playa de Lima-sol y desembarcar un refuerzo de veinte mil turcos para aumentar las tropas del seraskier.

La llegada de estos veinte mil hombres al campo de Mustafá fué la señal de un nuevo asalto general. Este era el 9 de setiembre de 1570. Antes del amanecer treinta mil genizaros habian tomado á fuerza de gente, los principales bastiones de la ciudad. Los mas bravos oficiales habian perecido bajo el sable ó por las balas de los turcos. El proveedor Dandolo, el arzobispo, el clero y los principales magistrados se habian refugiado en el palacio del gobernador, cuyas murallas vacilaban bajo los tiros próximos de los vencedores. Los primeros parlamentarios cipriotas que habian avanzado hácia las brechas, pidiendo gracia ó capitulacion, caian acribillados sin otra respuesta que la metralla y la muerte. El pérfido Dervish-bajá habia pasado sobre sus cuerpos á la cabeza de una columna de seis mil genizaros y de seis ca-

ñones que hundian las puertas del palacio. Se habia apoderado de un monje italiano y le habia encargado ir á que ofreciese á los sitiados del castillo la vida y el honor, con obligacion de que cesara el fuego de su artillería.

El monje volvió con la capitulacion firmada en las manos. Dervish-bajá y sus soldados lanzándose por la puerta abierta al monje, rompieron la capitulacion y pasaron á cuchillo á los venecianos : el mismo proveedor Dandolo cayó bajo el sable de Dervish-bajá. Su sangre al ménos lavó su afrenta.

Las mujeres, refugiadas en los terrados del palacio. Combatieron hasta la muerte, en medio del humo y las llamas, que empezaban á quemar sus vestidos. Las madres, ántes de precipitarse de lo alto de las almenas daban de puñaladas á sus hijas por salvar al ménos la libertad y la castidad de estas virgenes de la servidumbre y de la liviandad de los soldados. Una de ellas ahogó á su hijo, niño de una belleza extraordinaria. No, « exclamó ella, clavándole un cuchillo en el pecho, tú no sufrirás como esclavo las brutalidades de nuestros verdugos. » Ella se hirió inmediatamente sobre el cuerpo del niño. Veinte mil cadáveres de hombres, mujeres y niños precipitados de las ventanas y de los terrados de las casas forzadas ó incendiadas ensangrentaron en al-

gunas horas las calles de Nicosia. Dos bajeles de los turcos, que estaban anclados en la rada para recojer los despojos, se hundieron bajo el peso de los esclavos, muebles y tesoros amontonados por los vencedores sobre sus embarcaciones. Se evalua en millones de ducados el oro acumulado por los venecianos en las iglesias y en los palacios de Nicosia.

El heroismo de una mujer griega, embarcada en el bajel almirante para ser conducida como esclava á Constantinopla, triunfó de la codicia del vencedor.

En el momento en que los buques de la escuadra, sobrecargados y amontonados los unos contra los otros en la estrecha rada, levaban sus anclas, cuando las llamas de la ciudad incendiada alumbraban por la última vez las costas de su patria, esta mujer se lanzó con una antorcha en la mano, sobre el puente, prendió fuego á las velas tendidas del navío, para pe-
recer al ménos vengando su religion y su raza. La llama animada por el viento de tierra y por la explosion de los cañones y de la polvora, corrió de un navío á otro obligando á los marineros á precipitarse desde los puentes al mar para librarse de esta inextinguible hoguera. El navío del gran visir y otros tres de guerra volaron en pedazos de fuego sobre la rada por la explosion de sus almacenes de pólvora ; el resto se quemó y zozobró lentamente por la noche,

sumergiendo en el mar á las mujeres y las hijas nobles de la isla, encadenadas sobre los puentes.

El tesoro de la república embarcado sobre estos navíos, en cequíes de Venecia, fué tragado con estos cadáveres por las olas. Los buzos turcos se esforzaron en vano para seguirle á las profundidades del mar. Las olas del de Chipre se amontonan desde aquella noche sobre los esqueletos encallados de las embarcaciones que encubren el precio de tantos crímenes perdidos. Se conoce el lugar; se ven de tiempo en tiempo subir á la superficie de la rada algunos indicios de este gran naufragio, separados por las tempestades de las quillas de los navíos; pero no se han podido hasta ahora sondar sus flancos para arrancar sus riquezas.

En nuestros días aventureros ingleses, por el renombre de estos tesoros, han ofrecido á los turcos partírselos con ellos, obligándose á sacarlos de las olas á sus expensas; pero el mar parece que se niega á dar á los hombres el precio de tantas maldades y tanta sangre.

XII

Lala-Mustafá, embriagado con su triunfo, envió delante de él la cabeza cortada del proveedor Dándolo, á Bragadino, comandante de Famagustes, segunda capital de la isla, para requerirle por el terror, que abriese la ciudad.

Bragadino tenia en su corazón el valor desesperado de todo un pueblo, y en su intrepidez la salvación de Chipre, si el senado de Venecia hubiese secundado dignamente á su general. Los ciento veinte mil soldados de Mustafá y las innumerables velas de Pialé no hicieron mas que exaltar su heroísmo al nivel de los peligros. El otoño y el invierno vieron los asaltos inútiles de Mustafá estrellarse contra las murallas pulverizadas, pero siempre reparadas, de Famagustes.

Chipre, confiado en su héroe, oyó muchas veces por la parte de Rodas las cañones de las flotas de Venecia que trataban de abrirse paso á través de las del capitan-baja. Dos mil defensores enviados de la Dalmacia, y mil quinientos de Candia, llegaron á

forzar la rada de Famagustes y á introducir refuerzos, víveres y municiones en la ciudad.

Selim impaciente, y el gran visir irritado maldecían la lentitud del sitio. Lala-Mustafá, humillado, les enviaba las cabezas de los generales y de los almirantes á quienes atribuía su oprobio. Cuarenta mil mineros nuevos y soldados pasaron en la primavera de la costa de Caramania á la de Chipre. Las peñas de Famagustes agujereadas por cien mil brazos, abrieron á los turcos trincheras tan grandes y profundas que los soldados de caballería podían pasar bajo sus bóvedas. Baterías de ochenta cañones, cuyo calibre igualaba al de los que habían arrasado á Constantinopla y Rodas, vomitaban noche y día trozos de granito contra las murallas.

Bragadino resolvió sepultarse bajo los escombros, é hizo para ello salir de la ciudad á todos los habitantes que consumían los víveres de la guarnición. Este pueblo estenuado de hambre se presentó un día delante de los turcos en ademán suplicante; los generales otomanos, condolidos de tanta miseria, los dejaron dispersarse para proporcionarse su subsistencia en las poblaciones griegas de la isla.

Bragadino, dueño de sus acciones, vió impunemente las minas de los turcos estallar una á una bajo sus murallas. Cada brecha abierta en sus muros

se convertía en tumba de los sitiadores; cañones fundidos á su vista reemplazaban á las piedras; el estrecho recinto de Famagustes no presentaba por todos lados mas que bocas de fuego. El jefe había comunicado á sus diez mil soldados el mismo ardor. Las lejanas señales de las galeras de Venecia, que veían de tiempo en tiempo sobre el mar de Candia, les prometían una cercana libertad; pero esta esperanza se desvanecía todos los días. Las murallas se desplomaban hasta los cimientos en los fosos; los venecianos cercados en el segundo recinto construido de tierra, aguardaban que nuevas minas subterráneas, cuyos trabajos oían bajo sus piés, los enterrarán en un sepulcro de fuego. Por su parte no tenían pólvora mas que para tres días. Lo que iban á entregar á los otomanos era un monton de tierra, teñido de sangre.

Parecía que los otomanos se compadecían de tanto y tan inútil heroísmo. Se abrieron negociaciones sobre la brecha; el kiaya del seraskier y el de los genízaros entraron con una bandera blanca en la plaza y se quedaron en rehenes para seguridad de los parlamentarios venecianos. Dos nobles de Venecia fueron bajo estos auspicios á la tienda de Lala-Mustafá y fueron recibidos con los honores debidos á su valor. El seraskier les hizo sentar en un divan; el capitán-

bajá los invitó á un festin de paz. Una capitulacion aseguró á Bragadino y á sus tropas sus vidas, armas y propiedades junto con las de los habitantes que quisieran quedarse en la isla, sometidos á la dominacion del sultan, y buques para trasladar los demás á Candía. Tres dias bastaron para evacuar Famagustes y embarcar las tropas venecianas sobre bajeles, á excepcion de los oficiales superiores que presidian en tierra el despacho de los correos, y el embarco de los soldados.

El tercer dia por la tarde Bragadino fué á las tiendas del seraskier para despedirse del bajá, y entregarle las llaves de la desierta ciudad. Acompañaba al general, Luis Martinengo, ingeniero muy instruido, que habia dirigido la defensa, Baglioni, Quirini, nobles venecianos y cuarenta soldados escogidos de su escolta. Montado sobre el último caballo, que quedó vivo, vestido con el traje de púrpura del senado de Venecia, y haciendo llevar á un moro, el quita-sol encarnado, insignia de la autoridad suprema de un gobernador de plaza, Bragadino avanzaba con confianza hácia las tiendas, siendo mirado con respeto por los vencedores. La recepcion de Lala-Mustafá fué digna, y la conversacion amistosa; pero este disimulo ocultaba la venganza.

Lala-Mustafá no perdonaba al heroe el haber retar-

dado quince meses su triunfo y comprometido en Constantinopla su crédito y tal vez su cabeza. Quería disculparse con Selim, con un derramamiento de sangre. Algunos historiadores de la catástrofe de Chipre dan por motivo de la perfidia de Lala-Mustafá, la infame pasion que nació en su alma al aspecto del jóven Antonio Guirini, bello adolescente de una figura femenina, que acompañaba á Bragadino en esta audiencia. La brutalidad de algunos otomanos corrompidos, desde la conquista de Constantinopla, por los vicios desnaturalizados de los griegos, no justifica bastante esta suposicion. La exigencia inesperada y tenáz del seraskier la explica.

« ¿Qué garantía me darás tú? » dijo á Bragadino dispuesto á retirarse, de « que los bajeles otomanos « que yo te presto para llevarte á Candía con tus « soldados no serán retenidos por la república? — « La capitulacion, » respondió Bragadino admirado, « no menciona mas que mi palabra. ¡Y bien! replicó el seraskier, yo exijo que me dejes en rehenes ese jóven que me agrada guardar, y que me responderá con su cabeza de vuestra fidelidad. »

Bragadino se ruborizó y se indignó de una cobardía propuesta tan odiosamente á un hombre que preferia hacia dos años la gloria y el honor á la vida. La conferencia se envenenó con recriminaciones é inju-

rias. Lala-Mustafá reprochó con razon á los venecianos de Famagustes el haber inmolado el año anterior, en completa paz, cincuenta peregrinos musulmanes, arrojados por la tempestad á su isla y sacrificados por los cristianos. Este recuerdo verdadero y demasiado sangriento pareció pedir á su furor atroces represalias; mandó á los verdugos cortar la cabeza á Antonio Guirini, causa inocente del altercado, á Martinengo y á Baglioni. Sus cabezas rodaron en el momento por la alfombra.

Los crímenes de Bragadino exigian suplicios mas lentos. Mustafá le hizo cortar las narices y las orejas, y mandó que se le condujese asi mutilado sobre el navio almirante de Rodas. Allí con un refinado suplicio provocado, dicen los historiadores otomanos, por igual impuesto á los prisioneros turcos bajo el gobierno de Bragadino, fué izado en las vergas, sumerjido desde esta horca, en el mar, sacado y sumerjido nuevamente, escarneciendo el sentimiento de su prolongada agonía.

Llevado á la costa seis dias despues, colocaron sobre sus espaldas un yugo cargado con dos cestas de piedras, que le hicieron llevar á los bastiones de la ciudad, con el objeto de que levantase en beneficio de los turcos los muros que habia defendido contra ellos. Cada vez que pasaba delante del seraskier pre-

sente á su ignominia, Bragadino era obligado á prosternarse ante su verdugo; en fin, conducido á la plaza, el desgraciado general de Venecia fué atado en frente de la puerta de su palacio al poste en que azotaban á los esclavos y en él fué desollado vivo. « ¿Donde está tu Cristo? le decian burlándose los « verdugos, » ¿porqué no lo llamas en tu socorro? El impasible mártir no apartó el pensamiento de Dios para responderles y continuó recitando en alta voz el salmo, *tened piedad de mí, Señor*. Cuando llegó al versículo en que el salmista entrega su alma á Dios, espiró.

Este suplicio de ocho dias no satisfizo todavía la ferocidad de Mustafá. Hizo descuartizar el cuerpo de Bragadino, y exponer uno de sus cuatro miembros en cada uno de los cuatro bastiones de Famagustes. Su piel llena de heno y colocada por desprecio sobre el lomo de una vaca, fué paseada por la ciudad y por el campo, vuelta á colgar en la verga de una galera, y embalada despues en una caja de ciprés con las cabezas del mismo Bragadino, de Martinengo, de Baglioni y de Guirini, fué enviada en presente á Selim por su indigno preceptor. El maniquí cubierto con la piel del campeón de Chipre expuesto en Constantinopla en el baño de los esclavos cristianos, fué robado por la piedad de los esclavos venecianos y

restituido con sus huesos al senado de su patria, donde los restos del héroe reposan en una urna de mármol, bajo las bóvedas del Panteon veneciano de San Juan y de San Pablo.

Los crímenes contra la lealtad, contra la humanidad, y contra la naturaleza, del feroz preceptor del sultan, se perdieron entre los crímenes políticos y religiosos que consternaban en aquel siglo sanguinario á la Europa y al Asia; en aquel siglo, Ivan el Terrible, martirizaba sus súbditos en Rusia con torturas atroces que sobrepujaban á las de Neron; Carlos IX en Francia disponia piadosamente la San-Barthelemy; los vencedores de la fortaleza de Wittenstein, defendida valientemente, atravesaban al comandante, prisionero de guerra, con el hierro de una lanza, y lo asaban á fuego lento en medio de los aplausos del ejército; los españoles instituian con la inquisicion un tribunal que pretendia purificar la fé con las hogueras. El choque de las razas, de las religiones, de los cismas, de las armas habia endurecido el corazon de la humanidad, y no dejaba á la historia por toda justicia mas que la execracion de estas maldades.

XIII

Lala-Mustafá, este Torquemada de Chipre, no dejó con vida entre todos los héroes defensores de Famagustes mas que á Enrique Martinengo, sobrino del ilustre ingeniero de este nombre. Lo mutilaron en lugar de matarle, y lo condenaron á servir como esclavo y como eunuco en el palacio del gran visir.

Así cayó bajo la dominacion otomana este delicioso reino de Chipre que la naturaleza y los conquistadores parecian querer disputarse tantos siglos hacia; el uno para hacerlo el jardin del Oriente, los otros para convertirlo en sepulcro de su floreciente poblacion. Los otomanos no sacaron de esta conquista mas que orgullo para sus armas y aborrecimiento por su crueldad. Bajo su mala administracion esta isla no se restableció jamás de este desastre. Los venecianos perdieron con ella la mas próspera de sus colonias; los turcos no ganaron mas que una tierra esterilizada y una poblacion agotada por la guerra, arruinada para todo el mundo, y de la cual solo heredó la soledad.

Esta conquista habia costado cincuenta mil hombres á los vencedores, quinientos mil á los vencidos. Este reino del que los romanos habian hecho homenaje á las reinas de Egipto Arsinoé y Cleopatra, vino á ser una propiedad de los grandes visires; sus productos fueron mas tarde agregados á la casa de las sultanas Validé, madres de los soberanos reinantes. Un imperio fué el patrimonio de una esclava privilegiada del serrallo.

XIV

La caída de Chipre y el martirio de sus defensores resonaron en Europa. La barbarie de Lala-Mustafá encendió de nuevo el aborrecimiento nacional y religioso contra los musulmanes; el papa, gefe nacional de la cristiandad, fomentó con sus esfuerzos una liga de las marinas italiana, española y francesa para vengar la derrota y la sangre derramada de Chipre. El gran visir Sokolli la presintió y la evitó. Estaba mas inquieto que contento con el ascendiente que la expedicion de Chipre habia dado en el serrallo á Lala-Mustafá, su enemigo secreto. Él habia confiado

mas en sus reveses que en su triunfo, y trató de hacer á Lala-Mustafá ménos necesario, rebajándolo y reconciliando inmediatamente el imperio con la república de Venecia.

La Francia le pareció la potencia mas interesada en disolver una coalicion cristiana que no podia aprovechar politicamente mas que á la casa de Austria. Encargó al embajador de Francia que fuese á Paris á proponer al rey si queria ser árbitro de la paz entre los venecianos y los otomanos. Este embajador fué invitado por Sokolli á pasar por Venecia para hacer indirectamente al senado, las primeras insinuaciones de paz con la república, bajo la mediacion de su córte.

Pesaba mas en el senado el ascendiente de una coalicion naval del Occidente en el Mediterráneo, que ódio contra los turcos. Dióse prisa á enviar un embajador confidencial á Constantinopla para empezar las negociaciones. Este enviado, Jacobo Ragazzoni, conferenciaba secretamente con el gran visir en Constantinopla, interin el legado del papa, Colonna, conferenciaba en Venecia con el senado para hacer entrar á la república en la coalicion contra los turcos.

La Francia y el gran visir no tuvieron tiempo para prevenir los esfuerzos del papa, de la España y del Austria en Venecia. El grito popular contra la devas-

tacion de Chipre triunfó de la política sospechosa del senado; la liga católica fué firmada : á fines de 1571 entre la España, el papa y Venecia, para humillar el poder otomano en el Levante.

El armamento general fué fijado en cien navíos, doscientas galeras, cincuenta mil hombres de desembarco, y cinco mil de caballería. El rey de España como el mas fuerte y mas celoso, se encargó de la mitad de los gastos de la guerra, Venecia de una tercera parte, el papa de la sexta; el generalísimo debia ser nombrado por España. Mesina, en Sicilia, era el puerto de la coalicion y el punto de partida de los confederados. Una misa solemne celebrada con toda la pompa militar y religiosa de la época selló la confederacion.

El embajador de Francia, pasando por Venecia, al volver á Constantinopla, intentó en vano separarla de una alianza con potencias cuyo móvil principal era mas bien el de dominar en sus propios mares, que el deseo de vengar á la república. Los políticos comprendieron al embajador, pero el pueblo no escuchó mas que á los predicadores de la cruzada. Esta es la vez decimatercia que la presencia de los turcos en Europa sublevó contra ellos el Occidente.

El Godofredo de Bouillon de esta tercera cruzada parecia haber sido formado por la naturaleza, por la

política y por la gloria para ser el alma, el genio y el brazo de esta coalicion. Este es el último de los caballeros del Occidente que, por su nacimiento, aventuras y heroismo, se parece al héroe de la fábula, del romance ó de la poesia. Este generalísimo de la cruzada naval, era D. Juan de Austria. Habia un velo acerca de su origen, que la historia acaba apenas de levantar.

XV

Carlos V no solo tenia el genio, sino el corazon tambien de un grande hombre, sediento de gloria y de amor. Seis años despues de haber muerto su mujer á quien habia amado fielmente, y cuya memoria idolatraba, se apoderó de él una de esas tristezas que deja vacío en los corazones por la ausencia eterna de las personas que se han amado, vacío que no puede ser llenado mas que por la religion y por el amor; estos dos extremos del alma. Mas tarde, otro acceso de melancolia le hizo sentir el mismo vacío en la posesion de la monarquia universal, y renunciar al trono para dedicarse á la contemplacion en el monasterio de San Yuste.

Cuando residia en 1545 en Ratisbona, y gobernaba

tacion de Chipre triunfó de la política sospechosa del senado; la liga católica fué firmada : á fines de 1571 entre la España, el papa y Venecia, para humillar el poder otomano en el Levante.

El armamento general fué fijado en cien navíos, doscientas galeras, cincuenta mil hombres de desembarco, y cinco mil de caballería. El rey de España como el mas fuerte y mas celoso, se encargó de la mitad de los gastos de la guerra, Venecia de una tercera parte, el papa de la sexta; el generalísimo debia ser nombrado por España. Mesina, en Sicilia, era el puerto de la coalicion y el punto de partida de los confederados. Una misa solemne celebrada con toda la pompa militar y religiosa de la época selló la confederacion.

El embajador de Francia, pasando por Venecia, al volver á Constantinopla, intentó en vano separarla de una alianza con potencias cuyo móvil principal era mas bien el de dominar en sus propios mares, que el deseo de vengar á la república. Los políticos comprendieron al embajador, pero el pueblo no escuchó mas que á los predicadores de la cruzada. Esta es la vez decimatercia que la presencia de los turcos en Europa sublevó contra ellos el Occidente.

El Godofredo de Bouillon de esta tercera cruzada parecia haber sido formado por la naturaleza, por la

política y por la gloria para ser el alma, el genio y el brazo de esta coalicion. Este es el último de los caballeros del Occidente que, por su nacimiento, aventuras y heroismo, se parece al héroe de la fábula, del romance ó de la poesia. Este generalísimo de la cruzada naval, era D. Juan de Austria. Habia un velo acerca de su origen, que la historia acaba apenas de levantar.

XV

Carlos V no solo tenia el genio, sino el corazon tambien de un grande hombre, sediento de gloria y de amor. Seis años despues de haber muerto su mujer á quien habia amado fielmente, y cuya memoria idolatraba, se apoderó de él una de esas tristezas que deja vacío en los corazones por la ausencia eterna de las personas que se han amado, vacío que no puede ser llenado mas que por la religion y por el amor; estos dos extremos del alma. Mas tarde, otro acceso de melancolia le hizo sentir el mismo vacío en la posesion de la monarquia universal, y renunciar al trono para dedicarse á la contemplacion en el monasterio de San Yuste.

Cuando residia en 1545 en Ratisbona, y gobernaba

desde allí tantos reinos, desde Túnez hasta los confines de la Hungría y las embocaduras del Escalda, tuvo unos amores misteriosos y caballerescos con Bárbara de Blomberg, jóven alemana de noble familia, cuya pura belleza y ternura de alma le hacian recordar la compañera de sus primeros años. La tristeza mas que la pasión fué la que hizo nacer y alimentar el amor entre estos dos corazones. Bárbara de Blomberg tenia una de esas voces que remueven fuertemente los recuerdos en el fondo del corazón. Carlos que habia tenido ocasion de oirla en las fiestas de Ratisbona, habia sentido una emocion mas fuerte que su languidez. Bárbara de Blomberg fué llamada honrosamente á su córte y recibida familiarmente por el rey para distraer (dicen las memorias de la época) la tristeza del príncipe con su canto.

D. Juan nació el 24 de febrero de 1546 de estos amores. El misterio mas profundo habia ocultado este nacimiento. Carlos V tenia muchos escrúpulos por su buen nombre y mas aun por el de su amante, á quien queria demasiado para consentir en deshonorarla con su amor. El niño robado á la madre por una confidenta, criado en Alemania con nombre supuesto, trasportado despues á España por su nodriza, fué cuidado hasta su adolescencia léjos de su vista, pero cerca del corazón de Carlos V.

Cuando este príncipe, por uno de esos cansancios que se apoderan alguna vez del mas dichoso de los hombres, abrumado por el mismo peso de su felicidad, resolvió abdicar el imperio para aspirar unicamente al reino celeste, y se encerró en la soledad de San Yuste en 1556, el niño estaba á cargo del escudero Quesada á quien Carlos V habia confesado que era su padre. Quesada habia sido encargado de educar y de formar al jóven D. Juan con todos los cuidados que exigia la sangre que corria por sus venas, pero sin dejar conocer jamás á su discípulo que era el hijo del señor de Europa. El fiel servidor habia confiado desde luego el niño misterioso á un honrado vecino del pueblo de Leganés cerca de Madrid. El niño habia fortificado su cuerpo con la vida sóbria y laboriosa de los castellanos; y el cura del pueblo le habia enseñado los rudimentos que aprendian los demás muchachos del país.

Cuando D. Juan llegó á los nueve años, Quesada lo sacó de Leganés y lo presentó á su mujer, Magdalena de Ulloa, diciéndole por toda explicacion de este huésped introducido en la casa: « He aquí un paje que yo os traigo; es hijo de un amigo ilustre, cuyo nombre he jurado no revelar jamás. »

La esposa de Quesada que no tenia hijos, y á quien sedujeron las sencillas gracias del supuesto paje,

creyó que era fruto de alguna falta que habia cometido en la juventud su marido ántes de su matrimonio, y se le aficionó tanto mas, quanto que ella no esperaba tener un heredero de su nombre. Ella se hizo dar por el niño el mas tierno nombre despues del de madre, el de tia, y Quesada llamaba á D. Juan su sobrino.

No obstante una casualidad casi reveló á medias la verdad á la esposa del caballero.

En el poco tiempo que la guerra y la córte dejaban libre á Quesada, el escudero de Cárlos V iba á habitar Villa-Garcia. Despertado una noche por las llamas de un incendio que devoraba su casa, se precipitó á salvar al niño dormido, ántes de ir al cuarto de su mujer. Magdalena de Ulloa comprendió en esta predileccion del deber sobre la naturaleza, que D. Juan era un depósito sagrado, del cual debia su marido dar cuenta al emperador. Quesada sin confesar nada, dió lugar á estas suposiciones.

La residencia de Cárlos V en el monasterio de San Yuste acabó de romper el velo para Magdalena de Ulloa.

Este príncipe habia conservado cerca de él algunos de sus antiguos servidores : Quesada era el mas querido y mas familiar de todos. Las reglas del convento prohibian la entrada en el monasterio de San Yuste

á las mujeres. Quesada habia establecido á su mujer y su paje en el vecino pueblo de Cuacos. El emperador tenia así el placer de ver, sin ser conocido como padre, al paje de Magdalena de Ulloa. Recibia frecuentemente en el monasterio á la mujer de su escudero acompañada del niño. Aunque no queria todavía revelar al paje su nacimiento, sus miradas cariñosas y la alegría que manifestaba al contemplarle revelaban en cierto modo á sus servidores y á los monjes, que este niño era algo mas que un entretenimiento en los ratos de ocio del grande solitario.

Don Juan se perfeccionó á su vista en todos los ejercicios del espíritu, en las armas y la equitacion que formaban entónces el paje ó el caballero perfecto. La historia ofrece pocas escenas mas majestuosas y mas íntimas que las de este señor disgustado del mundo, sentado cerca de la ventana de su celda, en un convento de monjes entre su fiel escudero y la madre adoptiva del niño, mirando á su hijo, imagen de una madre muy querida, jugar ó reñir en el jardin del monasterio, deseando abrazarle, y no atreviéndose á decirle su nombre ni su rango, por temor de ofender á Dios y de escandalizar la monarquía.

XVI

Después que Carlos V, por separarse mejor del imperio y del mundo, hizo celebrar delante de él y de su hijo sus propias exequias, murió, y el niño asistió con Quesada á los verdaderos funerales. Lloró por el emperador, sin estar todavía cierto de que lloraba por su padre. Quesada cerró los ojos de su señor después de su muerte. Llevó á su mujer y su paje á su casa de Villa-García, no revelando su secreto mas que á Felipe II, hijo y heredero legítimo de España. « Se habla mucho, » escribia al nuevo emperador, « sobre el verdadero padre de Don Juan; « pero yo he negado siempre y guardaré un completo silencio. Vuestra Majestad puede estar convencido de que el secreto es seguro, aunque yo doy al niño una educacion digna de su augusto origen. » Quesada comunicó su alma heroica á su discípulo. Cuando Felipe II volvió á España en 1559, hizo prevenir á Quesada que saliera al camino con su paje cerca del monasterio de la Espina. Quesada, arrancando al niño del lado de su mujer, le confesó por

la primera vez la verdad acerca de los amores de su señor y de Bárbara. Felipe II, bajo pretexto de caza, encontró como por casualidad á Quesada y al paje en el paseo solitario de la selva de Tonzos. Prolongó largo tiempo su conversacion con Quesada mirando con una alegría visible al paje. La cara ovalada, la frente alta, la nariz aguileña, la fisonomía pensativa y marcial á la vez de este jóven, trazaban á los ojos de Felipe II el retrato rejuvenecido de Carlos V. No tenia aun endurecido el corazon por el fanatismo del trono que mató á don Carlos. Sus ojos se humedecieron, abrazó al paje, y le nombró á su padre en voz baja; después volvió á montar á caballo, y acercándose á su comitiva que se habia separado durante esta entrevista : « La caza ha concluido, » dijo mirando todavía á Don Juan; « jamás he tenido un encuentro mas agradable. » Don Juan siguió desde este dia á Felipe II, y acabó su educacion bajo la direccion de los maestros de don Carlos, hijo del rey. Se le dió el nombre significativo de Don Juan de Austria. Dos años después, desplegó su valor contra los moros sublevados de las Alpujarras. Quesada, nombrado ayo del príncipe, presidente del consejo de Indias y general de la infantería española, le acompañó para enseñarle el arte de la guerra. Don Juan y Quesada fueron ántes de la campaña á Villa-Gar-

«cía, el uno á saludar á su madre adoptiva, y el otro á su querida esposa. Ella les recomendó mutuamente, invocó para ellos la proteccion de Dios, y los despidió con las lágrimas en los ojos.

Estas lágrimas eran un presentimiento. En un encuentro con los moros, don Juan muy empeñado iba á caer bajo las balas que ya habian roto su casco, cuando su bravo tutor, metiéndose entre él y los moros, recibió en el pecho la descarga del grupo enemigo. Espiró en medio de la batalla, en los brazos de su discípulo, convertido ya en un héroe, pero siempre como un hijo para él. Don Juan lo sepultó despues de la victoria en la iglesia de los Gerónimos de Baza, hasta tanto que podria transportarse su cuerpo á donde dispusiera su viuda.

« Quesada, » escribió á doña Magdalena contándole y templando él mismo su pérdida, « ha muerto como debia morir, combatiendo por la gloria, por la patria, y sacrificándose voluntariamente por salvar al que amaba como hijo; ha muerto coronado de inmarcesibles laureles. Lo que soy, lo que pueda ser algun dia, á él se lo debo y se lo deberé todo; él me ha dado una segunda vida, la del espíritu y la del corazon, tal vez mas noble que la primera. Pobre viuda desconsolada, madre siempre querida! ¡yo solo os quedo en la tierra, y yo os

« pertenezco doblemente porque vuestro marido ha muerto! ¡porque he causado involuntariamente vuestra desgracia! ¡Reprimid vuestra desesperacion con vuestra acostumbrada sabiduria, porque no estaré á vuestro lado para secar vuestras lágrimas ó mezclar las mias con las vuestras! ¡Adios, querida y honrada madre! rogad á Dios que os deje volver á ver á vuestro hijo para abrazarle tiernamente. »

El jóven que escribia así á la sombra de un trono á la viuda de Villa-García, anunciaba el verdadero héroe de su siglo. Él cumplió con todo el fervor de la juventud, de la gloria y del amor, la piedad filial que habia consagrado á su madre adoptiva. A la vuelta de sus campañas, su primera visita era para ella; sus primeros trofeos marítimos, un fanal cogido de la proa de un bajel almirante de los turcos, fué enviado por él á doña Magdalena. Despues de la victoria de Lepanto, pidió para ella, por toda recompensa, un favor al papa.

Tal era el jóven héroe á quien el nacimiento, la autoridad de Felipe II y su precóz reputacion le habian valido el mando general de la armada coaligada. ®

XVII

La gloria era la única herencia de estos hijos del amor, como Don Juan ó Dunois. Sus padres, que no podian legarles ni su nombre ni su trono, querian legarles al ménos victorias ganadas para sus pueblos por estos herederos de su sangre. No atreviéndose á hacer reyes, hacian héroes. La naturaleza conspiraba frecuentemente con los padres para vengar á los bastardos de la superioridad de rango de los príncipes legítimos. Hijos de la juventud y del amor, estos desconocidos tenian el privilegio de los seres desheredados, mas semejanza con su padre, una madre mas hermosa, una ternura mas profunda, porque era mas misteriosa, y una educacion mas varonil. Estos hombres que reciben ménos de la fortuna, desarrollan ventajosamente los resortes de su carácter para formarse ellos mismos una posicion digna de su rango. Tal era Don Juan, ya el primero de los caballeros antes de ser el primero de los almirantes de Europa. Andrés Doria, el héroe de Genova, ya viejo, se honraba á la vez con aconsejarle y servirle en estos mares,

en que tanto nombre habia adquirido por sus hazañas.

XVIII

La flota combinada salió de Mesina para buscar la otomana el 25 de setiembre de 1571. Don Juan mandaba personalmente setenta y dos bajeles de España, seis de la orden de Malta, tres de la casa de Saboya. Marco Antonio Colonna, almirante del papa, mandaba las doce galeras de Roma; el almirante Sebastian Veniero, el primer marino de la república, ciento doce buques de los cuales muchos eran de una dimension igual á fortalezas flotantes. Juan de Córdova, almirante de Sicilia, exploraba el camino con ocho embarcaciones lijeras. Andrés Doria bogaba á vanguardia con sus cincuenta y cuatro galeras. La flota veneciana, dividida en dos escuadras, formaba el centro; el almirante de Nápoles con treinta y dos buques bordeaba á la vanguardia.

Don Juan habia dado orden á los sicilianos de la cabeza y á los Napolitanos de la reserva de flanquear la flota como dos alas en el momento en que esta se

desenvolviera en línea á la vista del enemigo. Don Juan ignoraba el número y el paradero de los bajeles de la flota turca. Despues de haber navegado como el Nelson de nuestros dias, durante diez y seis dias, de un borde á otro del Mediterráneo en busca de las flotas turcas sin poder descubririlas, su instinto le hizo entrar en el Adriático, á toda vela, ántes del amanecer del dia 7 de octubre. Los primeros rayos del alba le permitieron percibir una inmensa nube de velas detras de las pequeñas islas Echinades, ó las Sanguijuelas, que cierran como otras tantas boyas el profundo golfo de Lepanto á la embocadura del pequeño rio Achelous. Estos eran los doscientos veinte buques ó galeras de la flota otomana que costeaban la Albania, para buscar por su parte la flota confederada y el campo de batalla que les habia sido frecuentemente favorable en la época de Barbaroja; pero no se hallaba este allí. Pialé, cansado del mar, habia sido nombrado visir. Un almirante intrépido, pero sin experiencia, Ali-Muezzinzade (hijo del Muezzin) mandaba la flota como capitan-bajá. Sus lugartenientes eran el arjelino Uludj, el tripolitano Djafar-bajá, y el jóven Hassan-bajá, hijo de Barbaroja. Pertew-bajá mandaba las tropas de tierra embarcadas en los navios, mas incómodas que útiles en una batalla de quinientos bajeles.

Al aspecto de la vanguardia de D. Juan que se replegó detras de las islas Echinades para ir á avisar á la flota combinada, Pertew-bajá y Hassan-bajá, llamados al consejo al navio almirante, aconsejaron al capitan-bajá que se mantuviera sobre la defensiva en el golfo de Lepanto y aplazara la batalla hasta que sus nuevas tripulaciones, mas familiarizadas con el mar, dieran mas soldados al ejército y mas movilidad á sus bajeles. Pero toda prudencia parecia cobardía á los temerarios, é infidelidad á los fanáticos. Muezzinzade desplegó todas las velas para ir con mas ligereza en busca de los cristianos.

XIX

D. Juan viendo aquella maniobra, izó en su mástil de artimon un pequeño estandarte verde de forma cuadrada, señal convenida con sus almirantes para formar la línea de batalla. Cada una de sus divisiones fué dispuesta, dirigida y animada por uno de los marinos consumados que tenian un nombre que perder en la derrota ó que ilustrar con su participacion en

desenvolviera en línea á la vista del enemigo. Don Juan ignoraba el número y el paradero de los bajeles de la flota turca. Despues de haber navegado como el Nelson de nuestros dias, durante diez y seis dias, de un borde á otro del Mediterráneo en busca de las flotas turcas sin poder descubririlas, su instinto le hizo entrar en el Adriático, á toda vela, ántes del amanecer del dia 7 de octubre. Los primeros rayos del alba le permitieron percibir una inmensa nube de velas detras de las pequeñas islas Echinades, ó las Sanguijuelas, que cierran como otras tantas boyas el profundo golfo de Lepanto á la embocadura del pequeño rio Achelous. Estos eran los doscientos veinte buques ó galeras de la flota otomana que costeaban la Albania, para buscar por su parte la flota confederada y el campo de batalla que les habia sido frecuentemente favorable en la época de Barbaroja; pero no se hallaba este allí. Pialé, cansado del mar, habia sido nombrado visir. Un almirante intrépido, pero sin experiencia, Ali-Muezzinzade (hijo del Muezzin) mandaba la flota como capitan-bajá. Sus lugartenientes eran el arjelino Uludj, el tripolitano Djafar-bajá, y el jóven Hassan-bajá, hijo de Barbaroja. Pertew-bajá mandaba las tropas de tierra embarcadas en los navios, mas incómodas que útiles en una batalla de quinientos bajeles.

Al aspecto de la vanguardia de D. Juan que se replegó detras de las islas Echinades para ir á avisar á la flota combinada, Pertew-bajá y Hassan-bajá, llamados al consejo al navio almirante, aconsejaron al capitan-bajá que se mantuviera sobre la defensiva en el golfo de Lepanto y aplazara la batalla hasta que sus nuevas tripulaciones, mas familiarizadas con el mar, dieran mas soldados al ejército y mas movilidad á sus bajeles. Pero toda prudencia parecia cobardía á los temerarios, é infidelidad á los fanáticos. Muezzinzade desplegó todas las velas para ir con mas ligereza en busca de los cristianos.

XIX

D. Juan viendo aquella maniobra, izó en su mástil de artimon un pequeño estandarte verde de forma cuadrada, señal convenida con sus almirantes para formar la línea de batalla. Cada una de sus divisiones fué dispuesta, dirigida y animada por uno de los marinos consumados que tenian un nombre que perder en la derrota ó que ilustrar con su participacion en

una memorable victoria. Andrés Doria, el veterano y el ejemplo de todos, formó el ala derecha, y se lanzó el primero entre los escollos de las Sanguijuelas para desplegarse en el golfo. El proveedor de Venecia Barbarigo se fué á lo largo por la izquierda de la isla central de Petalia ó *Villa-di-marmo*, y ocultando sus velas á la sombra de esta isla, desembocó de repente en el golfo por el brazo de mar en que desemboca el Achelous.

D. Juan con el grueso de la flota formó una extensa media luna, y siguió lentamente sus dos alas. Encontró á los turcos, engañados por la presencia aislada, de Andrés Doria, formados en columna sobre la costa de Morea para pelear contra el almirante genovés, en lugar de hacer frente en toda la estension del golfo á sus bajeles. El príncipe de Parma, Farnesio, almirante de Saboya, el duque de Urbino, almirante de Génova, el comandante Castilla, almirante de Nápoles; Marco Antonio Colonna, almirante del papa; el marqués de Santa Cruz, español que guiaba la retaguardia, flanqueaban el navío de D. Juan. Con algunas andanadas, las dos flotas, separadas por un corto espacio, se pararon, como para medirse con una mirada.

Los turcos habian tenido tiempo de cambiar su marcha en columna sobre la costa de Morea, en una

línea de batalla tan profunda como la de los cristianos y mas prolongada. El sol resplandecía sobre las olas y enviaba sus rayos desde las rocas de la Albania al mar. En la mitad de su carrera brillaba detrás de la flota de D. Juan, y deslumbraba las miradas de los turcos, reflejándose en las velas, cascós, cañones y corazas de los confederados. Millares de remos, en este momento inmóviles, estaban suspendidos en los flancos de las galeras cubiertas de combatientes. Por un singular contraste, los esclavos musulmanes que formaban la tripulacion de los cristianos, hacian votos por los turcos, remando por los cristianos entretanto que los cristianos que se hallaban á bordo de las galeras turcos, con los remos en las manos, imploraban secretamente la victoria para sus hermanos en Cristo. El viento se habia suavizado con la brisa de la mañana que sale de la embocadura del Achelous con la aurora; los remos solos iban á mover estos seiscientos bajeles dormidos.

La batalla se empeñó por sí sola, merced á la estrechez del golfo que obligaba el ala izquierda de los cristianos á tocarse con la derecha de los otomanos. La superioridad del número y de las tropas de tierra en las galeras de los turcos fué fatal al proveedor de Venecia Barbarigo; cayó bajo las picas de abordaje de los soldados de Hassan. Los estandartes

de Venecia desaparecieron por un momento con esta confusión en el fondo del golfo.

Muezzinzade creyó que para completar la victoria no necesitaba mas que abordar el navío almirante que llevaba el estandarte verde de D. Juan. Se reservó para sí este duelo á muerte en medio de las flotas. Confiando en la superioridad de su navío y en los quinientos genizaros que cubrían su puente, se arrojó sin mirar si lo seguían, hácia la galera del generalísimo.

Los dos navíos, como si estuvieran animados del mismo furor que los combatientes, se estrecharon, se enlazaron, se separaron y se aproximaron, durante un abordaje que convirtió sus dos puentes, sus mastiles y sus vergas en un campo de carnicería, tan pronto invadido, tan pronto abandonado por los turcos y los cristianos. Los heridos y los moribundos que caían de las dos proas, peleaban sobre las ondas. El mar estaba enrojecido, la sangre chorreaba, en lugar del agua, del timon y de los remos; una nube de humo y de flechas ocultaba á las flotas la victoria ó derrota de sus dos almirantes. D. Juan y Muezzinzade se buscaban en la confusión, y ya iban á encontrarse sobre el monton de cadáveres que los separaba, cuando un tiro disparado desde las vergas del bajel español, atravesó al capi-

tan-bajá al pié del palo mayor. El grito de victoria de los españoles y el gemido del equipaje turco se confundieron en un inmenso clamor. D. Juan saltó por encima del cuerpo de su enemigo espirante para exterminar los últimos grupos de genizaros que quedaban en la popa, mientras que los españoles, tan feroces como los africanos, cortaban la cabeza al capitán-bajá que estaba aun vivo. Al aspecto de esta cabeza sangrienta, cuyo turbante goteaba sangre sobre sus frentes, los genizaros horrorizados se precipitaron en la corriente ó se rindieron. Don Juan abatió el pabellon otomano del mástil, y mandó izar el de España.

El humo disipado por el viento dejó ver á las dos flotas el éxito del duelo. D. Juan rechazó con horror, la cabeza del capitán-bajá que sus soldados le traían, y mandó que la arrojaron al mar por ser un trofeo que manchaba su gloria. Pero sus soldados ménos generosos que él recojieron la cabeza de Muezzinzade, sostenida sobre las aguas por su turbante de muselina, y la elevaron en la punta del palo mayor, para aterrar á los otomanos.

La heroicidad de D. Juan, y la temeridad del capitán-bajá decidieron, casi sin combate, la suerte de la batalla en el centro. Andrés Doria ménos feliz á la derecha, se dejó separar del cuerpo de la flota

en direccion á la costa de Morea, lo que le impidió tomar parte en la batalla con sus sesenta bajeles. Uludj, con veinte galeras de Argel, se habia metido atrevidamente entre los de Doria en los momentos en que el viento y la desigualdad de la marcha de las embarcaciones se lo habian permitido. Ya habia abordado la galera almirante de Malta, derribado centenares de caballeros y cortado la cabeza del comandante de Mesina, su jefe de escuadra, cuando la caída del pabellon otomano del navio de Muezzinzade le reveló la suerte del combate del principal cuerpo de batalla.

Desesperando de la victoria y conociendo la suerte de sus bajeles, cuando los trescientos navios cristianos, libres de enemigos por la izquierda y el centro, se replegasen como una vasta red á la derecha, penetró con cuarenta buques turcos, por la línea medio rota de Andrés Doria, costó los escollos de Echinades, y navegó á toda vela en plena mar, salvando al ménos esta porcion de la flota de los otomanos.

La desaparicion inexplicada de su ala izquierda hizo creer á los turcos que huia vencida, ante los cañones de Andrés Doria; el aliento de los navios otomanos desapareció con ella, todos los que no habian sido absorvidos por los españoles y los venecianos,

se abandonaron á la corriente del viento y de las aguas, y fueron á encallar voluntariamente, en los bajios ó en las bocas del Achelous. Las chalupas cristianas quemaron sus cascos vacíos; noventa y dos barcos iluminaron por la noche con sus llamas la costa de Albania. Ciento cuarenta navios cojidos con centenares de cañones y miles de prisioneros fueron repartidos entre los confederados al dia siguiente en el campo de batalla.

Las aguas de Lepanto se habian tragado en algunas horas treinta mil cadáveres turcos y diez mil cristianos.

La batalla naval de Actium, que tuvo lugar quince siglos ántes en estas mismas aguas entre Antonio y Augusto, competidores del mundo romano, no habia arrojado más víctimas en las playas fúnebres del Achelous. Si D. Juan y Muezzinzade no hubieran sido mas que dos ambiciosos rivales, disputándose el universo, esta victoria hubiera dado al uno la dominacion y al otro la servidumbre; pero las religiones y las razas no perecen en una batalla. La victoria de Lepanto, mucho mas sangrienta que la de Actium no dió á don Juan mas que gloria y despojos. Las armas preciosas, las estandartes de púrpura, los tejidos de plata, las colas de los bajás, los fanales de oro que señalaban el grado de los almirantes en sus

popas y doce mil cautivos fueron los únicos resultados de la batalla de Lepanto. Roma, Nápoles y Venecia elevaron en sus iglesias monumentos votivos en conmemoracion de la victoria de la cruz.

Los turcos escasamente heridos en su fuerza vital, disimularon su derrota á los ojos de su país. Pialé, que administraba la marina, y Uludj-bajá, que habia salvado sesenta buques, se concertaron para reconstruir, armar y equipar otros trescientos navios en todos los puertos del Africa, de la Morea, de la Caramania, de Rodas y del Archipiélago, antes de que volviera la flota en Constantinopla segun la costumbre nacional. Los tesoros, los materiales, los cañones, los aparejos reservados por Soliman y por el gran visir Sokolli podian hacer frente á tres desastres como el de Lepanto. Cuando la nueva flota de trescientas sesenta velas entró en Constantinopla ántes del invierno, el pueblo pudo tomar la derrota por un triunfo.

Uludj-bajá, por no haber desesperado de la flota, y por haber conservado sesenta navios al imperio, fué nombrado capitan-bajá ó generalísimo, en reemplazo del valiente y desgraciado Muezzinzade. Selim II cambió su nombre de Uludj por el de *Kilidj*, que quiere decir *la cuchilla*. Vió que el gran visir era un hombre tan capaz de rehacerse de la der-

rota como de preparar la victoria. Algunos dias despues de su nombramiento de capitan-bajá, y mientras que se ocupaba dia y noche en construir y armar una flota superior á la de los confederados, Kilidj manifestó al gran visir que todo abundaba en el arsenal, madera, cordelería, cañones, obreros, salarios, y que con semejantes recursos se obligaba á construir quinientos navios ántes de la primavera, á excepcion de las áncoras, por no poder fundirlas las fraguas de la Turquía con la presteza con que los constructores harian los buques.

« No temas nada, bajá » le respondió con una sonrisa de seguridad, Sokolli, « las riquezas del imperio son tan grandes, que si no fuera posible hacer áncoras de hierro y velas de cáñamo, fabricamos áncoras de plata, cordajes de seda y velas de raso para nuestros navios. »

Habiendo recibido Sokolli á Bárbaro, enviado de Venecia, encargado por la república para indagar las intenciones políticas de la Puerta : « tú vienes á ver, le dijo con buen humor el gran visir, « donde está nuestro valor ó nuestro abatimiento « despues de la derrota que hemos sufrido en Lepanto? Sabe que hay una gran diferencia entre « nuestra pérdida y la vuestra; arrebatándoos el « reino de Chipre os hemos cortado un brazo, y

« vosotros, destruyendo nuestra flota, no habeis hecho mas que cortarnos el pelo de la barba, vuestro brazo no crecerá jamás y nuestra barba crecerá mas fuerte y mas espesa que ántes. »

Kilidj salió en efecto al mar en la primavera con trescientas veinte velas, y atacó á la flota de los confederados disuelta ya por las diversas ambiciones que disuelven todas las confederaciones despues de una victoria.

La Francia estaba inquieta por la alianza de Venecia con España y Austria que confundidas en una sola potencia aspiraban á la monarquía universal desde Cádiz á Amsterdam. El senado de Venecia, enclavado en los Estados de Austria y temiendo que se extendiera todavia el ascendiente de España, de Nápoles y de Génova, dominadas por la casa de Austria en los mares, negociaba con Francia para separar á la república de la coalicion católica, y reconciliar á Venecia con Constantinopla. El sabio embajador francés M. de Noailles, obispo de Aix en Provenza, subordinando la preocupacion religiosa á la razon de estado negociaba secretamente con Sokolli esta reconciliacion útil á los tres Estados y sobre todo al equilibrio Europeo.

Las negociaciones lentas y mediadoras de M. de Noailles pusieron al fin de acuerdo al gran visir y á

los enviados venecianos acerca de un proyecto de tratado escrito por el elocuente secretario de Estado Feridun. La paz fué firmada entre la república y la Puerta el 7 de marzo 1573. Era necesaria pero cruel para los venecianos. La sangre inútilmente derramada por ellos en Lepanto era perdida: además consentian en indemnizar á los turcos de las cantidades que Selim II habia gastado para arrebatarles la isla de Chipre; y finalmente se reconocian tributarios suyos por la isla de Zante y por las demás plazas que les habia dejado en la costa de Albania.

Esta paz gloriosa para la Turquía, interesada para la Francia, vergonzosa para Venecia y funesta para la casa de Austria, descompuso todos los planes de la España y del papa contra el islamismo. D. Juan, el vencedor de Lepanto, se vengó conquistando á Túnez. Kilidj, el capitan-baja fué con doscientos bajeles y treinta mil genizaros á restaurar en la costa de Africa el patronato de los otomanos. Túnez reconquistada se convirtió en colonia militar de los turcos, y muy pronto una avanzada de piratas independientes que tenian por patrimonio el pillaje en los mares.

El Austria desconcertada por este triunfo del negociador francés, no tardó en pedir humildemente la prorogacion de la tregua que habia firmado con Soliman II, y en pagar á la Puerta un tributo vergon-

zoso, con el cual conseguia su seguridad en Hungría. Parecía que Soliman reinaba todavía.

XX

El reinado de Selim II hasta entónces no era mas que la prolongacion del de Soliman bajo la sabia direcion de su ministro Sokolli. Selim no tenia mas que una virtud, que era la de dejar reinar en su lugar á un hombre eminente. Entregado á las delicias del haren y á los vapores del vino de Chipre, no parecia mas que un ser voluptuoso adormecido sobre el trono. Los años, los disgustos, las precoces enfermedades y las reflexiones que el curso de la vida trae en pos de sí, lo habian transformado del todo.

Las amonestaciones tiernas y respetuosas del virtuoso muftí de Constantinopla, Abu-Sud, le habian movido al arrepentimiento y á la virtud. La sobriedad, el rezo, los ejercicios mas severos de la piedad musulmana habian reemplazado los desórdenes de su vida primitiva. No se ocupaba mas que en santificarse para el dia de su muerte que sentia cercana. La muerte de su consejero Abu-Sud, que lo privó de los

consejos de este sabio, le pareció un aviso del cielo; lloró á este severo muftí como hubiera llorado á su padre espiritual. Su melancolía no encontraba atractivos mas que en la soledad de los jardines y en la meditacion del Coran á orillas del mar.

Esta melancolía religiosa, habitual á los hijos de Othman en la última época de su vida, recuerda la de Diocleciano, Carlos-Quinto y de Luis XIV, aunque en diferente creencia. La fé de los otomanos exige pocos esfuerzos de la razon; el ateismo no pervierte allí con sus vicios hasta el extremo de desafiar á la Providencia. Ellos son débiles, feroces con frecuencia, pero jamás impíos. Se ha visto esto en el reinado de Amurat II, y en el de Bajazet II. Una advertencia de la adversidad, de la enfermedad, de la religion, en boca de un dervís, ó de un sabio, reanimaba su conciencia, consiguiendo su arrepentimiento y hasta la correccion de sus primeros extravíos.

Tal habia sido en Selim el efecto de las amonestaciones del muftí Abu-Sud. Su favorito y compañero de desórdenes Djelal-Beg, habiéndose burlado de la austeridad de los consejos de Abud-Sud, fué separado por Selim de su presencia y desterrado á un gobierno lejano, apesar de su antigua amistad.

Un temblor de tierra en Constantinopla, y un incendio que devoró las cocinas y los baños del serra-

No le parecieron castigos y presagios que anublaron todavía mas su espíritu. Hizo reconstruir estos edificios. Su único entretenimiento era contemplar el trabajo de los obreros que los decoraban. Un dia que visitando la vasta sala de baños, reedificada entre el haren y el serallo, resbaló su pié en las piedras de mármol pulidas y húmedas de la pieza. Este accidente agravado por la obesidad de su cuerpo y por el abatimiento de su espíritu, le pareció una señal tan funesta que entró en sus apartamentos, lleno de estupor y sobrevivió muy pocos dias á su caída.

El imperio no se apercibió de su muerte hasta que vió sus funerales. Sokolli solo sostenia el peso de un gobierno del cual Selim II no era mas que una muda é invisible consagracion. Jamás hubo soberano mas incapaz de gobernar, que reinara con mas dicha y gloria en su pueblo, precisamente porque no reinaba. Su inercia aprovechó mas á su nacion que si hubiera sido de una actividad turbulenta, y se puede decir que él sirvió á los musulmanes aun con sus vicios. Un sucesor incapáz, que conoce su incapacidad, es con frecuencia mas útil al desarrollo de los planes de un hombre de grandes conocimientos, que un heredero mediano y bullicioso: el uno turba los pensamientos de su predecesor con los suyos, y el otro deja durar una misma idea durante dos reinados.

Tal fué Selim II, conquistador de Chipre, negociador consumado en Europa, restaurador de la marina otomana, continuador de un sistema de alianza con Francia, que creó en su favor una balanza europea en contra de la casa de Austria, promovedor de la union de los cuatro mares por el rompimiento del istmo de Suez y de Crimea, vencedor y despues protector de los venecianos, que subordinó al sistema de la politica otomana en Oriente para separarlos de Alemania, y para desviarlos en su favor contra el papa, su enemigo natural; derrotado al principio por D. Juan, pero victorioso poco despues contra este héroe y la liga católica, que descompuso lentamente por medio de la politica, luego que la hubo deshecho por medio de la guerra; pacificador de Crimea, de Polonia, de Transilvania y de Arabia; económico finalmente respecto del tesoro público, saqueado con frecuencia en los años de guerra, pero repuesto completamente en los siguientes de paz, y habiendo sido el primero que descubrió á los otomanos una nueva economia política en los depósitos comerciales de Europa y de Indias, en la libertad de la navegacion, en la seguridad del comercio y en las únicas conquistas permanentes de un imperio, que son las que se consiguen por medio de la agricultura, del trabajo y de la paz. He aquí el reinado de Selim II, ó mas bien

el reinado al que el reconocimiento de los turcos debia darle el nombre de Sokolli. Selim fué solo una fantasma real, Sokolli fué el alma y el cuerpo del imperio; pero á Selim es á quien Sokolli debió su autoridad y mando. La posteridad, para ser justa, debe repartir desigualmente, pero con equidad, entre el sultan y el ministro, la prosperidad y la gloria de los otomanos.

LIBRO VIGESIMO SEGUNDO

Selim II habia dejado seis hijos y tres hijas. Los hijos eran Murad, Mohammed, Soliman, Mustafá, Djanghir y Abdallah; las hijas, Esma-sultana, Gewher-sultana y Schah-sultana. Esma-sultana habia sido casada con Sokolli, Gewher-sultana con Piale, capitan-baja, y Schah-sultana con Hassan, general de los genizaros. Esta consanguinidad de las mujeres habia contribuido, en el reinado de Selim, á ligar estrechamente este triumvirato del gran vi-

el reinado al que el reconocimiento de los turcos debia darle el nombre de Sokolli. Selim fué solo una fantasma real, Sokolli fué el alma y el cuerpo del imperio; pero á Selim es á quien Sokolli debió su autoridad y mando. La posteridad, para ser justa, debe repartir desigualmente, pero con equidad, entre el sultan y el ministro, la prosperidad y la gloria de los otomanos.

LIBRO VIGESIMO SEGUNDO

Selim II habia dejado seis hijos y tres hijas. Los hijos eran Murad, Mohammed, Soliman, Mustafá, Djanghir y Abdallah; las hijas, Esma-sultana, Gewher-sultana y Schah-sultana. Esma-sultana habia sido casada con Sokolli, Gewher-sultana con Pialé, capitan-baja, y Schah-sultana con Hassan, general de los genizaros. Esta consanguinidad de las mujeres habia contribuido, en el reinado de Selim, á ligar estrechamente este triumvirato del gran vi-

sir, del gran almirante y del gran general del imperio, formando de este modo parte de la familia adoptiva del soberano.

La madre de Murad ó de Amurat III, el primogénito de estos hijos, era Nur-Banu, persa, cuyo nombre significa *mujer de singular belleza*. Había tratado de encontrar en su ternura por este hijo una compensacion á los vicios é inconstancias del padre. Amurat III no tenia mas virtud que una piadosa deferencia hácia su madre. Apenas tenia veinte y ocho años, cuando su alma y su cuerpo igualmente afeeminados se resentian de los malos ejemplos de Selim y de las complacencias interesadas de Nur-Banu. Por su poca estatura, cuerpo delgado y cara ovalada, se parecia un poco á su abuelo Soliman II en su juventud; pero esto no era mas que una pequeña semejanza que desaparecia al segundo golpe de vista.

Su palidez revelaba que los placeres precoces le habian debilitado mas que los trabajos de la imaginacion. Su mirada era dulce, pero ninguna llama brillaba en su languidez.

Sus cejas eran negras: señalaban el arco femenino de los persas en su frente; sus cabellos, largos como los de una mujer, tenian la finura de la seda; pero su barba, rara y bermeja, contrastaba con el color de sus cabellos, é imprimia á su fisonomía un

tinte enfermizo mas propio de la sombra de las mazmorras que del esplendor de los serrillos. Entregado desde la infancia á los excesos del vino y al uso del ópio, parecia que su cabeza vacilaba sobre sus hombros. Oscurecia su mirada oblicua é indecisa una lijera niebla; algunos accesos epilépticos, enfermedad del cuerpo que ataca al espíritu, marcaban sus huellas con algunas arrugas en su frente y algunos movimientos convulsivos en los labios. Su inteligencia, no obstante, no carecia de delicadeza ni de cultivo; se complacia en oír recitar á los poetas sus composiciones en los festines; la música, poesia de los sentidos, y el baile, que lo es de los movimientos, encantaban sus oidos y sus ojos. Las artes mecánicas excitaban vivamente su curiosidad y su interés. Pintores venecianos y relojeros de Viena le daban con frecuencia lecciones de pintura y de relojería. Pero sus dos pasiones favoritas, las que dominaban su corazón y reinaban soberanamente en él eran la amistad y el amor. Su madre le habia enseñado sobre todo á amar.

La educación no habia hecho mas que desarrollar su naturaleza. Se puede decir que amó con delirio á su madre, á su hermana, á sus mujeres, á sus amigos, y que esta llama de su corazón, comunicándose por fin á sus sentidos, consumió su gobierno, su ra-

zon y su vida. La historia de sus pasiones fué la historia de su reinado.

Estas pasiones habian comenzado casi con su vida, dos jóvenes, nobles húngaros, llamados Djafar y Ghaznefer, hechos prisioneros en tiempo de Selim, habian sido circuncidados, privados á petición propia de los signos de la virilidad y destinados en el haren á educar y divertir al sultan. Amurat III los hizo sus favoritos, ántes de elevarlos á ministros; y eran dignos de todo favor tanto por su virtud como por su disposición. Ghaznefer, cuyo nombre significaba el *Leon atrevido*, literato y muy versado en la historia, contribuyó particularmente á inspirar á su amigo el gusto de la poesía y de la munificencia, que hace fructificar á los talentos en los países monárquicos. El historiador Seadeddin, hombre de estado y analista, habia adquirido la confianza del jóven Murad, á quien lo habia presentado Ghaznefer, cuando vivía en Magnesia, que era la residencia de los príncipes hereditarios. Murad, lo habia nombrado su ayo honorario despues de su mayoría. Cadizadé, otro amigo de los dos favoritos, hombre ávido de dignidad á la par que de ciencia, era su consejero político y su ministro en expectativa. El poeta Schemsi-baja, justamente célebre por sus poesías filosóficas, que santificaban con la moralidad del asunto el encanto de sus

versos, le enseñaba las elegancias de la lengua y los misterios de la contemplacion. Pero el favorito que poseia su corazon era un jóven turcomano d una familia noble, llamado Ouweis.

Un dia en que Murad, cuando habitaba forzosamente en Magnesia, habia ido á cazar cisnes en el valle del Caistro, que el monte Tmolus separa de la llanura de Magnesia, se paró un poco en la ciudad pastoril de Tyre (la antigua Thyatires de los griegos), capital de este valle. La pintoresca situacion de la ciudad, cuyas casas y alminares, semejantes á trozos de mármol, blanquean sobre la pendiente rápida de una colina arbolada á través del follaje de los plátanos, la sombra del Taurus que la abriga, el murmullo y la frescura de las aguas espumosas de sus cascadas, los verdes prados que se extienden á sus piés, la abundancia de animales monteses que pueblan sus bosques, sedujeron á Murad. Prolongó allí su estancia. La familiaridad de la caza procuró al joven Ouweis, que ocupaba un rango elevado, el entretenerse muchas veces con Amurat de quien llamó la atencion por la varonil franqueza de su rostro y de sus palabras. Creyó que habia encontrado un segundo Ibrahím para su futuro reinado, semejante al flautista que habia hallado su abuelo Soliman casi en el mismo sitio. Pidió permiso á su padre Selim para guardar en su compañía al turco-

mano y nombrarle intendente general de su pequeña corte de Magnesia. Selim consintió en ello.

El ascendiente de este destierro se acrecentó de día en día con la doméstica familiaridad del destierro. Este ascendiente no se fundaba ni en el cultivo de la inteligencia, ni en la elegancia de costumbres que caracterizaban á los otros amigos de Murad. Ouweis, rústico y sin instruccion no poseia mas que las rudas virtudes del desierto. Agradaba á su señor como el leon que los príncipes de Oriente se complacen en domesticar en su divan para atemorizar á los que vienen á visitarlos.

II

Una hermosa esclava veneciana, llamada Safiyé (la pura) primera esposa dada á Murad en su adolescencia por su madre la sultana Nur-Banu, poseia el corazon del jóven sultan. Safiyé era hija de una familia senatorial de Venecia, de los Baffo. En una corta navegacion entre Venecia y Corfú adonde iba todavía niña, á reunirse con su padre, proveedor de la isla, unos piratas de la escuadra de Barbaroja se

apoderaron del buque que la llevaba y se la ofrecieron á la sultana Nur-Banu. Su patria, su belleza, su nacimiento, su educacion la hicieron juzgar digna de los amores del príncipe. Murad se aficionó á Safiyé con el ardor de su edad y constancia de un esposo. Ella le dió un hijo, y llegó á ser así sultana Kasseki ó madre de príncipe.

Durante mucho tiempo, la pasion de Murad hácia Safiyé le hizo mirar con indiferencia las bellezas que poblaban el haren de su madre. Nur-Banu comenzó á temer que el dominio exclusivo que ejercia la veneciana en el corazon de su hijo perjudicase al suyo; él mismo Selim II temió que no quedaria suficientemente asegurada la herencia del trono con un solo hijo, una sola mujer. La hermana de Murad, la sultana Esma, esposa del gran visir, conspiró con Nur-Banu, con su marido Sokolli y con su padre para introducir en el haren de su hermano bellezas que rivalizasen con la de Safiyé. La madre y la hermana mandaron buscar por todas partes las jóvenes esclavas que con los hechizos de su rostro y la seduccion de su inteligencia pudieran privar á la sultana Kasseki del corazon de su esposo. Una esclava persa y otra húngara entraron apesar de la repugnancia de Murad en su haren. La jóven húngara aun mas animada y astuta que bella, dice el historiador de estos

amores, el veneciano Sagredo, llegó á rivalizar un momento con Safiyé. Pero la fidelidad de Murad defraudó por mucho tiempo las esperanzas de su hermana y de su madre; su corazón se negaba á la inconstancia que habia penetrado en su imaginacion.

La sultana Nur-Banu, refiere el cronista del serrallo, Ali, en sus anales escritos en verso, acusó á Safiyé de emplear maleficios mágicos contra la fecundidad de dos esclavas, rivales suyas. Acusando á algunas mujeres judías y á algunas esclavas del servicio del haren de participar en la conjuracion imaginaria de la veneciana, mandó á los eunucos torturar á algunas y arrojar las otras al mar; las que se juzgaron ménos culpables ó aquellas á quienes excusaba su corta edad, fueron desterradas á la isla de Rodas, de donde fueron traídas algun tiempo despues para casarlas con favoritos del sultan. Por fin estas intrigas acabaron por despertar en el ánimo del príncipe injustas sospechas contra su esposa Safiyé. La separó de su cámara nupcial y se entregó con impetuosidad á los excesos de una pasión artificialmente encendida por sus corruptores. El desenfreno y el frenesí de sus caprichos hicieron encarecer, antes de su advenimiento al trono, el precio de las esclavas hermosas en los bazares de Brusa y de Trebisonda. El número de las sultanas Khasseki ó madres

de niños llegó á cuarenta, según su historiador Ali. El de las esclavas jóvenes de su haren, objetos pasajeros de su capricho, á quinientas. Mas de un centenar de hijos é hijas de estas esclavas nacieron en algunos años, los apartamentos de su haren eran mas difíciles de gobernar que sus provincias. Su madre le aconsejaba que diera su gobierno como segunda suya á una favorita de su padre, llamada Djanfeda, que habitaba en el serrallo antiguo. Djanfeda era consumada en las intrigas y la administracion del serrallo. Pronto veremos el ascendiente, la elevacion y el fin trágico de esta mujer, verdadero visir del príncipe, que no se ocupaba mas que en satisfacer su sensualidad.

Sin embargo, estos vicios no habian extinguido en el corazón de Murad el recuerdo de la primera y pura felicidad que habia disfrutado en su casta union con Safiyé. La memoria y el arrepentimiento habian restituido á la veneciana todo su imperio moral sobre su esposo. Las otras satisfacian sus apetitos carnales, ella sola poseia su ternura. Él la adoraba como el recuerdo vivo de su felicidad, y como á la madre de su hijo predilecto. La consultaba en los negocios de estado; de esta suerte una esclava de Venecia era la verdadera emperatriz futura de los otomanos.

Tal era la corte de Murad en Magnesia, cuando el

gran visir Sokolli le dió secretamente noticia de la muerte de Selim II. Murad partió al instante para Constantinopla, acompañado únicamente de cuatro favoritos. Llegando de improviso á Mudania, puertecillo del mar de Mármara en la orilla opuesta de la capital, su afán de ocupar el trono no le permitió aguardar la galera imperial que le enviaba Sokolli para que atravesara la Propóntide. Metióse, conservando el incógnito, en una barca de nueve remeros, anclada casualmente en la rada, y que pertenecía al secretario de Estado, al célebre Feridun, de quien eran esclavos estos marineros. Un mar tempestuoso lo llevó en algunas horas de noche á la playa desierta del serrallo, cerca de las baterías que guarnecen la muralla del recinto y no léjos del kiosko de Bajazet. Era la media noche del 21 de diciembre de 1574. Las ráfagas del invierno cubrían de espuma la playa del serrallo, y gemían en los cipreses de los jardines. Las puertas estaban cerradas y no se abrían á estas horas mas que para el gran visir. Murad, cubierto de espuma y fatigado con una penosa navegacion en una mala barca, pidió á sus compañeros un poco de agua limpia para lavarse la cara y las manos. No se halló en aquel arenal y se vió obligado á servirse de la del mar. En seguida se sentó al pié de un árbol para defenderse del viento y de la lluvia mientras desperta-

ban al gran visir y á los del serrallo, aguardando como un huésped á que abrieran las puertas de su propio palacio. Mas tarde se hizo una fuente en el sitio en que el sultan habia tenido sed y no habia podido apagarla.

Entretanto, el gran visir, á quien habia despertado Hassan, esclavo de Feridun, y el piloto de la galera, acudió con sus chiaux llevando faroles á la playa designada por los dos esclavos de Feridun. No habiendo visto jamás á Murad, y temiendo algun lazo tendido por los partidarios de sus hermanos, el gran visir, ántes de besarle la mano y de reconocerlo como soberano, quiso consultar á su madre. Atravesando el jardin á pié condujo al jóven Murad al kiosko habitado por Nur-Banu, ahora sultana Validé; entró el primero en su habitacion, le mostró al que se llamaba hijo suyo, y le preguntó si era su madre. Nur-Banu prorrumpió en llanto al aspecto de su leon, nombre que las Validés dan á sus hijos, y atestiguó que Murad era su señor. A estas palabras, el visir cayó á las plantas del sultan, é invocó en alta voz al cielo, pidiéndole que prolongara la vida próspera del emperador. Despues de las primeras efusiones de ternura entre el hijo y la madre, «Tengo hambre,» dijo Murad á los servidores del palacio que habian acudido á saludar á su nuevo soberano; «traedme de co-

mer. » Estas palabras, las primeras que pronunció sin premeditacion un sultan en el momento de su advenimiento al trono, hicieron palidecer á los asistentes. La supersticion oriental atribuyó á estas palabras una significacion profética que se interpretó en pro ó en contra de los sucesos del reinado. Creyeron que era un grito de hambre lanzado por el pueblo, anunciando esterilidades y miserias. El acaso la justificó al año siguiente.

Sin embargo, un presagio mas funesto y seguro atrajo sobre el imperio la reprobacion celeste. La ley del serrallo ó el cánon dinástico de Mahomet II ordenaba el sacrificio de todos los hermanos del sultan que subia al trono por crimen de peligro público. Se asegura que Murad, á instancias de su esposa, la sultana veneciana Safiyé, y por el horror que le causaba el derramamiento de sangre inocente, habia jurado á Safiyé que revocaria este cruel edicto con su ejemplo, no atentando contra la vida de sus hermanos; pero el muftí, intérprete de la ley, mas implacable que el soberano, á quien interesaba directamente, se obstinó en pronunciar un fetwa ó juicio que prohibia al sultan ser humano ó compasivo. Los ministros y los verdugos, armados con este rescripto del oráculo de la religion y de su justicia, se apresuraron á sofocar los instintos humanitarios del sultan, haciendo

extrangular á los cinco príncipes, hijos de Selim II, cuyos cadáveres pusieron extendidos sobre la alfombra del divan á la vista de Murad.

Este escabel de cadáveres debia tragarse mas pronto ó mas tarde un trono que cometia tales crímenes por razon de Estado.

Al dia siguiente, Murad ó Amurat III, reconocido con todas las solemnidades de costumbre por el pueblo, el ejército y la religion, presidió los funerales de su padre y fué á llorar al borde de sus sepulcros á los cinco hermanos que acababan de ser sacrificados en su nombre. Tres dias despues distribuyó una gratificacion imperial de un millon quinientos mil ducados de oro á las tropas y grandes dignatarios del imperio. Los genízaros recibieron cerca de un millon de ducados de oro, equivalentes proxima-mente á dos millones de duros.

Sokolli que habia pasado dos veces con autoridad y fortuna de un reinado á otro, fué conservado en su puesto de gran visir mas bien por política que por afecto del sultan. La nueva córte veía en él demasiados servicios prestados para pedir su cabeza, demasiado poder para no envidiar su posicion. Los favoritos de Amurat III resolvieron, de acuerdo con las sultanas, sufrir algun tiempo la dominacion de Sokolli, y minarlo sordamente desconceptuándolo á

los ojos del príncipe, para hacerlo bajar por grados de su supremacia al rango de los simples visires. Sokolli, como hombre que se siente seguro, no alteró su rigor ni su deber ante los favoritos, autores de aquella liga. Persiguió resueltamente al defterdar Ouweis, confidente íntimo de Amurat, por supuesta malversacion de la fortuna de su señor. Ouweis salió triunfante y humilló con su absolucion á Sokolli. Los genizaros y el pueblo, espectadores de esta lucha entre el gran visir y el favorito, comenzaron á presentir que decaía la autoridad del hombre que soportaba hacia diez y ocho años el peso del imperio, y á mirar con insolencia á un sultan que se entregaba en manos de su ministro.

Estallaron sediciones por mucho tiempo comprimidas con motivo de las leyes de policía contra la venta del vino en las tabernas, leyes renovadas casi siempre al ocupar el trono un nuevo soberano. Un día en que Amurat paseaba en el Bósforo por delante de una taberna griega, llena de soldados embriagados, los genizaros que conocieron al sultan, levantaron sus tazas como desafiando la pena señalada á los bebedores de vino, y las desocuparon á la salud del sultan. El gran visir, informado de este ultraje, fué con el sultan á los cuarteles para castigar á los culpables; pero los sediciosos alentados por la conii-

vencia de los favoritos, cubrieron con sus gritos la voz del gran visir y el nombre mismo del sultan. La impunidad forzosa de la soldadesca fué débilmente paliada con la destitucion del aga de los genizaros.

Este empleo, el segundo en importancia del imperio, fué dado á un renegado genovés, llamado Cicala bajá, al paso que otro renegado calabrés, Ochiali-bajá, Kilidj-Alí, salvador de los restos de la flota de Lepanto, era nombrado capitan-bajá. Pialé-bajá húngaro de nacimiento, era visir de la cúpula; Ahmed-bajá, segundo visir era Estirio; Mohammed-bajá, tercer visir, austriaco; Welzer, gefe de los eunucos del haren, de Transilvania; el mismo Sokolli, gran visir era Bosniaco. La religion era el único lazo comun entre estos hombres de diferentes patrias; en la Constantinepla de los sultanes como en la Roma de los papas, todo extranjero que queria consagrarse á defender el dogma era reputado ciudadano, y nacionalizado por el culto. A esta naturalizacion universal de servidores de diversas procedencias ha debido el imperio muchas veces y debe hoy el buen servicio de sus adeptos.

III

La paz sostenida por Sokolli fué renovada por ocho años con el emperador de Alemania. El duque de Transilvania, Estéban Bathory, protegido por los turcos, fué elevado por el gran visir al trono de Polonia. « No debes molestar á Bathory, colocado por « mí en el trono de los polacos, » escribió el gran visir en nombre de Amurat al emperador; « yo « quiero que trates á los polacos, como á mis súbditos. La Polonia está bajo mi proteccion; he mandado á los magnates de este país que elijan por rey « á Bathory. Los tártaros hicieron en otro tiempo « prisionero á un rey de Polonia; por esta razon pagan todavía los polacos el tributo al khan de los « tartáros. » Conformándose con esta tradicion y esta investidura, el embajador de Polonia, Siensky, firmó un tratado de alianza ofensiva y defensiva entre la Turquía y la Polonia, tratado que contenia en uno de sus artículos el tributo de los polacos á los tártaros:

La república de Venecia, ayudada por el influjo de la sultana veneciana Safiyé, obtuvo de Amurat y del gran visir una interpretacion muy favorable de los tratados y ventajas notables en la cuestion de limites con la Puerta.

Florenzia concluyó igualmente con Sokolli un tratado de libre navegacion y de comercio reciprocos.

Los embajadores de Felipe II de España solicitaron un tratado de paz y amistad con los turcos; pero reducido á una tregua de tres años, fué firmada esta por Sokolli con desden y repugnancia.

La Inglaterra, agena por su situacion á todo trato diplomático con los otomanos, entabló por medio de sus negociantes relaciones comerciales, que se convirtieron pronto en política, y dieron ocasion al canje de algunas cartas entre la reina Isabel y el sultan.

Tambien la Suiza pagó por la vez primera un agente judío para que defendiera los intereses de su comercio en Constantinopla.

Sokolli queria naturalizar las ciencias y las artes en su patria, de consuno con la paz y el comercio. El sabio Seadeddin-Lala, preceptor de Amurat III, secundaba al gran visir para que llevase á cabo sus felices innovaciones. Mandaron construir un observatorio en frente de los jardines del serrallo en To-

phana, é hicieron venir de Egipto al ilustre astrónomo Takieddin para perfeccionar y vulgarizar el conocimiento de los fenómenos celestes entre los turcos; pero la antipatía del clero contra las ciencias que explicaban la naturaleza de distinto modo que por oráculos y prodigios, forzaron al gran visir, al preceptor y al astrónomo á derribar su observatorio como un atentado contra los misterios del cielo. Takieddin tuvo en Constantinopla la misma suerte que Galileo en Roma. El mismo siglo presenciaba en dos religiones opuestas la lucha siempre desigual entre la ciencia y la superstición.

Los enemigos de Sokolli en el divan y en el haren fomentaron estas acusaciones populares de impiedad contra el grande innovador. Comenzaron por atacar á sus hechuras ántes de dirigirle directamente sus tiros. Feridun, secretario de Estado, su colaborador durante tres reinados, fué desterrado á Belgrado. Tambien perdió el favor Cicala, aga de los genizaros. La muerte privó al mismo tiempo á Sokolli de dos de sus principales apoyos en el Estado, de Pialé-bajá y del mufti Hamid; en fin, un negro, Arab-bajá á quien habia casado con una favorita de su haren y que gobernaba bajo su direccion el reino de Chipre, fué asesinado por sus propias tropas. Presentaron á Sokolli los vestidos del negro hechos girones á sablazos,

y lloró de compasion pensando en la agonía que habia debido sufrir su favorito.

El duque de Naxos y de las Cyclades José Nassy, enriquecido mas de lo que podia soñar un ambicioso por la amistad de Selim II, murió en esta época en Constantinopla. Sokolli, á quien habia tenido envidia este aventurero, mandó que volviese su fortuna al tesoro público. Pero los tres defferdars ó tesoreros nombrados por Sokolli para secuestrar la sucesion, fueron acusados de dilapidadores de la herencia, por los enemigos del gran visir y puestos en el tormento para hacerles declarar su supuesto despojo. Otro de sus clientes, Miguel Cantacuzeno, griego perteneciente á la familia imperial de Bizancio y rival de otro griego llamado Paleólogo, resto tambien de las dinastías de los bizantinos, fué colgado por malversador presunto delante de la puerta de Sokolli, como quien pretende hacer recaer sobre el protector el crimen y el infame suplicio del protegido. En fin, el sobrino predilecto de Sokolli, Mustafá-bajá, gobernador de Ofen y de la Hungría turca, fué degollado en Ofen por Ferhad-bajá, caballero mayor del sultan, en medio de su escolta de cincuenta ginetes, que no se atrevieron á desenvainar sus sables para defenderlo.

Estos presagios entristecian á Sokolli, sin distra-

erlo de sus proyectos de gobierno; aguardaba morir, pero queria que la muerte lo sorprendiera con el timon del Estado en la mano. Uno de los últimos dias del mes de octubre de 1578, se hacia leer por su bibliotecario, Hassan-aga la historia de los primeros reinados de la monarquía. Habiéndole leído la relacion de la batalla de Cossova contra los servios, y la muerte trágica y repentina de Amurat I, asesinado en el campo de batalla despues de la victoria por el patriota servio Milosch Kabilowitch, Sokolli impuso silencio con un gesto al lector en este pasaje, recitó piadosamente la primera sura del Coran por el alma del sultan asesinado, y exclamó con un presentimiento semejante á una revelacion interior: « ¡ Que el Todopoderoso me conceda igual muerte! »

Al dia siguiente, despues de haber dado su audiencia acostumbrada en el palacio de la Puerta, y empleado lo restante del dia en los negocios de Estado, Sokolli, de vuelta en su casa, abrió como siempre su divan á todos los otomanos sin distincion que tenian que pedir gracia ó justicia al gran visir. En el momento en que tendía la mano á un desconocido vestido de dervis que le presentaba un memorial, sacó este un puñal que traia oculto y lo clavó hasta el puño en el pecho del gran visir. Sokolli, echando instinti-

vamente la mano á su yatagan para defenderse, no tuvo fuerzas para agarrarlo y cayó muerto de la manera que habia deseado, como Cesar, sin proferir una palabra. El falso dervis era un dálmata compatriota de Sokolli, raza feroz que da vida por vida sin temor ni compasion. Alegó por excusa de su crimen la venganza de una injusticia cometida por el gran visir, sentenciando contra él en una causa de propiedad feudal relativa á un feudo que poseia en Bosnia. La opinion atribuyó este crimen, pero sin prueba para ello, al cruel Mustafá baja, el azote de Chipre. Amurat III se alegró quizá del crimen, pero sin tener parte en él. El asesino no reveló mas que su odio. Al dia siguiente fué hecho pedazos por cuatro caballos que se llevaron sus miembros, atados á un palo, en distintas direcciones.

Así desapareció el hombre que habia sido durante tres reinados la luz, la política y la fuerza del imperio. La historia lo alaba mejor que las vanas palabras. Él habia elevado el imperio á su apogeo; el dia de su muerte es el primero de su decadencia.

Mohammed-Sokolli no habia tenido hijos de la sultana Esma, hermana de Selim. La primera esposa que habia tenido le habia dejado dos hijos que no heredaron su inmensa fortuna. Obligado á repudiar esta mujer, á quien amaba, para recibir en su

casa á una princesa imperial que le ofrecia su señor, habia deplorado toda su vida que su mérito y su gloria le hubiesen valido la aficion de Esmá-Sultana, cuya fealdad y deformidades le presagiaban la falta de herederos. Sus desmedidas riquezas, calculadas, no en razon de sus servicios, sino de su modesto origen, volvieron con su muerte al tesoro del sultan.

Dejaba el imperio en paz con toda la tierra, excepto con la Persia.

Retrocedamos algunos años en el curso incesante de la anarquía persa, para comprender los motivos, las ocasiones y las peripecias de esta guerra. La historia de Persia corre tan paralela con la historia de Turquía que no se puede hablar de los sucesos de la una sin tomar en cuenta los ocurridos en la otra.

IV

Las tres guerras de Selim y de Soliman el grande contra la Persia habian popularizado la dinastía de los Sofis, cuyo origen religioso hemos referido. En Asia como en Europa, los pueblos cesan de pelear por la causa de las rivalidades dinásticas, al paso que

combaten por la religion ó la nacionalidad. El schah (ó el rey) Tahmaps habia debido una larga dominacion á los esfuerzos de Soliman II para destronarlo. No era un hombre notable, pero habia tenido la fortuna de ser el campeón de la Persia amenazada.

A su muerte designó entre sus hijos por sucesor suyo á Hyder Mirza. Hyder, favorito de su padre, habia permanecido á su lado en Ispahan para que estuviese dispuesto á ocupar el trono, al paso que sus hermanos, segun la costumbre oriental, se hallaban desterrados de la corte, en provincias lejanas.

La política recelosa é imprudente á la vez de los schahs, ponía á estos príncipes bajo la vigilancia y la tutela de los gefes de las tribus, que constituian la nacion persa. Estos caudillos se convertian frecuentemente á la muerte de los schahs en defensores de los hijos que se disputaban el trono de su padre.

El jóven Hyder, dueño del palacio, de la guardia, de los ministros y de los tesoros de Tahmasp, no tuvo dificultad en hacerse proclamar rey en la capital. Pero el odio de una mujer le costó pocos dias despues el trono y la vida. Esta mujer de raza circasiana, cuya hermosura, valor y ambicion ejercieron un ascendiente casi absoluto en el gobierno de la Persia, era la célebre Perid-Jankhan, hija del schah que acababa de morir. Era sobrina de Schemkhal, jefe

casa á una princesa imperial que le ofrecia su señor, habia deplorado toda su vida que su mérito y su gloria le hubiesen valido la aficion de Esmá-Sultana, cuya fealdad y deformidades le presagiaban la falta de herederos. Sus desmedidas riquezas, calculadas, no en razon de sus servicios, sino de su modesto origen, volvieron con su muerte al tesoro del sultan.

Dejaba el imperio en paz con toda la tierra, excepto con la Persia.

Retrocedamos algunos años en el curso incesante de la anarquía persa, para comprender los motivos, las ocasiones y las peripecias de esta guerra. La historia de Persia corre tan paralela con la historia de Turquía que no se puede hablar de los sucesos de la una sin tomar en cuenta los ocurridos en la otra.

IV

Las tres guerras de Selim y de Soliman el grande contra la Persia habian popularizado la dinastía de los Sofis, cuyo origen religioso hemos referido. En Asia como en Europa, los pueblos cesan de pelear por la causa de las rivalidades dinásticas, al paso que

combaten por la religion ó la nacionalidad. El schah (ó el rey) Tahmaps habia debido una larga dominacion á los esfuerzos de Soliman II para destronarlo. No era un hombre notable, pero habia tenido la fortuna de ser el campeón de la Persia amenazada.

A su muerte designó entre sus hijos por sucesor suyo á Hyder Mirza. Hyder, favorito de su padre, habia permanecido á su lado en Ispahan para que estuviese dispuesto á ocupar el trono, al paso que sus hermanos, segun la costumbre oriental, se hallaban desterrados de la corte, en provincias lejanas.

La política recelosa é imprudente á la vez de los schahs, ponía á estos príncipes bajo la vigilancia y la tutela de los gefes de las tribus, que constituian la nacion persa. Estos caudillos se convertian frecuentemente á la muerte de los schahs en defensores de los hijos que se disputaban el trono de su padre.

El jóven Hyder, dueño del palacio, de la guardia, de los ministros y de los tesoros de Tahmasp, no tuvo dificultad en hacerse proclamar rey en la capital. Pero el odio de una mujer le costó pocos dias despues el trono y la vida. Esta mujer de raza circasiana, cuya hermosura, valor y ambicion ejercieron un ascendiente casi absoluto en el gobierno de la Persia, era la célebre Perid-Jankhan, hija del schah que acababa de morir. Era sobrina de Schemkhal, jefe

de una tribu circasiana al servicio de Persia. Schemkhal y Peridjan patrocinaban las pretensiones de otro hijo de Tahmasp, llamado Ismaél-Mirza, que languidecia en una prision mas de veinte años hacia.

En el momento en que la muerte de Tahmasp dejaba á la princesa sin apoyo en el palacio, á merced y acaso expuesta á la venganza del jóven Hyder, pidió una audiencia á este príncipe, y arrojándose á sus piés, con las lágrimas en los ojos, saludó al rey de Persia. « Hasta aqui, le dijo esta mujer astuta, cuyos hechizos sublimaban su elocuencia, me habeis creído opuesta á vuestra elevacion al trono; mi objeto era conocer por este medio los proyectos de vuestros rivales para desbaratarlos; desde hoy contempladme como la mas firme y mas adicta de vuestras esclavas. »

Hyder, que conocia el genio y la habilidad de esta mujer, celebró la ocasion que se le ofrecia de conquistarla para su causa mediante el perdon y la promesa de un crédito que sobreviviria á la vida de su padre. « Si quereis unicamente, le respondió, ganar á vuestro tio Schemkhal y los partidarios de mi hermano Ismaél, el trono de Persia es nuestro sin disputa, y reinaréis conmigo en el palacio de Ispahan. » — Basta, le replicó Peridjan, « dejadme li- songear á mi tio, y os respondo del imperio. »

V

Hyder, engañado por el lenguaje de su hermana, le permitió partir para el campamento de los circasianos. Peridjan fingió que negociaba con Schemkhal y los amigos de Ismaél, y volvió con ellos á Ispahan, acompañada de un cuerpo de caballería circasiana, muy adicto, decia ella, á la causa del nuevo schah.

Desconfiando Hyder de Schemkhal se negaba á dejarlos entrar en la capital y en el palacio. Los circasianos penetraron durante la noche por una puerta del jardín que franquearon á Peridjan sus partidarios del serrallo. Cuando Hyder tuvo noticia de tal invasion trató de evadirse disfrazado de mujer para refugiarse en el cuartel de los guardias. Pero Schemkhal, que lo espiaba, lo reconoció, le arrancó su velo y lo hizo asesinar en su presencia por medio de uno de sus esclavos. Los georgianos, que formaban la guardia del rey de Persia acudian al socorro de su soberano; pero Schemkhal, saliéndoles al en-

cuentro les echó á la cara la cabeza del rey. A este aspecto rindieron las armas. Ismaél, encerrado en el castillo de Al-Mut, subió al trono que le habia preparado la perfidia de una mujer.

No lo ocupó mas que el tiempo necesario para mancharlo con sus vicios y ensangrentarlo con la muerte que hizo dar á todos sus hermanos reunidos en el palacio de Cazwin. Solo uno fué exceptuado por desprecio mas que por compasion, Mohammed-Mirza, hijo primogénito de Tahmasp, ciego de nacimiento, á quien se consideraba por esta razon como incapáz de aspirar al trono.

Pero este ciego tenia dos hijos, uno de los cuales, Hamza-Mirza, era gobernador nominal de la ciudad y de la provincia de Schiraz; el otro, Abbas-Mirza, niño todavía, habia sido confiado al jefe de tribu Ali-Kouli-Khan, uno de los guerreros mas poderosos de la Persia. Ismaél envió orden al comandante militar de Schiraz y á Ali-Kouli-Khan para que mataran inmediatamente á estos dos príncipes. Una casualidad los salvó: el correo que llevaba la sentencia de su muerte, habiendo sufrido un atraso por la caída de un caballo, llegó despues que otro correo que habia salido detras de él de Ispahan. Este segundo mensajero llevaba á Schiraz y á Ali-Kouli-Khan la noticia del fallecimiento del schah Ismael. Su muerte

fué digna de su vida: los vicios y la desmoralizacion fueron causa de ella.

Una noche que recorria disfrazado las calles de Ispahan para entregarse de taberna en taberna á su despravada aficion al vino y á otras orgías con los compañeros de sus desórdenes, aguardaron hasta el mediodia su vuelta al palacio. Algunos servidores de confianza, encargados de proteger á cierta distancia su vida comprometida en riñas nocturnas, revelaron que lo habian visto entrar ántes de amanecer en casa de su favorito. Era este un jóven mercader de Ispahan, que vendia licores y dulces. Con este indicio, la hermana de Ismaél salió del palacio, hizo rodear respetuosamente la casa cerrada con llave á los guardias del schah; pero inquieta al fin del dia con el silencio y la inmovilidad de sus habitantes, mandó abrir las puertas y registrar la casa. El rey se hallaba en el cuarto del último piso, cerrado con cerrojo. Derribada la puerta, se vió al rey muerto en una cama, teniendo á su lado á su camarada, tendido con la insensibilidad de la embriaguez. Vuelto en sí por los médicos el favorito de Ismaél refirió que despues de haber bebido toda la noche vino y licores, el rey, segun su costumbre, habia completado su borrachera tomando pildoras de ópio. La caja en que las llevaba, comunmente cerrada con un sello que él

solo rompía, no estaba sellada en aquella ocasion. El compañero de libertinaje del príncipe reveló que se lo habia prevenido diciéndole que desconfiara de las píldoras que podian estar envenenadas; pero el príncipe le habia respondido que se la habia visto abrir á una mujer de su haren, que tenia á su cargo el cuidado de sus alimentos. Con fundamento ó sin él se creyó que el veneno habia puesto término á sus dias; pero su infame vida y su indigna muerte junto con la alegría de verse libres de un tirano, hicieron renunciar á la indagacion de su crimen que pareció á todos una salvacion.

El ciego Mohammed-Mirza reemplazó á Ismael II, como único sobreviviente de los hijos del schah Tahmasp. Su primer acto fué una ingratitud y una justicia; mandó extrangular á su hermana Peridjan que habia hecho traicion á Hyder para coronar á Ismaél. Su visir, Mirza-Suleiman, gobernaba la Persia en su nombre. Objeto de envidia y de ódio para los jefes de tribus que rodeaban al príncipe y tenian dividido entre sí el imperio, este visir habia rechazado ya gloriosamente la invasion de los turcos á las órdenes de Sinan-bajá. Sokolli, descontento con la lentitud de la guerra de Persia, y ansioso sobre todo de alejar de Constantinopla á Mustafá-bajá, vencedor de Chipre, habia nombrado á este rival generalísimo

del ejército. Mustafá-bajá, ejercitado en las grandes guerras con diez años de mando, atacó á los persas en la llanura de Georgia, provincia sometida, pero mal asimilada á la Persia. Los otomanos estaban seguros de hallar en ella lo mismo que en Crimea y en Circasia, mas auxiliares que enemigos.

La Georgia es la antigua Iberia de los griegos y de los romanos. La aspereza de sus montañas, la espesura de sus bosques, la abundancia de sus aguas, sus pintorescos valles, la energía de sus habitantes, y sobre todo la belleza de sus mujeres, constituyen su fuerza, su desgracia y su celebridad en el Oriente. Una reina casi fabulosa, llamada Nino, introdujo en su reino el cristianismo naciente con sus prodigios, mientras que Constantino lo imponia por la fuerza de las armas á todos los paises tributarios de los griegos y de los romanos al rededor del mar Negro. Dos sarmientos, unidos en forma de cruz, eran á la vez el cetro y la varilla misteriosa de esta princesa mágica.

Otra reina de Georgia, Tamar, sorprendida en sueños por su escudero David Bagration, habia querido vengarse del amor de este criado sometiéndolo á muchas pruebas y suplicios. Habiendo triunfado el culpable de todos los peligros por que pasara, la reina habia concluido por casarse con él. Los hijos de la

violencia perdonada reinaron de generacion en generacion en la Georgia. La hija de Tamar, la princesa Russudan, mas hermosa aun que su madre, habia sostenido tres guerras contra los soberanos del Khorasan, que querian adquirir la Georgia casándose con la heredera del reino.

Los persas dan por patria la Georgia á la bella y sensible *Schirin*, la heroína de todas sus poesías épicas y elegiacas. El poder y la seduccion se confundian casi siempre en estas reinas. Era el reino romanesco de la belleza, gobernado por la pasion y servido por el heroismo.

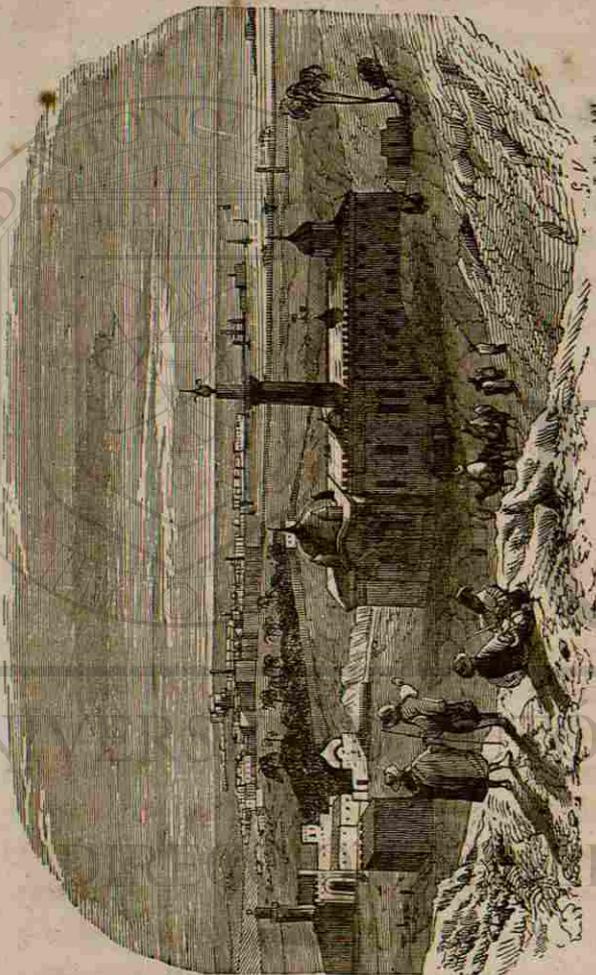
VI

El rey David, en tiempo de Amurat III, reinaba en Tiflis y en los profundos valles de la Georgia que sirven de entrada á la Persia. Su hija, aunque cristiana, habia sido dada por esposa al schah Tahmasp, en prenda de íntima alianza contra los turcos. Despues de una batalla desigual contra el seraskier Mustafá-bajá, huyó David de su capital. El príncipe soberano de Imiretta, otra mitad de la Georgia, se unió á los

vencedores para obtener la posesion de Tiflis. No se fiaba lo bastante Mustafá para querer satisfacer completamente su ambicion; reunió algunas provincias al reino de Imiretta, y dió en feudo á Tiflis á uno de sus generales, á Mohammed-bajá, hijo del famoso manco Ferhad-bajá. Estableció allí una guarnicion turca de diez mil hombres para defender contra los rebeldes georgianos esta llave de la Persia mientras penetraba en el interior de sus provincias.

Tiflis, usurpada hoy por los rusos, ciudad pintoresca, guerrera, comercial, opulenta, fué construida como la antigua Bidlis, por Alejandro Magno. El paganismo, el cristianismo, el islamismo, cubrieron sucesivamente sus colinas y las márgenes de su rio con ruinas y monumentos que atestiguan la grandeza y la decadencia de una capital edificada en la grande via seguida por todos los conquistadores.

Mustafá, apoyado en Tiflis, lanzó doscientos mil combatientes á la Georgia y al Cáucaso, y unió por la victoria al imperio turco estas provincias de la Persia. Todos los jefes de tribus se declararon aliados ó tributarios de los otomanos. Pero cuatro ejércitos [®] avanzaban simultáneamente de lo interior de la Persia para disputar á los turcos sus conquistas; el uno sobre Bagdad, el otro sobre Erzerum, dos sobre Tiflis. De estos dos últimos, uno iba mandado, á ejem-



TIFLIS.

S. V. p. 121.

plo de los ejércitos georgianos y circasianos, por una mujer, favorita del schah de Persia, educada militarmente como la famosa Peridjan, é inspirando con su valor y su belleza el heroismo de los persas. Ella derrotó el ala derecha de los turcos hácia Erzerum, mató al general que la mandaba, é hizo retroceder al enemigo hasta las nieves del alto Cáucaso. Durante este triunfo, sucumbian sesenta mil persas en una batalla de tres dias peleando contra Othman-bajá en la provincia de Schirwan. Diez mil cabezas cortadas fueron enviadas por Othman-bajá, en testimonio de su victoria al seraskier que se hallaba en Tiflis. El rey ciego, Mohammed-Schah huía ante él de provincia en provincia. El invierno y el hambre vinieron á socorrer á los vencidos.

Tiflis, abandonada á sí misma, falta de víveres, fué bloqueada por los persas. Mustafá-bajá se retiró á Kars y empleó el invierno y la primavera en reconstruir y fortificar esta ciudad, que fué despues baluarte inexpugnable del imperio sobre la Georgia. En la primavera, Hassan-bajá, hijo del ilustre visir, auxilió y llevó provisiones á Tiflis. Uzdemir-Othman-bajá, que acababa de contraer esponsales con la hija del caudillo circasiano Schemkhal, asesino de Hyder, y tio de la célebre Peridjan, mandó cortar la cabeza á su suegro en un festin. Schemkhal, habituado á las

traiciones comunes á su raza, comenzaba á conspirar contra los turcos, despues de haberles entregado los persas.

Entretanto los turcos acababan de ser reforzados por un ejército auxiliar de cuarenta mil tártaros de Crimea mandado por Aadil Gherai, príncipe de su dinastía. Aadil, jóven, bello, heróico y seductor, fué hecho prisionero por los persas en una salida en el sitio de Schirwan. Mohammed-Schah, que tenia intereses en halagar á los tártaros para separarlos de la alianza con los turcos, recibió al prisionero en su corte mas bien como huésped que como enemigo. El talento de Aadil-khan sedujo á la madre del schah, mujer de una inteligencia superior, alma del gobierno en el haren. Su belleza sedujo á la hermana mas jóven del rey. Los amores del príncipe tártaro y de la sultana se hicieron públicos. La Persia indignada vió en ellos el envilecimiento de su soberano, la complicidad de su madre, la traicion de su hermana, el peligro de la patria vendida al enemigo por la pasion de dos mujeres. Los kurudjis, especie de genizaros persas se amotinaron, violaron el haren, sacaron de él á Aadil y á la princesa, y los extrangu-laron en presencia del schah, que les pedia en vano el perdon de la vida de su hermana y de su cautivo. La madre del rey, á quien, habian perdonado, no

dejó aguardar mucho tiempo su venganza. Pocos dias despues de su revuelta, los kurudjis, llamados uno por uno á un patio del palacio para recibir una gratificacion, murieron á manos de los verdugos, á la vista del rey y de su madre, que presenciaban aquel acto detrás de los cortinajes de su apartamento.

El corazon de la Persia se descomponia con estas intrigas de serrallo y estas sediciones pretorianas, miéntras que los turcos y los tártaros se llevaban poco á poco los miembros del cuerpo del imperio. El gran visir Sokolli, descontento con la lentitud de Mustafá, que eternizaba esta campaña de Persia, acababa de enviar pocos dias ántes de su muerte un nuevo ejército á Georgia, al mando de Sinan-bajá, uno de los principales militares del imperio. Apénas llegaba Sinan á las fronteras de Persia fué llamado como gran visir á Constantinopla en reemplazo de Ahmed, que habia sucedido para pocos dias á Sokolli. El seraskier Mustafá-bajá habia confiado en ocupar el puesto de su rival Sokolli. Su defraudada ambicion ó el veneno que habia tomado, á lo que se dice, desesperando de no alcanzar el fin que se habia propuesto, lo privó repentinamente de la vida. Murió cubierto con la sangre de Chipre y deshonrado con el suplicio de los defensores de Famagustes. Sus riquezas, sus caravanerías y sus mezquitas no justifi-

caron su memoria, ántes bien sirvieron para perpetuar su deshonra con su nombre.

VII

Sinan, nombrado gran visir, quiso en vano marchar sobre Tauris; el ejército, cansado de su inercia se negó á seguirlo. Se vió obligado á doblegarse ante las pretensiones de sus generales, á acantonar sus tropas en los valles de Tiflis, de Erzerum, de Kars, y á volver á Constantinopla sin lograr mas resultado que las negociaciones entabladas con la Persia. Un embajador del schah, acompañado por tantos servidores como dias tiene el año, siguió á Sinan á Constantinopla.

Durante las negociaciones, mandaba el ejército Mohammed-bajá, sobrino de Mustafá-Bajá, el seraskier muerto. Mohammed fué vencido en la llanuras de Gori, no léjos de Tifhi, por ochenta mil persas. Imputando su derrota á su colega Mustafá-Minotschir, que mandaba uno de los cuerpos del ejército, quiso asesinarlo en pleno divan. Adivinando la intención al primer movimiento que hizo el kyaya para

apoderarse de él, Mustafá le abrió la cabeza de un sa- blazo, hirió de otro al bajá del Diarbekir que asistía al consejo, y hundió cinco veces su puñal en el cuerpo del seraskier. Saliendo entónces con el sable en la mano de la tienda y llamando á sus soldados para que secundaran su venganza, se separó del resto de las tropas, se replegó á Amasia, y apeló á la justicia del sultan. Mohammed, que sobrevivía á sus heridas, continuó su retirada á Kars.

VIII

Estos reveses y dilaciones humillaban al jóven Amurat III. Al llegar á Constantinópla, Sinan lo convenció de que solo su presencia en el ejército podia restablecer la disciplina y recobrar el ascendiente perdido en las fronteras de Persia. La sultana Nur-Banu, madre de Amurat, y la veneciana Safiyé, temiendo perder su influencia durante la campaña que lo alejaba del haren, se indignaron contra el gran visir. Comunicaron sus temores al sultan, mal preparado, por los ócios del serrallo, para las vicisi-

tudes de los campamentos. Para él, el imperio era la multitud de mujeres y de eunucos que poblaban sus jardines y sus kioskos. Se agrió con un visir que le hablaba de la gloria, disfracó el motivo verdadero de su cólera reprendiéndole por haber entablado negociaciones con la Persia en vez de vencerla. Acusó á Sinan de haber prestado oídos á las proposiciones que le hicieron de restituir la Georgia á la Persia : « Todo lo que ha sido pisado por el caballo del sultan, le pertenece para siempre, » decían los enemigos de Sinan. Amurat lo desterró á Malghara para castigarlo por un consejo que alarmaba su molicie.

El croata Siawusch-bajá fué nombrado gran visir. Ferhad, antiguo cocinero del serrallo, soldado por aficion y general por intriga, partió para violentar la fortuna en Persia, á la cabeza de sesenta mil genízaros, de diez mil zapadores y de trescientas piezas de cañón, con que echar á tierra las murallas. Comenzó por fortificar á Erivan, puerta de la Persia por aquella parte. Erivan habia recibido su origen y su nombre de un mercader que seguía al ejército de Timur, y que habia alcanzado de este conquistador el privilegio de cultivar el arroz en la llanura bañada y fértil que alimenta hoy dos fronteras de imperios. Hízola una ciudadela avanzada de la Turquía, y continuó la invasion de la Georgia.

Una expedición paralela por mar y por tierra á las costas del mar Negro, bajo Othman-bajá, se avanzó por Caffa hasta la península de la Crimea. Una marcha de veinticuatro dias condujo la expedición á Derbend á través del Don y de las estepas de la Tartaria. El ejército combinado de turcos, de circasianos, de tártaros, pasó allí el invierno defendido de las nieves bajo tiendas de cañas. En la primavera, Othman-bajá, salió de Derbend, á fin de dar una batalla decisiva á los persas. Estos acudian en tropel á defender el flanco amenazado de su nacion, abierto por las estepas del mar Caspio. El número de los turcos, de los circasianos, de los georgianos, de los tártaros de Othman que salian de sus cuarteles de cañas ó de sus acantonamientos de tierra era tal, que este caudillo pasó tres dias viéndolos desfilar por delante de la puerta de Derbend. Cuatro dias despues llegó su ejército á las márgenes del rio Amor.

Los persas, mandados por su viejo general Iman-Koulikhan, lo aguardaban en igual número á la opuesta orilla. Othman, sobre un caballo negro, célebre por su edad y por sus bríos á la vista de las armas, caballo que montaba treinta años hacia, se lanzó el primero al agua, seguido de un ejército entero de caballería. Los persas, dueños de las colinas que cercaban como dos promontorios la llanura al

otro lado del rio, no se opusieron al paso de los turcos. Se creian invencibles en su posicion, y aguardaban con confianza la aurora del dia inmediato que debia alumbrar su victoria.

Othman no les dió tiempo para ello. Al anochecer, doscientos mil teas encendidas de repente, llevadas por los ginetes, iluminaron la llanura, y mostraron á los persas sus columnas de ataque preparadas para asaltar sus posiciones. Tambien los persas encendieron miles de teas para el combate. Los relinchos del caballo negro de Othman, oídos por todo el ejército, parecieron á los turcos la señal y el presagio seguro de la victoria. Solo fué una carga de doscientos mil soldados de caballería que se entrechocaron entre el humo de las antorchas en medio de la noche. Treinta mil persas muertos, veinte mil prisioneros, una pirámide de diez mil cabezas construida por Othman á orillas del rio, fueron los trofeos de esta batalla de las Teas.

Despues de haber perseguido al enemigo hasta Baku y fortificado esta ciudad, bastion avanzado del Cáucaso sobre la Persia, Othman replegó sus tropas á través de los valles de aquellos Alpes hasta Kanlu, es decir el rio de la sangre. Allí, los rusos que contemplaban la Persia como una presa que devorar mas tarde, atacaron el ejército en retirada de Oth-

man al pasar el río, incendiaron las estepas para privar de pasto á su caballería. Mil caballos perecían diariamente de hambre á consecuencia de esta maniobra de los rusos. Por fin, atravesado el río Kuban sobre el hielo que lo cubría, los bosques de Tamar abrigaron y reanimaron sus tropas. Othman volvió á Caffa, de donde habia partido, despues de siete meses de combates, de marchas y contramarchas.

Los tártaros de Crimea que lo habian auxiliado, no lo veian sin terror en el corazon de su península, desgarrada por las disensiones intestinas de los príncipes de la dinastía de Gherai, que se disputaban la soberanía de su casa. Su último khan, Dewlet-Gherai, acababa de morir. Enemigo constante y feliz de los rusos habia conducido sus hordas hasta Moscú y quemado esta capital que debe su fama á sus incendios, y que renace mas jóven y grande de sus cenizas. Habia querido abrirse un camino mas ancho y mas fácil para penetrar en el corazon de la Rusia, abriendo el canal del Volga al Don. Al morir dejaba diez y ocho hijos.

Los tártaros, para evitar los inconvenientes del gobierno patriarcal, que consisten en la incapacidad del príncipe hereditario, su flaqueza de ánimo ó su vejez, y para asegurar al mismo tiempo la continuidad de su política interior y exterior, tienen una

institucion casi análoga á la del gran visir en Turquía. El príncipe reinante está obligado, al subir al trono, á escoger para visir (kalgha) á su hermano mayor, ó su heredero presuntivo, designado por la constitucion de Gengis-Khan. El nuevo khan Mohammed-Gherai, primogénito de los diez y ocho hermanos, obligado á nombrar visir de esta manera, pero inclinado á favorecer con este puesto á uno de sus últimos hermanos, á Seadet-Gherai, nombró á este jóven príncipe favorito Nuredino (luz de la fé), y le dió con este título atribuciones y rentas que introducian una novedad peligrosa en el Estado.

El jóven Nuredino era del partido que queria tratar con contemplaciones á la Persia, y aconsejaba al khan que no enviara refuerzos de caballería á Othman. Prometia trescientos mil, pero eludia sin cesar el suministrarlos al general otomano. El sultan Amurat III y el gran visir Siawusch-baja se quejaban de esta lentitud y protestaban contra el nombramiento ilegal de Nuredino, en nombre de la constitucion de Gengis-Kan, que defendian los turcos.

Othman, de vuelta en Crimea despues de un breve viaje á Constantinopla, adonde habia ido á recibir nuevas órdenes del gran visir, destronó en nombre de su soberano al khan reinante. En virtud del orden natural de sucesion, Alp-Gherai, el segundo de

los hijos de Mohammed-Gherai debia ser su sucesor; pero los turcos proclamaron á Islam-Gherai, que vivia á la sazón en Constantinopla en un convento, vestido con el traje de un dervis. Sostenido por ellos, Islam desembarcó en Crimea en medio de un ejército de tártaros, ávidos de cambios, que entraron con sus caballos en el mar, para victorear á su nuevo soberano. Mohammed-Gherai, abandonado por su pueblo, repudiado por los turcos, huyó al desierto con su familia y sesenta ginetes, fieles apesar de su desgracia. El dervis Islam dió el título de kalgha á Alp-Gherai, que persiguió de estepa en estepa á su hermano fugitivo, á quien alcanzó y mató juntamente con sus hijos. La Crimea entera, libre de los príncipes favorables á los persas, se sometió mas y mas á la Turquía. Othman-bajá la habia conquistado de nuevo con esta revolucion.

La Armenia, la Circasia, la Georgia, la Tartaria Caspia habian desmantelado la Persia, privándola por mano de Othman de los baluartes y aliados naturales que la protegian de tiempo inmemorial contra los otomanos.

Nunca desde Belisario, bajo Justiniano, habia logrado un teniente del imperio tales ventajas en tres campañas.

IX

La recepcion de Othman á su vuelta con el ejército á Constantinopla fué digna de sus servicios; Amurat III habia vencido desde el seno de los placeres, y se apropiaba con orgullo las victorias de su general. El carácter modesto é intrépido del vencedor de la Persia y de la Georgia no inspiraba celos á Siawusch-bajá. El gran visir sabia que Othman era un soldado sin mas ambicion que la de la gloria. Las sultanas Nur-Banu y Safiyé se felicitaban de un triunfo contra los cismáticos, que realizaba su influjo sobre los fieles creyentes. Ninguna guerra lejana amenazaria en lo sucesivo el haren con la ausencia de su soberano, subyugado por su ternura. Ellas mismas presidieron los festejos con que el sultan queria honrar á Othman á su llegada á Constantinopla. Su entrada fué un triunfo comparable al de los romanos.

X

El 10 de julio de 1584, Amurat III con toda su corte, sus visires y sus guerreros habia salido al encuentro de un teniente hasta un kiosko, llamado Yali-Koeschk, situado á las orillas del Bósforo. « Siéntate Othman, » le dijo al aparecer en el salon, « y sé bienvenido á mi presencia para tu soberano y tu patria. »

Como si no hubiese oido estas palabras, desusadas en boca de un padischah, Othman se prosternó, besó la tierra, y acercó á los labios el manto imperial. « Siéntate Othman, » repuso Amurat. Othman hizo por obedecer el ademán de un hombre que va á sentarse, pero se levantó en seguida sin haber tocado la alfombra del sultan. Tres veces renovó Amurat su orden; otras tantas fingió Othman que obedecia y se levantó por modestia. A la cuarta, el vencedor de los persas obedeció y permaneció sentado por orden reiterada de su señor.

« Ahora cuéntame despacio tus largas campañas, » le dijo el sultan despidiendo con una signo de la mano á la muchedumbre de los cortesanos, para oír

la narracion de su general. Othman refirió las fatigas, los reveses y las victorias del ejército en Georgia y Circasia, y su marcha de ochenta dias á través de las estepas de la Tartaria para llegar á Derbend. Cuando hubo descrito la *batalla de las Teas*, la fuga de los persas y las pirámides de cabezas formadas en las márgenes del rio Amor: « Te has portado como un general prudente y bravo; » exclamó el emperador; y soltando de su turbante una pluma de garza real engastada en brillantes, se la puso él mismo al turbante de Othman.

Interrumpido el héroe por este favor que realzaba el entusiasmo del padischah, continuó el general la historia de sus campañas. Al contar su victoria sobre Hamza-Mirza, hermano del rey ciego de Persia: « Es menester que recibas el premio que mereces de manos de aquel por quien peleabas, » dijo Amurat. Cogió de su cinturón el puñal guarnecido de piedras preciosas y lo colocó en el de Othman.

Al acabar de describir la derrota de Iman-Kouli-Khan, el veterano de los generales del schah de Persia, el sultan desprendió la segunda pluma de garza real que flotaba sobre su turbante con un broche de zafiros, y decoró con ella el del vencedor; en fin, cuando Othman hubo descrito las traiciones de los tártaros contra su ejército en Crimea, en la época de

su tercera campaña, el destronamiento y la muerte del khan, la exaltacion al trono del dervis y la insoluble union de la Tartaria á la Turquía : « Eso es demasiado, » dijo Amurat levantando las manos sobre su cabeza como para dar gracias al cielo, autor de tanta ventura : « ¡ Que tu rostro sea blanco y resplandeciente para siempre en los dos mundos de Europa y de Asia ! ¡ Que el Dios que asiste y que venga á te sea siempre propicio ! ¡ Que te siga la victoria á donde quiera que te lleve tu caballo negro ! ¡ Que te sientes en el paraíso en el mismo kiosco y á la misma mesa con aquel antepasado nuestro, cuyo nombre llevas, el khalifa Othman, hijo de Affan ! ¡ y ojalá puedas, miéntras llega la vida inmortal, crecer sin cesar en esta vida terrestre en poder y gloria por dilatados años ! »

A estas palabras, y una señal del sultan, el camarero mayor condujo á Othman á un apartamento del kiosco en donde fué despojado por esclavos de todos los vestidos que llevaba al entrar en el palacio, y cubierto con ropas y armas del mismo sultan. Con este nuevo traje, que lo igualaba exteriormente al padischah, Othman volvió á dar gracias á su señor.

Medio dia duró la narracion de las campañas de Persia. El sultan la habia prolongado de intento con

el objeto de probar á su general. « Habian acusado á Othman, dijo saliendo del kiosco, de embriagarse con ópio y de embrutecerse con él : no creo ya que tiene este vicio, puesto que ha podido soportar sin fatiga y sin interrupcion una conferencia que ha durado seis horas. »

En efecto, Othman queria reparar muchas veces con el uso, á veces excesivo del vino, las fuerzas que habia perdido en sus campañas. Despues de desocupar algunas copas de este licor con sus favoritos en su tienda, se dormia con la cabeza reclinada sobre un cogin, al blando son de sus cantores ; luego, despertándose á la hora prescrita (dos horas despues de puesto el sol), hacia sus abluciones religiosas y su oracion, derramaba lágrimas de arrepentimiento por sus culpas, y volvía á trabajar ó dormirse segun lo exigian las circunstancias. La conviccion de la sobriedad de Othman, que resultó para el sultan de aquella prueba, lo decidió á poner el timon de los negocios en manos del hombre predestinado que tan felizmente habia hecho la guerra. Siawusch-baja fué depuesto sin que cayera en desgracia. Othman fué nombrado gran visir. Su instalacion, acompañada de honores sin ejemplo hasta entónces, fué digno corolario de su entrada triunfal en Constantinopla.

Apesar de su molicie, Amurat III sabia reinar,

pues que recompensaba así al héroe de su pueblo. Pero no era feliz este soberano en el seno de sus prosperidades exteriores, su debilidad intelectual crecía con sus desarreglos; su madre y Djanfeda intendente de sus placeres, no cesaban de ofrecerle nuevas víctimas para satisfacción de sus caprichos. Cambiaba de mujeres mas á menudo que el muezzin anunciaba las horas. Sus hijos se multiplicaban. El placer mismo de su nacimiento no estaba exento de tristezas. Un día que conversaba con una de sus odaliscas, que iba á ser madre: « ¿De qué te sirve ser padre, sultan? le dijo esta esclava, haciendo alusion á la inevitable muerte de los hijos varones del haren; tus hijos no están destinados á vivir en la tierra, sino á poblar los sepulcros. »

XI

Las rivalidades de crédito y de favor que agitaban su haren herian de rechazo al divan. La madre de Amurat III y su esposa Safiyé no estaban siempre acordés en la proteccion de los mismos favoritos. Su

madre y su hermana favorecian á Siawusch-bajá; Safiyé acusaba á Siawusch de querer privar del trono á su hijo Mohammed para dárselo á los que habia tenido él mismo con su esposa la hermana predilecta del sultan.

La muerte de la sultana madre Nur-Banu, coincidiendo con la vuelta de Othman, debilitó el favor de Siawusch. La veneciana Safiyé, reinó sin rival en el animo de Amurat, apesar de que se sospechaba que habia envenenado á su suegra. Otro favorito del príncipe, Ibrahim, distante aun de la cúspide de los honores públicos, era rival secreto y á veces estorbo de los grandes visires.

El haren tenia sus partidos que costaban sumas inmensas al gran visir. La sultana Validé tenia dos mil ducados de oro, independientemente de los donativos de los favoritos del día. Tres mujeres compartian la privanza de Amurat, y dominaban su débil espíritu. La una era Djanfeda-Kadun, de quien hemos hablado, recomendada por Nur-Banu al morir como la única capaz de reemplazarla en el gobierno del haren; la segunda era una supuesta profetisa, llamada Raziyé, mujer astuta y hermosa, cuyas palabras y filtros habian recibido á veces la sancion del acaso. Enamorada de Schudschaa, jardinero del serrallo, lo habia elevado con sus intrigas á las dig-

nidades domésticas de la corte; la tercera era la judía Kira, que entraba en el haren para vender telas y alhajas, y tomaba parte en las intrigas de amor y de ambicion del serrallo.

Tres hijas de Selim II, hermanas del sultan reinante, disputaban á la sultana Safiyé el favor de su hermano. Eran estas las viudas de Sokolli, y del capitán-bajá Pialé, y su hermana la princesa que se habia casado con Siawusch. Otra sultana que vivia en el antiguo serrallo, Mirhmah, hija de Soliman, educaba dos sobrinas de Amurat. Habia dado en matrimonio á una de estas jóvenes al renegado genovés Cicala, tráfuga de la casa de los Dorias, que habia abjurado su fe y su patria y trasportado á Oriente su heroismo. Habiendo perdido Cicala á su primera mujer de la sangre de Soliman, le habia dado Mirhmah la segunda nieta de este emperador.

Estas princesas que tenian por su parentesco con el sultan entrada en palacio, lo trastornaban con sus intrigas y sus pasiones. Esmá, viuda de Sokolli, aunque poco favorecida por la naturaleza, se habia querido casar con uno de los bajás mas perfectos de cuerpo y de corazón, con Ali-bajá, gobernador de la Hungría turca. Por ambicion ó por miedo consintió en repudiar á la mujer que amaba, para crecer en riquezas y dignidades casándose con una herma-

na de su soberano. El historiador Petschewi, testigo de esta boda cruel, dice que las lágrimas y las imprecaciones de la esposa repudiada de Ali, al salir de su casa, hubieran conmovido las rocas del Balkan.

Hassan-bajá y Feridun, el primero por sus riquezas, el segundo por su talento, fueron considerados dignos de estas alianzas con sultanas parientas del soberano. Feridun debió á este matrimonio el favor que habia perdido. La vida del sultan, en medio de esta molicie y estas intrigas femeninas, se deslizaba suavemente entre las suntuosidades de sus jardines y los pueriles espectáculos con que entretenia á las esclavas y los hijos de su haren. Despues de haber gastado muchas horas en sus kioskos, cuyas terrazas perfumadas de rosas refresca la brisa del Bósforo, prolongaba el dia con fuegos artificiales que se tiraban desde las colinas que estaban enfrente de sus jardines para distraer á su hijo Mohammed. Se deleitaba en ver ejecutar algunas construcciones de devoción ó de utilidad pública para distraer su ociosidad con el espectáculo de la actividad de los trabajadores. Con este objeto envió sumas considerables á la Meca, á fin de defender la Kaaba sagrada y la piedra negra incrustada en los muros del templo de las inundaciones que los habian manchado. Esta piedra negra de Abraham es, en las tradiciones árabes y

mahometanas, un rubí caído del cielo en el principio del mundo, cuyo esplendor iluminaba la tierra con una luz igual á la de la aurora, oscurecido totalmente por los pecados de la especie humana, que se depravó con el tiempo. Los profanos no ven en ellas mas que un aerólito caído en Arabia en el siglo de los patriarcas, que brillaba como un metéoro igneo al bajar, que se apagó despues de su descenso, y que la alegoría y la supersticion oriental convirtieron en rubí simpático de la santa Kaaba.

XII

El influjo de estas princesas y de las esclavas del serrallo en el ánimo de Amurat III no igualaba al del jardinero, cómplice de las intrigas de la profetisa Raziye, á quien Amurat, en recompensa de adivinaciones mágicas, había elevado al rango de predicador de la córte. Habiendo recibido este fanático, segun decia él, la mision de convertir en mezquitas todas las iglesias cristianas de Constantinopla, inspiró su intolerancia al sultan. Amurat comenzó esta trasformacion de los templos cristianos bajo el pretexto de

que no cabian en las mezquitas los musulmanes, cuyo número crecia de dia en dia en la capital; pero las reclamaciones de los embajadores y las sumas que pagaron los griegos y los católicos, sirvieron para lograr la conservacion de sus iglesias.

El embajador de Francia, M. de Germigny, protestó con audacia contra la supresion de las capillas de Gálata, y fué con su séquito armado á defender sus puertas. El temor de perder un aliado tan constante de la Turquía hizo perdonar la temeridad del embajador, miéntras que el gran visir amenazaba á los enviados del emperador con encerrarlos en el castillo de las Siete Torres.

Las capitulaciones para la proteccion del cristianismo en el imperio y para los privilegios de la navegacion, fueron renovados y amplificados en esta época.

La Hungria y la Alemania eran las únicas que turbaban la completa tranquilidad del divan por la parte de Europa. Los húngaros independientes habían elegido por rey al emperador Rodolfo. Esta union de la Hungria y del Austria bajo un mismo emperador disgustaba á la Puerta. El gran visir mostraba brutalmente su enojo al embajador austriaco.

« ¿No es cierto, » le dijo un dia en plena audien-

cia, « que el emperador Rodolfo es un soberano
 « débil y enfermizo? ¿Porqué han elegido los húnga-
 « ros un rey que no es de su sangre? Los alemanes,
 « segun un proverbio nuestro, son caballos capados,
 « pero los húngaros son vigorosos caballos padres.
 « Tú provocas á los húngaros á separarse de la pro-
 « teccion de los sultanes: pero si eligen otro rey de
 « su seno, no tardaremos en ir á Hungría para con-
 « firmar por las armas al rey que nombren contra
 « vuestro emperador. » Lo amenazó con la picota.

Los embajadores del emperador sufrieron sin mur-
 murar estos ultrajes, y continuaron pagando el tri-
 buto y solicitando la amistad de los turcos.

XIII

Los enviados extraordinarios de todas las poten-
 cias de Asia, Africa y Europa llegaron á Constanti-
 nopla para asistir á las fiestas de la circuncision del
 hijo de Amurat III y de la veneciana Safiyé. La me-
 moria de estas fiestas debia de ser en la imaginacion
 de Amurat uno de los acontecimientos de su reinado.
 Ellas han quedado en efecto como un testimonio de

la opulencia y de las costumbres de la corte de los
 sultanes en aquella época. Su magnificencia y su du-
 racion marcan el apogeo de lujo á que habia elevado
 con sus conquistas una tribu de pastores en dos si-
 glos el trono de sus sultanes. Su descripcion ocupa
 volúmenes enteros de memorias contemporáneas y
 de despachos que los embajadores enviaban á sus
 gobiernos. Tomamos algunas páginas de los histo-
 riadores alemanes, sacadas por Hammar de los ar-
 chivos de las cortes alemanas.

« Mas de un año se habia empleado en los prepa-
 rativos de estas fiestas. La época de 1582 fué notifi-
 cada á los monarcas de Asia, de Europa y de Africa;
 expidiéronse tambien tschauschs con invitaciones á
 todos los gobernadores del imperio: los que no pu-
 dieron asistir á ellas se disculparon enviando presen-
 tes considerables. El antiguo intendente de las cocinas
 imperiales, Karabalibeg, fué nombrado inten-
 dente (emir), y Hamzabeg, el antiguo nischandji ins-
 pector (nazir) de estas fiestas; este último recibió del
 tesoro medio millon de aspros para los diversos gastos
 que estaban á su cargo. Se hicieron cocinas en todas
 partes, y el hipódromo en que Soliman habia cele-
 brado ya la boda de su hermana, la de Ibrahim, y la
 circuncision de sus hijos, fué el teatro de las magni-
 ficencias que debian oscurecer la memoria de las sun-

cia, « que el emperador Rodolfo es un soberano
« débil y enfermizo? ¿ Porqué han elegido los húnga-
« ros un rey que no es de su sangre? Los alemanes,
« segun un proverbio nuestro, son caballos capados,
« pero los húngaros son vigorosos caballos padres.
« Tú provocas á los húngaros á separarse de la pro-
« teccion de los sultanes: pero si eligen otro rey de
« su seno, no tardaremos en ir á Hungría para con-
« firmar por las armas al rey que nombren contra
« vuestro emperador. » Lo amenazó con la picota.

Los embajadores del emperador sufrieron sin mur-
murar estos ultrajes, y continuaron pagando el tri-
buto y solicitando la amistad de los turcos.

XIII

Los enviados extraordinarios de todas las poten-
cias de Asia, Africa y Europa llegaron á Constanti-
noplá para asistir á las fiestas de la circuncision del
hijo de Amurat III y de la veneciana Safiyé. La me-
moria de estas fiestas debia de ser en la imaginacion
de Amurat uno de los acontecimientos de su reinado.
Ellas han quedado en efecto como un testimonio de

la opulencia y de las costumbres de la córte de los
sultanes en aquella época. Su magnificencia y su du-
racion marcan el apogeo de lujo á que habia elevado
con sus conquistas una tribu de pastores en dos si-
glos el trono de sus sultanes. Su descripcion ocupa
volúmenes enteros de memorias contemporáneas y
de despachos que los embajadores enviaban á sus
gobiernos. Tomamos algunas páginas de los histo-
riadores alemanes, sacadas por Hammar de los ar-
chivos de las córtes alemanas.

« Mas de un año se habia empleado en los prepa-
rativos de estas fiestas. La época de 1582 fué notifi-
cada á los monarcas de Asia, de Europa y de Africa;
expidiéronse tambien tschauschs con invitaciones á
todos los gobernadores del imperio: los que no pu-
dieron asistir á ellas se disculparon enviando presen-
tes considerables. El antiguo intendente de las cocin-
as imperiales, Karabalibeg, fué nombrado inten-
dente (emir), y Hamzabeg, el antiguo nischandji ins-
pector (nazir) de estas fiestas; este último recibió del
tesoro medio millon de aspros para los diversos gastos
que estaban á su cargo. Se hicieron cocinas en todas
partes, y el hipódromo en que Soliman habia cele-
brado ya la boda de su hermana, la de Ibrahim, y la
circuncision de sus hijos, fué el teatro de las magni-
ficencias que debian oscurecer la memoria de las sun-

tuosidades de los pasados siglos. El efecto correspondió á los inmensos preparativos que se habian hecho, y las funciones de Amurat III en honor de la circuncision de su hijo Mohammed no han tenido igual en el imperio otomano por su esplendor y duracion.

« El hipódromo, de cuatrocientos pasos de largo y ciento de ancho, fué preparado segun convenia á la funcion y los espectadores; en la parte superior, en donde se halla hoy el hospital de los dementes, se habia formado un cuadro cerrado para las cocinas. Habianse construido palcos para el sultan, el heredero presuntivo y las sultanas en el palacio de Ibrahim-bajá, favorito de Amurat. En la misma linea y debajo del palacio se levantaba un edificio, cuya base de seis piés, construida de piedra, soportaba tres pisos de madera; el primero estaba destinado á los embajadores, el segundo á los agas de la córte interior y exterior, el tercero á los begs, beglerbegs y visires del imperio. Continuaba este edificio una galería de doce piés, en la que se colocaron el capitán-bajá y los begs de la mar.

« Enfrente del palacio de Ibrahim-bajá, en el punto en que fué construida la mezquita del sultan Achmet, se veia la música imperial y las palmas de las bodas; mas abajo, en la misma linea se habia armado una tribuna para la embajada persa, sobre la

cual se habia colgado una lucerna cuajada de luces; junto á esta tribuna estaba la del embajador de Francia. Este habia pedido que se le diese la preferencia sobre el de Austria, y negándolo dejó de asistir á las funciones, pretextando que no convenia á un representante del rey cristianísimo asistir á ceremonias de idólatras. Su tribuna fué ocupada por las embajadas tártara y polaca. Seguia la galería del capitán-bajá que tenia en el lado opuesto una tienda para los sorbetes y otros refrescos. En medio de la plaza habia dos mástiles, el uno pintado de encarnado y el otro untado de aceite, este último tenia en la punta un aro del que pendian muchos miles de luces, que alumbraban por la noche el hipódromo.

« El beglerbeg de Rumelia, Ibrahim-bajá, tenia á su cargo la direccion y la policia de las fiestas; la superintendencia de los refrescos habia sido confiada al beglerbeg de Anatolia, Djafar-aga, yerno de Sokolli; la direccion de las obras á Uludj-Ali; Ferhad-bajá, agá de los genízaros, fué nombrado jefe de la guardia. Quinientos hombres vestidos con trajes grotescos de cuero recorrian la plaza llevando una bota inflada, con la que golpeaban á los perturbadores del orden. Su capitán, montado sobre un asno, reunia con estas importantes funciones las de bufon del pueblo.

« El 1º de junio se dirigió el sultan con gran pompas desde el serrallo imperial al de Ibrahim-bajá sobre el hipódromo. Abrian la marcha los tschauschs y los muteferrikas revestidos con paño de oro, los agas de la corte y de las tropas; luego venian las palmas de boda, de las que cuatro, escoltadas por ochenta genizaros, tenian mas de veinte varas de altura. Detrás venia el príncipe heredero con un traje de escarlata bordado de oro, y un turbante con dos plumas negras de garza real; de su oreja derecha pendia un rubí de mucho precio; en su mano derecha brillaba una esmeralda; á su cintura llevaba colgado un sable enriquecido con piedras preciosas, en la mano tenia una maza de armas de acero con la cabeza de un pedazo de cristal tallado, guarnecida de oro. El príncipe besó á su llegada la mano de su padre, en tanto que resonaba los aires con alegre música y se colocaban las palmas enfrente del palacio.

« Tres días despues, las sultanas se dirigieron al hipódromo con un arsenal de dulces. Seguíanlas diez ó doce prisioneros de las fronteras de Hungría ó de Bosnia, que debian hacer alarde de su fuerza y valor á la vista del público; se acuchillaron, se alancearon; uno de ellos se clavó el hierro de su pica; otros tenian los brazos erizados de flechas, ó herraduras

de caballo clavadas en la espalda, corriendo su sangre por ella á borbotones. El sultan recompensó su bravura con donativos en dinero, proporcionados á su rango. El principal de ellos recibió un timar con la renta de cuatro mil aspros. Pero habiendo sucumbido dos de estos desgraciados á causa de sus heridas, este inhumano espectáculo fué suprimido para lo sucesivo.

« Entre las obras de dulce habia nueve elefantes, diez y siete leones, diez y nueve leopardos, veintidos caballos, veintiun camellos, cuatro girafas, nueve sirenas, veinticinco halcones, once cigüeñas, ocho grullas, ocho gansos y otros varios objetos. Durante la distribucion de estos dulces, árabes y saltimbanquis divirtieron el pueblo con sus juegos en la caña, el obelisco y el pilar del hipódromo.

« En pos de las obras de dulce venian las grandes palmas de las bodas, que sobrepujando mucho á las del primer cortejo, tenian de veinte á treinta varas de altura y estaban divididas en siete partes, formadas por siete bolas de cera de diversos colores, subiéndolo en pirámide cuya base tenia por lo ménos un diámetro de cinco varas; cada una de estas palmas, de las que pendian figuras que representaban aves, animales, frutas, espejos y toda clase de cosas, era un símbolo de fuerza viril y de fecundidad. Para que

puvieran circular estas palmas fué menester ensanchar las calles, y demoler algunas casas.

« Al día siguiente fueron admitidos los visires á depositar sus presentes á los piés del trono. El gran visir Sinan ofreció al sultan cinco caballos ricamente enjaezados, y al príncipe magníficas vestiduras, tres caballos resplandecientes de oro y cubiertos con mantillas bordadas de perlas; evaluado todo en cuarenta mil ducados. El segundo visir, Siawusch-bajá dió ocho caballos y tres vestidos de brocado que valian veinte mil ducados: el tercer visir, el eunuco Mesih-bajá, cuatro caballos, de los cuales dos con los arneses completos, y ciento cincuenta vestidos que valian treinta mil ducados; Mohammed-bajá djerrah, (*el cirujano*), así llamado porque de barbero del sultan habia ascendido á visir, ofreció caballos, vestidos, y joyas de plata que equivalian á quince mil ducados; Othman el kiayabeg ó ministro de lo interior, dió vagilla de plata y jóvenes georgianos y tscherkesses, representando un valor de diez mil ducados.

« Cada uno de estos días y de los siguientes, mas de cien griegos, albaneses y raizes pretendieron abrazar el islamismo; bastaba descubrirse la cabeza y levantar un dedo en el aire para ser conducido al serrallo y circundado en él.

« Durante las fiestas, se sacaron á la plaza todos

los días mas de diez mil platos de arroz cocido, cubierto cada uno con un pan, y de diez y seis á veinte bueyes asados enteros con cuernos y pezuñas; el pueblo se precipitaba sobre estos alimentos y en poco tiempo quedaba el suelo cuajado de platos rotos, y arroz derramado. Doscientos esclavos del arsenal cuidaban de la limpieza, y ciento cincuenta lucernas, además de las que pendian del mástil de que hemos hablado, y fuegos artificiales, iluminaban con la claridad del día no solo el hipódromo, sino toda la ciudad.

« El 6 de junio, los quinientos boteros recorrieron las calles con los disfraces mas extravagantes. Por la tarde se hizo un simulacro de sitio de un reducto húngaro; los combatientes tenian palos en lugar de lanzas, y cogines en lugar de escudos.

« El 7 de junio, el embajador imperial, baron de Preyner, fué invitado por doce tschauschs á asistir á la funcion; el embajador persa habia ocupado dos días ántes el puesto que se le habia señalado, junto con el enviado polaco Philippowski, que presentó al gran visir los dos hermanos del khan de los tártaros, anteriormente reclamados con tantas instancias. Philippowsky habia traído de regalo cuatro dogos y seis cargas de pieles de cebellina, con cuarenta pieles cada una, estimada en mil ducados; el enviado de

Transilvania, Ladislas Szalanczy, ofreció siete copas de plata, siete platos del mismo metal preciosamente trabajados, dos palanganas y cuatro candelabros, entre estos dos dorados. Los presentes de los ruginos y de los vaivodes de Moldavia y de Valaquia consistían en copas de plata, relojes y chales; los del khan de los tártaros en diez cargas de pieles de cebellina, y otras tantas de pellizas, cinco cargas de pieles de marta, seis pellizas de armiño para mujeres, diez dientes de morsos y veinte jóvenes cristianos.

« Los enviados del soberano de Fez y de Maruecos trajeron un precioso rosario de perlas encerrado en una caja de nácar, alfombras bordadas de oro, cuatro de seda representando flores y árboles, un arnés resplandeciente de perlas y oro, un penacho de plumas negras de garza real reunidas con un broche de diamantes, estribos incrustados de perlas y diamantes, muchas piezas de seda, cuatro de paño de oro, perlas engastadas, y una suma de cuarenta mil coronas como tributo.

« En medio de los fuegos artificiales se echaron á la multitud osos, perros y zorros con teas y petardos encendidos, pendientes de sus rabos para deleitar á los magnates con el terror causado al pueblo con aquellos nuevos actores. Entre tanto los poetas leyeron al gran visir las poesías que habian compuesto para

celebrar la circuncision del príncipe. Bailes moriscos y comedias judías prolongaron las diversiones de aquel dia hasta media noche.

« El sultan dió el 8 de junio un festin espléndido á los oficiales de los genizaros, para los cuales se habian preparado varias mesas de setenta cubiertos cada una. El gran visir y el aga de los genizaros hicieron los honores de la comida. Los solaks y los peiks ó guardias de corps, arqueros y alabarderos del sultan rivalizaron en el tiro del arco y se ejercitaron en atravesar á lanzazos armaduras y cascos de acero. El embajador imperial vino con todo su acompañamiento á ocupar su palco para asistir á la funcion.

« El 9 de junio, los lejistas, el muftí, los cadaskieres, los cadis, los naibs, los muderris, los khodjas, los scheiks y los imanes fueron convidados á un banquete para el que se habian puesto setenta mesas. Un crecido número de pajes del sultan, que habian salido recientemente del serrallo de Andrinópolis y habian entrado en las filas de los spahis, vinieron en sesenta y dos carros á besar la mano á Amurat III. Dos castillos habian sido levantados en frente del palco del sultan: el mayor, coronado de estandartes rojos y amarillos representaba un castillo musulman, y el segundo, sobre el que flotaban banderas con

cruces encarnadas y azules era un castillo cristiano. Despues de un fuego vivo de cañon hecho por ambas partes, los hombres apostados en la trinchera del primero avanzaron con su artillería hasta colocarse bajo los muros del segundo, y cuando las paredes de este último se hundieron, se vieron salir cuatro puerco, alusion á los cuatro embajadores de las potencias cristianas que asistian á la fiesta. Se creyó que era menester exagerar esta burla haciendo que tres leones destrozaran á un quinto puerco que se habia ido á buscar al palacio del embajador imperial. En otros puntos, los judíos y los moros ejecutaron danzas burlescas.

« El 10 de junio, el embajador imperial quiso ofrecer al sultan sus presentes, que consistian en tres collares preciosos, cinco joyas de mucho valor y dos magnificos medallones, evaluado todo en cuarenta mil ducados. Pero, habiendo sabido que el embajador veneciano se habia anticipado y debia ofrecer en aquel dia alhajas y telas de oro por valor de ocho mil ducados, aplazó su presentacion, y fué recibido despues de las fiestas del sultan.

« El 11 de junio, dia en que los spahis fueron suntuosamente obsequiados por su soberano, comenzaron las procesiones de los diversos gremios; durante veintiun dias desfilaron por delante del sul-

tan, deseándole toda clase de felicidades con las fórmulas de costumbre, ofreciéndole al paso una muestra de su arte. Amurat en cambio les mandó dar algunos puñados de aspros nuevamente acuñados. Los gremios rivalizaron en magnificencia, y cuando las cofradías de los dervises felicitaron al sultan, el khodja les dirigió un discurso que terminó con el grito mil veces repetido de Amen.

« Abrieron estas procesiones los zapateros y gorristas de mujeres, órden que habia sido adoptado probablemente para lisonjear á las sultanas; estos dos cuerpos tenian banderas de tela de oro y plata, y doseles resplandecientes de mil colores. Presentaron al sultan en un enorme zapato de tafilete bordado de oro un aprendiz de rosadas mejillas, vestido de brocado. Iban escoltados por volatineros y actores de sombras chinescas, de judíos disfrazados de alemanes y españoles, y por la noche encendieron una porcion de luces formando con ellas el pentágono de Pytágoras, que los musulmanes llaman el sello de Salomon.

« El 12 de junio, los tejedores de algodón trajeron figuras de leones y mónstruos marinos con muchas armas hechas de la materia que trabajaban.

« El 13 de junio, se dió una comida á los zapateros de hombres y á los guarnicioneros : los primeros

desfilaron por delante del palco imperial con tirsos cubiertos de follaje, en uno de los cuales estaba figurado el sello de Salomon, y ofrecieron al sultan una bota monstruosa de tafilete y babuchas amarillas; los segundos traian un taller ambulante sobre seis ruedas, en el que venian muchas personas ocupadas en el oficio. Los empleados en plegar caftanes y telas de seda vinieron á su vez con una bandera de raso encarnado y amarillo. En medio de un cortejo de cien jóvenes vestidos de seda, avanzaba un carro en el que uno de ellos doblaba telas sobre la cabeza rapada de su amo, reemplazando á la mesa de mármol que servia comunmente para este objeto. Por la noche mandó tirar el capitan-bajá Kilidj-Alí un fuego artificial mejor que el de las noches precedentes por la belleza y la variedad de los dibujos, que figuraban navíos, torres, castillos y elefantes inflamados. Aquel día, como los demás, los jugadores de cubiletes y los bailarines de cuerda contribuyeron á divertir al pueblo.

« El 14 de junio, tuvo lugar el torneo de los spahis. Los esclavos cristianos de la viuda de Sokolli, en número de novecientos, representaron con danzas pirricas la lucha de san Jorge con el dragon. Dos galeras dieron en el hipódromo el simulacro del abordaje, como si estuvieran en el mar, y la vencida fué llevada en

triunfo, arrastrando su pabellon por el suelo. Los músicos de la capilla de la sultana, viuda de Sokolli, hicieron una especie de pantomima mitológica: en medio de la armonía de los címbalos, laudes y violines, un italiano se acercó á un joven disfrazado de Cúpido, y quiso apoderarse de él empleando en primer lugar la lisonja, y despues la fuerza; pero una muchacha, armada de un venablo como una ninfa de Diana ó una amazona, intervino al punto, rechazó al atrevido agresor y libertó al joven.

« El 15 de junio, los torcedores de oro y plata y los confiteros fueron á presentar sus homenajes al sultan. Cuadrillas de spahis y de silihdares se asaltaron mutuamente, y se retiraron despues de haberse ejercitado tirando á una bola de oro puesta en la punta de un palo; dos de ellos, cubiertos de armas griegas incrustadas de oro, se entregaron á ejercicios de equitacion.

« El 16 de junio, los dervises de todas las órdenes se presentaron al sultan; en el camino, movidos por una laudable emulacion, compitieron con los saltimbanquis; los unos daban vueltas con una rapidéz terrible, prorrumpiendo en incesantes voces de ¡Allah! y de ¡Hu! Estos se metian hierros candentes en la boca; aquellos se tragaban cuchillos ó hacian mil suertes semejantes; de manera que las mujeres, sen-

tadas al borde de sus ventanas, no podían contener su terror ó su compasion á la vista de contorsiones tan horrosas. Un dervis se metió en un tónel lleno de serpientes afectando la mayor tranquilidad; otro se hizo poner sobre el pecho una piedra que solo podían levantar ocho hombres, y en aquella actitud la hicieron pedazos; un tercero saltó con peligro de su vida encima de cuchillos y sables clavados en el suelo. El día terminó con fuegos artificiales preparados por un papas griego, que representaban un bosque y un jardín plantados de cipreses.

« El 17 de junio, los hiladores de seda, los fabricantes de cuerda y cordonería fueron al hipódromo con gorras y capisayos de formas extrañas. Los pasteleros y alojeros, con todo el aparato de su oficio, hacían pasteles conforme iban andando, y daban al pueblo sorbetes de todos colores. Los tejedores ofrecieron al sultan sus mas ricas telas, y los zurradores manteles de cuero bordados de oro, y copas de la misma materia sin costura.

« El 18 de junio, el beglerbeg de Rumelia fué invitado á un gran festin en su calidad de director de las fiestas. Los fruteros, los mercaderes de hilo desfilaron en presencia del sultan, seguidos por quincalleros que habían traído consigo trescientos jóvenes vestidos con paño de oro.

« El 19, los fabricantes de mantillas de caballo y de velas presentaron á Amurat obras de su oficio, notables por su belleza.

« El 20, día consagrado al banquete del capitán-baja y de los capitanes de la flota, tuvo lugar la procesion de los alfareros y comerciantes de tapices, á quienes seguían los griegos de Pera y de Gálata con paños de cuadros encarnados, amarillos, azules y blancos. Cien griegos, marchando de dos en dos, iban vestidos con chaquetas rojas acuchilladas, gorros frigios, cascabeles y armas blancas en la mano. Una boda griega formaba un cortejo particular: treinta jóvenes, con trajes de oro y cubierta la cabeza con birretes de terciopelo, adornados de perlas y piedras preciosas, otros treinta disfrazados de muchachas, precedían el dosel, bajo el cual iban los novios, y cerrando la marcha, otros muchachos con el mismo traje que los primeros. Los cien griegos que iban á la cabeza comenzaron á bailar la danza lasciva de Alejandría; el cortejo de la boda ejecutó el paso romaiko figurando las mil vueltas del laberinto de Creta. En seguida vinieron los armeros forjando ó pulimentando armas; cien de entre ellos llevaban antiguas armaduras doradas. Los encuadernadores y papeleros les sucedieron con banderas de papel, y ciento treinta jóvenes, vestidos con papeles de diver-

sos colores, conducian una tienda ambulante, en cuya parte inferior preparaba papel un muchacho, mientras que en la superior leian otros tres el Coran. Los colchoneros trasportaban ciento cincuenta jóvenes vestidos de brocado, sentados en cogines y colchones de la misma tela. Los comerciantes de espejos y los pintores de porcelana habian adornado á ciento cincuenta muchachos con pedazos de espejos, que deslumbraban á los espectadores con los reflejos de los rayos del sol. Los fabricantes de peines cerraron las procesiones que habian durado veintiun dias; las de las corporaciones de artes superiores ocuparon los diez y siete siguientes.

« El 7 de julio Mohammed-sultan fué circuncidado en el serrallo del hipódromo por el visir Djerrah-Mohammed-bajá. La pequeña partícula de carne que le cortó el operador fué enviada en una copa de oro á la sultana Khasseki, madre del sultan Mohammed, y el cuchillo ensangrentado á la sultana Validé, madre de Amurat; distribuciones de monedas de oro y plata, y una carreras de caballos, á la que se habia destinado un premio de mil ducados aumentaron el esplendor de esta funcion. Djerrah-Mohammed fué recompensado por su feliz operacion con un presente que valia unos ocho mil ducados. »

El dia 8 se vieron entre otras curiosidades una

girafa y un elefante domesticados. El duodécimo dia despues de la circuncision, se manifestó entre los genizaros y los spahis un movimiento provocado por hombres borrachos y una mujer de mala vida. El prefecto de policia que habia querido castigar con sus genizaros á algunos spahis y habia muerto á uno en el tumulto, fué maltratado por estos y llevado con las manos y los piés atados á presencia del sultan. Los genizaros y los spahis vomitaron los unos contra los otros amenazas é imprecaciones, y á duras penas pudo el gran visir, secundado por el aga de los genizaros y el beglerbeg de Rumelia, calmar la efervescencia general. Los genizaros estaban tanto mas irritados, cuanto que el sultan les habia negado el presente de costumbre en la circuncision, pretextando la penuria de su tesoro; pero no habian podido aceptar las excusas porque pocos dias ántes habia hecho Amurat gastos excesivos. Los genizaros que habian estado de servicio en el hipódromo durante las fiertas, recibieron una bolsa de oro por cabeza dando diez caftanes á cada uno de sus oficiales.»

« Al dia siguiente de la revuelta, 10 de julio, las sultanas fueron en literas cerradas del serrallo del hipódromo al serrallo imperial, siguiéndolas los pajes veinticuatro horas despues. »

El 20 de julio, el sultan pasó revista á los tschauchs,

y los despidió en medio de universales aclamaciones; la ceremonia se repitió con los aguadores, que habían tenido á su cargo la limpieza del hipódromo. El 22 de julio, quincuagésimo segundo de la salida del serrallo, el sultan volvió con su hijo á palacio, muy temprano y sin la pompa de costumbre, porque temió que el ceremonial ordinario ocasionase disputas entre los spahis y los genizaros, medianamente reconciliados.

« La muerte de un príncipe que bajó al sepulcro dos días despues de su nacimiento, y un incendio, turbaron el fin de estas fiestas que eclipsaron á todas las anteriores y no tienen comparacion con ninguna de las que les sucedieron. El incendio fué considerado de mal agüero, imágen del incendio moral atizado por los genizaros y los spahis que amenazó abrasar todo el imperio. »

Hemos creído que debíamos dar algunos detalles de estas funciones que fueron durante muchos años blanco de las ideas y de las negociaciones de Amurat, porque arrojan mucha luz sobre el estado del imperio, temido aun por las potencias europeas, sobre el lujo de la corte y el de los magnates, la suntuosidad de los trajes, la especie de punto de honor que inclinaba á mantener con esplendidez á muchos jóvenes, el gusto y las diversiones del pueblo, y la distribucion

en gremios de diversas categorías, que nos han hecho ver las procesiones de los diferentes oficios.

XIV

Este cuadro del lujo completa los retratos de los hombres; las fiestas son la historia de las costumbres de un pueblo. El gran visir Othman las entristeció con una justicia trágica, que hirió, apesar de las intrigas del haren, á Hassan-bajá, cuñado de Amurat III. Hassan, que dilapidaba el tesoro del Egipto en donde era gobernador, por acrecentar el suyo, fué llamado á Constantinopla y encerrado en el castillo de las Siete Torres. El sultan le perdonó la vida á instancias de su hermana.

El favorito Ibrahim fué enviado á Egipto á reparar los desastres de la administracion de Hassan. Ibrahim empleó en vano diez y ocho meses y millones de brazos en hacer excavaciones en el monte Mokattam en el Cairo, y la cuesta de las Esmeraldas en la playa del mar Rojo para descubrir los tesoros enterados por Hassan.

Una guerra civil entre los druzos, tribu belicosa

y los despidió en medio de universales aclamaciones; la ceremonia se repitió con los aguadores, que habían tenido á su cargo la limpieza del hipódromo. El 22 de julio, quincuagésimo segundo de la salida del serrallo, el sultan volvió con su hijo á palacio, muy temprano y sin la pompa de costumbre, porque temió que el ceremonial ordinario ocasionase disputas entre los spahis y los genizaros, medianamente reconciliados.

« La muerte de un príncipe que bajó al sepulcro dos días despues de su nacimiento, y un incendio, turbaron el fin de estas fiestas que eclipsaron á todas las anteriores y no tienen comparacion con ninguna de las que les sucedieron. El incendio fué considerado de mal agüero, imagen del incendio moral atizado por los genizaros y los spahis que amenazó abrasar todo el imperio. »

Hemos creído que debíamos dar algunos detalles de estas funciones que fueron durante muchos años blanco de las ideas y de las negociaciones de Amurat, porque arrojan mucha luz sobre el estado del imperio, temido aun por las potencias europeas, sobre el lujo de la corte y el de los magnates, la suntuosidad de los trajes, la especie de punto de honor que inclinaba á mantener con esplendidez á muchos jóvenes, el gusto y las diversiones del pueblo, y la distribucion

en gremios de diversas categorías, que nos han hecho ver las procesiones de los diferentes oficios.

XIV

Este cuadro del lujo completa los retratos de los hombres; las fiestas son la historia de las costumbres de un pueblo. El gran visir Othman las entristeció con una justicia trágica, que hirió, apesar de las intrigas del haren, á Hassan-bajá, cuñado de Amurat III. Hassan, que dilapidaba el tesoro del Egipto en donde era gobernador, por acrecentar el suyo, fué llamado á Constantinopla y encerrado en el castillo de las Siete Torres. El sultan le perdonó la vida á instancias de su hermana.

El favorito Ibrahim fué enviado á Egipto á reparar los desastres de la administracion de Hassan. Ibrahim empleó en vano diez y ocho meses y millones de brazos en hacer excavaciones en el monte Mokattam en el Cairo, y la cuesta de las Esmeraldas en la playa del mar Rojo para descubrir los tesoros enterados por Hassan.

Una guerra civil entre los druzos, tribu belicosa

que comparte con los maronitas los elevados valles del Líbano, llevó á Ibrahim á Siria. Uno de los jefes de los druzos, Ebu-Maan, que reinaba entre Beirut y Trípoli de Siria, se sometió á Ibrahim y le envió á su madre con presentes de caballos árabes, cabras y telas de seda, productos de aquellas comarcas pintorescas y salvajes. Ibrahim recibió con afabilidad á la madre del scheik druzo. Tomando dos velas de seda que le presentaba, desplegó una sobre la cabeza de la madre del rebelde y se cubrió la suya con la otra, para dar á entender que se condenaba al olvido lo que habia pasado entre los otomanos y los druzos. Pero esta promesa era una perfidia. Apenas se habia reunido Ebu-Maan con su hijo, lo sorprendió Ibrahim en sus montañas y lo hizo desollar vivo en Antara. Las maldiciones del caudillo martirizado sublevaron á toda su raza en el Líbano. Ibrahim, con los seis mil genizaros que desembarcaron en Saide, la antigua Sidon, devastó la meseta del Líbano y exterminó á los gefes druzos divididos por sus querellas. Cuatrocientas cabezas cortadas de estos rebeldes fueron precursoras de su vuelta á Constantinopla.

El dinero, sus alhajas, las maravillas artísticas que traía de Egipto y de Siria eran prenda segura de un buen recibimiento por parte del sultan. El mas pre-

cioso de estos despojos era un trono de oro cincelado por un artista egipcio, que rivalizaba con sus maestros de Florencia, este trono, independientemente del trabajo y de las piedras que lo adornaban, contenia el peso en oro de dos millones de duros. En lo sucesivo sirvió para la coronacion de los sultanes. Doscientos mil ducados acuñados, dos Coranes encuadrados ricamente con diamantes y rubies incrustados; una cortina bordada de piedras preciosas de la puerta del templo de la Meca; tres sables, tres yataganes y tres puñales persas con puños de pedrería fina; tres escudos con rubies; un equipaje completo de mujer, compuesto de setenta y nueve piezas de oro puro, innumerables rollos de terciopelo, de brocado y muselinas de las Indias, cien jóvenes blancos, diez y siete eunucos negros, diez etiofes negros con facciones africanas, siete etiofes blancos; setenta caballos árabes del desierto, entre los cuales habia diez con sillas de oro y mantillas bordadas de perlas; un elefante con un trono, una girafa, una gacela gigantesca, animal hasta entonces desconocido de los otomanos, componian el presente de Ibrahim. Amurat III, que lo queria y le preparaba el puesto de gran visir, le dió por esposa á su hija la sultana Aische. El esplendor de estas bodas igualó al de las funciones de la circuncision.

Ibrahim, enviado á Hungría para reprimir los levantamientos de los magnates Nadasdy y Palfy, á quienes alentaba en secreto el Austria contra los turcos, volvió á Constantinopla con una multitud de prisioneros húngaros encadenados, que llevaban cada uno de ellos dos cabezas de sus compatriotas, muertos en el campo de batalla. El enviado del emperador Rodolfo, habiendo querido interponer su mediacion en favor de algunos cautivos: « Perro, le dijo el visir, ¿porqué habeis sostenido á Nadasdy? » « ¿Porqué no habeis pagado aun al sultan el tributo anual? » Le quitaron al paje del embajador el sable y el hacha de armas de su señor y los hicieron pedazos en su presencia.

Los magnates húngaros Zriny, Nadasdy y Bathiany vengaron estos ultrajes derrotando al bajá Schezvar y pasando á cuchillo tres mil turcos en Kanischa. El mismo bajá debió su salvacion á la fuga. Su caballo cayó muerto de fatiga. Erró solo por los pantanos de las márgenes del Danubio, viéndose obligado á cubrirse los piés con la piel de tigre de su cañan. Entrando ocultamente y lleno de vergüenza en Constantinopla, compró algunos dias de existencia con la cesion de su fortuna al sultan, y se envenenó por fin él mismo, avergonzado y entristecido por la pérdida de sus soldados.

XV

El embajador del rey de Polonia Esteban Bathory, fué expulsado de Constantinopla con quejas severas contra su república, que habia dado asilo y procurado la impunidad á los cosacos enemigos de los tártaros de Crimea y de los turcos. Este embajador, Juan Podladowsky, fué asesinado con toda su servidumbre en un bosque próximo á Andrinópolis al regresar á Polonia, por no haber querido ofrecer á la Puerta la satisfaccion que esta exigia. El rey de Polonia se sometió á los mandatos del divan, y mandó ajusticiar treinta y tres cosacos para complacer á los embajadores de Amurat III. De esta suerte vengó el asesinato del suyo.

Poco tiempo despues, la muerte de Bathory restituyó las intrigas y competencia que solia provocar la eleccion vitalicia de este rey de los sármatas.

Sigismundo, príncipe de Suecia, que fué elegido sin oposicion del sultan, se apresuró á enviar al conde Zamoisky, secretario suyo, á Constantinopla, para pedir la continuacion de las relaciones de patronato

y deferencia que existian entre la república de Polonia y el imperio.

La reina Catalina de Médicis siguió una correspondencia directa con la sultana veneciana Safiyé, para obtener que Amurat le prestara el auxilio de su flota contra la escuadra española de Felipe II, en guerra con la Francia. La judía Kira, confidente de la sultana, logró ver una carta de Catalina y reveló la correspondencia al embajador de Venecia, compatriota de la sultana.

La Inglaterra solicitó la misma alianza ofensiva y defensiva contra Felipe II. El gran visir la eludió, bajo el pretexto de la guerra de Persia que absorbía todas las fuerzas militares de la Turquía.

Los venecianos, aunque en paz con la Puerta, continuaban peleando en los mares de Africa contra las marinas berberiscas, aliadas y tributarias de los turcos. Habiendo sido asesinado Ramazan, bajá de Trípoli, en su mismo palacio por los genízaros sublevados, su viuda, refugiada en una de sus galeras hizo velas hácia Constantinopla con un tesoro de cien mil monedas de oro, apiladas por su marido. Cuatrocientos esclavos y cuarenta mujeres acompañaban á la viuda del bajá. El viento contrario impelió la galera hácia el Adriático, y echó anclas en el puerto de Zante, isla veneciana. El gobernador respetó en la

fugitiva los derechos de la paz, del infortunio y de la hospitalidad. Pero el célebre almirante veneciano Emmo, informado de las riquezas que traía el bajel, lo esperó en el mar á la altura de Cefalonia, y se apoderó de él como de un despojo de guerra. Los trescientos genízaros fieles á la viuda de su bajá murieron defendiéndola sobre el puente de la galera turca. Los venecianos, sin tener compasion á una mujer inocente y desarmada mataron al niño de pechos del bajá en el seno de su madre, igualmente asesinada; las cuarenta jóvenes fueron arrojadas al mar despues de haber sido víctimas de los apetitos brutales de la tripulacion, y de haberlas mutilado; el mismo hermano de Emmo se asoció á estos crímenes en presencia del jefe de la escuadra, que se habia apoderado de la mas hermosa de estas mujeres. Echóse esta á sus piés pidiéndole que salvara su honor y su vida, afirmando que era cristiana, natural de Venecia, que habia sido robada de Chipre muy niña todavía por los conquistadores de la isla y esclavizada en Trípoli por los berberiscos. Ni su origen, ni su religion, ni sus lágrimas, ni su belleza ablandaron el corazon del feroz almirante.

Estos crímenes de los venecianos en paz con los musulmanes arrancaron en las costas del Adriático y del Mediterráneo gritos de horror, y provocaron las

represalias de los turcos. La sultana Safiyé, siempre adicta á su primera patria, salvó con dificultad al embajador de Venecia en Constantinopla de la venganza del pueblo. Sus cartas confidenciales al senado de Venecia hicieron conocer á la república la necesidad de una reparacion proporcionada al horroroso atentado, ó el peligro de una guerra implacable contra las posesiones venecianas. Emmo y su hermano fueron decapitados en el puente de su galera; los esclavos y las riquezas del bajá restituidos á su familia. Para borrar completamente el recuerdo de este crimen cometido bajo su pabellon, los venecianos unieron sus bajeles con los de los turcos para pelear contra las galeras de Felipe II. España pidió una tregua al divan, y la logró apesar de los esfuerzos hechos contra ella por el embajador que tenia en Constantinopla Isabel de Inglaterra.

El papa Sixto V, cuya alta política traslimitaba el horizonte europeo, se esforzó, por medio de consideraciones guardadas á los turcos y de legados negociadores, enviados á las comuniones cristianas disidentes del imperio, en atraer al centro católico romano á los griegos, los armenios y los jacobitas de Mesopotamia. El espíritu de secta, mas tenáz que las antipatias nacionales, dejó sin efecto todas estas tentativas. La Puerta no se mezcló en estas negociacio-

nes religiosas entre los cristianos sometidos á su dominacion. Pero solo los maronitas del Libano perseveraron en un catolicismo romano, que toleraba sin embargo el matrimonio de los clérigos.

XVI

El anciano capitan-bajá Kilidj murió á los noventa años de edad en los brazos de una esclava favorita de su haren. Su riqueza monetaria y sus piedras preciosas no entraron en las arcas del tesoro público. Ibrahim-bajá, el favorito de Amurat III le sucedió por poco tiempo. El gobernador de Argel, Hassan-bajá, renegado veneciano, fué elevado por su capacidad á este puesto. Hassan, antiguo gobernador de Egipto, preso en el castillo de las Siete Torres por sus concusiones en el Cairo, habia sido denunciado por otro renegado milanés como dilapidador de las riquezas del Egipto. El sultan, que le habia confiscado doscientos mil ducados, no le volvió su fortuna con el favor. Para mostrar Hassan su reconocimiento á Amurat, le llevó de Argel diez galeras armadas, y le presentó trescientos mil ducados, treinta eunuocos y cincuenta jóvenes de rara belleza.

La guerra de Persia preocupaba exclusivamente al gran visir Othman, el único que era capaz de prepararla y hacerla. Doscientos mil hombres, agueridos por él en sus largas campañas, lo aguardaban en Castemuni, camino de Erzerum. Al llegar á esta ciudad, Othman destituyó á Ferhad-bajá que habia mandado sin energía las fuerzas otomanas, que se hallaban de observacion en la frontera de Persia, marchó directamente á Tauris é incendió esta capital del Aderbidjan, situada por desgracia suya, en medio de una llanura contada en el número de los cuatro *paraísos* de los otomanos. Reedificóla despues en cuarenta dias y la fortificó para que sirviera de etapa á las futuras expediciones de los turcos. Pero una derrota de su teniente Cicala-bajá y las murmuraciones de los soldados, que no querian avanzar por un país desierto, lo forzaron á retirarse.

Atacado por el príncipe Hamza, hijo del schah ciego, ya vencedor de Cicala, Othman, enfermo, pero no desanimado, murió de cansancio sobre su caballo en medio de la batalla. Su muerte ocasionó la derrota de los turcos. Treinta mil perecieron acuchillados por los persas; los demás se refugiaron en Erzerum. Ferhad-bajá y Cicala tomaron juntos el mando de los restos del ejército.

Amurat III reemplazó al gran visir muerto en el

campo de batalla con Mesih-bajá, anciano de noventa años, cuya razon vacilaba con el peso de los años. El motivo de esta inexplicable eleccion en el momento en que el imperio exigia una cabeza y una mano fuertes, era dejar reinar al favorito Ibrahim bajo el nombre de un visir nominal.

Entretanto el príncipe persa Hamza continuaba la série de sus victorias contra las tropas otomanas. El invierno lo retuvo en Caswin. El salvador de la Persia se preparaba para la tercera campaña. Las intrigas de los partidos que desgarraban su patria, no lo dejaban tranquilo ni en la brecha del imperio.

Un barbero extranjero, llamado Djudi, introducido en su habitacion para afeitarlo, le cortó el pescuezo y se evadió sin que inspirara sospechas á la guardia. Unos atribuyen el asesinato al fanatismo de los musulmanes que juzgaban á Hamza-Mirza demasiado favorable á los cristianos del reino; otros, á instigaciones de Ismaél-Mirza, celoso de la gloria y ávido del trono que con tantas hazañas conquistaba su hermano. El schah ciego no sobrevivió al dolor que le causó la pérdida de tal hijo. Ismaél heredó en efecto, si bien por pocos meses solamente, este trono ensangrentado con tantos crímenes. Pero el Soliman ó el Carlomagno de la Persia habia nacido ya y crecía en la oscuridad. Era este un niño salvado del sa-

crificio de los príncipes, hijos de Mohammed, consumado por la cruel Peridjan. Este muchacho fué Abbas el Grande, restaurador de la Persia.

XVII

Durante el reinado de Mohammed el ciego, este schah habia pedido en vano á los jefes de las tribus del Khorassan á quienes, segun la costumbre se les habia confiado su hijo poco despues de nacer, que lo restituyeran á su padre y á su córte. Estos caudillos, aficionados al muchacho á causa de sus desgracias, de sus atractivos y tal vez con la esperanza de llevarlo al trono un dia para reinar en su nombre, se habian negado á entregar esta preciosa prenda.

Los dos adalides mas poderosos de estas tribus del Khorassan, Ali-Kouli-Khan y Murshud-Kouli-Khan, enarbolaron el estandarte Abbas al saber la muerte de Hamza y de Mohammed. Hiciéronlo montar á caballo, apesar de su corta edad, y le enseñaron los ejercicios y el arte de la guerra, para exaltar á los persas al aspecto de su discipulo, el jóven pre-

tendiente. Vencedores en muchas batallas contra los generales de Ismaél, se disputaron muy pronto el honor y el fruto de la victoria alcanzada por una misma causa, y se batieron mútuamente en las provincias que acababan de conquistar juntos.

Abbas habia quedado en poder de Ali-Kouli-Khan. En una batalla perdida contra Murshud cayó muerto al suelo el caballo del príncipe, que iba á perecer pisoteado por los caballos, cuando los ginetes de Murshud, reconociendo al hijo de los sofis, se pararon, arrojaron sus armas, se pusieron de rodillas ante el niño rey, lo levantaron y lo coronaron sobre el campo de batalla. Conducido por Murshud-Kouli-Khan á Caswin, la capital sometida, Abbas fué proclamado en ella sin oposicion. Murshud dominaba, mas que lo que convenia á un esclavo, á un adolescente capaz de gobernar y celoso de sus derechos al trono. Murshud murió á manos de los partidarios del príncipe en el palacio de Caswin, en donde pretendia reinar en lugar suyo.

XVIII

Entretanto los tártaros Uzbeks, eternos enemigos de la Persia, conquistadores de la mitad de las pro-

vincias del Norte, avanzaban en número crecido para aprovecharse de las disensiones y debilidades del reinado de un adolescente. Abbas marchó contra ellos sin ningun general en jefe, les arrancó á Meschid, principal capital del imperio, los rechazó hácia el Oxus, volvió con su ejército aguerrido á hacer frente á los turcos que amenazaban á Caswin y á Tauris.

Acampado á orillas del rio Kur ó Ciro, en la llanura de Georgia, Abbas ejercitaba allí sus soldados, y convocaba al rededor suyo á todas las tribus que deseaban salvar la patria ó vengarla. Su juventud, su belleza y su bravura fanatizaban á los dos ejércitos separados por el rio. Durante una tregua ajustada entre los dos campamentos, á causa del invierno, Abbas galopando por la arena del Ciro con algunos de sus jóvenes generales, fué invitado por los oficiales turcos á pasar el rio á nado y á fiarse en su hospitalidad. El príncipe metió su caballo en el agua y pasó algunas horas con los turcos sin darse á conocer. Despues de amistosa conversacion, invitó á algunos de sus huéspedes á cruzar al otro lado para que experimentasen á su vez la lealtad de los persas.

« Con mucho gusto, » le dijeron con la misma confianza los oficiales de Amurat, « con la condicion de que nos permitireis ver á vuestro joven schah, « cuyo valor y talento son superiores á su edad, ha-

« biendo llenado ya el Asia con su renombre. » Abbas se sonrió y les prometió satisfacer su curiosidad. Apénas llegaron á la opuesta orilla, la respetuosa actitud y las aclamaciones de las tropas revelaron á los turcos que el joven que tan temerariamente se habia puesto en sus manos era el mismo schah de Persia. Despues de recibirlos regiamente en sus tiendas, Abbas los mandó acompañar á su campamento cargados con presentes.

Su genio superior no lo eximia del todo de las supersticiones y credulidades de su país y de su época. Miéntras que contenia á los tártaros con una mano y á los otomanos con otra, cuando su fortuna presagiaba ya á la Persia el mas memorable de sus reinados, una predicacion de sus astrólogos, acerca de la singular coincidencia de los astros, propagó por el pueblo la creencia de que iban á pesar sobre la Persia grandes calamidades, y que amenazaba á su soberano un peligro inminente. Credulidad ó cálculo, Abbas resolvió eludir la prediccion ó defraudar al destino abdicando el trono. Así lo verificó en efecto con toda solemnidad, haciendo coronar por algunas horas á un criminal, condenado á muerte por sus fechorías é impiedad. Este miserable maniquí del trono se llamaba Yusuf-Sofí. Por espacio de tres dias gozó del palacio, de las delicias y de los honores de

la soberanía real. Al cuarto, fué entregado al verdugo. La prediccion cumplida así por medio de un subterfugio habia descargado la malignidad del hado sobre la nacion y un rey nominal.

Abbas volvió al trono bajo otros auspicios, y los astros solo le prometieron prosperidades. Una batalla decisiva contra los tártaros Uzbeks, cerca de Herat, los precipitó en el Oxus. Uno de sus generales, llamado Ferhad-Khan, de acuerdo con los Uzbeks, habia resuelto dejar destrozar al rey durante esta batalla. Con el pretexto de acudir á un peligro imaginario, quiso llevarse el ala derecha, que mandaba, lejos del campo de batalla. Pero sus generales y sus soldados viendo á Abbas que luchaba solo con un puñado de guerreros contra las masas de tártaros que lo envolvian volaron á su socorro y salvaron á su rey.

Ferhad acusado de traicion por el ejército pagó su crimen con su vida. Ali-Verdi-Khan que le habia desobedecido por salvar al rey, fué ascendido y conquistó la intimidad y el favor de Abbas. Enviado por él con una division á someter las provincias limítrofes segregadas del reino, reconquistó las islas del golfo Pérsico en donde se pescan las perlas, y la cadena de montañas llamada el Laristan, que se extiende desde la llanura opulenta de Schiraz, famosa

por sus jardines, sus aguas y sus vinos, hasta el golfo Pérsico.

Ibrahim-khan, cuyos antepasados gobernaban aquellas montañas cuatro mil años hacia, fué enviado cautivo á la corte de Abbas. En su tesoro se halló la famosa corona de Cosroes. Esta corona de oro, cuajada de perlas y rubíes, cogida y conservada por espacio de tantos siglos por esta familia de príncipes tributarios, que hasta entónces no habian sido conquistados jamás por los dominadores de la Persia, volvió á colocarse sobre la frente del mas digno sucesor de Cosroes.

Algunos caballeros ingleses, nacion curiosa que explora el mundo por inquietud de espíritu, tanto como por el instinto de los descubrimientos y el genio especulador que posee, fueron los primeros que saludaron en el jóven Abbas al regenerador del Oriente. Esta caravana de viajeros ingleses se componia de sir Anthony Sherley, de sir Roberto Sherley, hermano suyo, y de un cortejo de treinta caballeros de la misma nacion. La mayor parte de ellos eran oficiales, geógrafos, artistas, artesanos, traficantes de distincion en su patria. Uno de ellos era un hábil fundidor de cañones. Viajaban con un lujo asiático bajo la proteccion del conde de Essex, favorito de la reina Isabel, llevando á las córtes del

Oriente el nombre, las artes, los intereses y las alianzas de su país.

Acogidos en la corte de Abbas, cuyo genio era bastante capaz para envidiar á un mundo lo que faltaba á otro, recibieron honores y presentes dignos de la magnificencia de un monarca indio. Mil monedas de oro de 16 pesos cada una, cuarenta caballos persas ensillados, con espléndidos arneses, diez y seis mulas, doce camellos cargados con tiendas, cuyos cortinajes estaban bordados de oro, turquesas y perlas, componian este presente del schah. Sherley conquistó la amistad de Ali-Verdi-khan, generalísimo de las tropas, y fué el favorito europeo de Abbas. Estimuló á este soberano y á sus ministros á hacer con confianza la guerra á los turcos, é introdujo la artillería y la disciplina europea en la infantería regular, formada por su consejo. Para afianzar la neutralidad de los príncipes cristianos, dió á su favorito Anthony Sherley credenciales, concebidas en términos que atestiguaban la amistad patriarcal que le profesaba el rey de las tribus guerreras.

« Creed en él, » decia Abbas en sus credenciales, « porque desde que está conmigo hemos comido en el mismo plato y bebido en la misma copa como dos hermanos. » Los cristianos y los frailes de diferentes órdenes fueron invitados á permanecer, practicar y

predicar libremente su religion en Persia. « Nuestros religiosos, » decia los firmanes de Abbas, « no se atreverán á incomodar á los vuestros, ni á hablarles de su fé. » Esta tolerancia pobló las ciudades de la Persia y los arrabales de la capital de comerciantes, artesanos, fabricantes cristianos de todas las partes del Oriente. El embajador del schah, Sherley, no fué ultrajado mas que en Rusia, en donde la corte envidiosa, inquieta y bárbara de Moscú, lo encerró en un calabozo despues de apoderarse de todo lo que llevaba. Libre del cautiverio despues de muchos sufrimientos, visitó las cortes de Alemania y de Italia, recogiendo auxilios de los príncipes cristianos que hacian votos por el triunfo de Abbas, el enemigo de los enemigos de los cristianos.

Seguro del apoyo de la Europa, Abbas reconquistó á Tauris venciendo á Ali-baja que lo defendia despues de la retirada de Othman. Un fraile portugués, el padre Antonio Govea, enviado por Felipe II á la corte de Abbas refiere esta victoria. Eriyan siguió la suerte de Tauris. Antes de marchar contra Bagdad para incorporarla en su imperio, Abbas quiso echar á los turcos del norte de la Persia.

Anudemos el hilo de los acontecimientos que correspondian en Constantinopla con estas revoluciones

y estos triunfos de los Persas, regenerados por su Soliman, Abbas!

XIX

El visir de los noventa años, Mesih-bajá habia dejado el vireinato á Sinan-bajá, desterrado á Malghara y despues á Damasco. Los regalos que Sinan-bajá enviaba de sus gobiernos á la sultana Safiyé y á las favoritas del haren habian hecho olvidar sus desastres en Persia y la insuficiencia en el divan. El mufti habia sido igualmente reemplazado por un poeta místico, autor de poemas árabes y turcos, llamado Bostanzadé-Effendi. El scherif de la Meca, Abu-Nemi, habia venido á traer á Constantinopla con las bendiciones de la Kaaba, los presentes de la Arabia, que consistian en ricas telas de raso y algodón, aloes, y cocos llenos de dulces de la India. Los embajadores de Abbas pedian imperiosamente á la Puerta la entrega de las provincias usurpadas y la delimitacion antigua de las fronteras de los dos imperios.

Siawusch-bajá, con el objeto de lisongear á Amurat III, habia construido á su costa, á las orillas del

Bósforo, cerca de las caballerizas del serrallo, un palacio imperial que regaló al sultan. Amurat se trasladó á él bajo un dosel de mil pasos de largo, formado con raso y brocado. Un festin espléndido le fué servido por Sinan-bajá y por los arquitectos de este nuevo palacio que hemos visto demoler en nuestros dias para levantar el de Mahmud, padre del sultan reinante, Abdul-Medjid. Fijóse la renta del gran visir en un millon de ducados ó dos millones de duros.

Cruelles tratamientos, motivados por las exacciones de Ibrahim, favorito insaciable de Amurat y por sus cómplices, martirizaron á los cristianos de Siria. El obispo de Jerusalén espiró en la tortura por no poder satisfacer la codicia del gobernador. La Francia, protectora de los Santos Lugares, Venecia, España, Austria, Nápoles, reclamaron el castigo del despojador y del verdugo de sus correligionarios. El sultan envió á Damasco y á Jerusalén capidji-baschis para hacer expiar estos crímenes con sus cabezas á los gobernadores de Jerusalén y de Siria.

XX

Penetró el desorden en la hacienda y en la administracion. La moneda del imperio, prenda de la sinceridad de las transacciones, habia sido alterada por los judíos, inspectores de la acuñacion. El fabricante judío de la moneda presentó al tesorero del sultan, dice Alí, historiador de este reinado, diez piezas de oro « tan delgadas como una hoja de almendro, del peso de una gota de rocío. » El judío le ofreció un presente de doscientas mil piastras, si queria aceptar aquella moneda para pagar á las tropas. El tesorero no admitió la propuesta. Uno de los favoritos de Amurat, Mohammed-bajá el *Halconero*, así llamado por el empleo primero que desempeñó en el serrallo, recogió el regalo y se encargó de hacer recibir la paga en aquella especie á las tropas de la capital.

Los genizaros, indignados con la ilusoria moneda que se les distribuía, se amotinaron y llenaron el serrallo de imprecaciones. El gran visir Sinan-bajá, y el antiguo favorito Ibrahim, segundo visir, fomen-

taban secretamente la sedicion por envidia del favor dominante de Mohammed, el *Halconero*. Las puertas de los patios fueron derribadas por sesenta mil genizaros, á quienes se unieron muchos soldados seducidos de otros cuerpos. La sala del divan, en que Amurat deliberaba con sus visires, resonó con los gritos y amenazas que se enderezaban á la cabeza del mismo sultan. Hasta aquel dia la sedicion no habia llegado á subir hasta nombre tan sagrado.

« Si no se nos entrega al beglerbeg Mohammed, » vociferaban los revoltosos, « ¡que el sultan tiemble por sí mismo! Nosotros sabremos llegar hasta él. » En vano se trajeron á los genizaros montones de oro y plata, sacados del tesoro repleto de Amurat. La cólera era mas fuerte que la codicia: « ¡El primero de entre nosotros, gritaron, que se atreva á recibir su paga antes de que caigan las cabezas del *Halconero* y el tesorero, perderá la vida en el acto! »

Despues de haber negociado algunas horas con los rebeldes para salvar á su favorito, Amurat lo abrazó llorando, le quitó su puñal y se le entregó á los alborotadores. Mohammed fué despedazado antes de haber bajado las escaleras del divan. El inocente y virtuoso tesorero, injustamente denunciado á las tropas, sufrió la muerte que solo merecía su tentador. Amurat sospechó que Ibrahim y Siawusch ha-

bian atizado y dirigido la sedicion contra su amigo.
 « Muy mal he hecho, dijo al volver al haren, en no
 « entregar á todos los visires á la justa venganza de
 « mis esclavos : los mas culpables no han recibido
 « su condigno castigo. »

Siawusch-bajá, destituido despues de calmada la revuelta, dejó el puesto á Sinan-bajá. Hassan el *Relogero*, apodo que recordaba su profesion, fué nombrado aga de los genizaros.

En aquel año acontecia la jornada de las Barricadas que ensangrentaron á Paris, y moria Enrique III asesinado en medio de su córte. Los genizaros se sublevaron de nuevo pocos dias despues de su sangrienta ejecucion, y saquearon el palacio de su general, Hassan el *Relogero*. Dióseles por aga á un caballero del sultan, hombre que prometia dejar impunes sus caprichos. La rebelion se comunicó á las extremidades del imperio. Sinan, el antiguo gobernador de Ofen, enemigo de la alianza austriaca, fué asesinado en su propia casa. Atribuyóse el crimen á dos esclavos suyos, cuyos cadáveres fueron hallados cuarenta dias despues, en el campo, cerca de las murallas de la ciudad. Las tropas de Hungría y de Persia se sublevaron por el atraso de sus pagas. Ferhad-bajá, gobernador de Erzerum, fué asesinado por sus genizaros. El húngaro Djafar-bajá, antiguo paje fa-

vorito de Amurat, fué igualmente asediado por sus tropas en la ciudadela de Kars. Este parlamentó con los rebeldes, fingió ceder á sus exigencias, compró en secreto el auxilio de los guerreros kurdos de las tribus limitrofes, los ocultó en la ciudad, y convidando luego á sus soldados á entrar dentro de las murallas para que asistieran á un banquete, con que queria celebrar su reconciliacion, mató mas de dos mil rebeldes en una sola noche.

Las tropas forzaron en Constantinopla al sultan á cambiar tres veces de gran visir, de aga de los genizaros y de mufti. Un renegado italiano de Ancona, Khalil-bajá, fué nombrado aga. Siawusch-bajá, tres veces gran visir, y otras tantas destituido, fué colocado á la cabeza del consejo. Una revuelta de los spahis que pedian la cabeza del tesorero del serrallo, y que no pudo ser reprimida sin la intervencion armada de los genizaros, de los hostandjis, de los pajes y de los eunucos, hizo caer de nuevo á Siawusch del poder. Sinan-bajá volvió á ocupar su puesto.

Durante estos movimientos militares de la capital, los genizaros de Moldavia disponian tambien sediciosamente del trono de Jassy, en favor de un palafrenero moldavo, llamado Aaron, que los habia seducido con sus liberalidades. El sultan se vió obligado á confirmar esta indigna eleccion.

El rey de Francia, Enrique IV, notificó al sultan su advenimiento al trono, le envió á M. de Breves para separarlo de la alianza española, y anudó con la Puerta las relaciones de Francisco I. El gran visir, á instancias de M. de Breves, hizo encerrar en la torre de Galata á M. Lanscome, embajador de la Liga.

XXI

El divan buscaba una ocasion de guerra para ocupar la ociosidad de las tropas. La tardanza con que pagaba el Austria el tributo, las invasiones del territorio otomano por los uscocos, bandidos croatas, y las represalias sangrientas de los turcos en la Croacia, la promovieron. El emperador Rodolfo II llamó á sus súbditos á las armas é instituyó en el santo imperio romano y en la Hungría austriaca la *campaña de los turcos*, especie de somaten regular que sonaba tres veces de dia y otras tres de noche para excitar á las ciudades á la vigilancia y á la oracion contra sus bárbaros enemigos. Hassan-bajá, beglerbeg de Bosnia, perdió la batalla de la Kulpa contra los generales de Rodolfo. Veinte mil turcos, rechaza-

dos por los austriacos hasta las orillas escarpadas del rio, rompieron los puentes con su peso, y cayeron al agua. Los otomanos llamaron el año de esta derrota, *año de la ruina*.

La guerra se hallaba encendida sin estar declarada. El furor del pueblo de Constantinopla la declaró por sí mismo. El ejército salió de la ciudad á las órdenes del gran visir. Los dervises, que lo acompañaban, exaltaban su ánimo con gritos y gestos fanáticos. Algunos de ellos, cubiertos con pieles de oso y de leon, imitando el rugido de estas fieras, llevaban encadenado á Khrewitz, embajador de Rodolfo II. Al llegar á Belgrado murió á consecuencia de los ultrajes y la miseria que le hicieron padecer en el camino. Conducida esta guerra por ambas partes con molicie y desarreglo, no ilustró ni á la Alemania ni á la Turquía. Solo fué una alternativa de triunfos y reveses, de indisciplina y de asesinatos que desolaron las provincias de Hungría, de Valaquia y de Moldavia, sin que alcanzara la victoria ninguno de los combatientes. Los genizaros no cesaron de poner á precio su valor. El sultan agotaba su tesoro para enviar á Belgrado el sueldo y las gratificaciones que exigian á sus generales.

Amurat III, debilitado por su vida licenciosa, languidecía en sus jardines del Bósforo. Su único placer

era contemplar desde las ventanas de sus kioskos las velas de los buques que cruzaban y volvian á cruzar como aves enormes, de la Propóntide al mar Negro, y del mar Negro á la Propóntide. Su melancolía nativa se aumentaba en el otoño de su vida. El son de los instrumentos y las salvas de los buques que lo saludaban con sus cañones conmovian un poco sus sentidos, gastados por el placer. Algunos dias ántes de la enfermedad que minaba sus fuerzas, mandó á sus músicos que en vez de las marchas militares tocaran una pieza melancólica y casi fúnebre de una cancion turca, cuyo primer verso dice : « Me siento « languidecer. ; Ven muerte ! ; Ven á velar esta noche « á mi cabecera ! »

Miéntras que los músicos cumplian su orden, dos galeras egipcias, pasando por debajo de los kioskos, dispararon todos sus cañones á la vez para saludar al padischah. La conmocion, rechazada por las rocas del Bósforo, hizo caer los vidrios hechos pedazos á los piés del sultan. El enfermo vió en esto un presagio de su destino, roto muy pronto como el cristal. « Ved, » dijo á sus mujeres, « en otro tiempo las « salvas de mis escuadras reunidas no hubieran con- « movido estas vidrieras que ahora han caído al « suelo al estampido de dos miserables galeras. « Todo tiene su hora fatal. El palacio de mi existen- « cia se hunde del mismo modo. »

Murió á la noche siguiente de la tristeza que le causaba perder la vida. Su reinado habia sido durante algunos años la continuacion de la grandeza y la prosperidad del de Soliman II. Pero el hijo era demasiado endeble para reemplazar por mucho tiempo á su padre. La debilidad del principe despues de la muerte del gran ministro Sokolli se habia comunicado al imperio : la época de decadencia comenzaba para los otomanos.

En los libros siguientes verémos las causas de esta decadencia en la situacion relativa de los otomanos y de los cristianos, los unos no sabiendo mas que vencer, los otros aprendiendo á gobernar. Pero desde ahora la vemos en la ley universal de las cosas humanas, que no deja á los hombres, ni á los pueblos ni á las instituciones pararse en el apogeo de su fortuna ; que condena todo lo terrestre á una inestabilidad perpétua, y que obliga á bajar todo lo que no puede subir un grado mas, ó lo que no sabe regenerarse, como saben los turcos.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

LIBRO VIGÉSIMO TERCERO

Echemos una rápida ojeada sobre el imperio otomano y los Estados de la Europa cristiana, en el momento en que el hijo del gran Soliman II acaba de lanzar el último suspiro, y procuremos ver en la constitución orgánica de estas dos grandes divisiones del Asia, del Africa y de la Europa, la causa de la decadencia de los otomanos y del engrandecimiento de los cristianos.

El imperio otomano no había sufrido aun ninguno

de esos desmembramientos de poblacion, de tierra ó de mar que debilitan ó rebajan los Estados. Su geografia intacta presentaba á la vista una de las mas vastas dominaciones unidas por la religion, la raza y las armas, que se haya visto jamás bajo la mano de un hombre. Cuarenta gobiernos ó virreinautos absolutos componian el imperio, y estos gobiernos eran casi todos reinos.

Estas cuarenta satrapías eran, en Europa: la Hungría, la Bosnia, la Rumelia, la isla de Candía, la Grecia, el Archipiélago, la Macedonia, la Tracia, la Servia, la Bulgaria; en Africa: el Egipto, Argel. los reinos de Tunez y de Trípoli; en Asia: la Anatolia comprendiendo toda la península del Asia Menor, la Caramania, el reino de Chipre, la Siria, la Mesopotamia, la Georgia, el país del Cáucaso, Bagdad y las márgenes del Eufrates y el Tigris, el reino de Trebisonda, el de Jerusalén, Bassora, Mossul, el Diarbekir, las provincias de las dos Arabias, que guarnecen el mar Rojo, Aden y una parte del mar de las Indias, en fin la Crimea y parte de la Tartaria, etc.

A estos gobiernos se unian como dominacion indirecta los países tributarios; cuyos príncipes sujetos á sus leyes eran nombrados por la Puerta: la Transilvania, la Moldavia, la Valaquia, la república de Ragusa, y algunas veces la Polonia, de suerte que los

veinte reinos de Pirro, de Perseo, de los reyes Búlgaros, de los Tolomeos, de Cartago, de los Numidas, de Mitridates, de Antioco, de Attalus, de Prusias, de Heródes, de Tigranes, de los soberanos de Capadocia, de Comagenes, de Cilicia, de Iberia, de Escitia, y de los Parthos, escollo eterno de Roma, formaban al rededor de Constantinopla, la capital de tres continentes, el centro, los rayos y la circunferencia de un imperio superior en extension, clima, poblacion y fertilidad al universo romano.

Tal era este imperio el 18 de enero de 1595, el dia en que los pregoneros y el cañon del serrallo anunciaban á los habitantes de Constantinopla la muerte de Amurat y el advenimiento de Mahomet III, hijo de este soberano y de la sultana veneciana Safiyé. ¡Qué herencia para un pueblo que hubiera sabido reinar y administrar como sabia combatir y conquistar! Pero justamente el genio administrativo faltaba al Oriente y se revelaba en el Occidente. El islamismo no sabia mas que crecer y subyugar: el cristianismo asimilaba y gobernaba sus conquistas.

Este espíritu de asimilacion y de gobierno, que los egipcios en Africa, los griegos y los romanos en Europa, habian legado al Occidente cristiano, debia dar en pocos años la superioridad á las razas de accion y de progreso de la Europa sobre las razas pa-

triarcales, heroicas pero ociosas despues de la victoria, del Oriente. Por un fenómeno providencial, que no se repitió jamás en tan vasta escala como en esta lucha de dos siglos entre el Occidente cristiano y el Oriente mahometano, el trabajo en vez de la guerra dió el mundo. Es verdad que la guerra es un trabajo tambien, pero trabajo estéril. La actividad constante y fecunda de las razas es la ley de su preponderancia universal. El imperio del mundo, digan lo que quieran los escépticos miopes, no pertenece al robo y al asesinato, sino al trabajo, que constituye la moralidad de las naciones.

11

Ahora bien, el Oriente comenzaba a descansar de sus conquistas, y el Occidente á trabajar. Sus príncipes y sus Estados, contenidos y equilibrados los unos por los otros, habian comenzado á comprender que la monarquía universal, por medio de la religion ó de las armas, era una sangrienta quimera que sublevaria todas las demás familias nacionales contra los ambiciosos ó fanáticos que se atreverian á soñarla

en Europa. En lugar de conquistar, procuraban gobernar. La emulacion de la buena administracion, de la agricultura, de la industria, de las artes, de las ciencias, de las letras, de la division del trabajo, de la navegacion, del descubrimiento de las tierras, de los continentes nuevos, de la disciplina, del armamento, de la táctica de los ejércitos permanentes, habian sucedido en Europa á la emulacion de exterminar ó subyugar á los hombres. Hasta las guerras civiles se habian apagado ó adormecido, las guerras religiosas se apaciguaban por el cansancio de los contendientes; el sistema de las alianzas y del equilibrio europeo creaba un derecho público y una diplomacia que convertia las mayores y menores potencias del Occidente en una confederacion en que cada miembro era responsable de la independencia de todos los demás.

Los congresos hacian una distribucion mas equitativa y nacional de los territorios. El imperio, demasiado vasto, de Carlos V se desmembraba en provecho de la ponderacion de los reinos y repúblicas; el débil se apoyaba en el fuerte; la Hungría se asimilaba á la Alemania, la Rusia Blanca á la Polonia, la Italia septentrional á la Francia, el reino de Nápoles y la Sicilia á la España, la Holanda á la Inglaterra, Venecia al nuevo imperio romano. Una liga, seme-

jante á la que habia reunido en una sola falange defensiva á las repúblicas independientes de la Grecia, prevalecia en el fondo para la defensa comun de la Europa sobre la rivalidad de estas potencias cristianas entre sí. No era la cruzada religiosa de la edad media, era la cruzada de la nacionalidad europea y de la civilizacion.

Tal era la situacion respectiva de la Europa y de la Turquía en los últimos dias del siglo XVI y en los primeros del XVII, al subir al trono Mahomet III.

III

La sultana veneciana Safiyé, convertida en sultana Validé, madre del emperador, habia sido durante la vida de su esposo Amurat III, el verdadero é inmutable gran visir del reinado. Como Livia y Agripina habian ocultado á los romanos la muerte de sus esposos Augusto y Claudio para preparar mejor la transicion al reinado futuro, Safiyé habia ocultado á los otomanos la de Amurat para dar lugar á que viniese á Constantinopla su hijo Mahomet. Este príncipe, que esperaba el trono en el palacio de Magnesia, fué el

el último de los emperadores turcos en cuyo provecho tuvieron que apelar á este subterfugio los visires ó las sultanas.

IV

Mahomet III, seguro de la vigilancia de su madre, la sultana Safiyé, al rededor del trono, no precipitó su vuelta á Constantinopla. No desembarcó en ella con su acompañamiento hasta el duodécimo dia despues de la muerte de su padre. El momento de su elevacion al trono fué la señal de la muerte de todos los príncipes hermanos suyos, culpables de tener en sus venas una gota de su misma sangre. Jamás habia costado mayor sacrificio el prestigio monárquico.

Amurat III habia tenido ciento dos hijos de sus mujeres ó de las innumerables esclavas de su haren. Veintisiete hijas y veinte príncipes vivian en el serallo el dia de su muerte. La ley constitutiva de la dinastía dejaba vivir á las hijas á condicion de matar á sus hijos varones, y decretaba la inmolacion de los príncipes. Diez y nueve hermanos del sultan, de todas edades, desde la cuna hasta la adolescencia y la

virilidad, recibieron la sentencia de su muerte con el estampido del cañon del serrallo, que anunciaba la de su padre. La sultana veneciana Safiyé, aunque cristiana de origen, en correspondencia con reinas cristianas y en intimidad con sus compatriotas venecianos, estaba tan familiarizada con la sangrienta razon de Estado de los otomanos, y tenia tanta ambicion de seguir reinando, que no opuso la mas leve dificultad ni parece que tuvo ningun escrúpulo ni compasion de tantos homicidios.

Entre estas víctimas de la unidad monárquica, un príncipe, dotado con todos los dones de la naturaleza, del ingenio y de la educacion, inspiró lástima á todo el imperio; este era el príncipe Mustafá, hijo segundo de Amurat, ya entrado en años, á quien la naturaleza parecia que habia formado para el trono á imájen de su abuelo Soliman II, y la política condenaba á morir. Apesar de la discrecion del serrallo, la fama de la gracia, del carácter y del talento innato de este jóven se habia difundido por el imperio. Una popularidad misteriosa servia de aureola á su nombre; ella era un título mas para el suplicio. Mustafá, discípulo del primer poeta lírico del siglo, de Baki (el inmortal) que vivia todavía, no murmuró contra una muerte á que sabia se hallaba condenado por su nacimiento. Unicamente en la noche que precedió á

su catástrofe escribió una elegía tierna y resignada que contenia en versos bañados de lágrimas su despedida de la existencia. Todavía viven algunos versos de esta composicion, que recuerdan las fúnebres imprecaciones del poeta francés Andrés Chenier á sus verdugos. Andrés Chenier habia nacido como él en Constantinopla.

El drama interior de esta atroz carnicería permaneció sepultado en las tinieblas, en el horror sin eco de los mudos que la ejecutaron. Los crímenes de estado necesitan el silencio. Por eso la monarquía oriental habia arrancado la lengua á sus verdugos. El crimen de la noche lo revelaron al dia siguiente los diez y nueve cadáveres amontonados delante del trono, ántes de ser sepultados en la misma mezquita que su padre.

V

Ferhad-bajá, envejecido en las guerras de Persia, fué nombrado gran visir en lugar de Sinan-bajá, que volvió por tercera vez á su suntuoso destierro de Malghara. Ferhad estaba casado con una hija de la

sultana Safiyé. Esta princesa gobernó bajo su hijo Mohammed III desde el fondo del haren, aun mas absolutamente que en tiempo de Amurat.

Ferhad, para vengar las incursiones de los alemanes y de los húngaros en la Valaquia, llamó al ejército á la guerra del Danubio. Los spahis se negaron á ponerse en marcha si no se satisfacian sus exigencias de gratificaciones y privilegios. Ferhad armó contra ellos á los genizaros y dispersó la reunion sediciosa de los spahis. Desterró á los dos antiguos visires Cicala y Siawusch, apesar de que eran yernos como él de la sultana Safiyé. Se sospechaba que habian sido los promovedores secretos de la agitacion de los spahis para desacreditar á Ferhad.

Unas vísperas sicilianas de los valacos contra la guarnicion turca de Giurgewo, apresuró la marcha del ejército á la Valaquia. Apenas se pusieron en camino, los soldados arrancaron durante la noche las colas de caballos que flotaban delante de la tienda del gran visir en campaña, y la bola de oro que decoraba el palo céntrico de su pabellon. Este sintoma del descontento de las tropas pareció un presagio de reveses.

El antiguo favorito de Amurat III, Ibrahim-baja, yerno tambien de la Validé veneciana, fué nombrado caimakan en ausencia de Ferhad. El puesto de caimakan era una especie de tenencia general del impe-

rio y de la capital, una especie de dictadura universal y temporal, que daba al hombre investido con este título toda la autoridad del gran visir y de generalísimo en Constantinopla. Ibrahim, que ambicionaba por sí mismo el empleo de gran visir, se sirvió de su autoridad y de su influjo para desacreditar á Ferhad.

VI

Mientras presenciaba el gran visir el paso del ejército á la orilla valaca del Danubio, Ibrahim obtuvo del jóven sultan su sentencia de muerte. Su crimen consistia en haber dicho á los spahis rebelados que « si no respetaban la disciplina, sus mujeres serian eternamente estériles. » Esta maldicion impia para los musulmanes pareció á sus enemigos un imperdonable ultraje á los soldados.

Instruido por sus confidentes del serrallo y por su mujer, de la trama urdida en Constantinopla contra él, Ferhad no aguardó con su resignacion acostumbrada el puñal ó el cordon de su señor. Huyó del campamento ántes de la llegada de su verdugo llevándose tres mil caballos, y se dirigió á Constantinopla.

El gran visir Sinan, colocado en lugar suyo por Ibrahim, avanzó por su parte con veinte mil genizaros para ir á tomar el mando en jefe del ejército. Los dos grandes visires se encontraron casualmente en las cercanías de Ostranidja. « La cabeza del rebelde es para mí, sus tesoros para vosotros, » dijo Sinan á sus genizaros. Ferhad, intimidado por el número y por la gravedad del crimen, se retiró á una colina con su caballería, y contempló desde allí el saqueo de su fortuna y de sus tiendas á que se entregaron los genizaros; metiéndose luego en los bosques de la Bulgaria, llegó sin haber sido perseguido á una granja que poseía no lejos de la capital. La intercesion de su suegra, la sultana Validé y los presentes ofrecidos al sultan en nombre suyo por su banquero Salomón, alcanzaron su perdon. Su soberano le envió un katischerif (orden sin apelacion del sultan, superior á cualquiera otra que emanase del gobierno), autorizándolo para que viviera tranquilamente en su quinta de Litrof.

Pero el aborrecimiento del caimakan Ibrahim que parecia haberse apaciguado á consecuencia de la proteccion de Safiyé, lo acompañó y persiguió hasta su refugio. En el momento en que el infortunado Ferhad comenzaba á recibir las visitas y felicitaciones de sus amigos en su retiro, el bostandji-baschi fué á

prenderlo para llevarlo al castillo de las Siete Torres, vestibulo del suplicio. Allí fué extrangulado jurídicamente tres dias despues por orden del caimakan, ratificada por el sultan. Safiyé habia intentado evitar este golpe fatal que caia sobre su protegido.

Una casualidad funesta para Ferhad habia ofendido al sultan, celoso de su autoridad soberana. Cicabajá, otro yerno de la Validé, que habia recibido orden de partir por el ejército de Hungría, quiso comprar los caballos de Ferhad, que se hallaba á la sazón desgraciado y confinado en su quinta. La sultana madre mandó llamar á Cicala y le prohibió comprar las caballerizas del antiguo visir. Esta prohibicion le pareció á Cicala un indicio del proyecto que abrigaba la sultana de volver á colocar pronto en el poder á su favorito. Refirió pues esta circunstancia al sultan, quien se indignó de saber que su madre prohibia en secreto lo que él ordenaba públicamente. La cabeza de Ferhad fué entregada á sus enemigos.

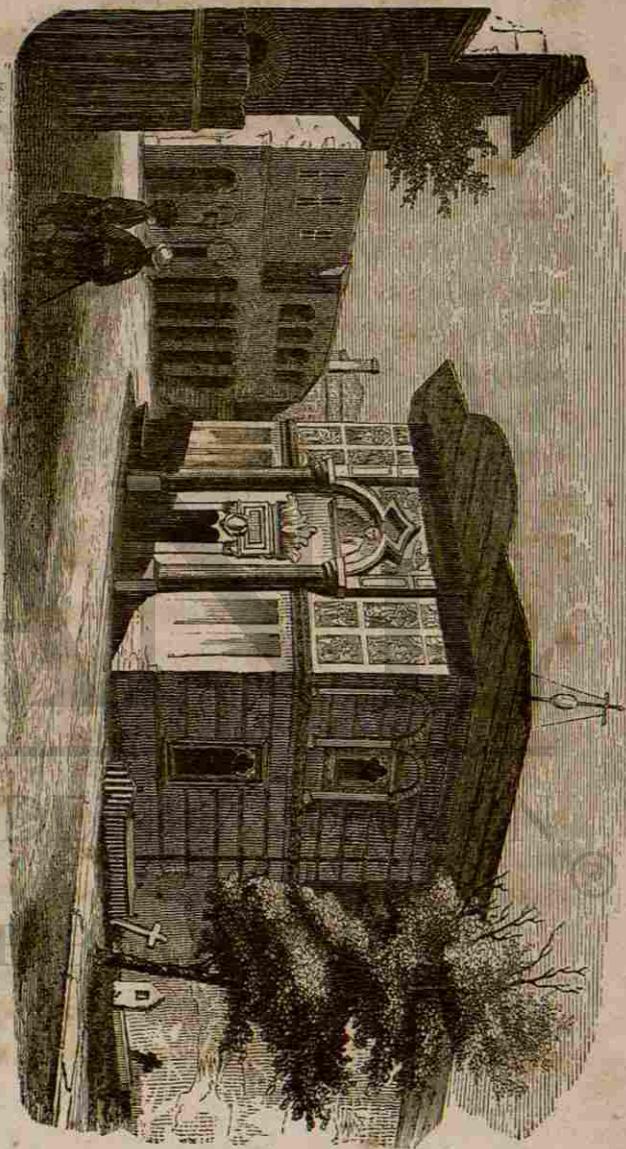
VII

La campaña de Sinan en Valaquia comenzó con reveses; el ejército turco pereció despues de una

larga batalla en los pantanos de Kalugeran. El mismo Sinan, medio sumergido con su caballo en el fango, debió su salvacion al vigor de un soldado de su escolta, llamado Hassan, que recibió por aquel suceso el epíteto de *Hassan del Pantano*, ilustrado despues por su valor. Un prisionero valaco arrojó la muerte con serenidad, quemando el depósito de pólvora de las tropas otomanas.

El gran visir, reorganizó su ejército y marchó sobre Tergowischt. Miguel, príncipe independiente de los valacos, lo expulsó de allí despues de un sitio de algunos dias. Sinan volvió á replegarse á Bucharest y á Giurgewo con los restos de su ejército. Aun lo alcanzó Miguel atravesando el puente del Danubio, y volándolo lo precipitó con toda su artillería en el río.

Durante estos desastres del gran visir en Valaquia, un ejército austriaco y húngaro, mandado por el príncipe Mansfeld sitiaba la ciudad fuerte de Gran, en Hungría. El hijo del gran visir, Sinan, perdió allí el tercer ejército queriendo socorrer á Gran. Gran sucumbió despues de la muerte de su intrépido defensor, Kara-Alí (Alí el Negro), que murió en la brecha. Apesar de una capitulacion que aseguraba á las mujeres y los hijos de los turcos sus vidas y sus propiedades, el pillaje, la violencia, los asesinatos que



IGLESIA EN BUCHAREST.

cometieron los alemanes y los húngaros en Gran, deshonraron la humanidad y la lealtad de los vencedores. Los monumentos, las estatuas, los cuadros, las bibliotecas, respetados por los turcos en la época de la conquista de Gran, desaparecieron bajo el hierro y el fuego de la soldadesca alemana.

Una fracción del imperio parecía que se hundía por la parte del Danubio con estos desastres. Ibraila, Varna, Kilia, Ismail, Silistria, Rutschuk, Bucharest, Akhermann, cayeron en poder de los valacos, de los alemanes y de los húngaros confederados. El terror refluyó hasta el serrallo. El sultan mandó hacer rogativas públicas en la plaza del Okmeidan para conjurar la ruina de las fronteras de Europa. Un temblor de tierra respondió con las calamidades de la naturaleza á las calamidades de la guerra. El gran visir de vuelta en Constantinopla se humilló bajo el peso de sus desgracias, y se retiró por la cuarta vez al desierto de los visires, á Malghara.

Un hijo de la nodriza del sultan, Lala-Mohammed, fué nombrado gran visir á instancias de las mujeres del haren : era hijo de un pobre naim de un pueblo inmediato á Magnesia, que habia entrado en el palacio como simple tchausch, subido de grado en grado hasta el rango de defterdar, merced á su título de hermano de leche de Amurat ; mas tarde habia sido



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

nombrado preceptor ó lala de Mahomet III en su juventud; y por último, el favor doméstico lo elevó por tres dias á la mas alta de las dignidades. Una muerte natural le impidió el gozar de ella por mas tiempo.

Sinan-bajá, aunque de edad de ochenta años, fué llamado de su destierro de Malghara para que preselase al trono que corria peligro los servicios de su experiencia. Este era su quinto reinado. La edad no le habia amortiguado su ambicion ni corregido su rudeza; los historiadores otomanos lo comparan al Mario romano, siete veces desterrado, siete veces cónsul, y siempre cruel.

No obstante su complicidad con el favorito Ibrahim, caimakan conjurado contra Ferhad, Sinan se declaró en el primer divan enemigo implacable del favorito. Era menester atribuir á alguno la responsabilidad de los reveses de la fortuna otomana, y hacerle cargar con su ignominia. « ¡ Vos sois, le dijo á Ibrahim, quien ha atraido, sobre la nacion, en vuestra calidad de caimakan, todos los desastres de estas campañas; vos sois quien ha enviado á la guerra soldados insubordinados y generales incapaces! » Y como Ibrahim tratase de balbuciar una justificacion ante el sultan, Sinan se levantó y sacando de la sala á Ibrahim cogido por la cintura, con el calor y la energia de un jóven :

« ¡ Dicen que soy viejo y decrepito, exclamó con voz de trueno; si Ibrahim afecta creer en mi decadencia, que salga, que baje al patio, que luche conmigo, sea cuerpo á cuerpo con nuestros brazos, sea á caballo con nuestros sables, y que el sultan adjudique el gobierno al vencedor! » El sultan, ruborizándose de su inacción en la flor de la juventud en presencia de un anciano, á quien el interés por el imperio volvia el verdor y la cólera de sus primeros dias, cedió por fin a las instancias de Sinan, y marchó en la primavera con ciento cincuenta mil hombres al Danubio.

Sinan murió por desgracia ántes de comenzar la campaña que habia preparado y que iba á mandar en persona. Su herencia igualaba la fortuna de un rey. La Europa, el Asia y el Africa habian contribuido á ella en el largo curso de su vida. El inventario de su fortuna, conservado hasta nuestros dias, enumera veinte cajones de oro en barras, quince rosarios de perlas grandes, treinta nudos de diamantes, veinte urnas de oro molido, veinte jarros del mismo metal, un juego de ajedrez, siete manteles de cuero salpicados de diamantes, diez y seis pantallas de chimenea, diez y seis sillas de caballos, treinta y cuatro estribos, treinta y dos corazas incrustadas de rubies, ciento cuarenta cascos, ciento veinte cinturones, diez

y seis brazales con pedrería, vajillas de plata cincelada, seiscientas pieles de cebellina, otras seiscientas de linco, treinta pellizas de zorros negros, dos mil piezas de tela de oro y seda, cerca de sesenta fanegas de perlas, seiscientos mil ducados de oro y dos millones de piastras en plata.

Estas riquezas encontradas al fin de sus días en los subterráneos de los generales ó de los visires, atestiguan el temor de la confiscación, la organización viciosa de la propiedad en Turquía. Estos tesoros estancados empobrecían el país en vez de hacerlo prosperar. La única riqueza útil es la que se fia á la tierra y se reproduce con el trabajo. El oro de Méjico empobrecía ya á los españoles; las riquezas del Oriente y de la Europa iban á empobrecer á los otomanos.

Ibrahim ocupó por fin el puesto de gran visir en lugar de Sinan.

VIII

La sultana Validé temía la partida de su hijo al Danubio. Desesperada de ver alejarse de su lado al que le servía de pantalla para reinar, Safiyé, aunque

veneciana de patria y cristiana por reminiscencia, tramó la degollación general de los cristianos de todo el imperio, á imitación de Catalina de Médicis, que había embriagado á su hijo Carlos IX con la sangre de la San Barthelemy. El horror de este crimen lo hizo abortar en el haren, en donde había sido concebido. El sultan se limitó á desterrar de Constantinopla á todos los griegos cristianos que no estaban establecidos de tiempo inmemorial en la capital. Para consolar á su madre del sentimiento que le causaba su partida, aumentó su dotación con tres mil piastras por día, trescientas mil de gratificación por año, y un millón también anual para pantuflas y vestidos.

Mahomet III salió de Constantinopla el 21 de junio de 1596. El gran visir Ibrahim mandaba el ejército: el secretario de estado Seadeddin, la lumbrera del consejo durante dos reinados, dirigía los negocios civiles y diplomáticos bajo la inspección del gran visir. Seadeddin, hombre principal en una situación secundaria, fué el alma de la expedición.

Al llegar al pié de los muros de Erlau, en Hungría, el sultan intimó la rendición á la ciudad. — «Yo juro, por el caballo que montó y por el sable que cito, dijo en su intimación al ejército húngaro de Erlau, que os dejaré salir y retiraros sin obstáculo

y seis brazales con pedrería, vajillas de plata cincelada, seiscientas pieles de cebellina, otras seiscientas de linco, treinta pellizas de zorros negros, dos mil piezas de tela de oro y seda, cerca de sesenta fanegas de perlas, seiscientos mil ducados de oro y dos millones de piastras en plata.

Estas riquezas encontradas al fin de sus días en los subterráneos de los generales ó de los visires, atestiguan el temor de la confiscación, la organización viciosa de la propiedad en Turquía. Estos tesoros estancados empobrecían el país en vez de hacerlo prosperar. La única riqueza útil es la que se fia á la tierra y se reproduce con el trabajo. El oro de Méjico empobrecía ya á los españoles; las riquezas del Oriente y de la Europa iban á empobrecer á los otomanos.

Ibrahim ocupó por fin el puesto de gran visir en lugar de Sinan.

VIII

La sultana Validé temía la partida de su hijo al Danubio. Desesperada de ver alejarse de su lado al que le servía de pantalla para reinar, Safiyé, aunque

veneciana de patria y cristiana por reminiscencia, tramó la degollación general de los cristianos de todo el imperio, á imitación de Catalina de Médicis, que había embriagado á su hijo Carlos IX con la sangre de la San Barthelemy. El horror de este crimen lo hizo abortar en el haren, en donde había sido concebido. El sultan se limitó á desterrar de Constantinopla á todos los griegos cristianos que no estaban establecidos de tiempo inmemorial en la capital. Para consolar á su madre del sentimiento que le causaba su partida, aumentó su dotación con tres mil piastras por día, trescientas mil de gratificación por año, y un millón también anual para pantuflas y vestidos.

Mahomet III salió de Constantinopla el 21 de junio de 1596. El gran visir Ibrahim mandaba el ejército: el secretario de estado Seadeddin, la lumbrera del consejo durante dos reinados, dirigía los negocios civiles y diplomáticos bajo la inspección del gran visir. Seadeddin, hombre principal en una situación secundaria, fué el alma de la expedición.

Al llegar al pié de los muros de Erlau, en Hungría, el sultan intimó la rendición á la ciudad. — « Yo juro, por el caballo que montó y por el sable que cito, dijo en su intimación al ejército húngaro de Erlau, que os dejaré salir y retiraros sin obstáculo

« de la fortaleza. » Erlau cayó en doce dias en poder de Ibrahim. Los húngaros que habian desollado vivos á los turcos que habian hecho prisioneros en Hatwan, en la campaña precedente, fueron pasados á cuchillo en represalias.

El archiduque Maximiliano, Sigismundo, príncipe insurrecto de Transilvania, y el príncipe Miguel de Valaquia avanzaban con tres ejércitos combinados para recobrar á Erlau. Sus vanguardias habian rechazado á Hassan-Sokolli, hijo del famoso visir de este nombre. Se hablaba de retirarse. « ¡ Seria inaudito, dijo Sokolli en el consejo, que un padischah de los otomanos hubiese vuelto sin motivo la espalda al enemigo! » El secretario de estado Seadeddin, acostumbrado á las enérgicas resoluciones de Soliman apoyó á Hassan Sokolli: « Esta, dijo con animosa sinceridad en presencia del indeciso sultan, no es una circunstancia en que puedan ser empleados los segundos: el honor y la necesidad exigen la presencia del mismo padischah. »

Algunos dias despues se fué en busca del enemigo.

Entretanto la sultana Validé excitaba á su hijo á volver á Constantinopla. Inclínabase el sultan á los consejos de su madre, pero queria que su partida pareciese al ejército exigencia de los visires. « Lala mio, » escribió al gran visir, « ¿ Qué inconveniente

« habria en que me fuese á Constantinopla, dejándote á tí como serdar? »

El gran visir é Ibrahim osaron oponerse á este deseo de abandonar el ejército. La presencia del padischah podia únicamente afirmar la disciplina y entusiasmar á las tropas. Mahomet III, arrastrado mas bien que convencido, asistió el 26 de octubre de 1596 á la batalla que se dió contra el archiduque Maximiliano, que mandaba los alemanes y los húngaros. Aquel era, desde Orsora en tiempo de Bajazet I, y desde Varna en el de Amurat II, el duelo mas decisivo reñido, entre turcos y cristianos por la posesion del Danubio. Cuatrocientos mil combatientes por ambas partes se extendian en dos líneas separadas por un suelo fangoso y casi hecho un charco con las primeras aguas del otoño. La derecha de los turcos estaba compuesta, contra lo acostumbrado, de generales y tropas asiáticas, que se posponen por lo comun á las de Europa; el ejército de Andrinópolis formaba la izquierda: Cicala, hijo del renegado de Génova, naturalizado por tantos servicios de mar y tierra, mandaba la vanguardia con la fogosa caballería del Diarbekir.

El sultan, poco experto en cosas de guerra, se hallaba en una eminencia, un poco á retaguardia, hácia el centro de la línea de batalla; sobre su cabeza

flotaba el sagrado estandarte; seis escuadrones escogidos guardaban su persona; Seadeddin, tan buen consejero en la paz como en la guerra, estaba á su lado para comunicarle la inspiracion del momento; los bagajes del ejército servian de fortificacion á la eminencia; los genizaros estaban situados al rededor de una iglesia derruida que dominaba un pantano; ciento veinte piezas de cañon, unidas con cadenas, segun el uso inhábil de los persas y de los turcos, presentaban un parapeto terrible é inmóvil entre los genizaros y los asiáticos.

Maximiliano, como general consumado, colocando su ejército en forma de cono para romper á los turcos por el centro, desbarató con la primera carga la línea que defendia la eminencia, desde donde Mahomet presenciaba el combate. Sus escuadrones, penetrando por la brecha abierta á través de las filas desordenadas de los turcos, subieron á galope por la colina, y llegaron sable en mano hasta las tiendas imperiales. El sultan, sorprendido por aquel tropel de ginetes húngaros que rodeaban su retiro, debió su salvacion á los pajes, á los aguadores, á los camelleros, á los armadores de tiendas, á los cocineros, que se armaron con las hachas, los cuchillos, los asadores y los palos que hallaron á la mano para defender á su señor. Seadeddin lo llevó por fin á re-

taguardia de la fila espesa de carros, camellos y bagajes, y lo introdujo en la tienda de Yunisbeg general de los muteferrikas. «No tembleis, dijo al sultan; «la paciencia conduce á la victoria, y la fortuna favorable sucede á los reveses.» Estas palabras, pronunciadas con sangre fria en medio del terror pánico, en que los corazones, segun la enérgica expresion del Coran, quieren salirse por la boca, reanimaron las esperanzas de Mahomet. Echáronle sobre los hombros el manto del profeta, la reliquia mas santa de los musulmanes, con la cual, no puede el sultan ser abandonado por Aláh.

A su vista, los genizaros dispersos se reunieron; Cicala, que habia colocado su vanguardia de caballería árabe detrás de un bosque, dejando pasar el torbellino húngaro, para caer en el momento crítico sobre sus desordenados escuadrones, voló al socorro del sultan. El asalto de las tiendas imperiales por los alemanes habia degenerado en pillaje: los soldados, deslumbrados con el lujo de los tapices y de los muebles los hacian pedazos para repartírselos, ansiosos del botin antes de la victoria. Ya las cajas del tesoro del ejército destrozadas á golpes de hecha daban salida á los aspros y los ducados de oro que cogian á porfia; Cicala los derrotó con una carga de veinte mil caballos. Los húngaros y los alemanes desban-

dados murieron ó se sumergieron en el fango del pantano; las dos alas separadas un momento del centro se replegaron al divisar el estandarte del Profeta que ondeaba sobre la colina, envolvieron al ejército de Maximiliano privado de su caballería y su artillería, y convirtieron una falsa victoria en una inmensa fuga. Cincuenta mil alemanes perecieron en las charcas; ciento veinte piezas de cañon cayeron en poder de los turcos. Antes de ponerse el sol no tenian ya un solo enemigo delante de ellos.

El gran visir completaba el triunfo persiguiendo á los fugitivos con la caballería ligera de Asia. De vuelta en su tienda, el sultan recibia las felicitaciones de sus generales; gracias á Seadeddin habia recobrado el prestigio perdido de las tropas otomanas y las provincias que, aunque por breve tiempo, habian estado separadas del imperio. Debia la victoria y la vida á la intrepidez de Cicala que no se habia arredrado con la derrota, ni habia temido atacar todo un ejército con la vanguardia. En el momento en que Cicala entraba en la tienda del sultan para besarle la mano, Mahomet lo nombró gran visir, como única recompensa digna de tal servicio: « El que « ha salvado el imperio debe gobernarlo, » dijo á Cicala al entregarle los sellos que llevaba debajo de su castan.

Sin embargo, al premiar á su general, temió descontentar á Ibrahim, favorito de su padre y suyo. Al volver de su persecucion ignoraba este todavía lo que habia pasado en la tienda de Mahomet. Se disponia á ejercer las funciones de gran visir al dia siguiente, al revistar las tropas; nadie, ni el mismo sultan, se atrevia á contristarle en medio de su triunfo, anunciándole su disposicion. Seadeddin manifestó al eunuco Ghaznefer, camarero del soberano, el embarazo y el peligro de un silencio que dejaba los sellos en manos de dos grandes visires, y el gobierno bajo dos autoridades.

Ghaznefer no se atrevia á reprender su timidez, apesar de lo mucho que lo estimaba su señor. El caballerizo mayor Ahmed, asiático rudo, acostumbrado á la franqueza de los campamentos, se encargó de hacerlo con una fórmula indirecta y parabólica: « Mañana revistará vuestra alteza á su ejército, » dijo dirigiendo la vista al sultan con una expresion que doblaba el sentido de sus palabras; « ¿ preciso será « que vuestros esclavos sepan qué caballo quereis « montar para recorrer el frente de vuestras tro- « pas ? »

Mahomet, que comprendia á media palabra la intencion de su caballerizo, no respondió acerca de la eleccion de caballo; pero dirigiéndose el camarero

mayor dijo: «Id por los sellos del imperio que tiene Ibrahim, y traédselos á Cicala.»

IX

Cicala fué depuesto tan rápidamente como habia sido elevado. Su severidad militar disgustó al ejército, desmoralizado con la indisciplina de las últimas campañas. Treinta mil asiáticos de Caramania, de Bithynia, y de Sarukhan, á quienes habia privado del prest por haberse desertado de sus banderas, atravesaron en pelotones tumultuosos las provincias de Europa, y eligiendo jefes de su país, sembraron la sedicion, saquearon y aterrorizaron el Asia.

La sultana Validé, intrigando de consuno con el favorito Ibrahim, protestó en sus cartas contra el nombramiento de Cicala. Su hijo las recibió en Khirmenli, de vuelta de Hungría á Constantinopla. Despues de haber leído las cartas de su madre, mandó quitar los sellos á Cicala y se los devolvió á Ibrahim. Todos los enemigos del favorito, Cicala, Seadeddin, el caballerizo mayor Ahmed, fueron destituidos de sus funciones. Solo Seadeddin se libró del destierro,

merced á sus años y su reputacion. La sultana salió á recibir á su hijo al camino de Andrinópolis.

Su entrada triunfal en Constantinopla rivalizó con los triunfos de Soliman II. Un embajador de Persia, enviado por Schah-Abbas, deslumbró á los turcos con una escolta de mil caballos, y con presentes dignos del poseedor de Ormus. Capello, embajador de Venecia, y el embajador de Francia realzaron con su presencia y sus felicitaciones la gloria de la victoria de Keresztes. La Francia estimulaba en aquel momento á Mahomet III á que uniese sus fuerzas á las del rey para socorrer á los moros de España contra los españoles.

X

Revueltas civiles en Crimea reveladas por asesinatos en la familia reinante Gherai; una campaña lijera en Hungría terminada por reveses, obligaron á la sultana madre y á su hijo á sacrificar al gran visir Ibrahim á la opinion pública.

Despues de vanas tentativas para hallar un hombre capaz y sumiso á la vez á la voluntad de la ve-

neciana, sacaron del castillo de las Siete Torres á Hassan-bajá, el dilapidador de Egipto, y le entregaron las riendas del gobierno. Ganóse el favor de la sultana prometiéndole las riquezas que codiciaba de día en día con mayor ardor; lo perdió pidiendo al sultan la cabeza de su favorito, el eunuco Ghaznefer, camarero mayor del serrallo. Conducido de nuevo el 8 de abril 1598 por el bostandji-baschi á la prision de las Siete Torres, fué estrangulado en ella seis dias despues. Sus riquezas desaparecieron al mismo tiempo que él. Su tesorero al huir llevó consigo este misterio.

Djerrah-Mohammed, segundo visir, hombre de poco brillo, recibió los sellos con estas palabras del puño del sultan, que no le permitian rehusar: « Si no cumples con tu deber, serás descuartizado, y tu nombre será cubierto con eterna ignominia. »

En tiempo de este visir los generales austriacos y húngaros Schwarzenberg y Palfy sorprendieron la ciudad de Raab. El bajá turco, con un sable en cada mano, se defendió hasta morir en la puerta que abrió á los húngaros la traicion de sus habitantes, sus trescientos soldados refugiados en el polvorin prefirieron ser volados á sufrir la tortura que los aguardaba. El serdar del ejército de Hungría intentó lavar esta afrenta con la sangre de los alemanes. Durante su marcha

sobre el rio Theiss, sus genizaros se sublevaron, cortaron las cuerdas de su tienda para que se hundiera sobre su cabeza, lo apalearon, y consintieron en dejarle la vida á instancias y por las súplicas de su aga.

Othman *sin orejas*, llamado así porque las habia perdido en el campo de batalla, en Persia, salvó á Ofen, sitiada por los alemanes. Veinte mil valacos, á las órdenes de su principe Miguel, volvieron á presentarse en Valaquia contra Hafiz-bajá, gobernador de esta provincia, para hacer frente á los turcos, y pasearon por el campamento un maniquí de mujer vestido con el traje y cubierto con las armas de Hafiz-bajá. Las careajadas de los valacos llenaron de rubor y de enojo á los turcos. Hafiz se replegó vencido á Schumla. Su afrenta recayó en el gran visir Djerrah-Mohammed, que fué depuesto y entregó por tercera vez los sellos á Ibrahim.

El favorito volvió al Danubio con cuarenta mil genizaros; un katti-scherif del sultan le entregaba la vida de su enemigo Saturdji-bajá, seraskier del ejército de Europa. El aga de los genizaros Hassan recibió orden de ejecutarlo. Habiendo llegado á Constantinopla, el aga convidó al seraskier á un festin en su tienda; al fin de la comida, sacó el katti-scherif del pecho y mandó con un signo á los yaya-baschis que mataran á su huésped. La cabeza de Saturdji rodó

por la alfombra. Ibrahim, ausente de Andrinópolis durante la ejecucion juró que Hassan era el responsable de aquel crimen. La perfidia de los esclavones se asociaba en este favorito con la ambicion y la lisonja, vicios de estos bárbaros, mal disfrazados con el barniz cortesano. Marchó sobre Gran y reconquistó esta ciudadela perdida en la penúltima campaña.

El khan de Crimea Ghazi-Gherai trajo cincuenta mil tártaros al ejército. Pero la muerte de Saturdji le hacia mirar con temor á Ibrahim. Los dos generales no reunieron jamás sus tropas en un solo cuerpo de ejército, y no conferenciaron sino en campo raso y á caballo, acompañados ambos de una escolta igual de caballería. En otoño, el khan de los tártaros se negó á invernar en las márgenes del Danubio y llevó su caballería á Crimea.

Durante el invierno se entablaron negociaciones con la corte austriaca, pero no dieron ningun resultado. Ibrahim, que deseaba la paz, procuró por medio de una disciplina severa y una rigurosa represion de toda violencia y pillaje ganar en favor de los otomanos el afecto de los húngaros, de los valacos y de las poblaciones cristianas de estas fronteras. Borró entre estas y sus soldados las antipatias religiosas con una discreta tolerancia; los húngaros, los servios, los valacos aumentaron voluntariamente las filas del

ejército turco contra los alemanes, mas indisciplinados y tan bárbaros entónces como sus enemigos.

La guerra de la Hungría se prosiguió sin resultados dignos de contarse desde el primer año del siglo xvii (1600) hasta 1608. Ibrahim, que la dirigía mas bien como hombre de estado que como capitan, habia trasladado, por decirlo así, el gobierno á Belgrado.

La sultana Safiyé se mantenía en Constantinopla en el poder por el ascendiente que tenia sobre su hijo. Su influjo se habia consolidado con el regalo que hizo á Mahomet III de una esclava de incomparable belleza que dió un heredero al trono, Selim. Estas hermosas esclavas introducidas en el haren por la sultana Validé, eran confidentes é instrumentos de su política. El hábito de gobernar, dicen las narraciones venecianas de la época, se habia convertido en esta mujer en una indomable pasion. Nunca desde los tiempos de Roxelana habia dominado el haren tan completamente al divan. La nodriza de Raziyé, intrigante de esta corte femenina bajo Amurat III, acababa de morir dejando inmensas riquezas y un hijo, bajá de Alepo y beglerbeg de Erserun; se le hicieron funerales magníficos, y su sepulcro se alzaba magestuoso como el de una emperatriz junto al palacio imperial de Beschiktasch. El genovés Cicala y Ghaznefer, el eunuco húngaro, afirmados y enri-

quecidos como Ibrahim en las mas altas dignidades de la córte por la proteccion de la Validé, llamaban para que heredasen su fortuna á parientes jóvenes, á quienes hacian abrazar el islamismo. Este reinado de las mujeres, ante las cuales el mérito de los favoritos consiste en agradar, comenzaba á sublevar á intervalos la indignacion de los verdaderos otomanos.

El cuerpo de los spahis, que se habia quedado en Constantinopla para servir de guardia al sultan, acusaba á la judía Kira, favorita de la sultana Validé, de vender los *timares* ó feudos militares en vez de darlos al mérito y al valor. Este comercio de las dignidades militares hizo pedir á los spahis la cabeza de la judía. El caimakan Khalil, que gobernaba la capital en ausencia de Ibrahim, no se atrevió á rehusar esta sangrienta satisfaccion á los spahis. Sitiado en su palacio por los soldados amotinados, el caimakan se vió obligado á enviar á la judía la órden de comparecer ante él con sus tres hijos. Entregar esta victima á los rebeldes le pareció el único medio de libertar de su furor á su protectora, la sultana Validé. Kira y sus tres hijos fueron despedazados al subir la escalera del palacio del caimakan. Sus miembros palpitantes fueron clavados por la soldadesca en las puertas de los visires y de los bajás, acusados de ha-

ber comerciado y vendido los favores de la córte juntamente con esta mujer.

El imperio perdió en aquel mismo año su mayor hombre de estado con la muerte del historiador Seadeddin, y su mayor poeta con la del inmortal Baki. Otro historiador, el secretario de los genizaros, Ali, autor del *Libro de la victoria*, de la narracion de la campaña de Georgia y de la guerra de Hungría, murió á fines del mismo año. Analista íntegro, imparcial y animoso, Ali no lisonjea en sus narraciones ni á su misma patria. Conocia que adular lo presente era corromper el porvenir. Él es buen testigo para la posteridad: los turcos le deben algo mas que la gloria; le deben la verdad histórica de tres reinados.

XI

Entre tanto el príncipe Miguel de Valaquia, intimidado y contenido por la presencia de Ibrahim en el Danubio, solicitaba la paz. Ibrahim recibió á un valaco, embajador suyo, llamado Dimo y lo envió á Constantinopla para que expusiera sus proposiciones

al divan. El eunuco Hafiz-Ahmed, víctima en otro tiempo de una perfidia de Dimo en la guerra de Valaquia, logró del mufti un *fetwa*, ó sentencia que condenaba al valaco al último suplicio. Hafiz-Ahmed, que era entonces caimakan, lo hizo colgar con garfios de hierro á una pared y lo dejó morir lentamente en aquella postura. Esta violacion del salvo conducto y del título de embajador indignó á Ibrahim, quien se quejó en sus cartas á la sultana Validé de tal ultraje. Esta logró que se destituyera á Hafiz-Ahmed y se nombrara para reemplazarlo á Hassan *el Frutero*, protegido suyo.

Durante estas negociaciones, los austriacos, temiendo la defeccion de Miguel, lo hicieron asesinar en Transilvania. Ibrahim reanudó por medio del khan de los tártaros las negociaciones de paz con Viena. La muerte lo sorprendió en Belgrado en el momento en que iba á firmar la paz. Su cuerpo transportado á Constantinopla fué sepultado con pompa casi soberana en el átrio de la mezquita de los principes. Este favorito, hecho hombre de estado y guerrero con el ejercicio del poder, aspiraba como Sokolli mas que á adquirir, á consolidar. El fué el primer gran visir que no se avergonzó de proponer tratados de paz en nombre de su soberano. Su muerte resucitó las guerras que tenia adormecidas su discrecion.

La sultana Validé dió la dignidad de gran visir á su protegido el caimakan Hassan *el Frutero*. El sultan le regaló las tiendas, los caballos, las mulas, los camellos y las armas de Ibrahim. Tambien le prometió darle por esposa á su viuda Aische despues que trascurrieran los meses de la viudedad. Hassan partió inmediatamente para el Danubio. Sesenta mil genizaros y spahis se le reunieron en la llanura de Semlin, á la orilla izquierda del rio, en frente de Belgrado.

Los austriacos, mandados por el archiduque Fernando, sitiaban la fortaleza turca de Kanischa. Hassan Teryaki, ó Hassan *el Fumador de opio*, la defendia con la tenacidad heróica de un otomano de los primeros tiempos. Al aproximarse el gran visir, los austriacos levantaron el sitio; sus cañones y millares de cadáveres quedaron en las trincheras. Hassan-Teryaki, sentado á la puerta de la ciudad con sacos de piastras en las manos, distribuía monedas de oro á los soldados que le traían cabezas de enemigos. El archiduque, con la precipitacion de la fuga habia dejado plantada y amueblada su tienda en el campamento. Hassan entró en ella, oró sobre la alfombra, luego, desenvainando el sable dividió é hizo pedazos el trono del archiduque, y se sentó orgullosamente sobre sus ruinas. Veinte mil prisioneros, sesenta ca-

ñones, el tesoro y los equipajes del ejército austriaco cayeron en pocos dias en poder de Hassan-Teryaki. Todo lo abandonó á sus soldados contentándose él con la gloria del vencimiento. La tienda de Fernando y los cañones fueron ofrecidos como presente al gran visir.

Este, despues de haberse reunido con Hassan, lo nombró bajá de tres colas, y le regaló tres caballos de guerra. El sultan, para recompensar al gran visir le envió con un dote de cuarenta mil ducados de oro á la sultana Aische, viuda de Ibrahim, que le habia reservado como estímulo y premio de la campaña.

XII

Mientras se alcanzaban estos triunfos en Hungría, un rebelde asiático, llamado Karayazidji (ó escritor negro), insurreccionaba los árabes y los turcomanos contra los gobernadores de Mahomet III, y alcanzaba victoria sobre victoria contra sus generales. La exencion de contribuciones era el móvil de este tribuno armado para agitar á las poblaciones poco sometidas de la Cilicia y de la Capadocia. El hijo del famoso vi-

sir Sokolli, enviado contra Karayazidji hácia Cesaréa de Capadocia, destrozó por fin á este rebelde que murió de resultas de sus heridas en las montañas de Djanik, ramal del Taurus. Sus partidarios cortaron su cuerpo en pedazos y sepultaron cada uno de sus miembros en diferentes parajes, para que no pudieran los turcos, si descubrian su tumba, profanar su cadáver entero.

Su hermano Hassan *el Loco*, heredó su popularidad; alentó de nuevo la insurreccion en este fondo del Asia, se dirigió con masas innumerables al encuentro de Sokolli, que se vió obligado á refugiarse dentro de las fortificaciones de Tokat. Los rebeldes devastaron impunemente el valle y saquearon el jardin de Sokolli situado en las cercanías de Tokat, llamado por su magnificencia y sus delicias el jardin del paraíso, *djennet-baghí*. Los cuadros del jardin en vez de flores brillaban con rubíes y piedras finas, que imitaban la forma de las flores y su esplendor. Estos tesoros del arte persa pasaron á decorar las armas y los arneses de los bárbaros.

El sultan castigó la derrota de Sokolli nombrando en su lugar á Khosrew-bajá, seraskier del ejército de Tokat, para que peleara contra los partidarios de Karayazidji. Pero Sokolli estaba tan enorgullecido con su nombre, sus riquezas, y sus dignidades que nadie

se atrevía á comunicarle su destitucion. Amenazaba con la muerte al que le hablase de perder su rango de seraskier. Su kyaya y su propio hermano se libertaron con mucha dificultad de su furor por haberse atrevido á aconsejarle que obedeciese las órdenes del sultan. Continuaba defendiendo á Tokat contra los ataques de los rebeldes, con la intrepidez y el fatalismo de un héroe, cuando una mañana, que se hallaba sentado como de costumbre ante la puerta de su palacio para dar órdenes á las tropas, un arcabucero turco, apostado en una eminencia, desde la que se veía al seraskier, le apuntó y lo derribó muerto, pero no degradado, sobre la alfombra. Tokat cayó con él. El jefe de los rebeldes, Hassan *el Loco*, inundó con sus bandas el Asia Menor, y sitió en Kutajah al nuevo seraskier Khosrew-baja. Solo el invierno puso coto á sus progresos.

Cicala-baja, nombrado capitan-baja como su padre, defendia las costas de Africa contra Andrea Doria y D. Juan de Córdoba, y devastaba las costas de Italia. Stuhlveissenburgo, sepulcro de los reyes de Hungría y lugar de su coronacion caia en manos del gran visir. Ofen y Pesth, separadas por el Danubio, eran sitiadas, la una por los austriacos, la otra por los turcos. El khan de los tártaros, Ghazi-Gherai, que habia vuelto con sus tropas á Hungría despues

de la muerte de Ibrahim, se contentaba con asolar el país bajo los pasos de sus caballos y cantar en poesias compuestas en lengua turca las delicias de los vinos de Tokai. La guerra se hacia sin plan ni energía, á consecuencia de la molicie y el cansancio de los combatientes.

Estos ócios de la guerra en Europa y estos desastres en Asia irritaban el patriotismo de los spahis de Constantinopla. Hicieron redactar á sus escritores y llevaron con las armas en la mano una súplica sediciosa al sultan, pidiéndole las cabezas de Ghaznefer, el eunuco húngaro favorito de dos reinados, de Hassan *el Relojero*, antiguo caimakan, y de otro Hassan, apellidado, Tirnakdji, que ocupaba en el divan el rango de cuarto visir. Estas cabezas, decian los spahis, expiaran las corrupciones del serrallo y los funestos consejos dados al sultan por sus favoritos. El imperio no podia regenerarse sino con la sangre de sus corruptores.

Mahomet III, asediado en el serrallo por sus propios defensores, compareció ante ellos en un trono levantado en el último patio, mas bien en actitud suplicante que soberana. En vano les disputó una por una las cabezas de sus mas caros confidentes; si se le concedia una, se le exigia otra en cambio. Hassan *el Relojero*, sacado del castillo de las Siete Torres, aren-

gó á sus verdugos y les probó con las órdenes del gran visir en la mano que no habia hecho mas que cumplir su deber en Asia. Lo despidieron convencidos de su inocencia. Hassan-Tirnakdji pidió la vida poniéndose de rodillas delante de los spahis, y obtuvo su indulto por intercesion de los genizaros. Pero Othman, Kislar-aga y Ghaznefer, jefe de los eunucos blancos, mas odiados porque eran mas queridos por el sultan y su madre, sacrificados apesar de las lágrimas de Mahomet, entregaron sus cabezas al sable de los spahis. El sultan se vió obligado á asistir á su suplicio, á saludar á las tropas en presencia de sus cadáveres, como para darles las gracias por su crimen, y á devorar su afrenta y su dolor en el secreto de su haren.

XIII

El gran visir, llamado con urgencia por la sultana Validé, venia secretamente á Constantinopla para restablecer el orden y vengar estos crímenes. Al llegar á las puertas de la capital, Hassan *el Frutero* se paró, no atreviéndose á entrar hasta la noche, por

temor de que los spahis le cerrasen el paso. Penetró con sigilo en su palacio. El sultan le envió un eunuco para darle la bienvenida y la seguridad de que podia contar con su apoyo y su favor. Durante la noche, el caimakan Mahmud-bajá, aunque enemigo suyo, y los dos jueces del ejército fueron á verlo para tratar con él del restablecimiento de la autoridad y del castigo de los culpables. El muftí, á quien aguardaba para justificar su severidad con un fetwa, no pareció. Los spahis, sabedores de las medidas que se preparaban contra ellos, lo vigilaban sin perder de vista su casa, y le habian arrancado una sentencia que condenaba á muerte al gran visir. El aga de los genizaros y los dos jueces mayores del ejército, intimidados por este fetwa del muftí, abandonaron cobardemente la causa de Hassan, y se encargaron de prestar su concurso al suplicio decretado contra él.

Entre tanto Hassan, que veia sin debilidad apartarse de su lado á los sostenedores naturales del orden, escribió al sultan una carta en la que le indicaba la línea de conducta que debia seguir: « Mahmud, aga « de los genizaros, nos vende, » decia en este escrito confidencial; « está de acuerdo con los rebeldes; les ha prometido treinta mil ducados por derribarme; hé aquí lo que es preciso responder al informe que va

gó á sus verdugos y les probó con las órdenes del gran visir en la mano que no habia hecho mas que cumplir su deber en Asia. Lo despidieron convencidos de su inocencia. Hassan-Tirnakdji pidió la vida poniéndose de rodillas delante de los spahis, y obtuvo su indulto por intercesion de los genizaros. Pero Othman, Kislar-aga y Ghaznefer, jefe de los eunucos blancos, mas odiados porque eran mas queridos por el sultan y su madre, sacrificados apesar de las lágrimas de Mahomet, entregaron sus cabezas al sable de los spahis. El sultan se vió obligado á asistir á su suplicio, á saludar á las tropas en presencia de sus cadáveres, como para darles las gracias por su crimen, y á devorar su afrenta y su dolor en el secreto de su haren.

XIII

El gran visir, llamado con urgencia por la sultana Validé, venia secretamente á Constantinopla para restablecer el orden y vengar estos crímenes. Al llegar á las puertas de la capital, Hassan *el Frutero* se paró, no atreviéndose á entrar hasta la noche, por

temor de que los spahis le cerrasen el paso. Penetró con sigilo en su palacio. El sultan le envió un eunuco para darle la bienvenida y la seguridad de que podia contar con su apoyo y su favor. Durante la noche, el caimakan Mahmud-bajá, aunque enemigo suyo, y los dos jueces del ejército fueron á verlo para tratar con él del restablecimiento de la autoridad y del castigo de los culpables. El muftí, á quien aguardaba para justificar su severidad con un fetwa, no pareció. Los spahis, sabedores de las medidas que se preparaban contra ellos, lo vigilaban sin perder de vista su casa, y le habian arrancado una sentencia que condenaba á muerte al gran visir. El aga de los genizaros y los dos jueces mayores del ejército, intimidados por este fetwa del muftí, abandonaron cobardemente la causa de Hassan, y se encargaron de prestar su concurso al suplicio decretado contra él.

Entre tanto Hassan, que veia sin debilidad apartarse de su lado á los sostenedores naturales del orden, escribió al sultan una carta en la que le indicaba la línea de conducta que debia seguir: « Mahmud, aga « de los genizaros, nos vende, » decia en este escrito confidencial; « está de acuerdo con los rebeldes; les ha prometido treinta mil ducados por derribarme; hé aquí lo que es preciso responder al informe que va

á dirigiros: *Lo que hace mi visir, lo hace con orden mia; yo no quiero que nadie se mezcle en los altos negocios del gobierno.* Hassan pedia que la cabeza de Mahmud expiase en la noche siguiente sus intrigas para desalentar á sus cómplices.

Mahomet III le concedió el katti-scherif que legitimaba el suplicio del aga; Kasim, camarero mayor fué el encargado de llevarlo á cabo; pero Mahmud, que sospechaba el lazo, se refugió en un cuartel de genizaros para no caer en manos de su verdugo. Por la mañana hervía en los cuarteles la sedicion militar.

XIV

Hassan *el Frutero*, que no esperaba mas auxilio que el que le prestara su valor y la indignacion de los buenos musulmanes, se fortificó dentro de su palacio y contuvo con su actitud á los spahis durante el dia. Al ponerse el sol, se encerró en un kiosko contiguo al apartamento de su futura esposa la sultana Aische, que residía ya en su palacio, pero en cuya habitacion no tenia todavía derecho para en-

trar, porque no se habian cumplido aun todas las ceremonias matrimoniales. Este asilo inviolable del haren lo ocultó hasta la noche de las investigaciones de los spahis. Las tinieblas le permitieron evadirse por una puerta de su jardin é ir á instalarse en la misma casa del aga de los genizaros, de Mahmud, cuya cabeza habia pedido el dia anterior. De allí envió mensajeros á todos los generales y á todos los magistrados, que suponía fieles, comunicándoles la órden de reunirse al amanecer con sus soldados y sus servidores armados en el átrio de la mezquita de Soliman, enfrente de la casa del aga de los genizaros.

Al romper el alba, el átrio, la plaza, el patio del palacio del aga se parecian á un campamento. El gran visir hizo la oracion de la mañana en la mezquita, y poniéndose luego en uno de los escalones mas altos del peristilo, leyó una alocucion del sultan á sus tropas:

« Genizaros, mis valientes servidores, » decia este discurso, « ¡os doy las gracias! Contad con mi favor á justamente merecido; desde el reinado de mis antepasados hasta el mio, vuestra conducta ha sido irreprochable. Continúad cumpliendo con vuestros deberes y ayudad á mi gran visir para que castigue á los miserables rebeldes; mi favor y mi amistad son vuestros. »

XV

Los genizaros, conmovidos por las palabras de su padischah, y por el aspecto de Hassan *el Frutero*, soldado como ellos ántes de ser visir, juraron merecer los elogios del sultan y reprimir la rebelion de los spahis. «Destituíd inmediatamente al muftí, » gritaron á Hassan. « — Hágase segun vuestros deseos, » respondió este.

Al instante convocó á los ulemas y á los cinco visires á un divan general en la mezquita; todos concurrieron, excepto el capitan bajá, el genovés Cicala, que se dejó llevar violentamente por los chiaux, como para protestar de antemano contra las resoluciones que iba á promulgar el tumultuoso divan. Mientras deliberaba el consejo, los oficiales de los genizaros parlamentaban con los spahis acampados en la plaza del Hipódromo, cerca de la casa de los Leones. Los spahis rechazaron toda proposicion pacífica.

Dos camareros trajeron del serrallo á la mezquita de Soliman un firman del soberano que ratificaba la deposicion del muftí, y nombraba en su lugar á Mus-

tafá-Effendi, úlema célebre por su ilustracion y sus virtudes. Otro firman nombraba á Ferhad-bajá aga de los genizaros en lugar de Mahmud, que se habia fugado la vispera de su palacio. El nuevo muftí pronunció sin vacilar el licenciamiento de los spahis rebelados, y la sentencia de muerte de sus oficiales. Ferhad-bajá saltó á caballo, se llevó consigo á los genizaros y al pueblo, echó del hipódromo á los spahis que lo ocupaban, y tomó por asalto el Khan de Ploino, vasta rotonda, cubierta de metal, en donde se habian hecho fuertes los rebeldes. Antes de la oracion del mediodía, la insurreccion atacada vigorosamente habia desaparecido de las calles y restituido la majestad al palacio.

Algunas ejecuciones de los agitadores de la soldadesca confirmaron el triunfo de Hassan. Othman-Porriaz, un antiguo compañero suyo de glorias, confesó en su presencia su culpa, atribuyéndola á las sugerencias del muftí, y pidió por todo favor que no lo extrangularan como á una mujer, sino que lo decapitaran como á un soldado. Hassan le concedió esta gracia, y se la concedió tambien á Oghuz, otro caudillo arrepentido de los spahis. Persiguiéronse con el sable en la mano á todos los cómplices de la revuelta, designados por los delatores. Uno de los culpables, Djizmi, queriendo salir de Constantinopla, se hizo

meter y trasportar en un féretro al cementerio de Scutari, en la costa de Asia. Este subterfugio lo libró del castigo de la ley, pero no del hierro de los asesinos; sus servidores lo sacrificaron bárbaramente en las montañas de Magnesia para repartirse despues las riquezas que llevaba consigo.

El muftí y el caimakan, refugiados juntos en la mezquita de los mercaderes, que era un asilo sagrado, arrostraron allí su sentencia de muerte bajo la proteccion de los imanes. Uno de los visires fué decapitado, apesar de su rango, por órden y á la vista del gran visir. Hassan *el Relojero* fué desterrado á Trebisonda; el capitan-bajá Cicala, cuya cabeza pedía en vano el gran visir, solo debió su salvacion á su parentesco con la sultana Validé, de quien era yerno; pero no se atrevió á volverse á presentar en el divan para ejercer allí las funciones de su ministerio de marina.

El inflexible Hassan, incapáz de plegar su política á los manejos de la córte, perdió el favor de su señor por la misma severidad que empleaba en desagrararlo. El aga de los genizaros, el muftí y el desterrar se pusieron de acuerdo para perderlo en el ánimo de la veneciana Safiyé. Pintáronlo como un dictador feroz que corrompia la fidelidad de los genizaros con gratificaciones excesivas para poder contar

con su apoyo, aun contra el mismo sultan, si fuese necesario.

Hassan leia estas sospechas en la frente de su soberano. En aquel tiempo, la sultana Validé hacia construir fuera de las murallas, en la llanura de Daud-bajá, un palacio inmenso y fortificado para tener un refugio en medio del campo cuando se agitara de nuevo la capital. Un día en que el sultan acompañado del gran visir visitaba este palacio, Hassan le pidió una audiencia particular para un negocio urgente. El sultan, afable y complaciente generalmente con su visir la aplazó con frialdad para el próximo divan. Hassan presintió su caída y no trató de evitarla.

Despues del primer divan que siguió á esta negativa de audiencia, de vuelta en su palacio, escribia á la sultana Validé para darle cuenta de un asunto, cuando llegó el camarero mayor á pedirle el sello del imperio. Entrególo sin murmurar, y se retiró al instante á sus jardines de Sudlidje sobre el Bósforo, propiedad de su esposa, la sultana Esma.

Al circular la noticia de la deposicion de su gran visir favorito, los genizaros se amotinan contra su aga Ferhad-bajá, y contra el muftí, enemigos declarados de Hassan *el Frutero*, se reunen en grupos bajo las ventanas de sus casas, amenazan con incendiarlas,

si Hassan, víctima de su odio, no es repuesto en sus funciones de gran visir. El muftí y el aga se ocultan en el palacio del caimakan Djerrah-bajá, amigo suyo que ejerce en ausencia del gran visir la suprema autoridad del gobierno.

El sultan afronta estos rumores, satisface á los genizaros nombrando aga á uno de entre ellos, á Turk-Agá; Kazim, hombre subordinado al muftí, es nombrado caimakan mientras toma posesion de su puesto otro gran visir. Estos dos soldados queridos de las tropas apacignan el tumulto. Un bosnio de la familia cristiana de Malcovich, llamado en Turquía Ali, y á causa de su carácter, Ali el Severo, gobernador á la sazón de Egipto, recibe el título de gran visir.

Mientras se calma la capital con una hábil combinación de la sultana Validé, diez enucos mudos enviados por el sultan al jardin de Sudlidjé entran á viva fuerza en el haren de Hassan *el Frutero*, lo arrancan de los brazos de la sultana su esposa, hermana de Mahomet III, lo llevan al jardin retirado de Kkameda para que no se oigan sus últimos suspiros, y lo estrangulan en recompensa del trono y de la vida que le debe su señor.

XVI

Ali el Severo, á quien un mudo habia llevado al Cairo los sellos del imperio, llegaba ya de Egipto á través de la Siria y de la Caramania, sembrando por todas partes á su paso el terror y la muerte.

En Damasco, las tropas sublevadas se habian amansado bajo la mano de sus verdugos; en Adana habian marcado sus huellas cabezas y brazos cortados; en Koniah, los cuatro visires Pialé, Khosrew, Ibrahim y Ali, que le habian salido al encuentro, habian sido arrojados de su presencia de la ciudad como dilapidadores; en Akschyr, Ghurghur, antiguo jefe de los insurrectos turcomanos, que llevaba una maza enorme de madera dura, y que tenia costumbre de plantarla sobre las murallas de las ciudades invadidas por sus soldados, pidiendo de rescate el pesante de oro de esta maza, vino voluntariamente á someterse á este gran visir; Ali lo dejó acercarse á su caballo para besar su estribo, y en el momento en que Ghurghur se levantaba del suelo, le derribó la cabeza de un sablazo.

Otro rebelde, Hassan *el Loco*, vencedor de Sokolli, negoció su sumisión con más prudencia. Ali el Severo le perdonó y lo nombró gobernador de Bosnia, á fin de que purgara peleando contra los austriacos los crímenes que había cometido contra los otomanos. Perdonado de esta suerte Hassan *el Loco*, atravesó Constantinopla con un ejército de diez mil bandidos asiáticos, de horroroso aspecto. Los unos medio desnudos, llevaban pendientes del cuello y en los brazos, amuletos y talismanes de idolatría; los otros dejaban flotar como las mujeres sus cabelleras. Iban armados con lanzas de madera, que tenían en las puntas harapos blancos para espantar á los caballos; colgados á sus estribos de cuerda llevaban rosarios y osamentas de camellos, que producían un ruido lúgubre. El khan de los tártaros, viéndolos llegar á Andrinópolis con Ali *el Loco*, se negó á batirse con aquellos salvajes, cuyo contacto deshonoraba á sus soldados. Pasaron solos el Danubio y perecieron todos con su jefe, Ali *el Loco* en las cercanías de Pesth, ametrallados por los austriacos.

XVII

Un crimen doméstico ensangrentó pocos días después el serrallo.

Uno de los hijos del sultán, el príncipe Mahmud, joven cuyo impaciente amor de gloria inquietaba á la sultana madre, tuvo la temeridad de pedir al sultán y á los visires el mando del ejército encargado de reprimir las insurrecciones constantes del Asia. Las predicciones de un dervis, vendido sin duda para una intriga palaciega, prometían al joven Mahmud la victoria y el restablecimiento de la paz en Asia. Algunos generales y visires tomaban parte en esta ambición importuna de un príncipe, que amenazaba á sus hermanos con su popularidad. Los mudos estrangularon una noche al joven ambicioso, á su madre, á su profeta y á sus cómplices. El silencio ahogó el murmullo de esta ejecución; el crimen y el castigo no habían franqueado el umbral del serrallo.

XVIII

Mahomet III fué en el otoño de 1603 á vivir unos cuantos meses en sus jardines de Andrinópolis para echar de sí el remordimiento que le causaban las muertes de Mahmud y de la sultana Aische, que no habia podido sobrevivir al asesinato de Hassan *el Frutero*, extrangulado tan injustamente en su presencia. Además, Mahomet recibia mas pronto en Andrinópolis las noticias del ejército y las comunicaciones del gran visir, Ali *el Severo*, que mandaba en el Danubio. La muerte de los diez mil asiáticos de Hassan *el Loco*, bajo los muros de Pesth, lo aterraron. Este ejército fué llamado en Turquía *ejército de la derrota*.

El schah de Persia, Abbas, provocado por los beglerbegs otomanos de las fronteras, habia rechazado á los turcos hasta Erzerun y Kars, y amenazaba á Bagdad. La inminencia del peligro forzó al divan reunido en Constantinopla bajo la presidencia del caimakan Kazim á revocar el destierro de Hassan *el Relojero*, relegado á la sazón en Trebisonda y á darle

el mando del ejército de Persia. El imperio, descubierto por todos lados con la ausencia de la córte y del gran visir, trataba de parar por sí mismo los golpes que le asestaban tantos enemigos.

El indolente Mahomet III, aunque en la fuerza de sus años, languidecia en Andrinópolis, rodeado de eunucos y de mujeres. Un día que atravesaba á caballo las calles de la ciudad, un dervis, á quien las costumbres otomanas de aquel tiempo daban permiso para decir cuanto quisiera en nombre de Aláh, detuvo el caballo del sultan, y viendo sin duda en el semblante de Mahomet síntomas de desfallecimiento, le predijo una catástrofe para dentro de pocos días. Mahomet, mas enfermo aun de espíritu que de cuerpo, quedó aterrado por la profecía que su superstición le hizo oír como una sentencia del cielo. Murió en efecto á los cincuenta y cinco dias de la prediccion del dervis.

Su reinado, que no habia sido mas que el reinado de su madre, fué el punto de partida de las sediciones que iban á conmover el trono y á dislocar el imperio. Mahomet no tiene mas falta que la de su carácter. La naturaleza lo habia hecho bueno y recto; sus debilidades provenian de su espíritu; sus crímenes fueron obra de sus favoritos y de su madre.

Tres mujeres de carácter diferente, pero de igual

ambicion, Isabel en la Inglaterra, Catalina de Médicis en Francia, la sultana veneciana Safiyé en Constantinopla, parecian haber sido predestinadas, á fines del mismo siglo, para gobernar paralelamente tres imperios y para causar admiracion al mundo : la primera, por el despotismo de su voluntad, la segunda por sangrientas intrigas cortesanas disfrazadas con la máscara de la religion : la tercera por el ascendiente que sus hechizos y su ambicion habian ejercido en un haren. Ninguna de ellas habia perdonado á sus enemigos; Isabel habia decapitado favoritos y á una reina. Catalina de Médicis habia diez-mado á un pueblo asesinando á un partido en una secta; Safiyé habia visto extrangular á diez y nueve hermanos y una hija por Mahomet III, para acabar con los pretendientes al trono. La Europa y el Asia, bañadas en sangre no tenian nada que echarse en cara; pero Isabel habia sido sanguinaria por politica, Catalina de Médicis por espíritu de partido, Safiyé por un falso y exagerado sentimiento de maternidad. La una era reina, la otra ambiciosa, la tercera madre. Causas diferentes provocaron sus venganzas, pero el mismo horror produjeron sus crímenes. No es dado á la política ni á la religion ni á la naturaleza lavar estas tres manos de mujeres que mojaron el cetro real en sangre.

XIX

Dos niños encerrados en el serrallo quedaban de los cuatro que habia tenido Mahomet con diversas mujeres: Ahmed ó Achmet, de edad de quince años, y Mustafá de trece.

Achmet era uno de esos caracteres sin vicios y sin virtudes, que no dejan mas vestigios en la vida de las naciones que las fechas de su advenimiento al trono y de su muerte. Mustafá se hallaba embrute-cido por un idiotismo de nacimiento que habia de hacerlo mero juguete de los acontecimientos. Debió la vida á este idiotismo y al respeto que tienen los otomanos á los privados de inteligencia, en quienes creen deber venerar la fatalidad ó, por decirlo así, la divinidad de la desgracia. La nueva sultana Validé, esa hermosa esclava que la veneciana habia dado á Mahomet, fuese por humanidad, fuese por temor religioso, no permitió á los mudos que sacrificasen en pro de la seguridad del trono al niño idiota. Achmet, que amaba á su hermano, lo defendió con su

ternura contra la ley y contra la costumbre bárbara del serrallo.

El jóven sultan, dirigido por su madre y por su maestro Lala-Mustafá, fué el primero que supo en palacio la muerte de su padre. Aconsejado por su madre, se apresuró á escribir con mano inexperta y trémula un katti-scherif, ú orden personal y directa del soberano al caimakan Kazim, depositario de todo el poder en ausencia del gran visir. Siguiendo el uso establecido, lo envolvió en un pañuelo de seda, y se lo hizo llevar al jefe de los eunucos blancos. Kazim ignoraba como toda la ciudad la enfermedad y la muerte de Mahomet. En vano trató de descifrar los caracteres ilegibles del katti-scherif que tenia ante sus ojos. « ¿Quién te ha dado este escrito? » preguntó al jefe de los eunucos. « Esto no es un katti-scherif; no está escrito por la mano del sultan. » — Lo ignoro, » respondió el eunuco. « Este escrito me ha sido entregado para tí por el gobernador del haren. »

Kazim, cada vez mas admirado, llamó para que lo ayudase á leer á Hassanzade, secretario de Estado que se hallaba presente. « Caimakan, decia el papel, « por orden de Dios, mi padre ha muerto esta noche, y yo soy tu señor; mantén el orden en la ciudad: si ocurre la menor conmocion, te haré cortar « la cabeza. »

Esta noticia, esta orden, esta amenaza hicieron temer al caimakan que podía caer en un lazo ó desobedecer un mandato del padischah. Inmediatamente escribió el Kislár-aga, gobernador del haren, una carta para que disipase sus dudas y aclarase aquel misterio. « Acaban de presentarme, á mí, vuestro « indigno servidor, » decia en esta carta al Kislár-aga, « un katti-scherif, cuyo sentido no puedo comprender: no sé si se me dirige como una orden « formal y positiva, ó simplemente por ponerme á « prueba; sacadme de esta perplejidad. »

Por toda respuesta á este billete, el jefe de los eunucos blancos vino por el caimakan y lo condujo al serrallo. Kasim encontró allí al jóven padischah sentado ya en el trono, rodeado por todos los altos empleados de palacio. Arrodillóse ante su soberano y tomó sus órdenes para los funerales de Mahomet.

Los miembros del divan, consejo del imperio, fueron convocados sin saber el objeto de la convocacion, á una sesion extraordinaria en el serrallo. Allí hallaron un trono vacío levantado en el patio de *la Felicidad*, al pié de las gradas que conducen á la última puerta del haren. Colocáronse sin atreverse á preguntar nada; al rededor de este trono, aguardando la aparicion de Mahomet. De repente se abrieron las puertas de par en par, y vieron salir por ellas á un

príncipe de quince años con un turbante negro en la cabeza, que saludó graciosamente á la asamblea, y se sentó en el trono, en medio de las aclamaciones de los chiaux, tendiendo la mano para que se la besaran sus visires. Las ceremonias de la primera sepultura se cumplieron. Los asistentes pusieron un schal negro en sus turbantes; se expuso el féretro de Mahomet en un catafalco; se leyeron al rededor de él los versículos del Coran; se hicieron limosnas á los pobres y á los huérfanos, y el jóven sultan volvió al haren para aguardar la llegada del gran visir ántes de imprimir una marcha al nuevo reinado.

XX

Alí el Severo, sabedor en Belgrado de la muerte de su señor, llegó á los ocho dias á Constantinopla. Achmet I le confirmó su empleo y le mandó que distribuyera en gratificaciones á las tropas el millon y los doscientos mil ducados de oro del tributo de Egipto, que Alí el severo trajo consigo para atender á las primeras necesidades del Estado.

La sultana veneciana Safiyé fué relegada durante

su vida, con el inmenso séquito de servidores, de esclavos y de mujeres que componian su córte, al antiguo serrallo, magnífico y triste destierro de las córtes desgraciadas y de los harenes repudiados. El jefe de los eunucos blancos (el capu-aga), el jefe de los eunucos negros (el kisklar-aga), ó gobernador del haren, vendidos á esta princesa, fueron destituidos; el intendente general de su casa fué extrangulado; la nueva Validé se vengaba del pesado yugo que la antigua le habia hecho soportar por tanto tiempo.

« Parte al instante para llevar el ejército á Hungría, » dijo el sultan al gran visir concluida la ceremonia de su coronacion. Alí el Severo conoció en esta órden tan terminante los recelos del gobernador Lala-Mustafa y del haren, que querian servirse de su brazo, pero no de su influjo. Cicala-baja fué enviado el mismo dia al ejército de Persia que peleaba contra schah-Abbas.

Este príncipe guerrero habia destrozado las tropas turcas de Scherif-baja, y lo habia forzado á firmar la capitulacion de Erivan. El dia en que Scherif-baja se presentó en el campamento del rey de Persia para discutir los artículos de la capitulacion, encontró al schah sentado en el ángulo de una mala tienda, sobre un pedazo de alfombra cubierto con sus armas, rodeado de todos los khanes de sus provincias. Abbas

se había hecho soldado para llegar á ser soberano. Trató duramente á los vencidos y marchó sobre Kars, último refugio de los turcos.

Cicala-baja repuso en pocos dias el honor de las armas del sultan; pero embarazado con la indisciplina de sus tropas, se vió en la necesidad de replérgase á Erzerun para pasar allí ociosamente el invierno.

XXI

Ali el Severo se alejaba con sentimiento de la capital, y se detuvo quince dias en Halkalu, primer alto desde Constantinopla, con el pretexto de aguardar allí los recursos pecuniarios para el ejército. « Si te interesa tu cabeza, » le escribió el sultan, « partiras mañana. »

Ali el Severo, que veía el fin de su mando, murió de pesar al llegar á Belgrado. Ofreciéronse los sellos del imperio á Hafiz-baja, guerrero tristemente célebre por su derrota de Nicópolis. A consecuencia de su negativa nombróse gran visir á un antiguo general de las fronteras, llamado Lala-Mohammed-Mus-

tafa. El plan del haren parecia ser alejar á los grandes visires de la capital para gobernarla con caimakanes vendidos á Lala-Mustafa y á la sultana Validé.

El bostandji-baschi fué enviado al Asia para traer la cabeza del caimakan Kazim, acusado de injustas exacciones en el gobierno que se le habia dado como un destierro. Prevenido por sus parciales, Kazim procuró evitar el encuentro del bostandji, y llegó por camino diferente á Constantinopla. Achmet I le concedió con fingimiento el permiso que solicitaba para presentarse ante él.

El divan estaba reunido: Achmet, cambiando de tono, preguntó con indignacion á Kazim porqué habia desobedecido dos veces á sus katti-scherifs. Un fetwa pronunciado inmediatamente por el mufti condenó á muerte al desgraciado caimakan. Achmet I que miraba con indiferencia el derramamiento de sangre con una precocidad extraña, hizo un gesto; los bostandjis cortaron en pleno consejo la cabeza de Kazim. Su cadáver, colocado por sus verdugos para escarnecerlo sobre un caballo de los jardines que llevaba comunmente ceno, fué paseado por las calles de Constantinopla.

« Miralo bien, » dijo el jóven sultan al nuevo caimakan Mustafa-Sarikdji; « si cometes las mismas

« faltas, este mismo sable cortará tu cabeza, como
« acaba de cortar la que has visto caer.

Algunos meses despues, el nuevo caimakan, perdido el favor del sultan por una intriga del muftí y del tesorero general, habiendo diferido algunos dias el pagar á los genizaros por falta de fondos, fué llamado inopinadamente al serrallo. Achmet lo aguardaba rodeado de los enemigos de su ministro. A una señal de su señor, los verdugos lo extrangularon y echaron su cuerpo en el receptáculo de la fuente del diyan.

Este adolescente jugaba con los cadáveres : merced á los deplorables consejos que le daban su madre y sus corruptores. Matar era para él reinar.

Un nieto de Sinan fué nombrado caimakan. Antes de cumplir los quince años tenia el sultan dos hijos : Othman y Mahomet.

XXII

El gran visir negociaba siempre en Belgrado la paz con la Alemania. Los plenipotenciarios de los imperiales pedian la restitution de los territorios con-

quistados recíprocamente desde el principio de la última guerra, la entrega de la fortaleza de Kanischa, la renuncia de los sultanes al derecho de patronato que pretendian tener sobre la Transilvania. Un armisticio preparó las conferencias, que se abrieron en Pesth, luego en Ofen, que se rompieron, se anudaron, se aplazaron, se volvieron á abrir para volverse á cerrar otra vez, terminando al cabo de muchas peripecias y de intermedios de guerras, en la investidura del reino de Hungría y de la Transilvania en favor de Bocskai, protegido de los turcos. Este nuevo rey les restituyó en cambio las fortalezas húngaras de Lippa y de Temeswar. El gobernador otomano de esta fortaleza fué echado de ella por sus habitantes con las armas en la mano. Se refugió en Belgrado en donde el sultan lo hizo decapitar por los reveses que habia sufrido. El gran visir, llamado á Constantinopla, y reprendido por Achmet á causa de su lentitud, se hallaba expuesto á perder su elevada posicion, ó acaso la vida.

Mientras cumplía las órdenes de su señor, los genizaros y los spahis se amotinaron contra sus oficiales y apedrearon á algunos de ellos.

Achmet I los mandó reunir en los patios del serrallo en donde les presentaron su paga y sus marmitas; pero ellos se negaron obstinadamente á tomar

« faltas, este mismo sable cortará tu cabeza, como
« acaba de cortar la que has visto caer.

Algunos meses despues, el nuevo caimakan, perdido el favor del sultan por una intriga del muftí y del tesorero general, habiendo diferido algunos dias el pagar á los genizaros por falta de fondos, fué llamado inopinadamente al serrallo. Achmet lo aguardaba rodeado de los enemigos de su ministro. A una señal de su señor, los verdugos lo extrangularon y echaron su cuerpo en el receptáculo de la fuente del diyan.

Este adolescente jugaba con los cadáveres : merced á los deplorables consejos que le daban su madre y sus corruptores. Matar era para él reinar.

Un nieto de Sinan fué nombrado caimakan. Antes de cumplir los quince años tenia el sultan dos hijos : Othman y Mahomet.

XXII

El gran visir negociaba siempre en Belgrado la paz con la Alemania. Los plenipotenciarios de los imperiales pedian la restitution de los territorios con-

quistados recíprocamente desde el principio de la última guerra, la entrega de la fortaleza de Kanischa, la renuncia de los sultanes al derecho de patronato que pretendian tener sobre la Transilvania. Un armisticio preparó las conferencias, que se abrieron en Pesth, luego en Ofen, que se rompieron, se anudaron, se aplazaron, se volvieron á abrir para volverse á cerrar otra vez, terminando al cabo de muchas peripecias y de intermedios de guerras, en la investidura del reino de Hungría y de la Transilvania en favor de Bocskai, protegido de los turcos. Este nuevo rey les restituyó en cambio las fortalezas húngaras de Lippa y de Temeswar. El gobernador otomano de esta fortaleza fué echado de ella por sus habitantes con las armas en la mano. Se refugió en Belgrado en donde el sultan lo hizo decapitar por los reveses que habia sufrido. El gran visir, llamado á Constantinopla, y reprendido por Achmet á causa de su lentitud, se hallaba expuesto á perder su elevada posicion, ó acaso la vida.

Mientras cumplía las órdenes de su señor, los genizaros y los spahis se amotinaron contra sus oficiales y apedrearon á algunos de ellos.

Achmet I los mandó reunir en los patios del serrallo en donde les presentaron su paga y sus marmitas; pero ellos se negaron obstinadamente á tomar

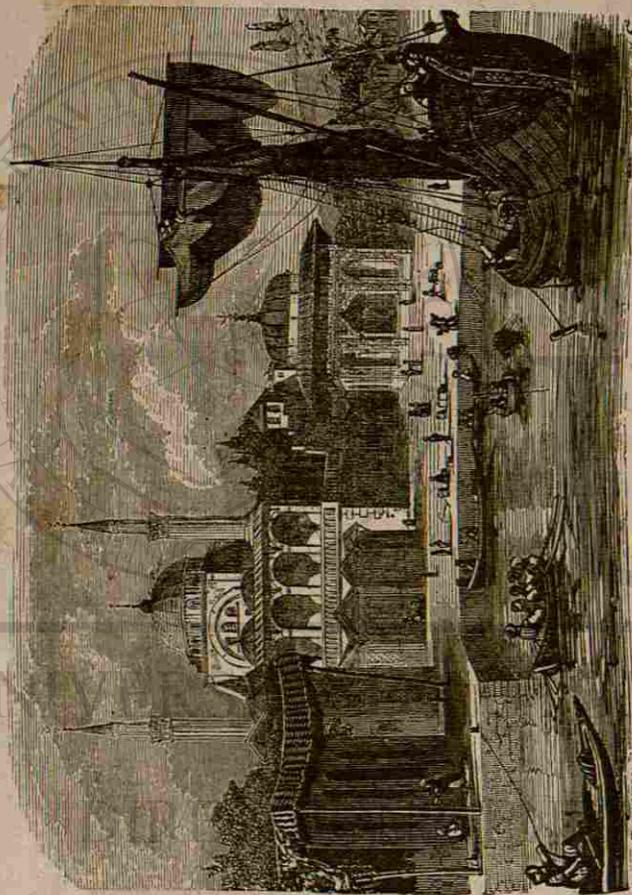
nada sin que ántes se les administrase justicia. El sultan vestido con un ropaje encarnado, signo de cólera, los exhortó enérgicamente á sosegar y cumplir sus deberes.

« Se os ofrece vuestra paga, » les dijo con indignacion, « ¿porqué pues os sublevais contra vuestro padischah? Entregad vosotros mismos á los que os corrompen.

— « Padischah, » respondió en nombre de los soldados, uno de los agas mas antiguos del ejército, « no son los esclavos que comen tu pan en el serrallo, quienes se sublevan y cometen estas insolencias, son los extranjeros que despues de haber « guarnecido las plazas fuertes en Hungría, han sido « incorporados, contra lo establecido, en nuestras « filas. »

— « Nómbralos, » le gritó el sultan. El aga le dió una lista de los nuevos alistados, que habian agitado con sus murmuraciones á los soldados. Entregados sin tardanza por sus cómplices, estos agitadores fueron decapitados en la plaza.

« Miradlobien, dijo entónces Achmet á los genízaros, « si hay entre vosotros quien fomente nuevas sediciones, yo los haré morir como á esos culpables : llevaos esos cadáveres y no volvais á aparecer ante mí « sino con la mayor sumision. »



SCUTARI.

T. V. p. 257. J. A. P. 1821.

Tal vigor en un sultan de diez y seis años aterró á los rebeldes y restableció su autoridad en toda su plenitud. El gran visir, que llegó en aquel mismo dia, pidió en vano alguna dilacion para seguir las negociaciones empezadas y próximas á un resultado.

« Parte sin replicar, y al instante, para el Asia, » le dijo Achmet. El ministro se vió obligado, apesar de estar enfermo, á plantar aquella tarde sus tiendas en Scutari. Su enfermedad se agravó con su terror. Acusósele de fingirse malo para no obedecer.

« No te hagas el malo, le escribió de su puño el sultan, y marcha. » El visir murió al dia siguiente. Dervisch-bajá enemigo suyo, fué acusado de haber envenenado á su rival, sirviéndose de un médico portugués. La acusacion era infundada; habia muerto de humillacion y de terror.

Dervisch-bajá le sucedió. Sus inmensos bienes fueron quitados á sus hijos y devueltos al tesoro para pagar la campaña de Persia. Djafar-bajá, renegado europeo, que habia gobernado á Chipre, fué nombrado capitan-bajá. Dervisch quiso aplicar á este gobierno, relajado por dos reinados, el sistema de inflexibilidad, de prontitud y de ferocidad de su jóven soberano. « No me juzgueis por mis predecesores, » dijo á los miembros del divan en la primera sesion del consejo; « yo haré que le corten la cabeza al primero

« de entre vosotros, que deje un negocio para el día siguiente. »

El seraskier del ejército de Persia, Cicala, habia muerto en Erzerun despues de sus reveses. El gran visir nombró á Ferhad *el Loco*, especie de favorito trivial de las tropas para mandar en su lugar. A su llegada á Scutari, este Survarow otomano fué asaltado por los diez mil genizaros y los veinte mil spahis reunidos ya para marchar bajo sus órdenes á la frontera de Persia. Pedíanle con voces desahoradas sus pagas atrasadas, y cortaban las cuerdas de su tienda para sepultarlo debajo de ella, destitucion soldadesca de los generales y de los visires por los sediciosos.

Ferhad logró salir ántes de que se hundiera, se unió á los revoltosos, se llevó los bolsillos de piedras, y las tiró como ellos contra su tienda. « Yo tambien soy spahis y no he recibido mi paga; ¿ debéis ser pagados vosotros, cuando no lo soy yo ? »

En seguida cortó él mismo todas las cuerdas de su tienda y apaciguó así los murmullos, provocando la risa de los soldados.

XXIII

El gran visir Dervisch-bajá fué acusado justamente de estos contratiempos. En vez de gobernar castigaba; el temor que llegó á inspirar su dureza, se volvió contra él. Habia mandado construir un palacio magnífico en el cuartel del serrallo. Concluido el edificio pidió la cuenta. El arquitecto griego que lo habia levantado se la presentó. Despues de haberla recorrido frunciendo el ceño, Dervich se mostró descontento de su importe.

« Me pides dinero, » dijo. El griego intimidado recogió las cuentas y las rompió. « El esclavo y sus bienes pertenecen á su señor, contestó humildemente, nunca me hubiese ocurrido el presentaros esta memoria y pedir os un áspre, si no me la hubierais exigido. »

Muy satisfecha quedó la avaricia del gran visir pagando un palacio con un fruncimiento de cejas y una observacion equívoca: pero el griego habia jurado cobrarse en la sangre del avaro. Aun no terminadas las obras, construyó, como por orden del

gran visir, un subterráneo abovedado que conducía desde el palacio de Dervisch-bajá á los jardines del serrallo. Cuando el subterráneo llegó cerca de las paredes de los jardines del sultan, dió parte, por medio de un delator, al jefe de los eunucos blancos de la existencia de esta galería oculta, que no podía tener mas objeto que el de encubrir alguna empresa contra la seguridad ó la majestad del padischah.

Achmet I comunicó indignado el parte del jefe de los eunucos á su preceptor y al muftí. Estos aumentaron sus sospechas y dieron el fewta necesario para motivar el suplicio del culpable. La existencia del subterráneo era una prueba suficiente del crimen. Al día siguiente, cuando entraba en el divan, Dervisch-bajá fué cogido por los bostandjis, á quienes en otro tiempo habia mandado como aga, y extrangulado á una señal del sultan, sin que se le hiciera una sola pregunta. Habiendo conservado su cadáver, tendido en la alfombra, algunos movimientos convulsivos, Achmet desenvainó su sable, y cortó él mismo la cabeza al gran visir. « Su horrible cabeza, » dice el historiador Naima, traducido por Hammer, « rodó como la de Alghol (la Medusa de los árabes y de los turcos) á los piés del cielo estrellado de la » majestad soberana. » El griego habia vengado su miedo con una traicion.

Durante estos dramas sangrientos del palacio de Constantinopla, el negociador de Dervisch-bajá en Pesth, acababa de firmar en Sitvatorok la paz con el Austria. Este tratado confirmaba la preponderancia de la Turquía en el Danubio y la mitad de la Hungría, á costa de algunas ligeras restituciones de territorios y fortalezas. Precedió y facilitó este tratado otro particular que Bocskai, rey de Hungría, feudatario de los turcos, celebró con el emperador.

El tratado de paz de Sitvatorok contenia en diez y siete artículos la conversion del tributo, pagado por el imperio á los turcos, en un presente anual de treinta mil ducados de oro; una indemnizacion, pagada una vez á la Puerta, de doscientas mil piastras; el envio recíproco de embajadores á Constantinopla y á Viena, cada tres años, con regalos de un valor arbitrario é ilimitado; la igualdad de ceremonial y de urbanidad entre el sultan y el emperador de Alemania; la renuncia á toda invasion mútua de fronteras; la confirmacion del tratado concluido entre Bocskai, rey de Hungría, príncipe de Transilvania y el Austria; la extension facultativa de esta paz al rey de España, si deseaba adherirse á ella. La verdadera desventaja que contenia este tratado contra los otomanos era la renuncia á nuevas invasiones contra la Hungría y la Alemania.

Los conquistadores consintieron en esta ocasion por la vez primera, en poner límites á la conquista; podian retroceder hácia el Danubio, pero no avanzar. Allí comenzaba para el imperio otomano una retirada moral á sus límites definidos; dudaba de sí mismo, y enseñaba á sus enemigos á esperar con mas confianza y atreverse contra él mucho mas. El tratado de Carlowitz, celebrado un siglo despues, le marcó el espacio desde donde habia retrocedido.

Sin embargo, este tratado honró á la diplomacia otomana y á su principal plenipotenciario Murad, apellidado el *Perforador de pozos*, á quien el sultan acababa de elevar al rango peligroso de gran visir.

LIBRO VIGÉSIMO CUARTO

La paz de Sitvatorok permilita al nuevo gran visir emplear todas las fuerzas del imperio en la represion de las revueltas que se perpetuaban en Asia desde la gran rebelion de Karayazidji (el escritor negro), y en la frontera de Persia, cada vez mas amenazada por Schah-Abbas.

Murad, el *Perforador de pozos*, partió con lo selecto del ejército para Alepo, apénas habia organizado su gobierno en Constantinopla.

Alepo se hallaba en el corazon de las dos insurrec-

Los conquistadores consintieron en esta ocasion por la vez primera, en poner límites á la conquista; podian retroceder hácia el Danubio, pero no avanzar. Allí comenzaba para el imperio otomano una retirada moral á sus límites definidos; dudaba de sí mismo, y enseñaba á sus enemigos á esperar con mas confianza y atreverse contra él mucho mas. El tratado de Carlowitz, celebrado un siglo despues, le marcó el espacio desde donde habia retrocedido.

Sin embargo, este tratado honró á la diplomacia otomana y á su principal plenipotenciario Murad, apellidado el *Perforador de pozos*, á quien el sultan acababa de elevar al rango peligroso de gran visir.

LIBRO VIGÉSIMO CUARTO

La paz de Sitvatorok permilia al nuevo gran visir emplear todas las fuerzas del imperio en la represion de las revueltas que se perpetuaban en Asia desde la gran rebelion de Karayazidji (el escritor negro), y en la frontera de Persia, cada vez mas amenazada por Schah-Abbas.

Murad, el *Perforador de pozos*, partió con lo selecto del ejército para Alepo, apénas habia organizado su gobierno en Constantinopla.

Alepo se hallaba en el corazon de las dos insurrec-

ciones que agitaban la Caramania y la Arabia. Los hijos de Karayazidji, puestos á la cabeza de las bandas de su padre, devastaban toda el Asia Menor desde Adana y Koniah hasta Brusa. Un caudillo de los kurdos, tribu independiente y belicosa entre la Persia y la Turquía, llamado Djanbulad, invadió la Mesopotamia. Un emir druzo del Líbano, el célebre Fakhr-el-Din, conocido entre los europeos por el nombre de Facar-Din, se formaba un verdadero imperio en Siria á fuerza de heroísmo, de política y de inteligencia. La familia de Djanbulad, (en árabe, alma de acero) habia sido nombrado por el último seraskier Cicala-bajá gobernador de Alepo. Cicala, vencido y refugiado en esta ciudad, habia dado de puñaladas al primer Djanbulad, para vengarse de las traiciones, que le imputaba haber cometido durante la campaña. Alí, hermano del kurdo asesinado, habia saqueado á Alepo, sitiado á Tripoli en Siria, alistado treinta mil kurdos sirios, aventureros de todos los países, y ocupado con este ejército nómada á Damasco, la gran capital de la Mesopotamia, á consecuencia de la irritación que le habia causado el inícuo asesinato de su hermano. Ocho mil ginetes del desierto, divididos en seis escuadrones y llamados los guardias de corps del estandarte, formaban el núcleo móvil del ejército del kurdo.

El gran visir habia negociado con los jefes secundarios de los rebeldes, sometido á los otros, y hecho matar á muchos á traición, arrojando sus cadáveres á los pozos. Este sepulcro dado por Murad á los rebeldes habia confirmado su epíteto de *Perforador de pozos*, que recibió de los soldados en la derrota de Persia, por haber caído con su caballo en uno que habian abierto los persas bajo los muros de Tauris.

Koniah, dominada por Ahmed-Beg-Serradjazade (el hijo del sillero), jefe insumiso, le habia abierto sus puertas. Sus habitantes, contentos con el gobierno de este caudillo, que conservaba la paz despues de haberla subyugado, rogaron al gran visir que dejara de gobernador á Ahmed-Beg, mientras iba á pacificar la Siria. Murad-bajá fingió acoger favorablemente la súplica, é hizo venir al divan por medio de un salvo-conducto á Ahmed-Beg y á los principales de la ciudad.

« Quiero, le dijo, confiarle la guardia de Koniah durante mi expedición contra Alí-Djanbulad; pero si llego á necesitar refuerzos, ¿cuántos hombres podrás darme? »

— Treinta mil, sin dificultad, respondió Ahmed-Beg. El gran visir lo despidió despues de esta promesa, colmándolo de felicitaciones y de honores.

Pero cuando el jefe de los rebeldes hubo salido del

divan, el visir, volviéndose hácia sus consejeros y hácia los habitantes de la ciudad que intercedían por Ahmed: « Si dejo aquí, les preguntó, á un hombre « que puede levantar treinta mil soldados con un « gesto, y este hombre se fortifica en Koniah, cuando « yo me haya ido, ¿qué resultará en favor de mis « soldados? »

Atestiguando el silencio al gran visir que la pregunta no tenia réplica satisfactoria: « Abrid otro po- « zo, » dijo á sus chiaux, « y sepultad á ese hombre, « demasiado poderoso en la tierra que ha usurpado. »

En la ciudad de Angora, entre Koniah y Alepo, Murad-bajá exterminó igualmente á Kalender-Oghli, teniente de otro rebelde, y á treinta hombres de su escolta haciéndolos asesinar aisladamente entre las sombras de la noche por los dueños de las casas en que se hallaban alojados.

Djanbulad aguardaba á Murad con cuarenta mil kurdos aguerridos en las Puertas de Hierro, entre la Siria y la Caramania. El gran visir lo flanqueó por otro camino y le presentó la batalla en la llanura de Siria, llamada la *Llanura de los pichones*. Los genízaros, llenos de arrogancia con su superioridad y sus armas, derrotaron con una carga la muchedumbre de los kurdos, bautizados por ellos con el mote despreciativo de *langostas del desierto*. La batalla se pro-

longó únicamente por la carnicería implacable de los prisioneros: miles de cabezas fueron amontonadas por los verdugos formando pirámides. El caballo árabe de Djanbulad lo llevó de una carrera hasta Alepo. Los habitantes, informados de su derrota, lo echaron de la ciudad al dia siguiente tirándole barro á la cara, y degollaron en las calles y en los jardines dos mil de los suyos, que trataban de seguir los pasos de su jefe.

No aguardó Damasco la llegada del gran visir para echar á los kurdos de la ciudad. Los spahis tomaron en ella sus cuarteles de invierno; tropas numerosas atravesaron el desierto para reforzar contra Schah-Abbas la guarnicion de Bagdad, á las órdenes de Cicala el genovés, hijo del renegado, que habia cambiado su nombre por el de Mohammed-bajá. Con solo presentarse ante las puertas de Bagdad, Cicala hizo huir á los insurgentes que la ocupaban. La barca demasiado cargada en que cruzaba su caudillo el Tigris para refugiarse en Persia, se sumergió con él.

II

Miéntas que el gran visir exterminaba los restos rebeldes que encontraba, Djanbulad, que se habia

salvado en una barca del puerto de Latakie, iba disfrazado á confiarse á la generosidad del mismo sultan.

Habiendo pedido y alcanzado su perdon, de Achmet I, el jefe kurdo distrajo durante ocho dias al sultan con la narracion de sus hazañas y aventuras. Seguro de él el jóven padischah, le concedió el gobierno de Temeswar en Hungría, para servirse contra sus enemigos de Europa del brazo que habia conmovido tanto tiempo el imperio en Asia. Un hermano menor de Djanbulad, que fué mas tarde favorito de otro sultan, entró en el cuerpo de pajes del serrallo. Pero apenas habia tomado Djanbulad posesion de su gobierno de Temeswar, el gran visir, sin consideracion al favor imprudente de su soberano, mandó extrangularlo á sus propios soldados, que se avergonzaban de ser mandados por un aventurero kurdo.

III

El gran visir retrocedió sobre sus pasos para atacar en las inmediaciones de Brusa á otros dos caudillos rebeldes, á Kalender-Oghli y á Karayazidji, hijo del

primer motor de estas largas sublevaciones del Asia. Kalender-Oghli, que habia provocado al sultan en las llanuras de Nicomedia, no quizo oir ninguna proposicion de acomodamiento.

« La muerte de Djanbulad, » dijo la vispera de la batalla á los capitanes reunidos en consejo de guerra, « nos revela claramente la sinceridad de los « otomanos. Su orgullo se ha abatido muchas veces « por espacio de quince años bajo el peso de nues- « tros sables; ellos reinan nominalmente en sus pro- « vincias de Asia, nosotros reinamos de hecho : Ai- « din, Koniah, Angora, Sarukhan, las montañas y « las costas de la Caramania son nuestras fortale- « zas; el botín de sus ciudades es nuestra herencia. « Hasta ahora podiamos transigir ó contemporizar « con ellos; la guerra encarnizada es ya nuestra « única política; nosotros vencerémos, repelerémos « hasta el mar de Mármara á ese visir decrepito « que asesina pero no combatê; y si la fortuna fuese « favorable á este hombre astuto, ¡enhorabuena! « nos bastará que la narracion de nuestras hazañas « pase de boca en boca, ¡y que nuestros nombres sean « como ellas inmortales! »

La accion, empeñada en el desfiladero de Geksun, correspondió á la feroz energía de esta arenga. Los egipcios y los spahis del gran visir flaquearon un

momento cargados por los veinte mil caballos de Kalender-Oghli. La victoria se inclinaba del lado de los rebeldes. El viejo Murad-bajá, á pesar del peso de los años, se metió con su caballo en el tumulto, desenvainó un sable indio, corvo y bendecido, que los árabes del Yemen le habian dado cuarenta años ántes, hizo con él tres signos cabalísticos en el aire y cayó con una nube de genizaros sobre los ginetes enemigos.

Afrontados por esta carga y cercados á los costados por la infantería que Murad habia ocultado detrás de las rocas, los rebeldes se replegaron á su vez, y cortados por las tropas que el gran visir habia situado hábilmente en las gargantas, dejaron quince mil muertos en los desfiladeros de Geksun. El resto logró retirarse con Kalender-Oghli á las montañas de Armenia, en Persia, en dónde Schah-Abbas los admitió en su ejército con condicion de que abjurasen la secta de Omar.

IV

Pero la rebelion recogía sus dispersas fuerzas. Otro jefe de los kurdos, llamado Maimun, hermano de

Khali *el Largo*, expulsado de Bagdad por Cieala, llegaba á Tokat con diez mil combatientes para incorporarse con Kalender-Oghli, cuya derrota ignoraba.

Murad-bajá, olvidando de nuevo sus noventa años y recobrando, ya que no la fuerza, la audacia de la juventud, dejó su infantería en Geksun, y volvió con doce mil caballos escogidos á Tokat para destruir este nuevo germen de sublevacion entre la Persia y la Caramania. Llevando únicamente por todo equipaje una tienda de verano y una alfombra para orar, se anticipaba en la marcha á los mas lijeros de sus escuadrones. Agoviado por los años, el cansancio y la enfermedad, pero sostenido por su alma, se le veía en los altos del mediodía hacerse apear de caballo, semejante, dicen las narraciones de esta campaña, á un cadáver vivo, permanecer algunos minutos inmóvil, tendido al borde del camino, como si le faltase la vida, en seguida llamar á sus servidores, y hacerse de nuevo poner sobre su caballo, manejado por él con el vigor de un mancebo.

Por fin alcanzó á Maimun cerca de Siwas, en los desfiladeros de Baibur, y despues de una lucha desesperada limpió de rebeldes la Caramania. Diez mil cabezas se levantaron en pirámides en el lugar del combate, desde donde blanquean todavía la madre de un torrente.

El bajá de Diarbekir, Nassuh, llamado por Murad mucho tiempo hacia, se unió á él en Baiburud. Este bajá, que era al mismo tiempo visir de la Puerta. llevaba un ejército numeroso y magníficamente equipado, pero un poco tardío, al gran visir. Sentóse en su tienda de verano en una alfombra usada para ver desfilar al ejército de Nassuh, seguido de sus caballos, sus armas y su lujoso aparato.

Al aspecto del gran visir, Nassuh se apeó respetuosamente, se arrodilló y besó, segun la costumbre, el pié del anciano. Murad, aunque irritado interiormente, besó los ojos al general, se levantó, le cogió la mano y lo condujo con muestras de favor al interior de su tienda. No queria debilitar con reprensiones públicas el respeto que deben tener los soldados á sus jefes.

Pero cuando los dos visires se ocultaron á las miradas de sus tropas :

« ¿ Porqué , » dijo Murad á Nassuh , « vienes tan tarde ? Tu ejército , gracias á mi cuidado , puede hacer tiempo entrar en campaña ; tú sabias que no tengo mas soldados que los que llevó todos los dias al combate contra enemigos renacientes , de Tokat á Alepo , de Alepo á Brusa . El camino de Diarbekir en Siria no era largo . ¿ Por ventura no has querido venir á incorporarte conmigo despreciando mi

« barba blanca ? En ese caso , tu desprecio recaeria mas sobre el padischah que sobre mí . Si me hubieras vencido , ¿ hubieras resistido tú solo á Kalender-Oghli , á Yazidji , á Maimun , á Khalil *el Largo* ? ¿ Si pidiera un fetwa al muftí para decidir acerca del castigo que merece el jefe de un ejército musulman que deja derrotar á otro mas débil que el suyo , ¿ qué diria el fetwa ?..... »

Nassuh , confundido , bajó la cabeza , comprendiendo que el fetwa pronunciaria la sentencia de muerte .

« Hijo mio , repuso el anciano , la mano del sultan es larga ; si te enviara una de las seis colas de caballo que has venido á plantar poco hace delante de mi tienda , ordenándote entregar las tres que te siguen , y quedarte de simple beg , y aun si mandase que te quitaran la vida por traidor , ¿ qué podrias decir para justificarte ? »

El silencio de Nassuh-bajá pareció ablandar al gran visir , que se limitó á hacerle temer por su cabeza , y fingió perdonarlo . Nassuh salió de la tienda revestido con el castan de honor , y fué acompañado hasta su campamento por una escolta digna de un visir . « El perdon , » dijo Murad viéndolo montar á caballo , « es la limosna de la victoria . »

V

Su vuelta á Constantinopla, á través de las provincias pacificadas, le valió el título de *Gran justiciero*, de *Espada del imperio*, de *Restaurador de la monarquía*. Sus venganzas eran tan rápidas é inesperadas como sus victorias. Los que habian tomado parte en las rebeliones debian temblar en su presencia.

Emir-Schah, beg de Begschyri, fué extrangulado en medio de un festin á que lo habia convidado para felicitarlo por su reciente sumision. Mientras que los convidados comian el arroz que se sirve en todas las comidas á los turcos, un paje echó un cordon al cuello de Emir-Schah, y lo apretó á dos manos con tanto vigor, que los granos de arroz saltaron de la boca y de las narices del ahorcado á la mesa.

La severidad lo atribulaba, decia él, pero la consideraba como una de las virtudes que exige el cielo á los visires. A cada paso recitaba los versículos del Corán, que fortalecian su debilidad. Antes de combatir se apeaba de caballo, extendia los brazos sobre

el suelo, mojaba la tierra con sus lágrimas, la amasaba en sus manos y se la ponía en la cabeza y la barba blanca. « No me humilles todavía hoy, Señor, » decia en alta voz, « no me abandones, á mí « que soy tu servidor, en el combate contra los im-
« pios; compadécete de mi vejez; tú conoces mis in-
« tenciones por la salud de la fé y del imperio. » La sangre que derramaba le parecia un tributo que exigia el cielo.

Un dia que, segun su costumbre, hacia perforar un pozo, en donde se apilaban los cadáveres de los rebeldes ajusticiados, vió á un spahis que pasaba á caballo con un jóven á la grupa. Llamó al spahis é interrogó al muchacho; « ¿ Cómo te hallabas en el « campamento de los rebeldes? »

El jóven, con la sencillez de su edad, respondió que no teniendo su padre pan que darle, se habia visto obligado por el hambre á alistarse.

« ¿ Qué oficio tenia tu padre? » preguntó el visir. — « Tocador de laúd, » respondió el prisionero. — « ¡ Ah! ¡ ah! » repuso Murad con cruel sonrisa, « ¿ es « decir que excitaba el valor de los rebeldes contra « los fieles? » y mandó á los chiaux que mataran al hijo por el oficio del padre.

Los chiaux, enternecidos por la edad, la figura, la inocencia y las lágrimas se negaron á cumplir la

orden. «¿Porqué hemos de matar á ese muchacho?» dijeron.

Los genizaros rehusaron con la misma repugnancia: «¿Somos nosotros verdugos, exclamaron, y se-
«remos mas bárbaros que los verdugos, ¡que se nie-
«gan á mojar sus manos en la sangre de este mu-
«chacho!»

Murad se volvió hácia los pajes, que huyeron hor-
rorizados, y se quedó solo con aquella criatura.

«¡Pues bien!» dijo el implacable viejo, en quien
noventa años no habian mitigado el fuego fanático,
«Yo mismo seré el verdugo de la fé.» Cogió al
niño en sus manos temblorosas, lo extranguló al
borde del pozo, y lo precipitó sobre el monton de ca-
dáveres, que le llenaban.

«Cobardes musulmanes,» gritó á los aterrados
circunstantes, «sabed que los rebeldes como Kalen-
«der-Ohgli y Kara-Said, no han salido del vientre de
«sus madres con un caballo entre las piernas y un
«sable pendiente de la muñeca: todos han sido ni-
«ños como ese, educados como él en el crimen,
«adiestrados para el pillaje y el asesinato por sus
«padres; ese niño ha mamado á sus principios, y
«aun cuando volviera á comenar mil veces su edu-
«cacion, la perversidad natal es tanta, que jamás
«se borraría en él; de ese modo,» añadió indicando

el pozo en que habia arrojado su victima, «de ese
«modo es preciso extirpar las raíces del mal.»

En seguida recitó una sentencia árabe de los ha-
bitantes del Yemen, á quienes debia su fanatismo,
concebida en estos términos:

«Que una vez que se llega á mucha altura, y que
«se saltan abismos de roca en roca persiguiendo el
«antílope, el cazador no puede ménos de deslizarse,
«si no se hiere los piés para hacer ménos resbaladiza
«la piedra con su sangre.»

VI

Su vuelta á Constantinopla fué triunfal; entró allí
precedido por cuatrocientas banderas cogidas á los
rebeldes de la Arabia, de la Siria, y del Asia Menor.
Cada una de estas banderas llevaba inscrito el nom-
bre de uno de los jefes de las facciones que habia
destrozado, treinta mil cabezas de soldados habian
sido enviadas á Constantinopla durante la campaña;
otras treinta mil marcaban con pirámides de cráneos
los sitios en que Murad habia destrozado sus tropas;

cien mil enemigos quedaban enterrados en los pozos colmados de cadáveres.

Los despojos de estas expediciones fueron puestos por el visir á los piés del sultan. El defferdar Baki-bajá, tesorero del imperio que no habia traído mas que un millon de ducados recogidos en las poblaciones insurreccionadas de la Siria, fué encerrado en el castillo de las Siete Torres.

VII

Achmet I, cada vez mas satisfecho de su visir, despues de haberlo experimentado tan felizmente como guerrero, le empleó de nuevo como negociador en las dificultades á que dió origen entre el Austria y la Puerta la muerte de Bocskai, rey tributario de Hungría.

En virtud del tratado de Sitvatorok, la Transilvania debia convertirse en reino independiente cuando muriese Bocskai, que reinaba en las dos provincias. A su muerte, atribuida á un crimen, la nobleza de Transilvania, sórdamente provocada por el Austria, eligió por soberano á Rakoczy, hombre popular y

turbulento, que aspiraba al trono. Los austriacos se apresuraron á reconocerlo; la Puerta reclamó su privilegio de investidura, y nombró por su parte á Homonai, otro señor transilvano, príncipe reinante del país.

Despues de una larga negociacion interpretativa del tratado de Sitvatorok, el Austria pagó un presente de dociientos mil ducados á la Puerta. La Polonia estrechó con otro nuevo tratado los lazos de amistad y dependencia que la ligaban al imperio otomano. Comprometiése á cubrir la Moldavia contra los cosa-cos, aliados independientes de la Rusia. La Puerta por su parte renovó su promesa de protejerla contra los tártaros. Los polacos contrajeron la obligacion de pagar un tributo á los turcos.

El gran visir, apesar de su edad, meditaba cómo vengarse de Schah-Abbas, que humillaba tantos años hacia las armas otomanas. Obtuvo del sultan la autorizacion de llevar el ejército á la frontera de Persia; pero antes de partir quiso libertar al Asia de un antiguo caudillo amnistiado de las facciones de Asia, llamado Yusuf-bajá:

« Tú eres un buen hombre, le escribió, sé que go-
« biernas con justicia á tus antiguos compañeros de
« armas; ¿ porqué pues se cita tu nombre entre los
« de los servidores dudosos del imperio? si enviase

« tropas contra tí, acabarias por arrepentirte. El po-
 « der viene de Dios, y ninguna rebelion puede pre-
 « valecer contra él; Djanbulad, Kalender-Oghli,
 « Kara-Said eran mas temibles que tú; donde están
 « ya? Juro por el cielo, que no tienes nada que te-
 « mer del sultan; entramos en campaña por orden
 « suya contra la vieja cabeza-roja, el persa; ven á mi
 « campamento de Scutari; besarás la mano del pa-
 « dischah; recibirás mis instrucciones para afian-
 « zar, durante la guerra que voy á hacer, la fidelidad
 « y la paz en Asia; consulta con los sabios; tú debes
 « saber lo que conviene mas; reflexiona y respónde-
 « me. »

Despues de haber consultado á sus amigos, Yusuf creyó que la obediencia era para él cosa mas segura que la vacilacion; partió pues con una escolta en direccion de Scutari. El sultan habia trasladado allí su serrallo á su kiosko de verano para presenciar la reunion y la partida de las tropas. Ignoraba el plan de Murad, y extrañaba su tardanza en ponerse en marcha. Cansado de dilaciones, escribió un kattischerif ordenando á Murad que partiera al punto. Murad acudió á palacio y reveló á Achmet el premeditado homicidio de Yusuf-bajá. El sultan aprobó la traicion de su visir.

Yusuf llegó por fin al campamento. Plantó sus

tiendas no léjos de las del gran visir. Murad le recibió como á un huésped vivamente esperado; lo hizo sentarse en su alfombra enfrente de él, rodillas contra rodillas; lo colmó de presentes, que alcanzaron también á su escolta, y lo condujo al palacio de Scutari para que besara la mano al sultan.

Tal recibimiento tenia por objeto el tranquilizar acerca de la lealtad del gran visir á otro jefe sospechoso de las poblaciones de Asia, amigo de Yusuf, llamado Musselli-Tschausch, á quien queria hacer caer en el mismo lazo.

Despues de haber residido un mes en Scutari, Yusuf, llamado á la tienda de Murad-bajá, recibió en ella la investidura del sandjak opulento de Magnesia. Este inexplicado favor pareció exorbitante al divan.

« Ved, » se decian unos á otros los visires y los bajás, « ved á ese viejo que, con el pié en el sepulcro, arruina el tesoro dando á un antiguo rebelde el premio debido á la constante fidelidad. »

El mismo sultan, asediado por las murmuraciones de sus cortesanos, acabó por creer en la debilidad mental de su primer ministro : « Lala mio (padre mio), » le escribió un dia, « estás muy viejo, y no puedes hacer ya la guerra, indicame pues en tu respuesta á quien quieres que nombre seraskier,

« (generalísimo), ó parte tú mismo ántes de tres
« dias. »

En vez de contestar, Murad-bajá se dirigió al palacio y pidió al sultan que le diera tiempo para consumir su plan de exterminar de un solo golpe los dos caudillos peligrosos del Asia ántes de salir de Constantinopla. Un emisario del gran visir, Sulfikar, habia ido en nombre suyo á esperar á Musselli-Tschausch. Deslumbrado con la perspectiva del favor, Musselli lo siguió á Koniah. Miétras lo embriagaban con honores y vino en los deliciosos jardines de Meram, cerca de esta ciudad, Sulfikar lo hizo asesinar en un banquete, y envió su cabeza á Scutari con una escolta de diez correos.

« ¡Alabado sea Dios! » exclamó Murad recibiendo esta cabeza y mandando que fuese expuesta al dia siguiente delante de su tienda. Ocultóla hasta la aurora, é invitó á Yusuf á que viniese á almorzar con él.

Después de hecho el servicio: « Querido hijo mio,
« dijo el anciano á su víctima, tú conoces cuanto te
« amo, sabes que no puedo tomar el café sin tí; sen-
« témonos pues detrás de mi tienda para gozar de
« nuestra libertad, porque, si Dios quiere, mañana
« nos separaremos para siempre. »

Miétras que se dirigian hácia el árbol á cuya som-

bra se habia extendido el tapíz del desayuno, el jefe de los eunucos del gran visir se acercó, é inclinándose ante su señor: « El beg de Awlona, le dijo, acaba de llegar al campamento, y desea veros, ¿qué debo responderle? — ¿No puedo, pues, dijo el as-
« tuto viejo con aparente impaciencia, tener una
« hora de tranquilidad? Voy á recibir al beg. Entra-
« tanto, añadió dirigiéndose á sus kyayas y agas,
« vosotros, sentaos aquí miétras vuelvo, y haced
« compañía á mi hijo Yusuf. »

Yusuf se sentó para desayunarse con los agas, y comenzó á almorzar miétras volvía su huésped, pero un sirviente, presentándole con una mano un plato de piés de carnero, le hundió con la otra su turbante hasta los ojos; otro le cogió las dos manos y un tercero le derribó la cabeza de un sablazo. Su cabeza ensangrentada, reunida á la de Musselli, fué expuesta en la punta de una pica delante de la tienda del banquete. Su cadáver, tendido sobre la yerba consternó á los compañeros de Yusuf.

Esto no obstante, el visir no se ponía todavía en marcha, porque queria dejar otras impresiones de terror en los ánimos de los servidores dudosos de la monarquía. El mismo almuerzo debia servir para dos asesinatos; el defterdar Etmekdjizadé, cuyo celo le habia parecido sospechoso en Siria, habia sido in-

vitado por él á los mismos honores y atraído al mismo lazo.

Al atravesar el Bósforo en un caique, Etmekdjizade vió una barca desconocida acercarse á la suya; uno de los remeros le arrojó un billete anónimo que le revelaba su peligro. Mandó á los de su barca que volviesen á Constantinopla. La carta era del mismo sultan, que estimaba al defterdar; y que no habia podido vencer la inflexibilidad de su gran visir.

« Señor, escribia el defterdar, lleno de terror, al sultan, ¡socorredme! libradme de las asechanzas de Murad; dad mi empleo á otra persona, yo le abandonó mis tiendas, mis caballos, mis equipajes, antes que volver al campamento, en donde solo me aguarda la muerte. »

Achmet I intentó de nuevo libertar al defterdar de la cólera de su ministro. Llamó á Murad al palacio de Scutari. « Siéntate, lala mio, le dijo con bondad, tú eres viejo, y yo venero tus años. — Tu esclavo no lo consentirá, respondió Murad prosternándose, porque conoce muy bien sus deberes. — Tengo que pedirte un favor, continuó Achmed. ¿Toca al señor rogar al esclavo? replicó el anciano. — Sí, te suplico, repuso el sultan, concédeme la vida del defterdar, que quieres matar; mañana se presentará voluntariamente en tu tienda, perdónalo y déjalo

« vivir. — Acato la orden de mi señor, dijo, y se volvió á inclinar. »

El defterdar fué perdonado, pero los cuatro pajes del serrallo encargados de llevarle el aviso secreto que lo salvó, fueron estrangulados.

La campaña de Persia y la partida del ejército, que no habian sido mas que un ardíd de Murad, fueron aplazadas para el año siguiente. El gran visir, permaneciendo en Scutari, habia vencido sin pelear. El jefe de los eunucos negros se atrevió á murmurar delante del sultan de la inaccion del viejo que habia cansado al ejército, decia él, y perdido un año:

« Calla, desgraciado, le contestó Achmet, ¿cómo te atreves á criticar al mas hábil de los visires? Murad es viejo, pero un soldado valiente de la fe, un ministro consumado por su talento y su experiencia; su cabeza me ha servido tanto como su brazo, me ha reconquistado el Asia desde su tienda; su pensamiento me sirve como un ejército; no digas otra palabra mas contra él; que parta ó que se quede, él obra siempre bien. »

VIII

De vuelta en Constantinopla, Murad-bajá se entregó de nuevo á la diplomacia y apaciguó las incesantes disputas de los pretendientes de Transilvania. Llenó de deferencias hácia el embajador francés, M. de Salignac, permitió á cinco jesuitas protegidos por la Francia que fundasen escuelas en Constantinopla, y que intentasen por la séptima vez la imposible reunion de los dos cultos cristianos, el griego y el latino, bajo la unidad pontifical.

Los venecianos contrariaron cuanto pudieron, por medio de su embajador, los progresos en Turquía de una órden religiosa, cuya milicia acrecentaba la influencia de los papas, sus enemigos en Italia. La agitación religiosa se promovió en Oriente como en todas partes por esta milicia hábil siempre y militante. Los jesuitas no tardaron, como lo veremos bajo otros reinados, en sufrir y en provocar la persecucion por causa de culto. Repelidos por los griegos, se dirigieron á los armenios, ménos sostenidos por el divan. Despues de haber tratado en vano de unirlos á la

iglesia romana, los acusaron como de un crimen de su fidelidad á su fe.

Murad, poco atento á estos motivos de discordia entre los enemigos del islamismo, no pensaba mas que en satisfacer á la Francia, favoreciendo á sus protegidos, para estrechar sus relaciones con ella. El cisma de los turcos y de los persas lo preocupaba algo mas que las disidencias de los sacerdotes cristianos.

En la primavera partió para la frontera de Persia con el titulo de serdar. Las tropas de Rumelia, de Anatolia, de Caramania, de Sirvas, de Damasco, de Alepo, de Tschildir, de Diarbekir, de Batum, de Erzerun, de Kars, de Albania, los genizaros, los kurdos sometidos, los spahis, los contingentes feudatarios, los topdju ó artilleros y todos los cuerpos pagados y regimentados del imperio componian su formidable ejército. La fama de su valor y de su experiencia le daba tal prestigio que la victoria parecia inseparable de su vida. Sus noventa y un años de estudios, de diplomacia, de combates y de gobierno no habian gastado su imaginacion. Veia sin temor acercársele la muerte, contento con que su vida fuese útil hasta el último instante al afianzamiento del poder del sultan.

Habiéndose presentado imprudentemente en el campamento uno de sus mas encarnizados enemi-

gos, y tambien de los mas capaces, el visir Nassuh, le propusieron que se aprovechase de la ocasion para deshacerse de él. «No, no, dijo, ese miserable me aborrece, pero se sirve muy bien de la pluma, de la lengua y del sable; su muerte seria un mal servicio hecho á la Puerta, Dios me libre de matar á hombres que pueden reemplazarme perfectamente en el visirato.»

La muerte lo sorprendió en efecto pocos dias despues en su tienda, camino de Erzerun, y Nassuh-bajá fué nombrado provisionalmente por los generales para mandar á las tropas con el título de serdar. Schah-Abbas, intimidado por este alarde de fuerzas, se apresuró á negociar con Nassuh para evitar el desbordamiento de los turcos sobre sus fronteras. El ejército volvió á Constantinopla á aguardar en sus acantonamientos el resultado de las negociaciones.

IX

Nassuh-bajá subió de serdar á gran visir. Se habia desposado con una hija de Achmet I aun niña, que murió ántes de la edad nubil. Desde Amurat III, el

haren no tenia influjo en los negocios. Habian persuadido á Achmet con el imperio de la sultana Sa-fiyé, de Djanfeda, gobernadora del haren, de la judía Kira y de las mil odaliscas de su abuelo, que al sortilegio se debia mucha parte del atractivo y del dominio de las mujeres. Temia que lo subyugasen los hechizos que habian agitado tanto los dos últimos reinados. Fogoso, pero sobrio en amores, solo amaba á la madre de sus dos hijos. Esta mujer celosa vigilaba el tálamo del sultan.

Habiéndole regalado una de sus hermanas una esclava de extraordinaria belleza, la sultana esposa la extranguló secretamente con sus propias manos. Para ocultar su crimen á Achmet, puso el vestido de la victima á otra odalisca y la hizo introducir á favor de las tinieblas en el apartamento de Achmet, quien descubriendo el crimen y la superchería, deploró la muerte de la esclava que habia preferido, y pegando á la esposa culpable con el mango de su puñal en el rostro, la derribó sobre la alfombra.

Pocos dias despues de este horrible drama doméstico, recibió Achmet en el hombro una pedrada que le tiró un dervis fanático, cuando cruzaba el hipódromo á caballo. La cabeza del culpable rodó á los piés del caballo del sultan.

Una embajadora de Georgia, país en donde la po-

lítica se hallaba dirigida por las mujeres, causó admiración en Constantinopla por su belleza, su lujo y su elocuencia. Los embajadores de Schah-Abbas dieron ocasión á fiestas espléndidas, en las que Achmet se propuso deslumbrar á los persas. Él mismo peleó en la liza contra el gran visir, y su djerid, lanzado por su mano con el vigor de la juventud, pasó rozando la cabeza de Nassuh. Cacerías memorables en los bosques de Andrinópolis y de Macedonia, ofrecieron á la vista del sultan mil doscientos ciervos y millares de aves de rapiña. Volvió á pasar el estío en sus palacios del Bósforo, en medio de fiestas y devociones.

Dos años de tranquilidad completa, asegurados por la energía del viejo Murad, sucedieron á las agitaciones de la guerra. El nuevo gran visir cedió á Schah-Abbas, por un tratado definitivo, todas las provincias en litigio que los turcos habían usurpado á los persas desde el reinado de Mahomet II.

X

Las disputas relativas á la Transilvania se renovaron sin cesar entre los turcos y el Austria. Esta pro-

vincia, desde la muerte de Bocskai, se hallaba destrozada por las diversas pretensiones de los Bathory, reyes de Hungría, de los Rakoczy, de Gabriel Bethlen, elegidos sucesivamente por los nobles de Transilvania, y que buscaban auxilios, los unos entre los turcos, los otros entre los alemanes; estos en Valaquia, aquellos en Polonia. Los húngaros independientes, haciendo valer sus derechos anteriores al tratado de Sitvatorok, aumentaban la confusión y la anarquía; los bajás, gobernadores de las fronteras de la Hungría turca, protegían alternativamente las pretensiones rivales de todos estos príncipes efímeros de Transilvania. Gabriel Bethlen, sostenido un momento por los nobles húngaros, acababa de firmar en secreto con Nassuh un tratado por el cual « los nobles y los magnates de la Hungría superior se comprometían en favor de Bethlen á ser amigos de los amigos de los turcos y enemigos de sus enemigos. » Estas pretensiones y estos tratados, discutidos y interpretados indefinidamente entre los negociadores vieneses y los de la Puerta, agitaban la paz sin llegar á romperla en el Danubio.

En el Asia, un desembarco de cosacos acababa de sorprender y de saquear la ciudad marítima de Sinope en el mar Negro. El gran visir Nassuh envió tardíamente una escuadra para recobrarla, y aver-

gonzado de esta imprevision , ocultó este desastre á Achmet. El preceptor, el muftí, el jefe de los eunucos, faccion del serrallo opuesta á Nassuh , denunciaron al sultan este revés y esta infidelidad del gran visir. Hiciéronle presente con la elocuencia del ódio el vil nacimiento de este extranjero, hijo de los bosques de la Albania, en donde su padre era un leñador cristiano, que fué despues cortador de leña (baltadji) en las cocinas del serrallo, mas tarde verdugo de un aga de los genízaros, escudero luego, camarero en seguida y gobernador de provincia, enriquecido por su matrimonio con la hija única de un jefe de kurdos de Mesopotamia, bastante ambicioso y opulento para ofrecer pagar cuarenta mil ducados de oro por el puesto de gran visir que codiciaba ; faccioso en el campamento del viejo Murad que lo perdonó cuando debía haber derribado su cabeza, su sucesor, mas bien por eleccion de las tropas que por la del sultan, desposado con la hija del padischah, dueño absoluto y dominador insolente de su señor, enajenándole todas las voluntades con sus exacciones y sus crueldades, negociando paces vergonzosas con los persas y los húngaros, dejando invadir las costas de Caramania y de Morea á los buques de Florencia, Génova y Malta, devastar á Sínope por una horda de cosacos, y ocultando todos estos desastres al sultan para li-

brarse del justo castigo que merecian sus crímenes.

Semejante discurso, cayendo en el alma ulcerada de Achmet I, excitaba con demasiada viveza su propio resentimiento para dejar dormir la sed de venganza. El sultan desconfiaba tiempo hacia de su fidelidad. Una circunstancia reciente y accidental le habia revelado una maniobra secreta de su gran visir con los tártaros de Crimea para darles un príncipe de su gusto. Un día que Achmet halconeaba con Nassuh en los pantanos de Andrinópolis, vió un halcon desconocido que se lanzaba sobre el suyo y le arrebatava la presa que llevaba al sultan.

« ¿ Quien es el insolente, exclamó, que se atreve á robarme con su ave el fruto de mi caza? » Galopando hácia el grupo de álamos, de donde el halcon enemigo salió contra el suyo, cayó en medio de una porcion de ginetes circasianos ocultos entre los árboles y cubiertos con armas resplandecientes. Estos caballeros eran de la escolta de un príncipe de la casa de los Gherai, que habia llegado, sin que él lo supiera, pocos días ántes á Andrinópolis, en virtud de una invitacion secreta del gran visir, que queria elevarlo al rango de khan de la Crimea. Los príncipes de la familia tártara de los Gherai son los únicos sucesores legítimos de los príncipes de la casa impe-

rial de los otomanos, si llega un día á extinguirse la de Constantinopla.

Este misterio y las insinuaciones de los enemigos de Nassuh persuadieron á Achmet de que su gran visir meditaba quizá un cambio de dinastía para colocar á sus protegidos en el trono y reinar en su nombre. No reveló sus recelos, pero mandó encerrar en el castillo de las Siete Torres al príncipe tártaro y á su acompañamiento.

XI

Pocos dias despues de este suceso, el sultan, saliendo de la mezquita de asistir á la oracion del viérnes, fué apostrofado por un emir (descendiente del Profeta) que se quejó con las lágrimas en los ojos del robo impune de su mujer, cometido por un familiar de Nassuh.

« Mi padischah, padischah de todos los otomanos, » exclamó el ultrajado emir, « ¿ qué significa esta tiranía de una porcion de albaneses y kurdos vendidos á tu visir, y que abusan del favor que les dispensas para humillar y martirizar á tus esclavos? »

Al regreso de Achmet I á Constantinopla, Nassuh, que sentia formarse una nube de ódio contra él quiso herir á sus enemigos por mano del sultan; le pidió las cabezas del muftí, del jefe de los eunucos negros, de su lala ó preceptor favorito. Achmet los previno y negó su petición á Nassuh. Indignado con una negativa que le presagiaba una desgracia, resolvió, con la ferocidad propia de su raza, evitar su triunfo matándolos, y á él su castigo con la fuga. Ordenó á su kyaya Beiram, albanés como él, que asesinase al khodja, al jefe de los eunucos y al muftí, y mandó apostar cincuenta ginetes albaneses de su guardia en una puerta de Constantinopla para proteger su huida á las montañas de la Albania, despues de consumado este triple asesinato.

Beiram, amigo tan pérfido como cómplice feroz, reveló la trama al jefe de los eunucos negros, al khodja y al muftí. Convencieron á Achmet de la infidelidad de su ministro. El sultan disimuló hasta el próximo divan. Nassuh pidió en él con mas imperio las tres cabezas de sus enemigos. « Si no me las entregais, dijo, resigno mis funciones de gran visir y me enveneno. » Estas palabras recordaron á Achmet los rumores que habian corrido del envenenamiento del viejo Murad-baja en su campamento, atribuido á su ambicioso rival. « ¡ Ah! traidor, » ex-

clamó Achmet, « en ese caso, tú has envenenado á « Murad! »

Esto no obstante, no se atrevió todavía ni á destuirlo ni á castigarlo, bien fuera porque temiese que se sublevaran en su favor los genizaros albaneses, bien fuera porque vacilase en derramar la sangre de su yerno. Al día siguiente, que era viérnes, día en que los sultanes salen con acompañamiento para ir á orar á la mezquita, Achmet envió al visir orden de incorporarse en su cortejo, segun costumbre. Nasuh rehusó su cumplimiento alegando una indisposicion. Esta excusa pareció un ultraje á la majestad del soberano, preludio de una imperdonable rebel-día. Doscientos bostandjis, mandados por su general, guardianes incorruptibles del serrallo, subieron armados al palacio del gran visir, forzaron sus puertas y lo extrangularon despues de haberlo desarmado.

XII

Así murió este albanés; talento natural, valor ferroz, elocuencia salvaje, ambicion insaciable, intriga atrevida y resolucion desesperada, hubieran hecho

de él un grande hombre, si sus fogosas pasiones y la orgullosa lijereza de su carácter no lo hubieran convertido en un aventurero funesto á su señor, al imperio y á sí mismo. Sus incalculables riquezas, en perlas, toneles de ducados, mil ochocientos sables con puños de oro, de los que uno solo valia cincuenta mil ducados, mil doscientos caballos de raza y de guerra, telas de oro, tapices de Persia, veinte mil camellos, seis mil bueyes, cuatrocientas yeguas árabes, quinientos mil carneros que se apacentaban en Europa y en Asia, restituyeron al tesoro del sultan lo que de él habia salido para saciar la codicia de este indigno favorito.

Mohammed-bajá, otro yerno del sultan, recibió los sellos del imperio. El muftí Seadeddin no gozó mucho tiempo de su triunfo; la peste le quitó la vida pocos dias despues de la muerte de su enemigo. Seadeddin fué un historiador de los otomanos, como lo habia sido su padre. Su hermano, Mohammed-Seadeddin le sucedió en la dignidad de muftí y heredó sus virtudes. Llegando á Constantinopla el dia de los funerales, él recitó en calidad de muftí las oraciones junto al féretro de su hermano.

XIII

El gran visir Mohammed no señaló su administracion mas que por un temerario rompimiento con Schah-Abbas, y una campaña sin gloria, terminada por una paz sin dignidad. Achmet I nombró gran visir al capitan-bajá Khalil para restablecer el honor militar.

Un ejército de cosacos había invadido la Moldavia, batido al gobernador de Silistria, Mustafá *el Borracho*, y expulsado de sus estados al príncipe de Moldavia, Esteban Tomza, puesto por la Puerta. Iskender-bajá, enviado por el gran visir á Moldavia rechazó á los cosacos y repuso á Tomza. Quinientos hechos prisioneros, la viuda, la esposa y las hijas del príncipe moldavo, coronado durante su invasion, fueron enviados cargados de cadenas á Constantinopla. En el camino, la viuda del príncipe rebelde de Moldavia, llamada *la Domina* por los moldavos, extravió la mas jóven y la mas hermosa de sus hijas, prometida en matrimonio á un señor moldavo, prisionero como ella. Los turcos y su familia prometie-

ron en vano cuarenta mil ducados de recompensa al que la encontrase. Robada por un khan tártaro de Crimea, enamorado de sus encantos, no volvió á aparecer hasta despues de trascurrido un año, que se presentó con dos gemelos que criaba á sus pechos, fruto del raptor, de cuyo poder se escapó mas tarde. Algunas canciones satíricas populares acerca de esta desaparicion y esta vuelta, divirtieron y divierten aun la malignidad de los turcos sobre las aventuras de las novias de Moldavia.

Embajadores rusos, enviados á Constantinopla para evitar la irrupcion de los turcos, que perseguian á los cosacos en las fronteras, llegaron cargados de presentes, groseros como sus industrias en aquella época. Consistian estos en pieles, aves de rapiña adiestradas para la caza, y en sesenta dientes enormes de pascados.

Un tratado con la Polonia, firmado en Brusa el 27 de setiembre de 1617 previno un choque violento entre los turcos y los polacos sobre el Dniester. Los polacos se comprometieron á impedir que los cosacos franquearan la linea de Ocsakow, renunciando á toda intervencion en las querellas de Valaquia, de Moldavia y Transilvania.

Algunos conflictos religiosos, producidos por las maniobras de los jesuitas que protegía la Francia,

perturbaron la paz entre las potencias católicas y la Puerta. Los jesuitas fueron encerrados en los calabozos de las Siete Torres por haber corrompido el vicario del patriarca griego en Constantinopla en favor suyo. Este vicario fué ahorcado como cómplice suyo. El embajador francés pagó treinta mil ducados por el rescate de los religiosos encarcelados.

El cardenal Clesel, hijo de un panadero, como el visir, decidió al emperador de Austria á enviar á Constantinopla una embajada solemne para resolver las dificultades de Transilvania.

El sultan Achmet I murió á los 28 años de edad, sin haber visto el fin de estas negociaciones.

Su reinado, que comenzó á los catorce, habia sido largo por el tiempo, breve por su historia. Algunos arranques de energía, ó por mejor decir de crueldad, al principio de su vida, habian terminado en la debilidad que cede alternativamente, á todos los consejos. Amaba el bien, y queria lo justo, al decir de los historiadores y los embajadores de la época; pero no fué grande ni generoso. Su alma no estaba templada para la majestad de un trono.

Dejaba siete hijos, Othman, Murad, Ibrahim, Mohammed, Kasim, Bayezid, Soliman, destinados los unos á reinar, los otros á morir. Pero la historia le debe agradecer el haber sido el primer sultan que

perdonó la vida de su hermano Mustafá al subir al trono. Semejante generosidad en aquel tiempo merecia las bendiciones de los otomanos. Se lamentó su muerte, no se le acusó, los turcos no exigen de sus soberanos mas que lo que la naturaleza les ha dado.

XIV

Las tradiciones de la familia de Gengis-Khan, que rigen los derechos al trono otomano, llamaban al hermano del sultan con preferencia á sus hijos. La edad prevalecia sobre el parentesco en estas tradiciones tártaras. Ese defecto de derecho al trono en la descendencia directa habia motivado tan fatalmente en la familia imperial el asesinato de los hermanos del sultan : perdonar á un hermano era desheredar á sus hijos. Esta consideracion realza á Achmet I y á los sultanes sus sucesores que han seguido su ejemplo, funesto al imperio en aquella ocasion.

Mustafá no era mas que la sombra de un príncipe. La naturaleza lo habia dotado de una estupefaccion eterna al nacer. Si las leyes otomanas hubiesen dispuesto que se fuese hombre ántes de ser sultan, Mus-

tafá hubiera cedido el imperio á sus sobrinos, pero la ley era fatal como la naturaleza. Sin vacilar se proclamó á Mustafá I.

Los otomanos, viéndolo salir de las sombras del serrallo en donde languidecía en los brazos de las mujeres, entre su madre, su nodriza y sus odaliscas, catorce años había, leyeron en su rostro la debilidad de su reinado, una cabeza vacilante sobre un cuerpo delgado; una cara larga que terminaba en una barba puntiaguda, signo de infancia envejecida, mejillas hundidas, labios trémulos y húmedos, una tez que no animaba ningun color, ojos sin expresion que parecian deslumbradores; tal era el exterior de Mustafá I. Su inteligencia, si acaso no estaba extinguida, se hallaba perpétuamente dormida; su vida era maquina, no tenía mas que instintos de pena y de placer irreflexivos y á veces fogosos, como son las pasiones de los niños y de los brutos; sus ócios los empleaba en mirar desde una terraza bañada por el Bósforo dormir ó espumar las olas, y echar monedas de oro á los peces de sus estanques, que subian á la superficie al ver brillar el metal.

XV

Con tal príncipe, la madre hubiera podido reinar, si hubiese tenido los atractivos de Roxelana y la ambicion de Safiyé; pero la madre de Mustafá, dominada por el Kislár-aga, jefe de los eunucos y gobernador del haren, no ofrecia siquiera á este hombre ambicioso bastante consistencia en las ideas y en el carácter para fundar con su apoyo un gobierno de favor. La nodriza del sultan, casada con el camarero mayor, le disputaba el crédito en el haren; una kurda, sin mas autoridad que haber arrollado en sus brazos á un niño idiota, iba á gobernar á su antojo el Asia y la Europa. El eunuco, para perder á estas dos mujeres, se apresuró á revelar al visir la incapacidad absoluta de Mustafá. Conspiró con la madre de Othman, hijo primogénito de Achmet I, para derribar al fantasma y elevar á Othman al trono. Nadie tenía interés en sostener una sombra de soberano, que no podia ofrecer punto de apoyo para nada ni para nadie. Un golpe de Estado unánime, concertado entre todos los jefes de la religion, de la ley y del

ejército, dispuesto sin pasion en un divan general, pronunció la deposicion de Mustafá y la exaltacion de Othman II el 26 de febrero de 1618.

XVI

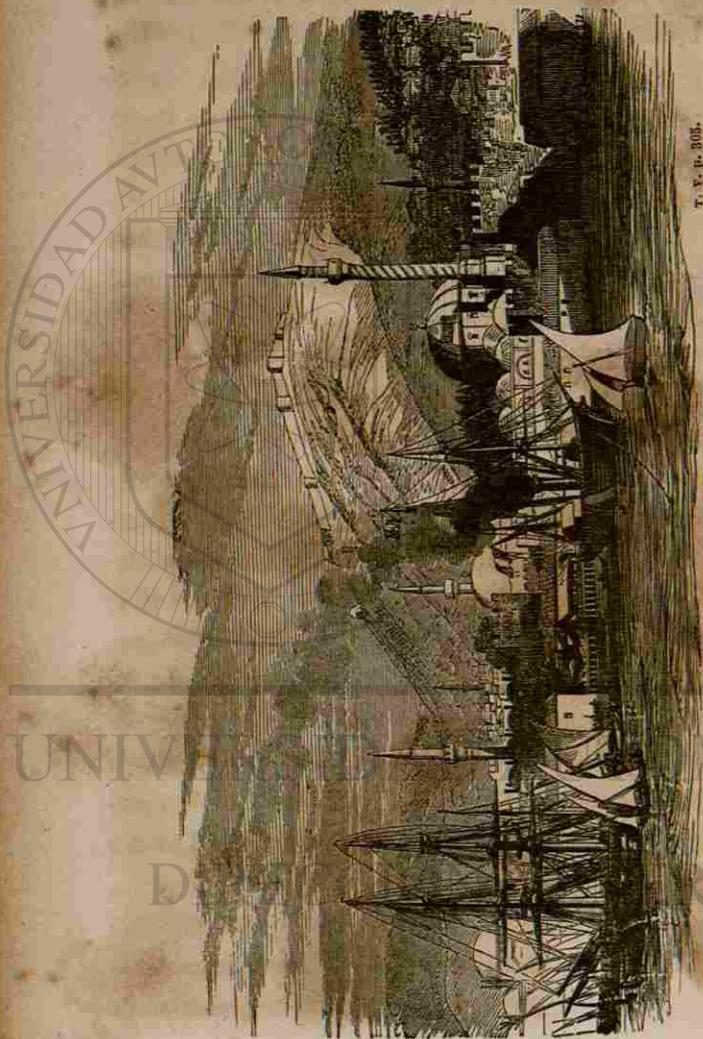
El sultan depuesto fué de nuevo encerrado en un apartamento silencioso del serrallo con su madre, su nodriza y sus esclavas. Ni siquiera tenia la inteligencia necesaria para sentir que habia subido y bajado en pocos dias las gradas del trono. Él sonreia con todas las escenas de este drama, tendiendo la mano con la misma indiferencia á los visires que se la besaban, que á las esposas de sus carceleros.

Khalil-bajá mandaba durante estos sucesos de palacio en calidad de gran visir y de serdar del ejército turco en las fronteras de Persia. Algunos ventajosos encuentros contra schah-Abbas le habian parecido suficientes para motivar una tregua. Llamado á Constantinopla, el sultan le habia quitado los sellos y lo habia repuesto en su plaza de capitan-bajá. Othman II lo castigaba así de haber colocado en el trono

á su tío, de haberlo sostenido en él tres meses, y de haber retardado de aquella suerte su exaltacion. En su lugar nombró á Oguz-bajá, que no dejó ningun vestigio en el gobierno, y despues de algunos meses de indecision, fué reemplazado por Ali *el Hermoso*, hijo del gobernador de Túnez.

Ali *el Hermoso* era griego, oriundo de la graciosa isla de Cos en el Archipiélago. Tenia las formas, el genio, la elocuencia y la intriga de su raza; tenia tambien la aficion al mar y la aptitud naval ejercitada desde su temprana edad en las costas de Túnez. Subiendo de grado en grado hasta el gobierno de Chipre, habia justificado su fortuna con grandes servicios prestados en el mar á los turcos. Los despojos y las presas que habia llevado á Constantinopla, enriqueciendo con ellas el tesoro y el arsenal, le habian dado mucha fama entre el pueblo; con su gracia, su finura, su belleza, su adulacion, habia conquistado el afecto del jóven príncipe.

Othman II concedió á su gran visir el destierro de todos sus rivales. El antiguo gran visir Oguz-Mohammed, yerno de Achmet I, despojado en sus bienes fué á languidecer y á morir en Siria; el jefe de los eunucos negros, que habia exaltado y derribado dos emperadores, expió sus intrigas en el fondo de la Ethiopia, de donde habia salido; el preceptor de



T. V. p. 303.

TUNÉS.

Othman, familiar cuyo influjo sufría á menudo el visir, fué enviado á los desiertos de la Meca.

La muerte libró al serallo de la dominacion de la sultana Saliyé, mujer, madre y abuela de tantos príncipes, despues de catorce años de retiro, dejó la autoridad en el serallo á la sultana Koesem, apellidada *cara de luna*, esposa favorita del sultan Achmet I. Los hermanos aun niños del padischah reinante, Murad, Suleiman, Kasim, Ibrahim, eran hijos de esta sultana. Mientras gozó de ascendiente en el ánimo de Achmet, mantuvo relaciones amistosas con su rival, la sultana Mahfiruz, es decir, *favorita del astro de la noche*, y madre de Othman. Estas dos mujeres se habian prometido continuar amándose y sosteniéndose mutuamente por el interés de la vida de sus hijos, cualesquiera que fuese su destino despues de la muerte de Achmet.

Mahfiruz, fiel á su promesa, autorizó á su hijo Othman para que visitase en el antiguo serallo á la sultana Koesim. Este palacio y estos jardines, especie de necrópolis viviente de las potencias caidas y de las beldades repudiadas, no eran visitadas nunca por los soberanos que ocupaban el trono. Sus madres y sus esposas hubieran visto con celos estas comunicaciones entre el antiguo y el nuevo haren. Othman II fué el primero que infringió en obsequio de una fa-

vorita de su padre estos escrúpulos recelosos de su córte. Aceptó una fiesta interior que le dió la sultana Koesem, y pasó cuatro dias y cuatro noches en el antiguo serallo, encantado con las conversaciones de su suegra, sin excitar los celos de su madre.

XVII

Una intriga de los polacos con Gratiani, principe de Moldavia, hizo estallar las hostilidades entre la Puerta y la república de Polonia. Iskender-bajá presentó la batalla á los polacos en la llanura de Moldavia. Veinte mil sármatas muertos en el combate y diez mil prisioneros pasados despues á cuchillo como rebeldes, fueron las consecuencias de esta guerra. Los polacos propusieron el volver á pasar el Dniester, pagar cien mil ducados por los gastos de la guerra y doblar el tributo anual. Enviaron rehenes y los pidieron á Iskender-bajá para afianzar la seguridad de las negociaciones. Iskender-bajá designó al principe tártaro Cantimir para rehen de los turcos enviado á los polacos. « ¿Te has hecho infiel? » exclamó Cantimir, cuando Iskender le habló de entregarlo al

Othman, familiar cuyo influjo sufría á menudo el visir, fué enviado á los desiertos de la Meca.

La muerte libró al serallo de la dominacion de la sultana Saliyé, mujer, madre y abuela de tantos príncipes, despues de catorce años de retiro, dejó la autoridad en el serallo á la sultana Koesem, apellidada *cara de luna*, esposa favorita del sultan Achmet I. Los hermanos aun niños del padischah reinante, Murad, Suleiman, Kasim, Ibrahim, eran hijos de esta sultana. Mientras gozó de ascendiente en el ánimo de Achmet, mantuvo relaciones amistosas con su rival, la sultana Mahfiruz, es decir, *favorita del astro de la noche*, y madre de Othman. Estas dos mujeres se habian prometido continuar amándose y sosteniéndose mutuamente por el interés de la vida de sus hijos, cualesquiera que fuese su destino despues de la muerte de Achmet.

Mahfiruz, fiel á su promesa, autorizó á su hijo Othman para que visitase en el antiguo serallo á la sultana Koesim. Este palacio y estos jardines, especie de necrópolis viviente de las potencias caidas y de las beldades repudiadas, no eran visitadas nunca por los soberanos que ocupaban el trono. Sus madres y sus esposas hubieran visto con celos estas comunicaciones entre el antiguo y el nuevo haren. Othman II fué el primero que infringió en obsequio de una fa-

vorita de su padre estos escrúpulos recelosos de su córte. Aceptó una fiesta interior que le dió la sultana Koesem, y pasó cuatro dias y cuatro noches en el antiguo serallo, encantado con las conversaciones de su suegra, sin excitar los celos de su madre.

XVII

Una intriga de los polacos con Gratiani, principe de Moldavia, hizo estallar las hostilidades entre la Puerta y la república de Polonia. Iskender-bajá presentó la batalla á los polacos en la llanura de Moldavia. Veinte mil sármatas muertos en el combate y diez mil prisioneros pasados despues á cuchillo como rebeldes, fueron las consecuencias de esta guerra. Los polacos propusieron el volver á pasar el Dniester, pagar cien mil ducados por los gastos de la guerra y doblar el tributo anual. Enviaron rehenes y los pidieron á Iskender-bajá para afianzar la seguridad de las negociaciones. Iskender-bajá designó al principe tártaro Cantimir para rehen de los turcos enviado á los polacos. « ¿Te has hecho infiel? » exclamó Cantimir, cuando Iskender le habló de entregarlo al

campamento de los polacos : « treinta años hace que « mi sable se tiñe con la sangre de sus padres y de « sus hijos, ¡ y tú quieres entregarme para que me « asen á fuego lento! Con esos polacos sin palabra « no se puede hablar mas que con el sable » y se retiró, dice Naima, con los ojos inyectados de sangre, como un vaso lleno de vino.

Los rehenes á quienes hizo Iskender la misma proposicion, rehusaron como Cantimir. Los polacos retrocedieron en desorden hasta el Dniester. Al llegar á la márgen del rio, se sublevaron, segun su costumbre, contra su general, que queria ordenar el paso del rio y salvar en primer lugar la caballeria. Durante la sedicion, los turcos y los tártaros alcanzaron á los polacos desbandados. Gratiani, el príncipe de Moldavia, victima de su provocacion á la revuelta, fué muerto en la derrota y su cabeza enviada á Constantinopla. Kalinowsky ahogado con su caballo en el Dniester, Zolkiewsky alcanzado en la orilla, guarneció con su cráneo la puerta del serrallo; Koniecpolsky, el único perdonado de los jefes de aquella nobleza valiente y turbulenta, fué encerrado en el castillo de las Siete Torres. Cuarenta mil cadáveres polacos quedaron en las orillas del rio. Estos triunfos exaltaron el orgullo y la insolencia de Ali el *Hermoso*; á todos los enviados cristianos los trató como á vencidos.

El padre politico de Gratiani llamado Borissi, agente de la república de Venecia, fué extrangulado, por haber expuesto las quejas de su nacion : el embajador de Hungría y de Bosnia, países sometidos al Austria y rebelados contra su emperador Fernando II, que acababa de ofrecer sus armas á los otomanos, fué amenazado con el cordon ó la bastonada en pleno divan.

Las extorsiones del gran visir llenaban las arcas del tesoro del sultan. Hizo presente á su señor en las fiestas del Bairam de diez y ocho jóvenes mahometanas, veinte caballos de Persia y cien caftanes bordados de perlas. El defterdar ó tesorero del imperio, demasiado moderado en sus exacciones, fué encarcelado en las Siete Torres, y dos millones de oro de su fortuna confiscados. A la isla de Chipre se le impusieron cincuenta mil ducados mas á su contribucion ordinaria. La Persia y la Puerta cambiaron presentes cuya lista asombra hasta la imaginacion oriental. Mil vasos de porcelana de China, cuarenta tapices de terciopelo, sesenta de pelo de camellos nonatos, caballos, elefantes, tigres, rinocerontes, en fin, jóvenes esclavas de extraordinaria belleza, cimentaron la falsa y precaria amistad de los dos pueblos.

Un crimen de estado ensangrentó estas magnificencias : un hermano del sultan, el príncipe Moham-

med, que no era hijo de Mahfiruz, cuyo delito era inspirar demasiada esperanza á su madre por su precoz inteligencia y carácter viril, fué estrangulado el 12 de enero de 1621 por los mudos; la razon de estado no perdonaba á la naturaleza, no se podia vivir sino con condicion de embrutecerse: « Othman, « Othman, » exclamó la víctima viendo á los mudos que se acercaban á arrancarlo de los brazos de su madre, « yo ruego á Dios que abrevie tus dias y destruya tu imperio. ¡Ojalá te arranque la vida, como « tú me la arrancas á mí! »

El gran visir enfermo ya del mal de piedra, en el momento en que inspiraba esta feroz prudencia al sultán, no sobrevivió mucho tiempo á este crimen. Un albanés fanático y estúpido, llamado Husseinbajá le sucedió. Salia de los bostandjis, de donde habia entrado en los genizaros. Su máxima única de gobierno era que la tierra pertenecia al sultán, y que la voluntad de su señor era una orden del cielo. Era uno de esos hombres absolutos por ignorancia que llevan la autoridad al exceso, es decir, á su ruina; se apresuró á empeñar al jóven Othman, que acababa de cumplir diez y ocho años, en una guerra inútil contra la vencida Polonia.

En el camino de Andrinópolis, el sultán que iba á caballo á la cabeza del ejército, fué abordado por

cuatro dervises que salieron de improviso del arco de un puente para pedirle limosna á grandes voces. Sus ayes, sus andrajos, sus gestos, hicieron encabritar al caballo de Othman. Su terror lo enfureció, y las cabezas de los cuatro mendigos rodaron á un gesto suyo á los piés de su caballo.

XVIII

Despues que hubo llegado á la orilla derecha del Danubio, Othman II, en tanto que se construian los puentes para atravesar el rio, se presentaba á las tropas cubierto con la coraza de su abuelo Soliman el grande, cuyas hazañas pretendia imitar. Limitábanse sin embargo sus heróicos hechos á disparar flechas contra los prisioneros y á herirlos como quien tira á un blanco inanimado. Esta crueldad á sangre fria indignaba á sus mismos soldados.

Los sesenta mil polacos, que mandaban los príncipes hereditarios, rechazaron en Choezim el ataque de los turcos y de los tártaros. El gran visir fué destituido en castigo de este reves. Dilawer, bajá de Diarbekir, apellidado el *Intrépido*, recibió el sello del

imperio. Apoyados entónces los polacos por el Austria, la Francia, la Rusia, el papa y la Hungría, pelearon con constancia contra los cien mil turcos del sultan. Pérdidas iguales despues de una larga campaña produjeron una paz en la que ninguna de las dos potencias ganaba ni perdía mas que la sangre vertida por doscientos mil hombres.

Othman II, aguijoneado por el deseo de volver á Constantinopla, encontró en Andrinópolis á la jóven esclava favorita que acababa de darle su primer hijo. Esta odalisca era rusa como Roxelana, y como ella ejercía mucho influjo sobre Othman á quien tenía fascinado. Su nombre era Milicia. Nacida en una cabaña, robada en su niñez por los tártaros, ofrecida en presente á causa de su belleza al gran visir Murad en el reinado de Achmet I, pasó á la muerte de este anciano á poder de Mustafá, jefe de los eunucos negros, que la amó como padre, la educó como á una hija propia y la dió la libertad. Habiéndola visto un dia Othman al visitar al jefe de sus eunucos, quedó deslumbrado con sus hechizos; pidió al jefe de los eunucos que se la cediera, pero este le declaró que no podía, sin violar la ley, ceder una jóven libre mas que al hombre que quisiera hacerla su esposa. No vaciló Othman en aceptarla á este precio. Se casó con ella y pronto tuvo un hijo de esta union. Acre-

centada su pasión con el júbilo de ser padre, hizo reinar á la esclava rusa sobre todas las mujeres de su palacio así como ella reinaba en su corazón.

En Constantinopla halló á su antiguo preceptor, el khodja-Omar-Effendi, que habia vuelto de su destierro de la Meca despues de la muerte de su enemigo Ali *el Hermoso*. Este khodja y el kislar-aga-Suleiman, autor del fratricidio del infortunado sultan Mohammed, se entendian para gobernar de concierto con su jóven soberano. La sultana rusa amada cada vez mas desde que era madre, daba fiestas y espectáculos en el serrallo.

En uno de estos en que la sultana hacia representar las escenas militares de la guerra de Polonia, reventó un fusil y mató al hijo de la sultana favorita y de Othman. El temor de dejar el imperio sin heredero decidió al sultan á casarse con cuatro mujeres. Su política lo inclinó á escojer jóvenes libres, hijas de los mas altos dignatarios de su imperio. Despues de haberse unido con una hija de Pertew-baja, celebró esponsales con la del mufti.

XIX

Ménos peligroso es para un déspota violar las leyes que las costumbres de su pueblo; los murmullos de los genizaros y del pueblo se pronunciaron contra esta infraccion de los usos de los sultanes en la eleccion de sus esposas. Se temió que el parentesco con las familias á que Othman se aliaba así, se juzgase un derecho al trono en su descendencia. Alguna parsimonia de los ministros en las gratificaciones dadas á los spahis en tiempo de guerra, la reduccion de la tasa de un ducado de oro por cada cabeza de los enemigos en el campo de batalla, en fin la partida próxima é impopular de Othman á la Siria con la flota que iba á atacar á Fakhr-Eddin, emir de los druzos, cambiaron en pocos dias las murmuraciones en sedicion.

El gran visir y el muftí se oponian en vano á esta partida del padischah; el jefe de los enucos negros y el preceptor estaban acordes para aconsejarle esta peregrinacion á los Santos Lugares; su piedad supersticiosa veia una gloria santa en ser el primero

que visitase la Meca. La celebracion de la boda con la hija del muftí no hizo mas que suspender por algunos dias la expedicion.

Un sueño lo precipitó : Othman soñó la noche de su boda que el Profeta se habia acercado con aspecto irritado á su trono, y lo habia herido en el rostro. El preceptor, consultado acerca de la interpretacion de este sueño, respondió que era una advertencia severa del Profeta, enojado con el sultan porque diferia la peregrinacion al sepulcro de Medina. Esta interpretacion le pareció un oráculo. El muftí resistió valerosamente al partido fanático que impelia al sultan á una ausencia impolítica de su agitada capital. Othman desgarró con cólera el fetwa del muftí, en el que este supremo intérprete de las leyes religiosas declaraba que la peregrinacion no obligaba á los soberanos. Un vértigo sagrado lo arrastró á su perdicion.

Mandó plantar sus tiendas en Scutari, primer alto de las tropas que partian para el Asia. A esta orden, los genizaros y los spahis se amotinaron y apedrearon á los chiaux que habian acudido á reprimir la sedicion en nombre del gran visir. Convencidos de que esta partida del soberano sin ellos no tenia mas objeto que el pensamiento concebido por los favoritos de Othman de alistar genizaros y spahis extranjeros

en Siria, y de atentar así á sus privilegios y á su monopolio militar, se reunieron tumultuosamente en la plaza del hipódromo, y redactaron una cuestion de derecho, presentada en estos términos al muftí.

« ¿Es lícito matar á los consejeros que excitan al
« sultan á innovaciones ilegales, y que dilapidan los
« bienes de los verdaderos musulmanes? »

El muftí, sin transigir con el peligroso capricho de su yerno, respondió que era permitido tal homicidio. Esta respuesta legitimó la insurreccion.

El aga de los genizaros y los oficiales de los regimientos que formaban la guarnicion de Constantinopla fueron arrojados á pedradas del hipódromo, en donde acampaban los sediciosos. Los genizaros que se hallaban embarcados en la escuadra anclada en el mar de Mármara, cerca del castillo de las Siete Torres, forzaron sus consignas, saltaron en tierra apesar de la oposicion de sus oficiales, y corrieron á unirse con sus camaradas en la plaza del mercado de las carnes. Agrupados delante del palacio del preceptor, lo llamaron á la ventana y le mandaron que bajara *para que fuese á llevar al padischah la palabra de las tropas.*

En vez de obtemperar á esta intimacion, el preceptor se evadió par los jardines, disfrazado de dervis.

El palacio del gran visir, cuya inocencia ignoraban los soldados, fué defendido á tiros contra su ciego furor. Sin armas para penetrar en él, los facciosos fueron á buscarlas á casa de los armeros que vivian cerca del bazar; pero estos los ablandaron con sus súplicas y los decidieron á retirarse. La noche cayó y los llevó á sus cuarteles.

XX

El serrallo cerrado estaba lleno de turbacion y de consejos diversos. Habiendo convocado Othman II á los ulemas, órganos ordinarios y respetados de la opinion pública, les preguntó cual era la causa de aquellas agitaciones. Respondiéronle que « su viaje
« á la Meca inquietaba á los soldados, y los inflamaba
« de cólera contra el preceptor y el jefe de los eunu-
« cos, á quienes se atribuía esta resolucion. — Id á
« decir á las tropas, » replicó el sultan con obstina-
« cion, « que consiento en renunciar á mi viaje, pero
« no en deponer al khodja ni al kislar-aga. »

Las tinieblas y el sueño impidieron á los ulemas el cumplimiento de su mision ántes del amanecer, y

rumores vagos acrecentaron el peligro durante la noche. Se decia á los genizaros que los bostandjis, encerrados en masa en los jardines del serrallo, preparaban una terrible salida á la ciudad; se decia á los bostandjis que los genizaros desembarcaban los cañones de la escuadra para abrir brecha en las puertas y las murallas de los jardines.

XXI

El sol del 18 de mayo de 1622 se levantó bajo estos auspicios; los genizaros y los spahis, acampados en los vestibulos y en los patios de la mezquita de Mahomet II, enviaron una diputacion á los ulemas para que se reunieran en conferencia. Contestaron estos que no irian á reunirse en un campamento de soldados sublevados, pero que la verificarian en la plaza del Hipódromo, en donde se podria presenciar su deliberacion. Los revoltosos hicieron con recogimiento la oracion de la mañana, y despues de haber invocado tres veces el nombre de Dios en voz alta, se dirigieron ordenadamente al hipódromo.

El muftí los aguardaba rodeado de los doce prin-

cipales scheiks, ó predicadores de las mezquitas de la capital. Dos secretarios de las tropas, Khalil y Ferridun, presentaron, en nombre de los soldados, una lista de seis víctimas, cuyas cabezas pedian los rebeldes en expiacion de sus crímenes. Estos seis nombres condenados á muerte en la mesa de proscricion eran los del khodja Omar, el kisklar-aga ó jefe de los eunucos Suleiman; el seghban-baschi Nassub, el tesorero general Baki, y por último el gran visir Dilawer-bajá (el Intrépido).

Los ulemas y el muftí, despues de haber disputado acerca de algunos de estos nombres, y particularmente del del gran visir, Dilawer-bajá, tan opuesto como ellos al viaje, se dirigieron al serrallo para presentar á Othman II las condiciones del ejército.

« No os ocupeis mas de esa gente, » les dijo con desden el sultan, « esa chusma sin jefes tardará poco á dispersarse por sí mismo á causa de su anarquía. »

— Padieschah, replicaron los scheiks, lo que no se les da á las revoluciones, ellas se lo toman; vuestros ilustres antepasados en semejantes ocasiones han calmado las exigencias haciendo algunos sacrificios en aras de la justicia ó de la necesidad.

« — Callaos, » exclamó Othman con voz imperiosa, « vosotros hablais como si fuéseis los conseje-

« ros de la rebelion, y si pronunciáis otra palabra
 « mas os haré cortar la cabeza como á vuestros
 « cómplices. » Los ulemas confundidos guardaron
 silencio : sus fisonomías expresaron sus temores,
 mas por la obstinacion que por la cólera del sultan.
 El viejo Hussein-bajá, antiguo gran visir, hombre
 fiel y adicto á toda prueba, se echó con las lágrimas
 en los ojos á los piés de Othman.

« Mi padischah, dijo, ¿ qué somos nosotros delante
 « de tí? Si los rebeldes piden tambien mi cabeza,
 « arrójasela en seguida; ¡ olvidanos y piensa en sal-
 « varte! » Othman se sintió enternecido, pero inex-
 orable. Los ulemas y el muftí fueron encerrados
 como rehenes en los jardines del serrallo, y se dejó
 que la sedicion tronara fuera de las murallas.

XXII

Viendo que los ulemas tardaban á traer á la plaza
 del Hipódromo la respuesta del sultan, los sublevados
 creyeron que el serrallo se hallaba defendido por
 bostandjis y artilleros, y que sus parlamentarios ha-
 bian sido guardados en clase de prisioneros. Uno de

ellos, para ver con su propios ojos la actitud y el nú-
 mero de los defensores del serrallo, subió á lo alto
 de un alminar de Santa Sofía, y desde allí observó
 el interior de los jardines imperiales : estaban de-
 siertos. La certeza de no hallar ninguna resistencia
 dobló la audacia de los revoltosos que se reunieron
 en el primer patio y subieron en tropel á las plata-
 formas almenadas de las murallas que lo separaban
 del segundo. Los que no tenian armas cogieron palos
 en la leñera del patio : é inmóviles en este campa-
 mento por espacio de algunas horas, parecia que da-
 ban al sultan tiempo para reflexionar y ceder con
 dignidad.

Un solo grito interrumpia de vez en cuando este
 silencio sinistro; el grito que pedia las cabezas del
 khodja, del eunuco y del gran visir. El único crimen
 de Dilawer-bajá era haber mandado defender la vis-
 pera su palacio contra el motin, y obstruido su um-
 bral con algunos cadáveres de sediciosos armados.

XXIII

Las puertas del segundo patio giraron sobre sus
 goznes y las tropas lo ocuparon. La misma especta-

tiva, el mismo silencio y los mismos gritos alternaron allí. Las puertas de *la Felicidad*, guardadas por algunos eunucos blancos se abrieron como las demás al empuje de los soldados armados de palos. Parecía, sin embargo, que vacilaban por un respeto habitual en franquear el umbral abierto por ellos. Uno de los ulemas, sentado en un banco de piedra delante del vestíbulo del palacio, se avanzó hácia los soldados y les dijo á media voz :

« Nuestras palabras no han servido de nada; entrad y hablad vosotros mismos. »

La muchedumbre entró tímidamente al principio, como si no supiera lo que quería hacer. Solo una voz, como siempre, fué el eco unánime de todos.

« Queremos al sultan Mustafá, » dijo esta voz que salía sin deliberacion de la impaciencia desesperada de un solo hombre, ó de la connivencia inspirada á un cómplice por algunos eunucos.

« Sí, sí, queremos al sultan Mustafá, » repitió al instante la multitud, como desembarazada del peso de su incertidumbre.

A esta palabra irreflexiva de los revoltosos, el tropel penetró por las puertas abiertas del palacio é inundó los apartamentos. Recorrianlos al acaso y sin guía, perdiéndose en el laberinto del serrallo y de los

jardines que separan los diferentes kioskos, y vociferando siempre con mas fuerza :

« ¡ Querémos al sultan Mustafá ! »

Todo estaba desierto y silencioso en el dédalo de kioskos, jardines y patios que atravesaban los amotinados. Un ulema, mas conocedor que ellos de aquellos lugares les señaló con el dedo el haren. Hallábase rodeado de una pared fuertísima y sin puertas por la parte de los jardines. Los soldados para franquearlo arrimaron un monton de leña al muro para entrar en el haren por los vidrios de la cúpula.

Miéntas que demolian la media naranja llamando siempre á voces al sultan Mustafá, una voz lejana y tímidamente articulada gritó desde el fondo del haren á los destructores : « El sultan está aquí. »

Esta voz, que se conoció ser la del invisible cautivo, animó con nuevo ardor á los asaltadores. Apesar de las flechas tiradas desde abajo contra ellos por algunos negros, eunucos fieles hasta la muerte á su consigna, tres genizaros descendieron por las cuerdas á los salones del haren, y recorrieron, invocando el nombre de Mustafá, los corredores y los apartamentos del sagrado palacio. Al cabo encontraron en un gabinete al infortunado Mustafá medio tendido en un mal colchon, guardado por dos esclava mudas en pié delante de él.

« Mi padischah, le dijeron cayendo á sus piés los tres genízaros, el ejército os aguarda fuera para coronaros. »

El idiota, insensible á la restauracion como á la caida, les respondió únicamente con una vaga sonrisa: « Tengo sed. » Desde el principio de la sedicion, por crueldad ú olvido no le habian llevado á su retiro de comer ni de beber.

Los genízaros que estaban en el tejado le bajaron agua en un cubillo de cuero, uno de los genízaros que se introdujeron por la cuerda en su prision salió de ella por la puerta, y corrió al antiguo serrallo á anunciar á su madre que su hijo habia sido hallado vivo, y que iba á ser restaurado en el trono de sus mayores.

XXIV

En tanto que la madre, que juzgaba á su hijo estrangulado, pasaba de la desesperacion al delirio de la alegría, Mustafá, izado en su colchon á la media naranja, era recibido en los brazos de los genízaros, y trasladado al patio, montado en el caballo del muf-

tí, para mostrarlo al pueblo. Pero cómo su debilidad y su emocion no le permitian, ni aun con la asistencia de sus dos esclavos, que lo sostenian por debajo de los brazos, el tenerse á caballo, lo apearon y lo colocaron en el trono en el salon del palacio. Aturdido por las aclamaciones de la multitud, prosternada en su presencia, rechazaba con un gesto de terror infantil el aspecto de los sables desnudos que deslumbraban sus ojos debilitados por las nieblas.

Durante esta exposicion de Mustafá I, otras escenas, entre los ulemas y los sediciosos, agitaban los patios exteriores. La proclamacion de Mustafá por la soldadesca era uno de esos azares revolucionarios desbordados, que consternan con el exceso de su victoria á los agitadores de los pueblos ó de las tropas. El muftí, yerno de Othman II y los ulemas, hombres ilustrados, que conocian la imbecilidad del tio de Othman, estaban muy léjos de pensar en destronar á un príncipe mal aconsejado para reemplazarlo con uno incapáz de consejo. Lo que se habian propuesto era sustituir ellos mismos al preceptor y al eunuco. Espectadores desconcertados de la proclamacion y de la presencia del idiota, miraban aquella ovacion como uno de esos delirios del pueblo ó de los soldados que deben reprobear los hombres de estado. Un

altercado violento se habia originado entre ellos y los genizaros, libertadores de Mustafá.

Al oír los primeros gritos de la multitud en favor de Mustafá I se apresuraron á aconsejar á Othman II, escondido en el fondo del haren, que entregase al khodja y al gran visir. Othman, que conservaba á su lado á estas dos víctimas para sacrificarlas en el último trance, á fin de rescatar con ellas su cabeza, acababa de hacer abrir en silencio una puerta secreta del palacio, y de entregar á sus dos amigos al furor de los soldados. Sus cadáveres habian servido de cebo sin saciarla á la crueldad de los asesinos; los gritos de *viva el sultan Mustafá!* continuaban resonando al rededor del serrallo.

« ¡ Insensatos, qué mas quereis ! » decian en vano los ulemas á los soldados ; « habeis obtenido mas de lo que pediais ; dejad ahora en paz al padischah. »

— « En efecto, hemos logrado lo que queriamos, » respondian irónicamente los soldados y el pueblo ; « hemos restaurado á nuestro sultan Mustafá I. »

— « Hermanos y compañeros, » replicaban el mufti y los scheiks, « el sultan Othman os saluda y felicita ; él os ha entregado á los que pediais, y os entregará otros si lo exigis, nosotros lo aseguramos en su nombre ; pero si volveis á colocar á Mustafá en el trono que no puede ocupar, os preparais á vo-

« sotros mismos y á los otomanos calamidades y arrepentimientos : escuchad á los sabios. »

— « Antes debierais habérmelo dicho, » replicaban los soldados, « ya no es tiempo ; hemos descubierto á nuestro padischah Mustafá, y es preciso que lo reconozcais juntamente con nosotros. »

— « No, no, eso no es legal, mientras el sultan Othman esté en el trono, » continuaban diciendo obstinadamente los ulemas.

— « Legal ó no, gritaron los mas impacientes del pueblo y del ejército, « hé aquí lo que os obligará á callar ó á proclamar al soberano, á quien nosotros restituimos el imperio que le pertenece ! »

Los sables, las hachas y los palos levantados sobre las cabezas del mufti y de los scheiks les hicieron comprender que no refrenan una sedicion aquellos que la han desencadenado. Uno de ellos murió de miedo allí mismo, los otros aclamaron al idiota que rechazaban de corazon. Los muezzines, subiendo por su orden á las galerias de los alminares de las mezquitas, proclamaron en la capital al sultan Mustafá I, padischah de los otomanos. Subiéronlo á un coche con los dos esclavos compañeros suyos de cautiverio ; un mameluco, Dervisch-aga, lo escoltó á caballo haciendo veces de caballero mayor ; el pueblo y los soldados tiraron del carruaje y condujeron al

sultán en medio de este sedicioso cortejo al antiguo serrallo para presentárselo á su madre. La madre y el hijo se abrazaron y se felicitaron de haberse librado de la suerte de la sultana Mahfiruz y su hijo, sacrificados pocos días ántes por orden de Othman II.



Entretanto el invisible Othman hacia aun temblar á los revoltosos. Corrió el rumor de que habia llegado á Scutari disfrazado, y de que iba á volver con una división de genízaros fieles á vengar sus ultrajes, reconquistar el serrallo y matar á Mustafá I. Temiendo los revoltosos por la seguridad de su ídolo, condujeron al nuevo sultán y á su madre á la mezquita de los genízaros para velar allí durante la noche.

Con efecto, Othman no estaba ya en el serrallo; huyendo del violado recinto del palacio, habia llegado, á favor de la oscuridad, á la playa, en donde sus remeros habian preparado las barcas para trasladarlo á Scutari. Pero el terror del serrallo y de los jardines invadidos por los sediciosos habia hecho abandonar

el puesto á los remeros. Ningun marino podia ayudar á Othman á levar el ancla y á manejar uno de sus caiques. Evadióse con Hussein-bajá, su antiguo visir, por una puerta oculta del jardín, y se refugió en un apartamento de la mezquita de los príncipes, próxima al cuartel de los genízaros, para tratar con ellos de su reconciliacion é implorar su apoyo. Hussein-bajá llevaba consigo bolsas de oro para tentar la codicia de los soldados.

En el camino, un servidor de Hussein-bajá dijo en voz baja al viejo visir: «¿Es prudente conducir al sultán tan cerca del cuartel de los genízaros, que acaban de colocar en el trono á otro padre dischah?»

— «El imperio y la fortuna,» respondió con una religiosa resignacion á la fatalidad el antiguo gran visir, «pertenece á aquel á que se le dan; poco importa que sea este ó el otro el sultán, con tal que el orden del mundo no sea interrumpido.» El mundo, en la lengua de los hombres de estado otomanos, era la capital del imperio.

sultán en medio de este sedicioso cortejo al antiguo serrallo para presentárselo á su madre. La madre y el hijo se abrazaron y se felicitaron de haberse librado de la suerte de la sultana Mahfiruz y su hijo, sacrificados pocos días ántes por orden de Othman II.



Entretanto el invisible Othman hacia aun temblar á los revoltosos. Corrió el rumor de que habia llegado á Scutari disfrazado, y de que iba á volver con una división de genízaros fieles á vengar sus ultrajes, reconquistar el serrallo y matar á Mustafá I. Temiendo los revoltosos por la seguridad de su ídolo, condujeron al nuevo sultán y á su madre á la mezquita de los genízaros para velar allí durante la noche.

Con efecto, Othman no estaba ya en el serrallo; huyendo del violado recinto del palacio, habia llegado, á favor de la oscuridad, á la playa, en donde sus remeros habian preparado las barcas para trasladarlo á Scutari. Pero el terror del serrallo y de los jardines invadidos por los sediciosos habia hecho abandonar

el puesto á los remeros. Ningun marino podia ayudar á Othman á levar el ancla y á manejar uno de sus caiques. Evadióse con Hussein-bajá, su antiguo visir, por una puerta oculta del jardín, y se refugió en un apartamento de la mezquita de los príncipes, próxima al cuartel de los genízaros, para tratar con ellos de su reconciliación é implorar su apoyo. Hussein-bajá llevaba consigo bolsas de oro para tentar la codicia de los soldados.

En el camino, un servidor de Hussein-bajá dijo en voz baja al viejo visir: «¿Es prudente conducir al sultán tan cerca del cuartel de los genízaros, que acaban de colocar en el trono á otro padre dischah?»

— «El imperio y la fortuna,» respondió con una religiosa resignación á la fatalidad el antiguo gran visir, «pertenece á aquel á que se le dan; poco importa que sea este ó el otro el sultán, con tal que el orden del mundo no sea interrumpido.» El mundo, en la lengua de los hombres de estado otomanos, era la capital del imperio.

XXVI

Desde su ignorado retiro en la mezquita de los príncipes, Othman hizo llamar al aga de los genizaros que deploraba secretamente el extravío de sus soldados, le encargó que ofreciese cincuenta ducados á cada soldado, una pieza de paño escarlata para su uniforme y un aumento de sueldo de diez aspros por día, si querian volver á la obediencia y deponer á Mustafá I.

Los oficiales, informados de estas ofertas por el general, se mostraron dispuestos á ceder. Al salir el sol se reunieron los genizaros en el patio de su cuartel. El general subió los peldaños de la escalera para que lo oyesen de lejos cuando les arengase; pero los soldados temian que les tendieran algun lazo, sabiendo que su aga habia tenido conferencias nocturnas con los emisarios de Othman. A las primeras palabras de su jefe para hacer un ajuste con Othman: « ¡Abajo! ¡abajo! el traidor, » gritaron del patio á los genizaros, que se hallaban mas próximos al

general: « malad al traidor y no le dejeis continuar. »

Un soldado, cómplice de los demas, empujó al aga al oír estas voces desde lo alto del palacio y lo precipitó sobre las escaleras; mil sables desenvainados lo despedazaron hasta que dió el último suspiro. El teniente, ó kiaya del general, y el tschausch, jefe de su escolta, huyeron á la mezquita para dar parte de este asesinato á Othman, cuyo asilo conocian.

Miéntas que este principe y sus últimos amigos deploraban la suerte del aga, que les presagiaba la suya, una banda de genizaros corria al antiguo serrallo á saludar á la sultana madre de Mustafá, y conociendo la imbecilidad de su hijo, la rogaban que nombrase ella misma un gran visir, capaz de salvar el imperio.

« ¿Hay alguno entre vosotros que sepa escribir? » preguntó esta mujer, esclava iliterata, á los soldados. Un simple genizaro, llamado Karra-Mossab, salió de las filas; redactó y escribió bajo la inspiracion de la sultana, los diplomas de las principales dignidades que ella y un soldado daban desde el fondo del antiguo serrallo á aquellos, cuyos nombres se venian á los labios de los sediciosos.

Daud-bajá, yerno y favorito de la viuda de Achmet I, fué nombrado gran visir sin noticia suya; Der-

visch-aga, el que habia montado á caballo al lado del carro grotesco en que la multitud paseaba á Mustafá por las calles, recibió el nombramiento de caballero mayor; en fin, Kara-Mossab mismo, que escribia, fué elevado al rango de gran mariscal de palacio, en recompensa sin duda de la iniciativa atrevida que habia sujerido á la sultana.

XXVII

Pero los genízaros y el pueblo no aguardaban ya la sancion de un gran visir ó de un muftí para ejercer su autoridad anárquica y su venganza. Dueños del fantasma soberano que rodeaban en el palacio de su aga, le hacian proclamar todos los oráculos necesarios á la soldadesca, con un gesto, un grito, una súplica, favorablemente acogida, apénas era presentada. Los asesinatos del khodja Omar, del antiguo gran visir Nassuh, del tesorero Baki, fueron ratificados despues de su muerte; los del caimakan Ahmed y todos los visires, cuyo nombre llegaba á los labios de un enemigo ó de un descontento, fueron proscritos por aclamacion; todas las medidas de policia ó

disciplina adoptadas contra la desmoralizacion y el desórden de las tabernas en los últimos dias del reinado de Othman II fueron abolidas.

Los soldados, dispuestos siempre á sacrificar las libertades civiles, pidieron unánimemente que el nuevo gran visir, hechura suya, gobernase dictatorialmente el imperio con el despotismo absoluto de un *orta*. El sultan, que no sabia ni rehusar ni consentir, se adheria con un movimiento de cabeza, bajo la inspiracion de dos esclavos negros, que estaban en pié á su lado, como dos nodrizas al lado de un niño.

XXVIII

Entretanto, los genízaros que acababan de matar á su general en las escaleras de su cuartel se habian diseminado, por indicio de algunos traidores, en busca de Othman II. Señalóseles con el dedo el refugio mas encubierto del príncipe en las cocinas de los pobres, contiguas á la mezquita de las tumbas. Halláronlo envuelto en esteras, sin mas vestido que una camisa ó túnica blanca pegada al cuerpo, y por tur-

bante un gorrillo encarnado semejante al de los eunucos del interior del haren.

Un soldado, por burla ó compasion, le puso su propio turbante. Los otros, sacándolo y empujándolo brutalmente hácia el patio de la mezquita, que resonaba con imprecaciones é injurias, lo hicieron montar en un caballo cojo, flaco y lleno de heridas, que llevaban á los muladares. En aquella picota ambulante mostraban al pueblo al que la víspera, segun la expresion de los otomanos, proyectaba *su sombra sobre el mundo*,

El viejo visir Hussein-bajá, y el jefe de los bostandjis Mahmud, sorprendidos en el mismo asilo, en donde no habian querido abandonar á su señor, eran conducidos detrás del caballo á sablazos dados de plano. Mahmud fué perdonado por los soldados porque habia disimulado, como jefe de la policia, los desórdenes de los borrachos sorprendidos en las tabernas por sus patrullas. En cuanto al viejo visir Hussein, veterano temido de las tropas á causa de sus severas palabras en los campamentos, los genizaros no le perdonaron el haberlos llevado á la boca de los cañones en la última guerra de Polonia y el haber respondido á los que echaban en cara que no economizaba la sangre de los soldados: «¡Qué importa nuestra vida! Lo que importa es la victoria.

¿Le faltan soldados al padischah? Cuando no tengamos burros, montaremos caballos.»

No pudiendo clavar la punta de los sables en su pecho, que defendia la cota de malla que tenia debajo de su caftan, le cortaron la cabeza, la llevaron como un trofeo al sultan, y arrojaron su cadáver á los piés del caballo.

«¡Ay!» dijo Othman, olvidando sus trabajos para llorar á su antiguo amigo; «ese al ménos estaba bien « inocente; si hubiese seguido sus consejos, la des-
« gracia no pesaria sobre mi cabeza.»

Estas nobles quejas no ablandaron á los soldados: todo es criminal en las víctimas para la soldadesca, hasta su misma actitud. Si son valientes, las odia, si cobardes, las desprecia. Los sarcasmos no dejan lugar á la compasion: «¡Querido Othman! ¡noble padre dischah!» le gritaban los soldados implacables que buscaban la risa en el suplicio, «jóven y bello príncipe, cuya palabra es la ley del mundo, ¿no gustais « de recorrer esta noche las calles de Constantino-
« pla, seguido por vuestros bostandjis para sorprender
« á los borrachos en las tabernas de vino de los grie-
« gos, encadenar á los genizaros y á los spahis en las
« galeras de vuestra flota, y hacerlos arrojar al mar?»
¡El pueblo aplaudia con estrepitosas carcajadas de cínica jovialidad estas chanzas de cuartel!

Otros, de furor mas grave, le preguntaban: « Si
« habian sus antepasados levantado el edificio impe-
« rial pasando miserables revistas de *seghbans*; si los
« sirios, los egipcios y los bostandjis habian cons-
« truido las fortalezas del Eufrates y del Danubio. »

Un genizaro, mas bajo y feroz que los demás, hijo
de un platero de Constantinopla, depravado por to-
dos los vicios ignobles de la capital, iba al lado de su
caballo, y le pellizcaba la pierna para arrancarle un
grito de dolor:

« ¡ Insolente maldito! » le dijo el sultan llorando,
sin poderse contener, de vergüenza y de dolor: « ¿ no
« te acuerdas de que ayer era tu padischah, y de que
« te prosternabas en presencia del que hoy ultrajas? »

Cuando llegó al cuartel que habia enfrente de la
mezquita, á donde Mustafá I habia sido conducido
por el pueblo, Othman fué entregado á la guardia y
á merced del jefe de los genizaros. Desde la galería de
la mezquita se veia la ventana del cuarto en que los
genizaros vigilaban á su víctima. Los dos príncipes y
los dos reinados se hallaban separados por una plaza.
El pueblo y la soldadesca se agitaban entre el cuar-
tel y el templo, los unos saludando con sus aclama-
ciones al nuevo príncipe, los otros injuriando y mal-
diciendo al último.

La grandeza trágica y la compasion que inspiraba

tan extraña vicisitud, comenzaban á impresionar mas
gravemente á la multitud. Habiendo subido los muez-
zines á las galerías de los alminares para llamar al
pueblo á la oracion, corrió por la plaza el rumor de
que aquella era la señal del suplicio de Othman. To-
dos los rostros se volvieron hácia los cuarteles, en
donde debia tener lugar la ejecucion:

« No, no, no, » exclamaron mil voces de entre la
multitud, dirigiéndose á los genizaros de guardia:
« no se debe hacer ningun mal al sultan depuesto.
« ¡ Qué el sultan Mustafá reine ahora sobre nosotros!
« enhorabuena, así lo queremos, pero que se pre-
« serve la vida al sultan Othman para las eventuali-
« dades del porvenir. »

El gran visir Daud-bajá, que acababa de presen-
tarse en aquel sitio, subió á la habitacion que servia
de encierro á Othman, y llevándolo de la mano á la
ventana, lo mostró al pueblo para calmar sus cla-
mores, y atestiguar que estaba vivo todavía.

XXIX

Esta inesperada emocion del pueblo en favor suyo
habia despertado alguna esperanza en el corazon de

Othman II; y se atrevió á apelar al sentimiento y á la razon de sus carceleros: « ¿Qué pretendeis hacer con vuestro emperador? » decia á los soldados conmovidos con los gritos de compasion del pueblo. « ¡Cómo! ¡vosotros, genízaros, apoyos del imperio, consumaríais su ruina y la vuestra! » Luego, apercibiéndose del turbante viejo que llevaba en la cabeza, arrojándolo con indignacion, é implorando á sus guardias con la frente desnuda, los ojos bañados en lágrimas, la voz entrecortada de suspiros: « Si os he ofendido involuntariamente, les decia, perdonadme; ayer era vuestro padischah, hoy me veo desnudo; ¡que os sirva yo de ejemplo! Tambien vosotros tendreis que sufrir quizá las vicisitudes de la fortuna, tambien vosotros tendreis necesidad de misericordia. »

Los soldados se enternecian, el jefe de los chiaux del gran visir, que habia subido con Daud-bajá quiso evitar, ahogando con su voz el efecto de las súplicas de Othman y le echó la cuerda á la garganta para extrangularlo; pero Othman, que lo expiaba, como la victima que presiente el verdugo, puso sus manos vigorosas entre su cuello y la cuerda, y desatando el nudo corredizo, suspendió al ménos el momento de su muerte.

Los oficiales presentes de los genízaros dijeron al

chiaux que no precipitara nada en tal ocasion, tal lugar y en presencia del pueblo, que lo haria responsable de la muerte de un sultan, que al parecer se queria perdonar. Daud-bajá que habia acudido para precipitar el suplicio que aseguraba el trono á su pupilo, la influencia de su suegra la sultana madre, su propio ascendiente, estimulaba con la vista á los verdugos:

« Bárbaro, ¿qué te he hecho á tí, » le dijo Othman, « para que vengas á mendigar mi suplicio de mis esclavos? ¿No te he librado dos veces de la muerte que el gran visir queria infligirte? ¿No te he devuelto contra la voluntad del divan las dignidades que se te habian quitado? ¿de dónde proviene el aborrecimiento encarnizado que me tienes. ? »

— « Es una serpiente, gritaba desde la parte opuesta de la plaza la sultana madre de Mustafá á los genízaros indecisos y revueltos; es una serpiente, no la escuchéis; si se libra de vuestras manos, os hará morir á todos. »

Daud-bajá, que oia la voz de la sultana, hizo signo á los verdugos de apretar la lazada; pero los oficiales los apartaron para obedecer al murmullo indulgente del pueblo. Tranquilizado Othman II con su intervencion se volvió hácia el jefe de la guardia, que respondia de él á sus camaradas:

« ¿Quién, pues, te ha dado tu empleo? » le preguntó, juzgando que era él mismo, y que el reconocimiento se despertaría con el recuerdo del beneficio.

— « El sultan Mustafá, » respondió el comandante del cuartel.

— « El sultan Mustafá, repuso Othman, es un idiota, que no sabe siquiera como se llama; ven, abre esa ventana, y déjame hablar á mis servidos res. »

El oficial, subyugado ú enternecido abrió una ventana del aposento que daba al peristilo de la mezquita que tocaba por un ángulo al cuartel de los genizaros. El instinto de la vida en un hombre jóven que no quiere morir, la energía del carácter que no se habia debilitado desde la vispera en el soberano precipitado del trono, la esperanza que los gritos favorables volvian á su alma, el conocimiento de la imbecilidad del competidor que le oponian, la experiencia de la variabilidad de los movimientos populares, la confianza en fin en la impresion que producirian sobre la multitud el aspecto de su desnudez y la elocuencia de sus lágrimas, dieron á Othman acentos tan patéticos como lo eran las circunstancias; habia desconcertado á los soldados, aterrado al gran visir, y no dudaba de dominar al pueblo:

« Mis agas, mis spahis, mis genizaros, gritó á la

« soldadesca que lo escuchaba desde abajo, y vosotros, padres míos, que me habeis protegido en la cuna, defendido en los campamentos, instruido en los divanes, guardado en el trono, si por ignorancia, por juventud, por buena intencion engañada, he prestado el oido á consejos funestos, ¿porqué humillarme hasta el punto de envilecer vuestra propia soberanía? Si no me quereis ya para padis-chah vuestro, decidlo, yo sabré bajar del trono y morir sin degradarme ni degradaros con esas indignidades que deshonran el nombre otomano. » El pueblo, mezclado con los soldados lloraba oyendo este discurso, y algunas voces pedian que se perdonase el arrepentimiento y se volviese á conducir á Othman al serrallo.

XXX

La sultana, madre de Mustafá, oyendo la voz de Othman II y el rumor de las ondulaciones de la multitud, habia salido á la galería de la mezquita, y entrado despues á lo interior, atraida por los gritos de terror de su hijo, para tranquilizarlo y hacerle tomar

una actitud mas humana que infantil. Pero el pobre fantasma de soberano apénas habia perdido de vista á su madre, cuando volvía á caer en la misma debilidad. Al menor choque del tumulto exterior producido por la lucha de clamores entre el pueblo y los soldados, se agitaba sobresaltado en su divan. Sentado sobre el mihrab de la mezquita entre sus dos esclavas mudas y atentas, se levantaba asustado, figurándose que los satélites de Othman forzaban las puertas para inmolarlo, se lanzaba hácia la ventana para huir de ellos, y agarrándose á las barras de la reja destrozaba sus manos en los hierros cruzados, como forcejando para que se abriesen y le dejasen espacio por donde escaparse. Sus dos esclavas lo hacian volverse á sentar con mucho trabajo. Los espectadores, llenos á la vez de terror y de compasion, no sabian á quien tener mas lástima, si al hombre que iba á volver á ocupar el trono apesar suyo, ó al imperio que iba á ser dominado por tal señor.

« Ven, ven, cálmate, aquí estoy yo, leon mio, » le decia su madre recibéndolo trémulo en sus brazos, » leon mio, tigre mio, hijo mio, padischah mio, « sé digno de tu pueblo y de tu madre; tú ves que se arrodillan y que yo no tiemblo. »

Othman por su parte, á algunos pasos del mihrab de la mezquita, aunque en el peristilo de otro edificio

adyacente, luchaba por la vida con la misma intrepidez con que luchaba la sultana por la salvacion de su hijo y por el imperio. Pálido, medio desnudo, la cabeza descubierta, su camisa desgarrada por los hombros, pedia á Daud, al pueblo y á los soldados que se compadecieran de él y de ellos mismos reflexionando á qué soberano iban á entregarse pasando por encima del cadáver de su verdadero padischah.

Los gestos de la sultana, los gritos de Mustafá, y las súplicas de Othman llamaban alternativa ó juntamente la atencion de la muchedumbre. Daud-bajá, colocado siempre con los verdugos detrás de su víctima, se aprovechó de uno de aquellos instantes en que las cabezas estaban vueltas hácia la galería de la mezquita, y mandó por la tercera vez al jefe de los chiaux que echaran el cordon al cuello del sultan.

El comandante del cuartel, que habia prolongado ya la agonía de Othman soltando la lazada y permitiendo á Othman que se presentase en la ventana y hablase á los expectadores, soltó tercera vez el cordon, y se lo tiró indignado á los chiaux. Los genizaros, cuyo primer furor habia tenido tiempo de evaporarse y cambiarse en compasion, aplaudieron el rasgo de humanidad del jefe de la guardia. Daud se retiró aplazando apesar suyo el crimen, y Othman,

confiado á los genizaros se quedó en el cuartel con un puñado de soldados, suspendido entre la vida y la muerte.

XXXI

El gran visir pasó del cuartel á la mezquita, y se aprovechó del resto del dia para hacer tomar á Mustafá I posesion del serrallo y del trono. El mismo carruage descubierto, tirado por los soldados sediciosos y el populacho que habia conducido á Mustafá al palacio de su madre, lo llevó entre sus dos negras de la mezquita al serrallo. Un innumerable gentío lo saludaba con sus aclamaciones y hacia votos por él. Los otomanos, compadeciendo su doble infortunio, gozando con dar la libertad á un pobre cautivo, olvidaban que iban á sentar sobre el trono á un fantasma.

Durante esta marcha medio triunfal y medio burlesca, Daud-bajá, con el objeto de alejar de su cuartel la masa de genizaros que estorbaba con su presencia sus designios les hizo decir secretamente que Hussein y Othman II habian depositado la vispera

muchas riquezas en el palacio del aga, de donde se habia sacado al príncipe fugitivo para llevarlo á los cuarteles. Al oír esto, los genizaros salieron en tropel del cuerpo de guardia, olvidaron á Othman y se dirigieron al palacio del aga para saquear y repartirse el supuesto tesoro. Allí hallaron á los once verdugos de Hussein, y la distribucion tumultuosa del botin los tuvo alejados, distraidos y embriagados en las tabernas parte de la noche.

Informado Daud del abandono del cautivo, corrió con teas, acompañado de chiaux y de bostandjis al cuartel, bajo el pretexto de trasladar al sultan destronado á una prision mas digna de la majestad del prisionero. Esta escolta, alumbrada con hachas, condujo á Othman á través de las calles que obstruia el gentío al castillo de las Siete Torres. El pueblo, que seguia con impresiones diversas aquel cortejo, se retiró poco á poco despues que se cerraron las puertas de la nueva prision del infortunado príncipe.

Corria el rumor de que no se atentaria á su vida para volverlo arrepentido y enmendado al trono, si se probaba otra vez mas la incapacidad de reinar de su tio. Ningun otomano desinteresado en la cuestion del trono pensaba ni queria su muerte. Solo la deseaban aquellos pocos, que temian por los ultrajes que le habian hecho no ser jamás perdonados ni vivir

tranquilos, tales como Daud y la sultana, dueños ya de la persona de Othman, cuya vida los condenaba á temblar por su dominacion y hasta por sus cabezas.

Así, apénas se hubieron cerrado las puertas del castillo de las Siete Torres, en que acababa de entrar Othman II, apénas el silencio exterior anunciaba la dispersion del pueblo fuera, Daud-baja, acompañado por el jefe de los djebedjis y de dos robustos chiaux entró en el cuarto del preso con el cordon de seda en la mano.

Othman, á quien veinte horas de angustias no habian abatido su energia y vigor, y que habia eludido tres veces el suplicio retardándolo, peleó desesperadamente contra sus cuatro asesinos. La prision, en donde se hallaban encerrados, resonó mucho tiempo con los gritos, y los golpes de una lucha terrible entre este jóven de diez y ocho años y los verdugos ejercitados en el suplicio. Largo rato se prolongó esta en las tinieblas; Othman confiaba sin duda, sosteniéndola hasta que sus fuerzas se agotasen, en que el ruido llamaría en su socorro á la guardia, ó en que el pueblo forzaría las puertas á la voz de su sultan. La guardia era cómplice y el pueblo estaba ausente.

El jefe de los djebedjis llegó al fin á echar y apretar el nudo del cordon al rededor de la garganta de

Othman, miéntras que Daud y los chiaux, de rodillas sobre su pecho, se esforzaban en sujetar sus brazos y sus piernas. Sus esfuerzos reunidos no bastaban para contener á este leon, cuando uno de aquellos feroces ejecutores, llamado Kalender-Oghli, ejercitado en el vil oficio que desempeñan los eunucos, cogió con mano de hierro y destrozó los órganos de la generacion de Othman. El dolor le arrancó un grito terrible al jóven; quedóse desmayado y en aquella situacion exánime fué estrangulado.

Daud le cortó una oreja con su propio puñal, y la envolvió en su pañuelo de seda para llevar á la sultana Validé esta prueba segura de la realidad de la muerte de Othman II y de la seguridad del reinado de su hijo. Aquel era el primer sacrilegio de los otomanos contra la majestad de la *sombra de Dios*.

XXXII

M. de Hammer, cuya erudicion opone con frecuencia raza á raza, crimen á crimen, en provecho de la experiencia humana, ha hecho un paralelo entre la muerte del emperador griego Andrónico, y la del em-

perador turco Othman, que juzgamos conveniente citar :

« La suerte de Andrónico, y la de Othman II, dijo,
 « presentan grandes semejanzas. Cuando Andrónico
 « fué conducido á Chilai (hoy Bebek), en donde ha-
 « bia encerrado y privado de la vista anteriormente
 « á Alexis Comneno, el mar, como si recordase las
 « ejecuciones que tantas veces habian ensangren-
 « tado sus olas, lo arrojó con violencia á la playa.
 « Cargado de cadenas por los arqueros, sufrió en
 « presencia de su competidor Isaac los mas igno-
 « miniosos tratamientos; lo abofetearon, le dieron
 « de puntapiés; las mujeres de los que habian sido
 « condenados á perpétua oscuridad por órden suya,
 « le arrancaron los cabellos y le rompieron los dien-
 « tes; cortósele una mano, sacósele un ojo, y fué en-
 « cerrado en la torre Anemas del palacio de los
 « Blakernes, donde lo dejaron sin darle ningun ali-
 « mento. Algunos dias despues le arrancaron el ojo
 « que le quedaba, y fué paseado por la ciudad en un
 « camello sarnoso para diversion del populacho. Al-
 « gunos descargaron sus mazas en su cabeza, otros
 « vertieron sobre él vasos llenos de aguas sucias y le
 « llenaron las narices de barro; algunos le mojaron
 « los labios con esponjas mojadas en inmundicias.
 « Despues fué colgado en el hipódromo, junto á las

« dos columnas, entre las estatuas de la loba y de la
 « hiena; en medio de sus sufrimientos exclamaba:
 « *Señor, apiadaos de mí, no rompáis una cána ya*
 « *quebrantada.* Los malvados lo despojaron de sus
 « vestidos; uno de ellos le clavó una pica, que en-
 « trándole por la garganta le llegó hasta el vientre.
 « Dos latinos le atravesaron los costados con sus es-
 « padas para ver cual de ellas estaba mejor templada.
 « En seguida espiró llevando á su boca el muñon
 « sangriento de su brazo, cuya sangre queria proba-
 « blemente chupar. Este suplicio fué el mas ignomi-
 « nioso y cruel de cuantos se infligieron á un sobe-
 « rano destronado, sobrepujando la barbarie bizantina
 « á la barbarie turca. »

No desarrollaremos este paralelo sangriento del historiador aleman en beneficio ó para excusa de uno ó de otro crimen. Solo diremos que Andrónico habia merecido la muerte y que Othman solo era digno de compasion. Pero todo suplicio, aun el de un príncipe culpable es un crimen cuando es ejecutado sin previo juicio; el pueblo que mata sin derecho, sin jueces y sin piedad, deshonorra la humanidad en vez de vengarla, cometiendo otro crimen.

El reinado de Othman II no dejó mas que su cada-
 ver á la historia de los otomanos.

XXXIII

Su cuerpo se sepultó clandestinamente por la noche en la tumba de sus padres. El muftí, cuya hija única se había casado con Othman apesar suyo, no perdonando al sultan difunto la violencia moral que había sufrido, por no atreverse á declinar tal honra, rehusó el orar sobre su sepulcro, y renunció al pontificado por no tributar los honores religiosos debidos á su yerno.

El segundo reinado de Mustafá I comenzó por las oscilaciones y retrocesos que agitan el ánimo de los pueblos y de los soldados despues del triunfo de las grandes sediciones. Pocos dias despues de la instalacion de Mustafá, mientras que este príncipe asistía con su madre á una fiesta de familia en casa del gran visir Daud, los soldados formaron grupos delante de su palacio y obligaron á Daud á bajar á la plaza para que les diera cuenta de su crimen.

« ¿Porqué, le dijeron, has mandado matar contra nuestra voluntad al sultan Othman que habíamos puesto bajo tu salvaguardia?

— « Le he dado muerte, » respondió el gran visir, « por orden del señor del mundo, nuestro sultan « Mustafá. » Esta respuesta que imponia la responsabilidad del crimen á la voluntad quimérica de un idiota, pareció que dejaba aquel dia satisfechos á los soldados. La sombra del sultan les imponia todavia. Pero al dia siguiente, se presentaron en mayor número con otro pretexto, exigiendo á voces las cabezas de los que se habían salvado á favor del tumulto el dia de la catástrofe de Othman. Se trataba de las de Omar, preceptor de Othman, de Ahmed el camaikan, de Nassuh-bajá y algunos otros, consejeros, visires ó favoritos de Othman. Daud les abandonó sin dificultad estas cabezas por salvar la suya. Pero la fuga y las montañas inaccesibles de Asia dieron asilo á estas víctimas.

Por su parte los pajes del serrallo, avergonzados de servir á un fantasma de soberano, é indignados con el asesinato de un sultan de su misma edad, que lisonjeaba su orgullo y su ambicion, mataron por la noche á su gobernador, el jefe de los eunucos blancos, acusado por ellos de haber cooperado á la deposicion y al suplicio de Othman, á quien idolatraban. Su cádaver lo colgaron por los piés en la plaza del hipódromo.

« Este eunuco meditaba, decian ellos, el sacrificio

« de los jóvenes príncipes, hermanos de Othman II, « sobrinos de Mustafá, instigado por la sultana Validé y por su yerno Daud. » Los spahis y los genizaros, amotinados por los pajes, se agruparon de nuevo para intimar á Daud que respondiese con su cabeza de la de aquellos muchachos, llamados quizá á ocupar el trono. El nuevo muftí, llamado Yahya, persuadió á la sultana Validé de la unánime impopularidad de Daud, sobre quien recaía justa y perpetuamente la sangre de su víctima.

Atacado por todos, hasta por sus cómplices, y mal sostenido por su suegra, que veía vacilar el imperio entre sus manos, Daud cedió la dignidad suprema á Mere-Hussein, antiguo cocinero del serrallo, que había llegado por el capricho de la fortuna á general del ejército de Hungría, y á gobernador del Egipto. La firmeza, que se esperaba de él contra las sediciones incesantes, fracasó ante su complicidad en la muerte de Othman. El día que distribuía la paga á las tropas, un soldado se lanzó á él sable en mano, gritando: « ¿ Qué habeis hecho del sultan Othman ? » Aquel era el grito del remordimiento de sus camaradas y del pueblo, que se explicaba por una sola boca. El soldado vengador hirió levemente con su puñal á Hussein y á muchos oficiales de su escolta antes de que cayera él mismo bajo los golpes de los chiaux y de los muezzines.

Este tumulto no hizo mas que provocar otro. El gran visir, para evitar la sedicion de las tropas, resolvió alejarlas de la capital con pretexto de la guerra. Comenzó por separar á Dervisch-bajá, aga de los genizaros, hombre turbulento que hemos visto el día de la caída de Othman acompañando como caballero el carro en que era conducido Mustafá al antiguo serrallo. Para disimular este destierro, el gran visir lo nombró gobernador de Caramania. Una barca imperial lo había trasportado al puerto de Mudania, en la costa asiática de la Propóntide.

Los genizaros, inquietos con la desaparicion de su aga, pretendiendo que lo habían ahogado en la travesía, se precipitaron tumultuosamente y armados en los patios del serrallo, pidiendo á voces la deposicion y el castigo del gran visir. La sultana Validé, arrancada del haren por estos clamores, dictó á su aterrado hijo un katti-scherif suplicante, dirigido á los soldados : « Nombrad gran visir á Daud-bajá, á Gurdji-Mohammed-bajá, ó á Lefkeli-Mustafá-bajá, « poco me importa ; el que elijais será aceptado por « mí. »

Este katti-scherif servil, aumentó la confusion y el furor de los revoltosos. Se sentían incapaces de obedecer y mas aun de mandar. Los gritos redoblaron. La sultana Validé, que había dictado este katti-

scheref á su hijo, trató de saber por segunda vez qué influjo ejercería su presencia sobre las tropas. Salió cubierta con un velo trasparente, y apareció ante los soldados en actitud suplicante. El aspecto inusitado de una mujer cuyas lágrimas, realzando su belleza, brillaban á través de la muselina trasparente de las Indias que cubría sus facciones, el respeto que inspiraba la madre del emperador, el recuerdo de la energía que había desplegado para salvar y coronar á su hijo falto de juicio el día de la revolución, hizo prosternarse á sus piés á los sediciosos. Desgarraron al katti-scherif en que el sultan los dejaba en libertad de nombrar un gran visir, y prometieron obedecer al que eligiese libremente su padischah.

Mustafá-Letkeli, hermano de la nodriza del sultan, fué nombrado por influjo de su madre. Pocos dias hacia que gobernaba, cuando un nuevo motin se suscitó contra él, pretextando que había dado las primeras dignidades de la Iglesia á un conductor de burros y á un músico, ambos amigos suyos. En tres meses recibía el sello un tercer gran visir, Gurdji-Mohammed.

XXXIV

No mantenido por el respeto el poder que se hallaba desconsiderado en su origen, era menester sostenerlo con el terror. Las puerilidades de Mustafá I trascendian en Constantinopla apesar del misterio con que se trataba de encubrirlas. Tan pronto burlando la vigilancia de los que lo guardaban, corría de kiosko en kiosko, llamando á voces á Othman para que lo librara del peso de reinar, olvidando como el emperador Claudio, cuando reclamaba su mujer, que el mismo había firmado la sentencia de muerte de su sobrino, como quería entrar á caballo en una barca, prometiéndose atravesar así el mar. Algunas veces se creía profeta, favorecido con revelaciones celestes, que la adulacion y la lisonja cumplian para complacerlo. El pueblo crédulo, dispuesto á venerar la debilidad de espíritu como un don de inocencia, gracia del cielo, admiraba en aquellas revelaciones el dedo de Dios sobre la cabeza del idiota inspirado.

Los scheiks de las mezquitas se servían de este

prestigio de las supuestas inspiraciones de Mustafa para edificar á los creyentes y acreditar la idea de su santidad. « Se encierra semanas enteras para llo-
 « rar y orar en su cuarto, » decian en el púlpito;
 « vé á su sobrino Othman transfigurado en el pa-
 « raíso y coronado con una diadema inmortal. Ro-
 « gad por vuestro santo padischah, para que Dios
 « consuele sus penas y bendiga sus lágrimas. » El
 pueblo lloraba y rezaba.

El gran visir, por complacer á los scheiks de las mezquitas, publicó un decreto que prohibia la venta del vino en las tabernas á las tropas. Los gritos de los soldados ocasionaron su destitucion. Dervisch-bajá, nombrado ya y depuesto como se ha visto, fué otra vez nombrado y otra vez separado. Un eunuco, llamado Mohammed, envejecido en los altos destinos, fué el sucesor de Dervisch. Fundáronse muchas esperanzas en un hombre tan experimentado y que no habia pertenecido á ninguno de los partidos de la córte ó de los cuarteles que destrozaban el Estado. El pueblo de Constantinopla, cansado de la anarquía militar, era favorable al eunuco que se hallaba decidido á poner coto al desórden. Amenazó á Dervisch-bajá, favorito de los genizaros, con hacerle dar cuenta de sus riquezas.

En su primera fermentacion contra el eunuco, los

genizaros fueron silbados por la muchedumbre :
 « Temblais por vuestro *halconero*, » decia el pueblo á los soldados (sirviéndose del apodo de Dervisch que amaestraba halcones ántes de su fortuna), « y habeis
 « abandonado como miserables mudos á vuestro pa-
 « dischah Othman, cuyo pan comiais, que se os ha-
 « bia confiado como un depósito sagrado en vuestro
 « cuartel por nosotros y por el sultan actual Mus-
 « tafá. »

Los genizaros, despopularizados por su ingratitud y su sacrilegio contra Othman, no sabian que responder. Ya con el pretexto de vengar á este sultan, gobernadores, generales y bajás se declaraban dispensados de obedecer á la Puerta, y juraban hacer expiar á los genizaros el homicidio de Othman. De este número eran Yusuf-bajá, gobernador de Trípoli en Siria, y Abaza-bajá, gobernador de Erzerun.

Yusuf era un turcomano, que habia llegado á fuerza de astucia al poder, afirmado en el poder por el crimen, y á quien el buen éxito de sus maldades estimulaba á concentrarlas cada vez mayores. Mucho tiempo hacia que habia expulsado de su provincia á los genizaros, reemplazándolos por bandas de *seghbans*, milicia local y personal, instrumento cómplice y víctima alternativamente de sus feroces ejecuciones. Tal enemigo, armado con una queja tan justa y

tan nacional como era el asesinato de un sultan, era terrible á los genizaros.

Abaza, nombre que debia á su tribu, los abazes del mar Negro, vecinos de los circasianos, era un prisionero que pasó á esclavo del viejo gran visir Murad, vencedor de los persas. Habiéndose distinguido por su valor en la escuadra de Khalil, capitan-bajá, habia subido de grado en grado á gobernador de Merasch. Enemigo de los genizaros, como Yusuf, pertenecia Abaza al número de los generales que habian levantado en Siria y en Mesopotamia milicias aguerridas, á las que queria ir á incorporarse Othman II para sacudir el yugo de los genizaros, cuando el descubrimiento de este proyecto le costó el trono y la vida.

Su abierta rebelion hizo estallar otra en Constantinopla contra el eunuco Mohammed. El capitan-bajá Khalil y el gran visir murmuraban: « Los genizaros « son los instigadores secretos del rebelde; Hussein « le ha dado su hija. » Pero estas murmuraciones, sin eco en el pueblo, se estrellaron contra la impasibilidad de Mohammed. La vergüenza y la execracion de su crimen, reprobado por todos los buenos musulmanes, comenzaban á pesar de tal suerte en el ánimo de los soldados, que trataban á todo trance de descargarse de semejante responsabilidad. Los spa-

his echaban la culpa á los genizaros, los genizaros á Daud, yerno de la sultana, este á Mustafá I; nadie queria soportar la acusacion de aquel crimen que clamaba imperiosamente venganza.

Bello es ver á una nacion agitarse por sí misma como un gran criminal bajo el remordimiento de un atentado impune, y pedir, por decirlo así, á la justicia que le perdone ó le conceda la expiacion de la sangre inocente.

XXXV

Los spahis, no pudiendo tolerar por mas tiempo la censura ni el mismo silencio de sus oficiales que les echaban en cara su complicidad en la muerte de Othman II, separaron su causa de sus camaradas los genizaros. Reuniéronse en la mezquita del hipódromo, en donde se habia verificado ante su vista el drama del asesinato del sobrino y la coronacion del idiota, y mandaron á su secretario que redactase una súplica al sultan concebida en estes términos: « Si « el padischah ha decretado la muerte de Othman,

« que lo diga, y que libre nuestro honor de las calumnias del pueblo. »

Esta súplica, sin respuesta durante algunos días, alentó al pueblo, á los scheiks y á los ulemas para pedir con más fuerza que se castigase la sedición contra Othman. Los spahis, para disculparse mas todavía, invocaron á voces el juicio de los asesinos del padischah. « Entregamos al homicida, » dijeron á los ulemas, « y nosotros mismos administraremos la justicia. »

Obligado al fin el sultan por el clamoreo de los spahis á declarar la verdad, respondió con un kattischerif lacónico que no era él culpable de la muerte de su sobrino. « Jamás he dicho á nadie que era preciso matar al sultan Othman, » decia Mustafá en este kattischerif; « Daud ha mentido. Si aun viven los asesinos, deben expiar su crimen. »

Este testimonio de Mustafá, que se indignaba del crimen á que debia el trono, no dejaba á los spahis y á los genizaros otra alternativa para apaciguar al pueblo que hacer el papel de vengadores de sus propios atentados. Afectaron mas zelo y mas furor que el mismo pueblo en la averiguacion y el exterminio de los regicidas. Corrieron por las calles durante la noche con espada en mano, persiguiendo á los complicados en la muerte de Othman.

El jefe de los djebedjis, uno de los cuatro asesinos que habian extrangulado al príncipe en el calabozo de las Siete Torres con Daud, que le habia cortado la oreja para mostrarsela á la sultana Validé, fué sacado de su casa y conducido al borde de la misma fuente en que el infortunado Othman habia pedido en vano un poco de agua, cuando lo llevaban á morir. Cortáronle la cabeza allí mismo, como si su sangre hubiese de expiar la gota de agua tan cruelmente rehusada.

XXXVI

Las calles resonaron por espacio de dos días con los gritos de venganza proferidos contra Daud-bajá, el mas culpable, el mas poderoso y el mas feroz de los autores de la revuelta. Habia logrado escaparse por la puerta de su haren, y ocultarse en el arrabal de Aiub, en una casa modesta de un spahis que le debia algunos beneficios. Las constantes investigaciones que hicieron los soldados lograron descubrirlo al fin del tercer dia, escondido detrás de unos arneses

del caballo, en la cuadra del ginete. Desgarráronle los vestidos, pusieronle para escarnecerlo unos harapos llenos de barro, y lo subieron á una carreta inmundada para conducirlo en medio de las imprecaciones del populacho al castillo de las Siete Torres, teatro de su crimen, destinado á serlo tambien de su suplicio.

Kalender-Oghli, el tercero de los asesinos de Othman, jefe despues de la policia de la capital bajo el visirato de su cómplice Daud, fué llevado con la misma ignominia al mismo sitio. El fingido furor de las tropas y la cólera verdadera del pueblo parecieron un instante satisfechas con estas expiaciones; ellas se reflejaban, mas de lo que convenia á la seguridad del trono, no sobre el inocente Mustafá I, sino sobre su madre, la sultana reinante.

El aga de los genizaros, excitado secretamente por el haren, que tenia interés en salvar á Daud, reunió sus soldados en la mezquita, y fingiendo apelar á la generosidad militar: « Camaradas, les dijo, ahora ya « estais satisfechos, Daud-baja está preso, su suerte « está en manos del padischah, su juez y su señor; « prometedme no proferir mas imprecaciones contra « él, y no amolinaros para dar gritos de muerte con- « tra nadie.»

Los soldados, engañados con esta apariencia de

magnanimidad se lo prometieron, y entraron silenciosos en su cuartel.

XXXVII

Aprovechándose de esta buena disposicion de los soldados, la sultana Validé y su hija, la sultana esposa de Daud, conspiraban poniendo en juego los artificios de dos mujeres, que disponen del tesoro, para salvar la una á su marido, la otra á su yerno. No se les ocultaba que el suplicio de su instrumento era el precursor del suyo propio. Sus liberalidades y sus promesas lograron formar durante la noche un partido favorable á Daud. El verdugo mismo, ganado á fuerza de oro, prometió diferir la ejecucion para dar tiempo á que se agrupasen sus libertadores, y lo arrancasen del suplicio.

Al dia siguiente, en efecto, en el momento en que Daud, conducido desde las Siete Torres al divan, oia su sentencia de muerte, y era trasportado por los verdugos con los harapos de la vispera á la fuente bañada con la sangre del jefe de los djebedjis, para mo-

rir allí, el ejecutor le dió mas tiempo que el que se concedia á los condenados para hacer su oracion.

Daud, de rodillas y sin turbante, teniendo ya sobre su cabeza el sable desnudo del verdugo, sacó de repente de su pecho y leyó en alta voz el katti-scherif de Mustafá, que le ordenaba dar muerte á Othman. Este katti-scherif extendido despues del suceso, habia sido sin duda arrancado al sultan y entregado por algun confidente á Daud para que le sirviera de justificacion en su última hora. Los genízaros cómplices de estas dos mujeres fingieron quedar satisfechos, cubrieron esta lectura con aclamaciones, apartaron á los verdugos, arrancaron á Daud de la fuente, le trajeron un caballo ricamente enjaezado y lo condujeron en triunfo hácia la mezquita, foro de tantos y tan trágicos cambios de fortuna. El pueblo, tan movable en la Constantinopla de los otomanos como en la Bizancio de los griegos, saludó con gritos de alegría esta peripecia y siguió la corriente tumultuosa, creada por los soldados.

Todos se acercaban al caballo de Daud, honrándose con haber contribuido á su salvacion y pidiéndole que les diera un pedazo de los harapos con que estaba vestido, á fin de podérselos presentar el día de su poder y reclamar el precio de la vida que le restituian por su sedicion. Al pasar por delante de la

panadería de los spahis, uno de estos soldados le dió su turbante, otro su caftan, un tercero sus armas. Al entrar en el peristilo de la mezquita, los genízaros, mas interesados aun que los spahis en la impunidad de su cómplice, lo despojaron de su indigna vestimenta, le trajeron uno muy suntuoso y colocaron sobre su cabeza el turbante con franjas de oro de los visires. Daud, investido tumultuosamente con la dignidad superior por las vociferaciones de un puñado de sediciosos, reconoció las exigencias de la soldadesca, distribuyeno de dantemano á los mas obsequiosos los destinos de kyaya, de jefe de los chiaux, de visires, los timares y las gratificaciones.

Pero la hora que empleaba así en confirmar su poder en vez de emplearlo en asegurar su salvacion con la fuga, se volvia ya contra él. Los spahis se indignaban contra los genízaros; el pueblo, alejado de la escena, se indignaba contra las dos milicias. La popularidad venal, conquistada un momento á precio de oro por las dos sultanas, se hundia ante la inmensa impopularidad del asesino impune y triunfante de Othman II. Formábanse grupos al rededor del serrallo para pedir al gran visir venganza de aquella irrision de las leyes. El camarero mayor del serrallo, Damadi-Ahmed, se ofreció al eunuco para ir con los bostandjis á precipitar á Daud de su insolente triun-

fo. Seguido por algunos miles de bostandjis y de capidjis, marchó sin vacilar á la mezquita en medio de las excitaciones de la multitud. Con su presencia dispersó á los genizaros, á los spahis y al populacho, que escoltaban á Daud; les arrancó sin resistencia su ídolo, y colocando á Daud en el mismo carro en que él mismo habia conducido á su víctima Othman á las Siete Torres, lo llevó á su prision y le hizo cortar la cabeza juntamente con su cómplice Kalender-Oghli, en el mismo cuarto y sitio en que estos dos malvados habian estrangulado y mutilado á su padischah.

Así, la represalia del mismo lugar y la del mismo suplicio sirvió para atestiguar una vez mas el misterio de esta venganza inteligente é inevitable que castiga la muerte de la víctima con la muerte del asesino.

Sus cadáveres, arrastrados por los piés, fueron echados al mar.

XXXVIII

El viejo eunuco Mohammed, que miraba con forzada impasibilidad estas venganzas de la opinion pú-

blica, las aceptaba por no poder evitarlas; y aun se vió obligado á emplear la autoridad de Mustafá I para destituir, desterrar y castigar á los principales fautores de la revolucion que habia elevado á Mustafá al trono. Su rival Mere-Hussein excitaba sordamente la opinion del pueblo y de la tropa á exigir reparaciones mas sangrientas por la muerte de Othman; para él aquel era un medio de popularizarse en el imperio, de envilecer al eunuco y la sultana Validé, y de encaramarse sobre su ruina al poder que habia poseido solo unos pocos dias.

« El imperio, » decia en alta voz á sus partidarios, haciendo alusion á la edad del eunuco, que tenia noventa años, y al ascendiente que sobre él ejercia la sultana Validé, « el imperio se halla gobernado por « dos viejas y un idiota, ¿puede causar admiracion « el que se hunda? »

Un aga albanés, llamado Suleiman, instrumento de Mere-Hussein, tomó á su cargo el activar la fermentacion del descontento público en la tropa, provocándola á sublevarse. Los oficiales de los genizaros y de los spahis se concertaron para arrancar por fuerza el gobierno de tan débiles manos. Sus soldados, secretamente alentados por ellos, asaltaron al amanecer del 5 de febrero el divan é interpelaron de esta suerte al eunuco: « Tú eres, le dijeron, quien

« entregas nuestros hermanos y nuestros jefes al ver-
 « dugo; nosotros estamos cansados de tí y queremos
 « ser gobernados por ministros viriles. Retírate al
 « punto, depón voluntariamente un poder que tu
 « edad y tu mutilación no te permiten soportar, ó
 « nuestros sables te depondrán sobre las gradas del
 « divan, y nuestras manos arrojarán tus despedaza-
 « dos miembros á las olas en que has dejado sepultar
 « á Daud. »

XXXIX

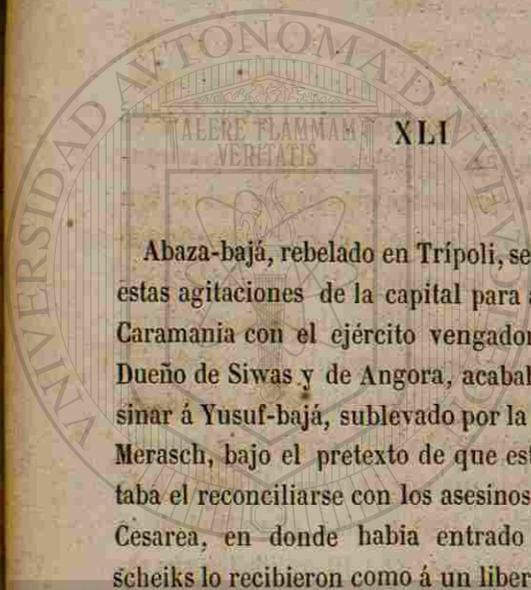
El viejo, abandonado por todos, hasta por la misma sultana, puso los sellos en manos de los rebeldes, que los dieron á su instigador Mere-Hussein. Quinientos pilones de azucar á los soldados, caftanes de honor á los jefes de los amotinados y doscientos mil ducados á los genízaros, recompensaron en el serrallo la insurrección que acababa de profanarlo. Mere-Hussein dejó al eunuco retirarse en paz al haren, pero desterró á todos los que podían inspirarle recelos por su talento y aspirar al rango de gran visir.

XL

Mere-Hussein no yaciló en ganar el favor de estas milicias con la misma corrupcion y la misma licencia con que lo habia comprado. Mandó cubrir con magníficas alfombras de seda el pavimento de su mezquita; reunió en el mercado de la carne á los cocineros en jefe de la tropa que formaban bajo este nombre el estado mayor de cada regimiento: « Camara-
 « das, les dijo, rogad por la duracion del reinado de
 « nuestro dichoso padischah, y permaneced tranqui-
 « los; coged donde querais la carne, la leña y todo
 « lo que necesiteis; á Dios gracias, el padischah es
 « bastante rico para tratar con liberalidad á sus es-
 « clavos. »

Los genízaros aclamaron al visir y exageraron sus insaciables exigencias tanto como lo permitia la necesidad de popularidad de su cómplice; todo fué indisciplina, arbitrariedad y pillaje de los almacenes y del tesoro de la capital. La opinion pública, subyugada, pero llena de indignacion, se reveló por medio de multiplicados incendios en Constantinopla, adver-

tencias anónimas que convierten el fuego en voz, sublevando al pueblo con el terror y la desesperación.



Abaza-bajá, rebelado en Trípoli, se aprovechaba de estas agitaciones de la capital para avanzar hácia la Caramania con el ejército vengador de Othman II. Dueño de Siwas y de Angora, acababa de hacer asesinar á Yusuf-bajá, sublevado por la misma causa en Merasch, bajo el pretexto de que este colega meditaba el reconciliarse con los asesinos de Othman. En Cesarea, en donde habia entrado triunfante, los scheiks lo recibieron como á un libertador: « ¡No te-
« mas nada, le habian dicho en presencia del pueblo,
« la fortuna es tuya! Tú eres el enviado de Dios, él te
« da el poder para librar á los musulmanes de la
« opresion y de la tiranía de los genizaros. »

A la cabeza de sesenta mil hombres, Abaza confiscaba en todas partes las propiedades de estos, para pagar á sus tropas. Enemigo y verdugo declarado de esta milicia, allí donde descubria un genizaro, le hacia

cortar la cabeza despues de haberle puesto herraduras en los talones, como signo de asimilacion con los brutos. Dueño de toda la Anatolia, bloqueaba tres meses hacia la ciudad capital de Brusa.

Este desmembramiento impune del imperio, consumado por un rebelde extranjero, calificado de bárbaro, el fuego que devoraba todas las noches á Constantinopla, la insolencia de los soldados, la emulación licenciosa entre los spahis y los genizaros, el idiotismo del sultan, la incapacidad de su madre, mujer que no poseia mas que la energía y la movilidad de sus pasiones, sin ninguna solidéz en el juicio, las intrigas sordas de la sultana Kœsem en el antiguo serallo, que tramaba la sustitucion de su hijo Murad al hijo de la Validé, tenian sumergidos los ánimos en una perpétua angustia. Los ulemas, indignados con los excesos de la dominacion militar intimaron al muftí que presidiese la reunion que iban á celebrar en la mezquita de Santa Sofia para deliberar acerca del peligro público. Para aumentar la efervescencia popular, les contestó el muftí que « mientras fuese
« Mere-Hussein gran visir, no tenían remedio los
« males de la nacion; que iba á presentarse al sul-
« tan para solicitar la destitucion de este impío y
« corruptor de las tropas, y que no se presentaria
« ante ellos sin haberla obtenido. »

tencias anónimas que convierten el fuego en voz, sublevando al pueblo con el terror y la desesperación.

XLI

Abaza-bajá, rebelado en Trípoli, se aprovechaba de estas agitaciones de la capital para avanzar hácia la Caramania con el ejército vengador de Othman II. Dueño de Siwas y de Angora, acababa de hacer asesinar á Yusuf-bajá, sublevado por la misma causa en Merasch, bajo el pretexto de que este colega meditaba el reconciliarse con los asesinos de Othman. En Cesarea, en donde habia entrado triunfante, los scheiks lo recibieron como á un libertador: « ¡No te-
« mas nada, le habian dicho en presencia del pueblo,
« la fortuna es tuya! Tú eres el enviado de Dios, él te
« da el poder para librar á los musulmanes de la
« opresion y de la tiranía de los genizaros. »

A la cabeza de sesenta mil hombres, Abaza confiscaba en todas partes las propiedades de estos, para pagar á sus tropas. Enemigo y verdugo declarado de esta milicia, allí donde descubria un genizaro, le hacia

cortar la cabeza despues de haberle puesto herraduras en los talones, como signo de asimilacion con los brutos. Dueño de toda la Anatolia, bloqueaba tres meses hacia la ciudad capital de Brusa.

Este desmembramiento impune del imperio, consumado por un rebelde extranjero, calificado de bárbaro, el fuego que devoraba todas las noches á Constantinopla, la insolencia de los soldados, la emulación licenciosa entre los spahis y los genizaros, el idiotismo del sultan, la incapacidad de su madre, mujer que no poseia mas que la energía y la movilidad de sus pasiones, sin ninguna solidéz en el juicio, las intrigas sordas de la sultana Kœsem en el antiguo serallo, que tramaba la sustitucion de su hijo Murad al hijo de la Validé, tenian sumergidos los ánimos en una perpétua angustia. Los ulemas, indignados con los excesos de la dominacion militar intimaron al muftí que presidiese la reunion que iban á celebrar en la mezquita de Santa Sofia para deliberar acerca del peligro público. Para aumentar la efervescencia popular, les contestó el muftí que « mientras fuese
« Mere-Husseïn gran visir, no tenían remedio los
« males de la nacion; que iba á presentarse al sul-
« tan para solicitar la destitucion de este impío y
« corruptor de las tropas, y que no se presentaria
« ante ellos sin haberla obtenido. »

Prevenidos los spahis del atrevido paso del mufti, formaron grupos á las puertas para impedirle con sus amenazas de muerte que se dirigiera al serrallo. Uno de ellos, hijo de un cuchillero, gritó á sus camaradas. «No lo dejeis salir, ó todos sereis degollados.» El mufti arrostró estas amenazas y subió al serrallo, escoltado por buenos musulmanes. Mere-Hussein, temiendo esta reunion, se rodeó de tropas vendidas á su causa en el palacio del aga de los genizaros, y ordenó desde allí á los ulemas de Santa Sofía que se retiraran. Estos, fuertes por el número, por su derecho, por el apoyo moral de los buenos musulmanes, recibieron á sus enviados con imprecaciones y los echaron á empellones de la mezquita. Algunos osaron dirigirse en diputacion al cuartel de los genizaros para excitar el patriotismo de los soldados con un supremo esfuerzo: «El sultan Mus-tafá, les dijeron con las lágrimas en los ojos, se halla privado de razon; se gobierna ó por mejor decir se destroza en su nombre el gobierno, que se halla á merced del haren ó de los ambiciosos que lo dominan; nos amenaza la ruina; dejadnos llamar legalmente otro príncipe al trono; ¿qué decís de esto?» Los soldados, separados de sus jefes en aquel momento se interrogan con la vista y reconocen las calamidades de la patria. «Adonde

«quiera que los ulemas dirijan sus pasos, respondan al fin, los seguiremos.»

XLII

Satisfechos los ulemas con esta deferencia de los soldados volvieron á Santa Sofía á tranquilizar á sus colegas respecto de la disposicion de las tropas, y á continuar deliberando sobre los males del imperio. Mere-Hussein les envía inútilmente otros negociadores para estimularlos á retirarse. Salen reunidos de Santa Sofía con el turbante de Akhschemseddin, uno de los mártires del islamismo, sepultados bajo la mezquita de Aiub, y despliegan este turbante sagrado para convertirlo en bandera. Los scheiks de las otras mezquitas de Constantinopla vienen á traer sus estandartes á Santa Sofía para unirlos al de Akhschemseddin. El pueblo saluda con sus aclamaciones la mezquita de Santa Sofía, empavesada con mil banderas; pero las armas faltan y la noche cae sin que las tropas, reconquistadas por las liberalidades del gran visir y de la Validé, se declaren.

Mere-Hussein lanza sobre Santa Sofía un pelo-

ton de genizaros y albaneses á las órdenes de un tschausch de Caramania. Derriban las puertas, degüellan á algunos ulemas y arrojan sus cadáveres á una cloaca para hacer desaparecer las pruebas de su crimen. Un dervis, que habia arengado al pueblo en favor de los ulemas, fué ahorcado al día siguiente. La consternacion cívica se ocultó ante la tiranía de los soldados; pero los ulemas hicieron votos secretos por Abaza y le enviaron emisarios para rogarle que viniera á salvar á Constantinopla.

XLIII

Entretanto el gran visir, inquieto con la movilidad de los spahis, que separaban su causa de la de los genizaros, y que al parecer habia tomado parte en la insurreccion de los ulemas, habia dispuesto exterminarlos. Su plan, comunicado únicamente á algunos de sus familiares, consistia en reunirlos despues de las fiestas del Bairam en un patio del serrallo con el pretexto de pagarles, para destruirlos desde las ventanas y las almenas con sus albaneses.

Una casualidad descubrió esta trama. Durante las

fiestas del Bairam, el defterdar del gran visir fué á sentarse en el banco de una tienda del bazar cubierto, para ver desfilar las procesiones. Algunos soldados del cuerpo de los spahis osaron disputarle el asiento. « ¿No somos nosotros, le dijeron insolentemente, « los favoritos del padischab, y no tenemos derecho « para sentarnos en los sitios preferentes donde « quiera que nos convenga? » « — Sentaos, pues, les respondió amargamente el indiscreto defterdar, « pero despues de las fiestas se os administrará « justicia. »

Esta impudencia, transmitida de cuartel en cuartel, angustió é irritó á los spahis, y empuñando las armas se fueron en tropel al divan del gran visir. « Tú meditas nuestra ruina, le gritaron, pero nosotros queremos tu cabeza. » El serrallo, inundado por sus cohortes, resonaba con sus imprecaciones. La sultana Validé conjuraba á Mere-Hussein á ceder á la necesidad y á calmar el tumulto retirándose. « No, « no, dijo él, yo he recibido el poder de manos de los « genizaros, y no lo soltaré hasta que ellos me lo pidan. » Evadióse del serrallo y fué á ponerse como Hassan el Frutero, bajo la proteccion de los genizaros en su cuartel. Los soldados, lisonjeados con aquella confianza depositada en ellos, que revelaba que compartian con él el reinado, lo recibieron con

gritos de fidelidad. Mere-Hussein se retiró á la mezquita.

Entretanto, en ausencia del aga de los genizaros, su kiaya ó segundo general manifestó á los soldados el peligro que ofrecia sostener por las armas, contra los spahis á un visir repudiado por la mayoría del pueblo y de las tropas, y comprometer la dominacion del ejército en el serrallo, haciendo que se batiesen unos soldados con otros, con el objeto de sostener á un visir aborrecible. « ¿No vale mas, » les dijo el kiaya Beiram, « que os entendais amistosamente con vuestros hermanos los spahis para ele-
« gir juntos un visir imparcial entre los dos cuer-
« pos? »

Este consejo prevaleció. Los genizaros y los spahis admitidos á deliberar en igual número, depusieron de comun acuerdo á Mere-Hussein. Los sellos, entregados por este ministro al muftí, fueron llevados al sultan en un pañuelo de seda. Las tropas designaron como visir imparcial á un oficial, llamado Ali *el Ballestero*, nombre de su primera profesien.

Ali *el Ballestero*, inspirado por el muftí y los ulemas, popular entre el pueblo, omnipotente por la doble eleccion de los genizaros y de los spahis, convocó aquella misma noche á los jueces del ejército, al muftí, á los visires, á los generales, á los imanes,

á los scheiks de las mezquitas, organos religiosos, legales ó militares de los osmanlis, y los hizo deliberar sobre el peligro público.

La deposicion del sultan Mustafá I, y la proclamacion del príncipe Murad ó Amurat IV, niño de once años; el mayor de los hijos sobrevivientes de Achmet I, fueron votadas á una voz en el recinto mismo del serrallo del sultan y casi en su presencia. No se esperó el nuevo dia para sacar al nuevo sultan del haren de su madre, la sultana Koesem, y saludarlo sobre el trono de los otomanos.

Esta fué una de esas revoluciones pacíficas en que la evidencia de la necesidad justifica la resolucion unánime, y en que el patriotismo de todos sobresale sin oposicion y sin crimen por encima de las ambiciones y de las intrigas de los pocos. La naturaleza era cómplice de la deposicion de Mustafá, los mismos soldados, por la vez primera, reconocieron que las calamidades de la patria no debian ser para ellos un manantial de riqueza, y renunciaron á la gratificacion de costumbre en los cambios de soberano.

Mustafá I, su madre, sus mujeres y sus esclavos volvieron al antiguo serrallo.

Jamás príncipe alguno recibió el imperio con mas completa degradacion de gloria, de orden y de fuerza. Los persas habian conquistado sobre los lur-

cos siete provincias y una capital, á Bagdad. Abaza poseía toda el Asia; la anarquía de la soldadesca ocupaba el resto. El principio hereditario monárquico había minado hasta los cimientos de la monarquía en tres reinados; este principio había suministrado en treinta años dos niños y un imbécil. Ahora iba á darle un tirano.

NOTA COMPLEMENTARIA.

EL CAFÉ EN CONSTANTINOPLA.

Tomo IV, página 398. — Tomo V, página 80.

En general se cree que la apertura de los primeros cafés en Constantinopla tuvo lugar en el reinado de Soliman II; pero ya hacia mucho tiempo que se tomaba el café en muchas provincias de la Turquía.

El historiador Ahmed-Effendy atribuye su descubrimiento á un dervis de la órden de los schazilys, en Moka (Arabia), en el año 656 de la hégira (1258). Un día, en que este solitario, proscrito de su convento, y desterrado á la

montaña Kiuth-Ewsab, se veía apremiado por el hambre y falto de todo recurso en aquel lugar desierto, imaginó el cocer los granos de un arbusto que crecía en las cercanías; tres días llevaba manteniéndose con aquella bebida, cuando dos amigos suyos, compadecidos de su suerte, fueron á verlo á su retiro, y le prodigaron todos los auxilios de la humanidad. Los dos tenían sarna. Deseosos de conocer la bebida á que el dervis debía su existencia, la probaron, gustaron de su agradable aroma, y continuaron tomándola durante los ocho días que pasaron en compañía de su amigo: viéndose limpios de su indisposición, atribuyeron su cura á este licor salutarífico.

Corrió por Moka la noticia del suceso. Los ciudadanos enviaron á buscar de aquellos granos, conocidos con el nombre de cahhwe, é hicieron uso de ellos con el afán y la especie de entusiasmo que inspiraban la novedad del descubrimiento y las virtudes que se les atribuían. El príncipe de Moka llamó al dervis, célebre despues bajo el nombre de *Scheikh-Omar*, lo colmó de beneficios y mandó construir para él al pié de la misma montaña un convento que, á lo que se asegura, existe todavía. Tal es la opinión de los musulmanes sobre el origen de una bebida que forma las delicias del Oriente.

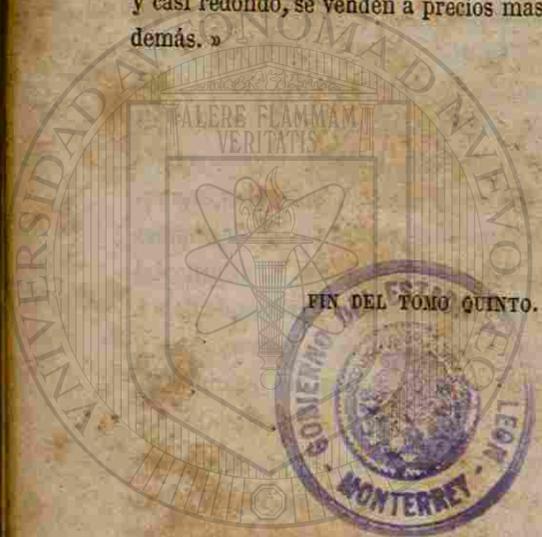
En el *Universo Pintoresco* se lee lo siguiente acerca del arbusto que produce el café.

« El café constituye el principal producto del comercio del mar Rojo. Transportado, según parece, de la Abysinia al Yemen, se ha aclimatado allí y se reproduce sin nece-

sidad de cultivo; pero no adquiere el sabor exquisito que le ha valido su reputación mas que por el cuidado que de él se tiene.

« Aunque las regiones elevadas de la Arabia meridional convengan á la naturaleza de este arbusto, necesita además humedad y frescura; por esta razón los árabes plantan junto al café otros árboles para procurarle sombra. En las cercanías de Sanaa, es donde esta planta, cultivada con mucha inteligencia, adquiere toda la perfección posible. Las colinas, en forma de miradores, son regadas regularmente durante el estío por medio de grandes depósitos de aguas, hechos en las alturas. El arbusto del café está siempre verde, su altura ordinaria es de doce á quince piés; las ramas son elásticas, la corteza dura y blanquecina; las flores se parecen á las del jazmín y esparcen un perfume agradable. Niebuhr encontró los árboles en flor á principios de marzo, y el aire embalsamado con su delicioso aroma. Cuando cae la flor, la reemplaza el fruto, primero verde, despues encarnado y parecido, cuando está maduro, á una cereza. Dos granos envueltos en una fina telilla, se encuentran bajo la cáscara. Se hacen dos ó tres cosechas al año, y se ven con frecuencia en este arbusto, como en el naranjo, mezclados los frutos y las flores. La primera cosecha, que se hace por lo regular en el mes de mayo, produce la mejor calidad de café. Se sacude la pepita en un lienzo extendido debajo del árbol, se la seca al sol, y con un rodillo de madera ó de piedra, se saca el fruto de la cáscara. El café es llevado al merca-

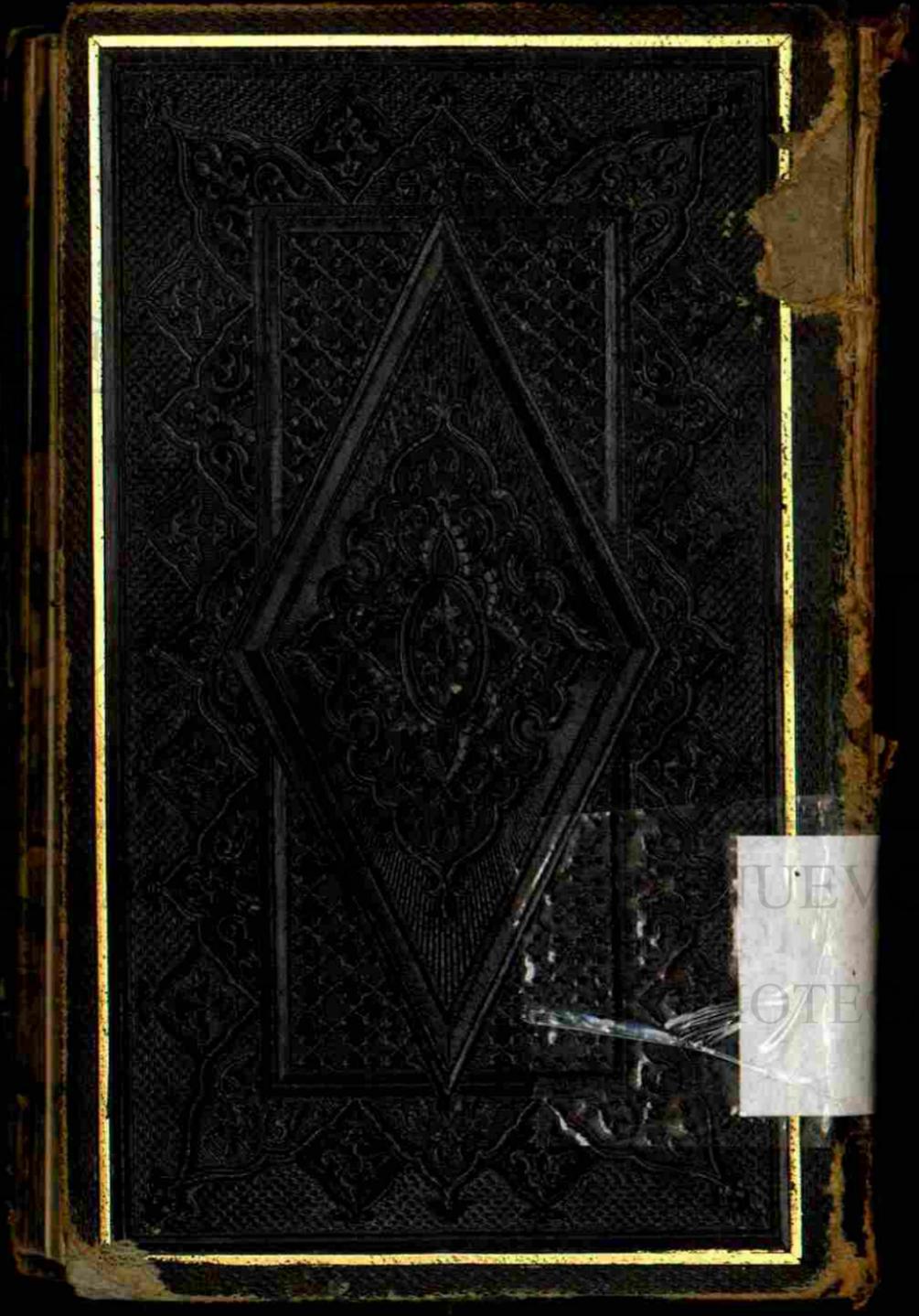
do de Sanaa en los meses de diciembre y de enero. Las diferentes especies de café son, segun M. Cruttenden, el schardji, el habbat, el uddeini, el matari, el harrazi, el haimi y el schirazi; las dos primeras, de grano pequeño y casi redondo, se venden á precios mas elevados que las demás. »



FIN DEL TOMO QUINTO.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



TUEV
COTE